

LOS RISHIS

**LA VUELTA DEL MUNDO
A LA ARMONÍA DEL PADRE**

Libro Segundo

**EN TIEMPOS DE CONFUSIÓN EMPIEZA A LLOVER
LA TENUE GARÚA DE LA ESPERANZA**

**EDICIONES
MAESTROS ESPIRITUALES**

Colección

EL REGRESO DE LOS RISHIS

Colección El regreso de los Rishis.

Internet 2006.

Se permite la reproducción total o parcial de este texto, su almacenamiento en un sistema informático, su edición o transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico o fotocopia, sin ninguna autorización previa.

No se ha hecho ningún depósito legal de esta obra, ni existen derechos reservados que legalicen la propiedad de la misma por parte de cualquier persona física o jurídica.

Jaris, el estratega del Plan del Padre que están operando Los Rishis en la Tierra, les dice a los lectores:

Continuando con este relato, vamos a seguir mostrando la historia que se oculta, que han ocultado los demonios, a través de esa apariencia que los hombres llaman realidad.

La fe en que esta historia que se revela en el *Aleph* es de donde se gesta esta fantasmagórica trama proyectada en la Tierra a la que los hombres acceden con los sentidos e interpretan con las teorías y que sus protagonistas, Rishis, demonios, hombres encarnados y desencarnados son más reales en sus mentes y sus actos que esos cuerpos deambulando en la ceguera del plano físico es la primera condición para empezar a contestar la gran pregunta: ¿qué está haciendo el hombre en la Tierra?

La otra condición es el discernimiento como camino de acceso a la revelación del Padre. El discernimiento puede ser abordado desde distintas aristas. En esta lectura consiste en la posibilidad de ir más allá de la textualidad del relato e intuir la verdad que éste señala.

Quiero aclarar que este relato puede ser una rampa de lanzamiento a la verdad que sus signos señalan, o una trampa que encandila viendo al texto como un juego imaginario.

El Padre los está esperando, y para que esa espera que ustedes pacientemente tienen que soportar hasta que a cada uno les llegue el momento de emprender el camino de retorno no sea un tiempo muerto, les regala este relato para que el alma se vaya preparando para ese viaje a la eternidad.

9 de Junio

En esa fracción de segundo que dura la llegada del aire para transformarse en el pitazo que dé por terminado el partido entre Alemania y Costa Rica, el Rishi Jetri arriba a la mente de Horacio Elizondo, el árbitro argentino que aprendió de Claudio Busca, Ángel Coerezza, Juan Carlos Lousteau y Jorge Romo el arte de pactar el poder del referato.

“¿Para qué te has metido en este pacto?”

¿Cuántas almas entregaste para llegar a la cúspide en Alemania?.

Observa bien Horacio, algo está pasando en este Mundial que esa fuerza que te otorga y te somete se va debilitando”.

Las palabras de Jetri perturban profundamente a Elizondo.

“¿Qué quieres? ¿Por qué interfieres cuando estoy por dar por terminado el partido?”. Sus palabras suenan alborotadas hasta que el Rishi las detiene para responderle.

“Vengo a mostrarte el camino de renuncia a los pactos y para que comprendas lo ilusorio del poder”.

“¿Estás loco?”, grita Elizondo y en voz baja murmura: “los pactos que firmé son irreversibles”.

“El mayor éxito que puedes tener Horacio es renunciar a los pactos, y así podrás iniciar el regreso a la eternidad.

Aunque no comprendas lo que te estoy diciendo en un acto de fe abandona a la oscuridad”.

La luz del Rishi en un fino hilo ilumina el alma del árbitro y éste, en un lejano lugar del inconsciente, empieza a comprender lo que significa la renuncia a los pactos.

Suena el silbato y los alemanes se abrazan porque acaban de derrotar a Costa Rica 4 a 2.

¿Cómo fue el partido?

El rechazo de Lam a los 5 minutos pareció sellar la suerte de los modestos costarricenses. Pero los centroamericanos no se amilanaron y a los 11 Paulo César Wanchope, un negrito que se las trae y sobre el que ya puso el ojo un equipo argentino, hizo temblar la red defendida por Jens Lehman. Pero Klose desnivela a los 16 de ese primer tiempo y a los 15 del segundo el

mismo Klose lleva la cuenta a un 3 a 1 a favor de los locales. A los 27 Wanchope reduce la ventaja, pero ya casi finalizando el partido, a los 41, Frings sella el 4 a 2 definitivo.

Alemania estuvo contenida a pesar de los 4 goles, como reservando energías para todo lo que falta del torneo. Costa Rica seguirá haciendo lo que puede, que no es mucho.

Desde la perspectiva demoníaca resultó evidente la superioridad de los demonios personales del equipo teutón, demonios que vienen jugando desde las tribus germánicas, hasta colaborar con los emperadores medievales y rendirle culto a Bismarck y a Hitler. De todos modos 2 goles no estuvieron mal para estos demonios de Costa Rica solo adiestrados en brujerías menores.

Estoy observando el festejo de los ecuatorianos que con goles de Carlos Tenorio y Agustín Delgado humillaron con un 2 a 0 a los desgastados demonios personales de los polacos, cuando llega mi invitado, el filósofo Hans Georg Gadamer.

Para los neófitos en este mundillo de la filosofía quiero aclarar que el profesor Gadamer, que nació en 1900, y que por lo tanto fue un testigo privilegiado del siglo XX, habitó el mundo del pensamiento alemán junto a Dilthey, Husserl, Heidegger, Schmitt, Weber, Benjamín, Habermas, Scheler, Hartmann, Löwith, por mencionar los más conocidos monstruos intelectuales de la época. La docencia en las Universidades de Leipzig, Frankfurt y Heidelberg, junto con su obra más importante, **Verdad y Método**, lo proyectaron a un gran reconocimiento entre esos hombres que hacen un desmesurado esfuerzo por comprender una realidad que muchas veces, como el agua, se les termina escurriendo entre las manos.

Pero basta de divagues que voy a saludar al profesor Gadamer.

“Mucho gusto profesor, es un verdadero placer contarle entre nosotros y nosotros somos el mandala de convocantes, los maestros espirituales, los Rishis, seguramente muchos demonios que nos estarán espiando, los lectores y por supuesto yo, el relator anónimo”.

“El placer es mío, y no se olvide que tengo una muerte recién estrenada, pasé al otro plano en el 2002, después de haber vivido 102 años, circunstancia que me lleva, como diría un griego de los tiempos homéricos, a tener amigos entre los mortales y los inmortales, por eso puedo sentirme cómodo entre los hombres y entre los Rishis”.

“Me alegro profesor Gadamer que se sienta cómodo entre nosotros, y usted, que vivió la extravagante cantidad de 102 años, esto es hace apenas 4 que dejó la Tierra, todavía debe tener bastantes apegos a este pícaro mundo”.

“No tantos como podría suponerse, 102 años es el tiempo suficiente para vivir todos los desencantos posibles, pero tengo que confesarle que tengo un apego del que no puedo desape-
garme, y este apego es el fútbol, y por supuesto mi corazoncito está con la selección alemana”.

“Bueno, entonces voy a aprovechar para preguntarle como vio al equipo, no tengo dudas que un hermeneuta tiene que ser un comentarista de lujo”.

“Le agradezco su concepto, pero no lo crea, soy un simple aficionado que trata de ver con la menor cantidad de prejuicios posibles. ¿Me preguntaba sobre el partido? Vi un jugador descol-
llante, Miroslav Klose. ¿Qué quiere decir descollante? Tres cosas: encontrar los espacios, simpli-
ficar la jugada, ubicar al compañero preciso en la posición adecuada. Por supuesto que la cuarta
es hacer goles y Klose concretó en dos oportunidades. También Lahm y Frings, que completaron
el marcador con un gol cada uno, tuvieron una actuación interesante. Me gustó Schweinsteiger,
el volante del Bayern Munich, sabe ubicarse en el campo, pero la defensa no me conformó, un
solo jugador, Wanchope, con más empuje que técnica, bastó para desacomodarla.

¿Qué más puedo decirle? *La verdad es hija del tiempo*, decían los antiguos. Ahora solo
hay que esperar”.

“Profesor Gadamer, espéreme un minuto que quiero contarle algo a los lectores acerca de
la hermenéutica que usted ha cultivado durante su vida en la Tierra”.

Entonces me dirijo a los lectores, que en este momento están leyendo este texto para que
tengan alguna pista de cómo leerlo.

“El profesor Gadamer sostiene que la interpretación debe evitar la arbitrariedad y las li-
mitaciones surgidas de los hábitos mentales, debiéndose centrar la mirada en el texto mismo.
¿Dónde está el problema cuando nos acercamos a un texto? En que lo hacemos con un precon-
cepto, una idea de lo que dice. Sin embargo –señala el filósofo– a medida que profundizamos la
lectura este preconcepto se va reformulando, confirmando o alterando nuestra concepción.

Es conveniente que tengan esta actitud y la lectura de **La vuelta del mundo a la armonía
del Padre** les resultará muy provechosa.

“¿No es así profesor Gadamer?”, lo interrogo, desplazando mi atención de los lectores al
filósofo.

“Así es –responde Hans -Georg Gadamer con un aire doctoral en el que ya no cree, pero
que lejanos hábitos lo mantienen vigente– aunque es necesario aclarar que la base de la herme-
néutica no son los puntos o hechos aislados sino las relaciones entre los mismos.

Si se quiere llegar a una interpretación que tenga algún sentido, es necesario no aislar los
hechos sino integrarlos en un proceso sistémico.

Para entender un sistema, tanto en su estructura como en su funcionamiento a través del tiempo es necesario preguntar acerca de las energías. En cuanto a su estructura de dónde y cómo las obtiene, para pasar después a su funcionamiento, esto es, cómo se mueve a través de los distintos puntos o hechos y en este movimiento como las va gastando y recuperando.

Hermenéuticamente hablando no se debe centrar el análisis en los pequeños demonios personales, ni siquiera en demonios personales poderosos, y esto es así porque cuando deben actuar entre ellos para lograr un objetivo, como en el caso de un equipo de fútbol, lo más importante es como establecen las relaciones.

¿Y qué hay que analizar para entender como se establecen las relaciones? La cadena de pactos que es la que va a determinar como se distribuye y redistribuye la energía.

Si un técnico busca construir un equipo, esto es un sistema en los términos que analizamos, no es conveniente que le solicite a los directivos la contratación de muchos demonios personales poderosos, ya que las estrellas se obnubilan entre sí y terminan encandiladas.

Y aunque sorprenda lo que voy a decir, y sorprenderá menos si se entendió el funcionamiento de un sistema, los que siempre terminan haciendo la diferencia son los eslabones débiles de la cadena.

En simples términos de hermenéutica el equipo ganador es el que puede mantener el equilibrio energético de obtención, pérdida y recuperación. Este zigzag de energías es la ley de todo sistema, quien lo sepa manejar es quien gana el juego.

Permítame ponerle un ejemplo a este contexto futbolístico. Piense en un equipo donde todos fuesen Maradona, sería imposible jugar no solo porque el rival quedaría paralizado sino porque nadie le pasaría la pelota a nadie.

La habilidad del técnico consiste no solo en entrenar y poner a Maradona, si tiene la posibilidad de tenerlo en su equipo, esto es obvio, sino en el sistema que tiene que armar. Ahí está el problema.

En primer lugar el técnico necesita no solo encontrar a alguien que pueda compatibilizar su energía con la de Maradona, que se entienda con él en el juego, sino también 4 o 5 que desconecten su energía perdiendo la pelota, para que así la estrella pueda recuperarla en algún momento.

Esto es fundamental para el funcionamiento de cualquier sistema, abrirse para generar el intercambio, por eso son necesarias figuras poco amenazantes que inviten al adversario a jugar para que el héroe se pueda lucir.

Los eslabones débiles tienen por función ser una carnada, un cebo, que aparentemente por su torpeza favorecen al adversario, para que en esta dinámica el crack desnivele el juego a favor de su equipo.

Estos elementos de intercambio a veces son difíciles de conseguir, y más difícil aún en los equipos *top* que tienen la obligación y también la presión de contratar a jugadores de primerísimo nivel, y ahí reside la habilidad del técnico.

Los fanáticos y el periodismo antes de comenzar un campeonato están preocupados por las contrataciones y los directivos a veces empeñan hasta lo que no tienen para adquirir algunas figuras importantes.

Sin embargo por la cabeza de un técnico inteligente surgen preguntas que nunca confesaría, ¿quién es el más flojo?, ¿quién va a ser el eslabón de intercambio en esta cadena? Esto no se le escaparía a un buen técnico cuando pretende formar un buen equipo, y tampoco se me escapa a mí, que durante 102 años he jugado ya no sé cuantos partidos con la vida”.

“Reveladora su hermenéutica, profesor Gadamer”, le estaba diciendo cuando cerca nuestro pasó un hombre anciano que vestía un jogging azul y un gorrito con visera del mismo color, pero lo más llamativo era su cara pintada con la bandera de Polonia.

El filósofo lo miró fijamente y se llevó la mano al mentón con esa actitud que tienen los filósofos cuando reflexionan y dijo.

“A este hombre lo conozco”.

“Como no lo va a conocer profesor Gadamer si este hombre en su vida fue Papa y quizás todavía en su muerte no se resigna a no serlo”.

“¡Juan Pablo II!”, exclamó el profesor Gadamer con la misma sorpresa que, según dice la leyenda, tuvo Isaac Newton cuando se le cayó una manzana en la cabeza.

El filósofo tuvo intención de acercarse a saludar al ex Papa, ahora convertido en un sufrido y anónimo espectador polaco que se lamentaba ante la derrota frente a Ecuador, cuando una turba de cardenales y obispos, que estaban vestidos de cardenales y obispos, se lo impidió pues acababan de rodear a Juan Pablo II.

Uno de los cardenales, que daba la impresión de ser el más anciano, con una voz que sonaba cargada con una angustia kierkegaardiana, de Kierkegaard, el teólogo danés, le disparó.

“Santo Padre, nunca te hemos visto con ese gesto y esa mirada que parece estar mirando los horrores del infierno”.

“Nos duele verte sumido en tan profundo dolor”, se escuchó decir a alguien que seguramente sería un obispo porque vestía como un obispo.

Otro cardenal, más joven y con más presencia que el anterior le suplicó.

“Aún cuando sabemos que no podemos siquiera intuir lo que ocurre en el misterio de tu alma, dinos algo que pueda apaciguar el fuego de nuestras almas atormentadas”.

“Santo Padre, ¿qué quieres ocultar cuando te has despojado de las vestiduras papales que permiten reconocerte como la Voz que ordena los designios de Dios sobre la Tierra para camuflarte como un hombre común preocupado por el trágico destino del equipo polaco?”, clamó un obispo que en su negritud podía sospecharse como fan de Togo, Ghana, Angola o quizás Trinidad y Tobago.

“Hijos, ¿piensan acaso que el trágico destino del equipo polaco es otro que el trágico destino de la humanidad, esa humanidad a la que, desde la ceguera de mi sitio de Papa, reverenciado por ustedes, hipócritas adulones, nunca pude comprender en su caída? ¿Y por qué no la comprendí? Porque yo también seguía cayendo, y caía en cada bendición que daba, en los viajes inútiles que me hacían olvidar de mi alma, porque yo también era un alma aunque lo ignorase y creyese ser ese estúpido payaso, o peor, esa marioneta a la que simulaba venerar el mundo, porque los payasos con su cara pintarrajeada –por eso como homenaje a los payasos me pinté la cara–, tienen la gracia de otorgar la risa. ¿Y qué otorgué yo como Juan Pablo II a la tristeza del hombre caído? Palabras, nada más que palabras huecas que prometían dar lo que nunca tuve, la paz de ser en El Padre cuando únicamente era en la vanidad del Demonio.

Pero todavía, a pesar de mi vileza, me siento un sacerdote, ese sacerdote que tal vez algún día fui, por eso me confieso, porque creo en la confesión, ante otros sacerdotes, tan viles e hipócritas como yo, pero que también son esa alma que humillan tras esas ridículas vestiduras.

La Gracia del Padre, ese Padre en el que no he creído en mi vida pero que empiezo a creer después de mi muerte, me está purificando de mi monstruoso ego, por eso quiero ser otro, transformarme en un hombre común, en un pobre polaco que sufre por la derrota de su selección, porque estoy convencido que el desgarramiento que vivió mi alma con los goles de Carlos Tenorio y Agustín Delgado, es el primer eslabón de mi largo camino de ascenso al Padre que con tanta paciencia me espera, como espera a todos sus hijos, como los espera a ustedes”.

Con las últimas palabras de ese hombre que fue Papa y ahora comienza su primer escalón de la conversión como un fanático polaco, las imágenes van desapareciendo del **Aleph** hasta que llega otra, la de un lector que pregunta por el maestro Yukteswar.

¿Y qué hace un lector en el **Aleph** preguntando por el maestro Yukteswar? La explicación es que el maestro abrió una sección para que cualquier lector pueda plantear las dudas o incomprendiones que le pueda presentar este relato.

Este primer consultante, que se presenta como abogado, casado, padre de dos hijos, quiere comprender algo más acerca de la explicación que dio el profesor Gadamer acerca de los sistemas.

El maestro Yukteswar comienza precisando el concepto de sistema tal como lo presentó el profesor Gadamer.

“Un sistema es un fluir de energías que buscan un equilibrio. Este concepto implica que todo lo que aparece a la experiencia, esto es lo que se conoce como fenómenos que se incluyen dentro de esa ambigua palabra llamada realidad, deben ser mirados como un movimiento de energías.

Esto vale tanto para un equipo de fútbol, de acuerdo al ejemplo que puso el profesor Gadamer, como para cualquier institución, ya sea un Estado, una secta religiosa o un humano. ¿Qué otra cosa es un humano sino energías que fluyen en ganancia, pérdida, recuperación? También debemos ver como un sistema al planeta Tierra, o a cualquier otro planeta, a los soles y galaxias y hasta el universo mismo en sus diferentes planos”.

“Esto significa –inquiere el lector– que los sistemas funcionan bajo leyes de inclusión, es decir, para ejemplificar, el sistema humano está incluido en el sistema Tierra, o el sistema Municipal está incluido en el sistema Estado”.

“Así es, pero teniendo en cuenta que los sistemas interrelacionados deben tener vibraciones energéticas compatibles. Con esto quiero decir que un humano no puede estar incluido en el sistema de Marte o un municipio de Honduras en el estado dinamarqués.

Estoy hablando de incompatibilidades que pueden considerarse absolutas, pero también las hay relativas. Un humano que tuviese una mente que vibra en el orden de la técnica encontraría enormes dificultades en estudiar una carrera humanística y al revés, alguien que vibra en campos reflexivos, allí está concentrada su energía que tiene una cualidad determinada, generalmente carece de la vibración adecuada para operar con una mente práctica.

Los ejemplos podrían multiplicarse pero quiero señalar uno por las dramáticas consecuencias que acarrea la ignorancia de esta ley, es el de la emigración.

El lugar de nacimiento de un humano, como de cualquier ser que habita no solo la Tierra sino el Universo, no es azaroso sino que expresa la compatibilidad vibratoria para que pueda realizar la experiencia que necesita. Quiero aclarar que al decir que necesita no estoy valorando, como hacen los humanos en buena o mala, sino en la que vibratoriamente necesita para su proceso, que puede ser divino o demoníaco.

Esto lo tuvieron muy en cuenta los pueblos de la antigüedad, que consideraban que la peor pena que podía sufrir un hombre era la del destierro, ya que entonces debía ingresar en un sistema de energías extraño –de ahí viene la palabra extranjero–, y su experiencia en la vida corría el riesgo de quedar congelada .

Un integrante del mandala de convocantes me contó que un miembro de la comunidad Toba, un grupo indígena que sobrevive en una provincia del Norte de la Argentina, buscando mejores perspectivas económicas, emigró a Buenos Aires donde le habían prometido un trabajo interesante. El proyecto fracasó y cuando regresó a su comunidad, esta lo rechazó.

“Solo se es toba en la tierra toba, y el que deserta de esta tierra ya no es toba. No tienes derecho a hablar en nuestra lengua, ni practicar nuestra religión ni nuestras costumbres, ni pisar nuestra tierra, porque no eres indio, ya que has renegado de tu tierra, ni tampoco blanco al que podríamos brindar nuestra hospitalidad. Ahora debes irte”.

Esta fue la sentencia.

Lamentablemente en un mundo convertido en un mercado abstracto cada hombre trata de encontrar en esa abstracción un lugar mejor para su propia identidad abstracta de trabajador y consumidor. Así muchos africanos, latinoamericanos o asiáticos pierden sus raíces para volcarse a Europa, o a los Estados Unidos como los grandes mercados donde operan la gran producción y el gran consumo. Tal vez algunos tengan éxito económico y otros fracasen, pero todos se han congelado y su mundo de experiencias necesarias, si no ha quedado clausurado, por lo menos significativamente disminuido.

¿Quisieras preguntarme algo más?”.

“Por ahora es más que suficiente tener que reflexionar sobre esta enseñanza. Gracias maestro”.

“Ya nos volveremos a ver”, le responde Yuktswar.

La consultante era una chica joven, no aparentaba tener mucho más de 20 años, aunque quizás tuviese 30, pero lo que sí se percibía era que tenía una fina intuición.

Rápidamente disparó su inquietud.

“Maestro, si miramos la realidad como un conjunto de sistemas interconectados, en el plano físico podemos comprender sin dificultad como un Municipio está incluido en un Estado, pero no es tan fácil darse cuenta el sistema de inclusiones en el plano astral”.

“El plano astral está relacionado con el plano físico por la ley de sincronicidad, *así como es arriba es abajo* decían los antiguos, pero tienes que entender que Municipio y Estado son la proyección formal de dos energías inteligentes incluidas en el plano astral, el demonio Municipio incluido en el demonio Estado.

La organización del mundo no está a cargo de los hombres, como estos ingenuamente suponen, sino en la planificación estratégica que hacen los demonios y que actúan a través de las mentes, sentimientos y acciones de los humanos”.

“Esto nos lleva a la idea de destino”, deduce la consultante.

“La idea de destino circuló como un fantasma en las visiones religiosas del mundo, obsesionó a los trágicos griegos, en la India se la trató de mostrar con la tan mal comprendida palabra *karma*, también penetra en las preocupaciones del Islam y las confusas especulaciones acerca de la predestinación en el protestantismo”.

Las palabras del maestro dejaron reflexionando un instante a la consultante y de esa reflexión nació la pregunta.

“¿Cómo salir del destino?”.

“El destino se teje con los pactos demoníacos, toma conciencia que tu vida es una cadena de pactos, y aunque esto te sorprenda es así, cada deseo, cada fantasía, cada proyecto llama a la oscuridad para poder realizarse. Entonces resulta obvio que para salir del destino debes dejar de pactar. ¿Cómo hacerlo?, me estás preguntando y tu pregunta es legítima. La única forma de dejar de pactar es conectándote con las energías divinas que vienen en ayuda de esta humanidad poseesa, estas son las energías del Padre que canalizamos los maestros y los Rishis. Entonces empezarás a vislumbrar el reino de la libertad más pura, la libertad de tu alma, y el monstruo del destino con su carga de pesadillas, con que te ha poseído durante vidas y vidas, comenzará a morir.

El tercer consultante tenía el gesto de un torturado teólogo hondamente preocupado por el pecado original.

“Un asceta del desierto egipcio vivía llorando, y ante lo inusitado que no detenía su llanto ni de día ni de noche, otro asceta le preguntó porque lloraba. El primer asceta, sin detener su llanto, le contestó que lloraba por lo único que tenía sentido llorar en la Tierra, por el pecado original”.

Con este relato el consultante encaró al maestro Yukteswar que le preguntó.

“¿Sabes lo que es el pecado original?”.

“Como teólogo lo puedo intelectualizar y dar muchas definiciones, pero te confieso que no lo comprendo y por eso vivo torturado”.

“Lo tienes ante los ojos y no lo ves, tu tortura es el pecado original”.

El hombre quedó desconcertado y el maestro insistió:

“Medita sobre la tortura que atormenta tu alma, si te atreves a hacerlo este misterio, que no es un misterio, te será revelado.

¿Qué te trajo a consultarme?”.

“La confesión de Juan Pablo II cuando le dijo a los religiosos que lo rodeaban que seguía cayendo. ¿Continuamos cayendo? ¿Puedes aclararme esto maestro?”.

“Sí puedo, pero la cuestión es que aceptes entenderme.

Rompe mentalmente lo que imaginas como tu identidad y pártete en tres. Por un lado tu cuerpo inmóvil atrapado por la gravedad de la Tierra, cumpliendo en forma permanente e inexorable el proceso que lo terminará desintegrando. Tal vez te llame la atención que te diga que el cuerpo está inmóvil porque ¿acaso no se mueve? Es cierto, alguna pequeña movilidad tiene, se desplaza un poco, hasta podría decirse que se arrastra unos metros o quizás algunos kilómetros por el espacio terrestre, pero ¿puede volar? ¿Es capaz de proyectarse a otros planetas y galaxias? Es indudable que no, por eso digo que está inmovilizado en la gravedad terrestre.

Ahora vamos a la parte 2, la mente, esa sí que se mueve, no para de moverse vertiginosamente en el movimiento generado por la imaginación. ¿Y por qué este movimiento desmesurado de la mente? ¿Quién la mueve? La mueven los demonios, proyectándola a mundos imaginarios que la oscuridad construye. ¿Cuál es la razón para que la oscuridad dedique todo su tiempo

en este juego sin sentido? Entendamos bien, el juego por supuesto no tiene sentido para el hombre, pero lo tiene para la oscuridad, es más: ese es su único sentido”.

“No entiendo –interrumpió el consultante– ¿para qué la oscuridad dedica todos sus esfuerzos en activar la fantasía humana?”.

“Por dos razones. La primera es que totalmente distraído por el juego imaginario el hombre no pueda reflexionar preguntándose por la realidad de estas imágenes fantasmagóricas y quede atrapado en el círculo infinito que la imaginación genera, y de este modo la oscuridad pueda seguir alimentándose de su energía y continuar sobreviviendo o evitar desintegrarse, según como se lo mire.

Pero hay otra razón, y es que este perpetuo movimiento de la mente actúa como un velo que le impide a hombre no solo ver sino siquiera sospechar su caída continua e irrefrenable”.

“¿Cómo es esto, maestro?”.

“Vamos a la figura 3. Allí nos encontramos con el núcleo interno del ego demonizado, mientras la mente juega fantaseando, proyectada a la exterioridad, el ego oculto a la visión mental que se va hundiendo, arrastrando al alma en su caída, inevitable por la gravitación astral, a los abismos del infierno. ¿Cuándo el ego llega al infierno? Cuando el alma lo abandona y el ego sin alma, que aún desconocida e ignorada lo seguía sosteniendo con un débil hilo al mundo del Padre, todavía tenía inconscientemente un alma, autoafirmado en la conciencia demoníaca, ha culminado el proceso de convertirse en un demonio.

Este es el proyecto del Gran Demonio, que los humanos dejen de ser humanos, porque solo se es humano cuando todavía en la conciencia habita el alma, y solo queden en la Tierra demonios incondicionales y esclavos”.

“¿Pero entonces, si ya no quedan almas, los demonios se terminarán devorando entre sí para sobrevivir?”, preguntó el consultante.

“¿Piensas que ahora es diferente? –contestó preguntando el maestro Yuktswar– ¿Lees los diarios? ¿Miras la televisión? ¿Cómo conviven los hombres en el mundo? Ten la seguridad de que si todas las almas abandonasen el planeta nadie lo notaría. ¿Qué cambiaría en la vida cotidiana? ¿Qué aquelarre de pensamientos baila en la desenfrenada mente de los hombres ocultos por las máscaras de los personajes?

Tal vez, si las almas huyeran, todo sería más transparentemente oscuro, ¿para qué simular bondad, justicia, amor?”.

“Pero maestro, todo se destruiría, ¿no sería este el suicidio del Gran Demonio?”.

“¿Y qué otra cosa es el Gran Demonio sino un Gran Suicida?”, reflexionó el maestro.

El consultante estaba atónito, había quedado mudo, entonces Yukteswar, cambiando el tono profético por otro esperanzador, le dijo:

“Concentra tu mente en el Plan del Padre que ha enviado a los Rishis a despertar a las almas que todavía habitan los egos, a guiar a aquellas que los han abandonado y vagan perdidas por el universo, a transmutar a los egos y a los demonios que acepten convertirse para liberarlos de su condición demoníaca, ya regresar a la Nada a los demonios que en su rebeldía resistan la conversión, esto es que desaparezcan en la Nada que siempre fueron”.

“¿Y cuál será el destino del Gran Demonio?”, quiso saber desconcertado el teólogo que había llegado hasta el maestro Yukteswar llorando por el pecado original, y quedó mucho más desconcertado ante la respuesta del maestro.

“El Gran Demonio también tendrá la oportunidad de convertirse y retornar al Padre”.

“Maestro Yukteswar, la exposición del profesor Gadamer me disparó una pregunta. ¿Podemos decir que el mundo binario funciona bajo las leyes sistémicas?”, intervino sin presentaciones ni prolegómenos el consultante que ingresó al **Aleph**.

“Es así, aclarando que las leyes sistémicas fueron el modo en que El Padre organizó el funcionamiento del mundo binario y cualquier diseño que operase en el mismo debía respetarlas.

Como recordarás, si has seguido concentradamente este relato, los demonios se apropiaron de un diseño descartado por los ángeles diseñadores y antes que estos pudiesen incorporar el que habían considerado más apropiado, en un golpe comando impusieron el suyo.

Ya mostré como manipularon el diseño cambiando su polaridad, y la energía transmutadora que debía orientarse hacia El Padre la densificaron hasta hacerla operar como la alquimia negra en que debía demonizarse toda conciencia humana que habitase el plano.

Tomado el control del diseño, los demonios pudieron operar todos los sistemas”.

“El profesor Gadamer mostró como opera un sistema futbolístico, ¿podrías darme algún otro ejemplo?”.

“De acuerdo, pero antes quiero precisarte algo que ya insinuó el profesor Gadamer mencionando la cadena de pactos. Los pactos se mueven en cadena, y este movimiento es el que le da funcionamiento al sistema.

El profesor Gadamer señaló que debemos poner la mirada no solo en los hechos sino en las relaciones entre estos. ¿A qué quiso apuntar con esto? Hechos en la terminología del filósofo es todo aquello que puede recortarse en una individualidad, esto es algo separado del resto, ya sea un acontecimiento, una cosa, una persona, un demonio.

Me pediste que te dé un ejemplo que aclare este concepto de sistema. Bien, tomemos como se establecen en el plano las relaciones entre los llamados humanos con la ambigüedad que señala el término humano.

En primer lugar no todos los humanos, aunque poseen una esencia común, que es esa alma que están perdiendo, son iguales. Son múltiples las aristas que pueden marcar las diferencias, pero para el ejemplo tomemos una: hay humanos poderosos y humanos débiles.

Los humanos poderosos son pocos y muy requeridos por los humanos débiles. Hay dos modos en que un humano poderoso puede actuar al servicio esclavo del Gran Demonio, o cum-

pliendo una misión que le encomendó El Padre y que libremente, entendiendo que la libertad es una facultad del alma de la que este humano tiene plena conciencia, aceptó. Son los escasísimos seres que tienen un alto grado de evolución.

Para el ejemplo tomemos a los humanos poderosos que decidieron hacer un gran pacto, los que los hace dependientes del Gran Demonio al que están sometidos, pero a su vez son sometedores de los humanos comunes que aceptan, entre fascinados, envidiosos y especuladores, este sometimiento.

¿Cuál es la especulación de los humanos sometidos? Que el sometedor los provea de la energía de la que carecen para materializar sus deseos. Así un humano común alimenta un deseo incontrolable de ser ministro y entonces se somete a un humano poderoso, el Presidente, que le otorga la energía para cumplir su deseo. Por supuesto en el mundo demoníaco nada es gratis, y si un humano es poderoso es porque, además de tener la energía necesaria, se atrevió a un gran pacto. Fácil es advertir que el pequeño demonio del ministro queda sometido al poderoso demonio del Presidente, y ambos demonios esclavizados al Gran Demonio, que es el que se lleva la mayor parte de la torta energética que le proveen sus sometidos.

Así funciona el sistema demoníaco, y lo que el profesor Gadamer indica al decir que es necesario advertir como se obtiene la energía, se pierde y se recupera, y fundamentalmente cual es su origen y cómo se la obtuvo, es para que los humanos tomen conciencia de como opera cualquier sistema en el que estén incluidos, familiar, laboral, social, político, deportivo, y puedan empezar a intuir que, se encuentren donde se encuentren y hagan lo que hagan, a excepción de servir al Padre, los hace partícipes y esclavos del Gran Demonio, y lo único que pueden esperar en este juego que él domina absolutamente, es perder el alma y terminar convirtiéndose en un demonio.

¿Comprendes la trampa? La única salida es convertirte. ¿Qué significa esta palabra conversión? Girar tu ego 180° y liberarlo del encantamiento del mundo, de sus glorias y promesas, que son las glorias y promesas que ofrece falsamente el Gran Demonio, y al girar el ego saldrás de la ilusión y te reencontrarás con el alma a la que ignoras en su inmemorial olvido, y podrás reconocerla, y al reconocer al alma reconocerás al Padre y así tendrás conciencia de esa dualidad que ni siquiera sospechabas: el mundo del Gran Demonio y el mundo del Padre. Recién ahora tendrás la libertad de elegir, hijo, recién en esa instancia podrás elegir porque en ese instante, que ni siquiera puede computarse en fracciones de segundos terrestres, eres plenamente libre para decidir tu destino. Regresar al Padre o convertirte en un demonio, tan simple como eso, esa es la única opción que tiene un humano que ha llegado a comprender el juego que se juega en la Tierra”.

El **Aleph** revela la más terrible imagen que puede revelar el **Aleph**, y lo que muestra es un alma que abandona al ego.

“Me voy porque me ignoras”.

El cuerpo del humano está tomado por el cáncer, que no es otra cosa que los demonios a los que se sometió y al no poder reponer el crédito porque ya no tiene a nadie a quien entregar, vienen a facturarle sus incalculables pactos que debe pagar con su carne y su mente, alimentando la energía de sus acreedores.

Y el alma sigue hablando:

“Lo que los médicos que te operen te quiten o no te quiten no va a modificar en nada tu proceso de demonización.

Ya no puedo quedarme porque aún en los límites de tu degradación no quisiste escuchar mis pedidos desesperados para que aceptaras mi ayuda.

Tus chakras están totalmente ocupados por la oscuridad y ya estoy perdiendo el ínfimo lugar que habitaba en tu corazón y en tu mente.

No es que haya querido irme, sino que me has expulsado al preferirme por esos demonios que ahora te están devorando”.

El humano dominado por ese terrible sufrimiento no puede pedirle al alma que se quede pero tampoco puede dejar que se vaya.

El alma compasiva, ante el horror en que está sumido ese ego, le dice:

“Me voy a quedar unos instantes a tu lado, pero no es mucho el tiempo en que puedo permanecer esperando porque no puedo soportar los hedores de tu degradación.

Aprovecha este instante para clamar por El Padre”.

El humano está asustado, desconcertado. Tiene una débil percepción de lo que sería que el alma lo deshabite, pero todo es confuso porque el alma estuvo encapsulada.

Lo que ocurre es que este humano no fue humano en su origen en la Tierra sino un demonio al que la Gracia del Padre le dio la posibilidad de ser humano. Por eso su alma, que aceptó por pedido del Padre y por propia compasión la misión de habitar un demonio, permaneció encapsulada para estar protegida de las oscuras fuerzas que presionaban a ese demonio. Trató que

la reconociese pero el demonio encarnado, sumido en la degradación a la que lo arrastraba su mundo, ni siquiera sospechó su presencia.

Si tan solo tomara conciencia del alma la conversión podría empezar a manifestarse.

Los Rishis llevan al demonio al mar de la purificación donde la potencia demoníaca se neutraliza y este oscuro ser puede observar el alma. Así empieza a aflorarle un viejo recuerdo de cuando todavía no era un demonio y tenía esa alma que ahora quiere dejarlo. Pero es solo un recuerdo, algo que ocurre en la mente, y no una experiencia del alma.

El humano, o por decirlo con más precisión, el candidato a humano, comprende que algo está pasando en su cuerpo que congela la oscuridad que lo estaba devorando, y ese algo es la energía de los Rishis, que no se detiene a recuperar el cuerpo, no tendría sentido ya que está completamente podrido y su proceso de desintegración por degradación es irreversible, por eso decide avanzar hacia la mente, una mente que se manifiesta como un gigantesco globo poblado de demonios que están danzando en un infernal aquelarre. La energía de los Rishis hace estallar el globo y sus habitantes huyen despavoridos. Inevitablemente el candidato a humano volverá a llamarlos, pero la energía aprovecha este momento de vacío para seguir actuando.

Ahora avanza hacia el deteriorado cuerpo astral del candidato a humano, y busca recuperarlo limpiando sus pústulas y recomponiendo la trama energética que presenta oscurísimos agujeros.

Lo que hacen los Rishis es reactivar los polos energéticos, purificando la irrigación de energía que se encuentra prácticamente paralizada por el estado de espesa densidad.

Esta operación tiene por propósito que el alma tenga un lugar para habitar ese cuerpo astral, cuyos chakras están invertidos formando un bloque oscuro de energía densa.

El candidato a humano está acostado en una mesa de mármol, el cuerpo físico está totalmente degradado pero un hilo de plata lo mantiene en conexión con el cuerpo astral que en su proceso de purificación puede dejarle un espacio para que se instale el alma.

Los Rishis explican que cuando el cuerpo físico llega a tal grado de degradación no tiene sentido pretender recuperarlo y la única ayuda posible es que pueda mantener una conexión con el cuerpo astral, y desde allí la energía que le transmita el alma puede aliviar su sufrimiento.

El proceso de putrefacción física está muy avanzado, pero al actuar la energía purificando el astral, y permitiéndole al alma habitarlo se está garantizando su próximo nacimiento humano.

Por fin llega el mensaje de los Rishis, y un rayo de luz y una Voz luminosa anuncia a Madhachhandas.

“El Universo vibra en una perfecta armonía excepto por una disonancia. Nuestra tarea consiste en afinar esa única disonancia”.

Jetri pide a los humanos que no se dejen confundir por los ritos religiosos plagados de sensaciones.

“El Ser está más allá de todo eso, pero solo se alcanza si se permite ser imantado”.

“Los Rishis no somos superhombres porque ninguna cualidad de un hombre puede dar cuenta de la naturaleza divina de un Rishi.

Ser un Rishi es ser un canal puro donde fluye la Energía del Padre”.

Esto lo expresó el Rishi Medhait hi.

Medhatitchi indica:

“Busca tus miedos y enfréntalos.

Nada hay que temer, todo se desvanece.

Solo la Luz del Padre permanece inalterable”.

El Rishi Sunahaspas dice:

“Los Rishis desaparecimos por largo tiempo porque dejamos de ser un modelo a seguir.

En nuestro regreso volvemos a ser una posibilidad, una puerta de salida”.

“Hiranyastapa pide a los lectores que observen el frenesí con que se mueve la mente generando enloquecidas imágenes.

“En la meditación no aparecerá ninguna imagen y de este modo perderás identificación con estas”.

Kanva dice:

“Todos los trabajos que realicé para El Padre me llenaron de regocijo, pero este tiene algo de especial porque también alguna vez fui un hombre que necesitó la ayuda de otros Rishis”.

“No inviertan la más mínima energía en conservar aquello que inevitablemente dejará de ser”, señala Praskanva.

“No hay principio.

No hay fin.

Solo hay un punto de inflexión y la vuelta a la paz profunda”.

Son palabras de Surya.

Nodhas explica:

“El proyecto del Padre solo persigue un objetivo, liberar a las almas de la opresión demoníaca, y devolverlas al camino de regreso al Padre.

10 de Junio

El estadio de Frankfurt, a los 2 minutos de juego del partido que enfrentaba a Inglaterra y Paraguay, estalló en la más evidente manifestación del mundo binario que rige la Tierra, euforia y depresión, esperanza y desilusión, risa y llanto, alegría y dolor, y esta dialéctica movía a ingleses y paraguayos, cuando un tiro libre de David Beckham fue peinado para atrás por Carlos Gamarra y, descolocado, Justo Villar vio desesperado como la pelota se detenía ante la red. Inglaterra 1 Paraguay 0.

Los paraguayos parecían maldecidos porque Justo Villar, al hacer un tremendo esfuerzo para rechazar la pelota ante la inquietante presencia de Michael Owen, se lesiona y tiene que abandonar el partido, debiendo ser reemplazado por Aldo Bobadilla.

Los ingleses, con Beckham recostado sobre la derecha y Gerrard luciéndose en la recuperación de la pelota, con Crouch molestando a los adversarios, Owen circulando casi libre y Neville proyectándose una y otra vez, hacían de este partido casi un entrenamiento. Los paraguayos parecían haber perdido el rumbo y eran inútiles los esfuerzos de Santa Cruz y Haedo Valdéz por hacer algo, cortada la circulación con Bonet y Acuña.

Sin embargo lo que anunciaba una goleada se quedó en ese 1 a 0 que iba a ser definitivo. Los paraguayos se tranquilizaron y comenzaron a emparejar el partido, se soltaron Paredes y Toledo, mientras Santa Cruz y Haedo Valdéz cubrían con mayor precisión los espacios.

Pero los ingleses no se dejaban avasallar, y Ferdinand, aprovechando su altura, sacaba todo lo que venía por arriba mientras Terry se mostraba decidido en la anticipación.

En el comienzo del segundo tiempo, aprovechando el retroceso de los ingleses que apostaron al contragolpe, se hicieron dueños de la pelota, pero como dice la sabiduría futbolística, ser dueño de la pelota no implica necesariamente ser dueño del juego, porque en el fútbol domina la estrategia, ocupar las posiciones, y quien mejor lo hacía eran los ingleses.

El buen estratega a cargo de la dirección técnica del seleccionado inglés, Sven Goran Eriksson, decidió un cambio de piezas, sacando de la cancha al más peligroso atacante de su equipo, Michael Owen, reemplazándolo por Stewart Downing, quien ubicado en la izquierda del campo tenía la tarea de ser el pivote del contragolpe, buscando habilitar a Crouch mediante un buen repertorio de centros.

Lampard estuvo a punto de aumentar la ventaja para Inglaterra, y Santa Cruz de empatar para Paraguay, pero todo quedó igual y Mario Ruiz apostó a Nelson Cuevas por Bonet, que a esta altura era una figura casi decorativa en el partido. Pero fue peor el remedio que la enfermedad y Cuevas estuvo lejos de satisfacer las expectativas del técnico.

Así concluyó un partido que ya estaba sellado a los 2 minutos del primer tiempo con la desafortunada acción de Gamarra.

A la salida del estadio lo vimos al escritor Martín Amis muy sonriente, comentando con un grupo de amigos.

“Ganamos bien, debimos ganar por una mayor diferencia, pero no podemos quejarnos. Esto recién empieza, pero mantengo la esperanza, somos los inventores del fútbol y eso pesa mucho”.

El vestuario paraguayo mostraba el clima de la desolación y Gamarra parece ser el causante del desconsuelo, miradas, pala bras y gestos se proyectan hirientes sobre su figura.

Sin embargo el hombre responde sereno:

“Lo hecho, hecho está, no se puede deshacer.

Imaginé innumerables escenas, pero esta no estaba contemplada.

Tanto tiempo empleado en la preparación, aprender tácticas y estrategias, estudiar hasta el mínimo detalle a los rivales, soportar la presión de todo un pueblo, llevar el cuerpo hasta su posibilidad límite, y en un instante todo se desmorona.

Parece una burla del destino, un destino que evidentemente no se puede controlar”.

Para los suecos el partido contra Trinidad y Tobago parecía pan comido, pero se quedaron con hambre.

Los primeros minutos fueron todos para los vikingos, y solo el azar o el destino, según la visión del mundo que se comparta, impidió ante la infantil salida del arquero caribeño Shaka Hislop, que se abriera el marcador. Ljungberg, Ibrahimovic y Larsson parecía que se iban a comer a los chicos crudos, y precisamente Larsson perdió una buena oportunidad cuando fue obsequiado con un tiro libre por la defensa adversaria y el sueco lo desperdició, pasando la pelota muy cerca del palo.

Trinidad y Tobago parecía sostenido por alfileres, y que muy pronto todo se desmoronaría. Ibrahimovic, con una lujosa chilena estuvo a punto, pero..., siempre había un pero ante el equipo caribeño que, como dicen en la tribuna, parecía que estaba colgado del travesaño de su arco.

Cuando se dan tales desniveles pueden ocurrir dos cosas, que todo termine en goleada, o que se hagan evidentes las falencias del equipo que se presenta como superior. Y esto último es lo que

empezó a ocurrir, y a pesar de que recién a los 30 minutos el arquero sueco se despeinó conteniendo un rechazazo de Edwards, la respuesta de Suecia no era efectiva. Larsson cabeceó por encima del travesaño un centro de Ljungberg, Wilhemsson le permitió lucirse a Hislop; Ibrahimovic, con una volea, también forzó la buena actuación del arquero de la selección del Caribe.

En el segundo tiempo parecía que las cosas iban a cambiar, sobre todo con la expulsión en el primer minuto de Avery John, que con una amarilla a cuestras se ganó la roja por una artera patada a Wilhemsson.

Suecia insistía con los centros, y un cabezazo de Ibrahimovic casi produce el milagro, pero el milagro no se produjo porque la pelota pasó por encima del travesaño.

Ocurre que cuando un equipo que es ampliamente dominador no la emboca las cosas se pueden dar vuelta y esto estuvo a punto de suceder cuando Cornell Glen, reemplazante de Collin Samuel hizo estrellar la pelota contra el travesaño.

Los suecos insistieron pero no era su día. Ibrahimovic falló una vez más, y entonces el técnico Lagerback trató de darle mayor presencia ofensiva al equipo cambiando a Allback por Svensson, y no fue un error porque el recién ingresado en cuatro oportunidades estuvo a punto de concretar, pero ya a esta altura los dioses africanos que habían emigrado al Caribe estaban con Hislop, cuya valla parecía impenetrable. Ibrahimovic fue la última y desesperada posibilidad de los suecos, pero la pelota se perdió en las lejanías del arco de Hislop y poco después el silbato de Shamsul Maidin dio por terminado el partido.

Qué mejor comentarista para este partido que Pär Lagerkvist, premio Nóbel de Literatura 1951, que en su novela **Barrabás**, el criminal que había sido liberado para que Jesús fuera condenado, mira desde el declive de su monte, con fría curiosidad la agonía de ese hombre que lo había reemplazado en la muerte.

También en **El enano**, ese personaje bufón de un príncipe del Renacimiento, que ronda a los hombres como alguien de otra raza, y entre escéptico y trágico mantiene siempre su fría mirada para odiarlos por su incomprensible vanidad.

El escritor sueco se ríe con ganas cuando le pregunto si él tiene la misma mirada que sus personajes.

“Por supuesto, de no haberla tenido hubiese sido imposible ponerme en el alma de Barrabás, el enano, o el verdugo, otro personaje que le recomiendo que lea, ya que lo veo atraído por mi obra.

Barrabás miraba sin entender la crucifixión de ese hombre, el enano mira con extrañeza a esos monstruosos hombres de gran tamaño que lo rodean sin comprender el sentido que prete-

den darle a sus vidas. ¿No es acaso la misma fría mirada del verdugo ante el incomprensible acto que tendrá que ejecutar para terminar con una también incomprensible vida?

Es la misma mirada que tuve ante el movimiento casi alocado de esos hombres corriendo tras una pelota. ¿Qué buscan? Nadie lo sabe, o por lo menos yo no lo sé, como Barrabás no podía saber el misterio de la Cruz, el enano la lujuria de los hombres, o el verdugo el sentido de esa muerte que él debía ejecutar. Ellos eran espectadores de la tragedia de la condición humana, fríos espectadores de lo que eran impotentes para descifrar.

Los hombres solo son ante nuestra mirada un conjunto de gestos indescifrables que tal vez Dios pueda descifrar, o quizás tampoco Dios pueda entender qué quieren los hombres con lo que hacen, con sus gestos, con sus miedos en forma de palabras.

Pero yo no soy Dios, soy un hombre como Barrabás, como el enano, como el verdugo, como todos los espectadores que pueblan la tribuna, buscando una clave que no puedo encontrar porque quizás no existe.

Vi a estos hombres rubios y negros correr como si estuviesen escapando de la muerte, de una muerte que inexorablemente los alcanzará para demostrarles lo inútil de su carrera. También veo correr a los políticos, a los intelectuales, a los místicos, a los ladrones, a las bailarinas, a las amas de casa, a las prostitutas, a los travestis, me veo correr a mi mismo. ¿Adónde vamos? Hasta ahora solo el silencio vacío me mira, a mí, al que mira, sin responder”.

Pär Lagerqvist me miró y con un gesto amable se despidió para ir descendiendo por la tribuna.

Le pregunto al Rishi Kanva qué es esa luz sólida que cubre el estadio **Hamburg Arena** mientras se está jugando el partido entre Argentina y Costa de Marfil.

El Rishi me explica que esa luz sólida penetra en las energías oscuras y le impide a los espectadores pactar durante el transcurso del encuentro.

En cuanto al partido que acaba de terminar con el triunfo de Argentina sobre el equipo africano por 2 a 1, con goles en el primer tiempo de Hernán Crespo y Javier Saviola, y el descuento en el segundo tiempo a cargo de Didier Drogba, no anuncia nada espectacular para ninguna de las dos selecciones, pero no hay que olvidar que es el primer partido, y nadie como dicen los argentinos, está dispuesto a poner toda la carne en el asador.

Los goles en el primer tiempo del equipo argentino lo llevaron a José Peckerman a instrumentar la estrategia del repliegue para conservar el resultado.

Siempre estas estrategias resultan arriesgadas, y más aún si el rival tiene figuras como Didier Drogba que achicó la diferencia, y cuando el árbitro dio por terminado el encuentro a

cualquier espectador objetivo le pudo quedar la impresión que Costa de Marfil debió haber llegado a la igualdad.

Ernesto Sábato, el conocido escritor argentino, coincide que esta actitud especulativa es muy argentina.

“Un marxista de cualquier parte del mundo, incluso si es argentino, afirmaría que somos un pueblo pequeño-burgués en el sentido más miserable que tiene ese término.

Queremos ganar especulando, ¿qué otra cosa fueron la época de Martínez de Hoz o el menemismo?

Por supuesto también el siglo XX nos ofreció algunos héroes, como los anarquistas de la Semana Trágica y los peones de campo de la Patagonia, que tan bien refleja Osvaldo Bayer, con quien no tengo una buena relación porque critica algunas conductas mías, pero, nobleza obliga, no puedo dejar de reconocer que es un buen retratista de esta dolorosa masacre. También pueden entrar en esa categoría heroica muchos de los que lucharon contra la dictadura militar, pero ya no hay hombres como San Martín o Lavalle, a quien exalté en **Sobre Héroes y Tumbas**.

La inmigración con su culto al bienestar, a la seguridad que venían a buscar a estas tierras, nos dejó por herencia una mentalidad que hoy vimos reflejada en la cancha. El oportunismo inicial, una cierta ganancia, y después a abrazarnos a lo ganado para no perderlo, pero no en una lucha honesta sino en la artimaña del repliegue.

¿Y acaso esto no es una estafa? Los jugadores estafaron a los millones de argentinos que frente al televisor esperaban ver desplegada la enorme capacidad que tienen estos muchachos y seguramente terminaron sufriendo, como nosotros acá en la cancha, para lograr un mezquino triunfo frente a un ignoto equipo africano.

Esta es la tristeza que me embarga por mis país, un pueblo quejoso, y si aumenta el precio de la lechuga, muchos ya quieren emigrar a Alaska porque alguien les contó que allá la lechuga es barata, y que permanecen indiferentes ante una civilización que se está cayendo a pedazos.

¿Tendrá esta civilización que desmoronarse sobre nuestras cabezas para que empecemos a darnos cuenta de lo que está ocurriendo?

Creo que pocos entendieron mi obra, los ciegos no son una figura literaria, son los hombres ciegos a su destino que terminan conformando una secta destructiva para volcar desde su oscuridad el terrible odio a si mismos, y a los otros que les embarga.

El túnel es el laberinto sin salida de una vida ciega por donde circulan esos hombres pequeño burgueses en, como ya dije, el peor sentido de la palabra, arrastrándose hacia la Nada.

Y Abbadón es el demonio exterminador cuya guillotina pende sobre todas las cabezas humanas.

Sin embargo de mi profunda desesperanza ha nacido un hilo de esperanza, y en mi vejez, cuando mi vanidad quedó reducida a un golpe de efecto, escribí un pequeño libro, casi desapercibido, **La resistencia**, donde hablo de una resistencia distinta a la lucha oscura que los hombres llaman resistir.

Esta resistencia es la esperanza que entramada con la fe busca, con desesperación podría decir, un camino de redención. Y la resistencia es posible porque la sed de comunión no está muerta en nosotros. Aletargada, embrutecida, amordazada, pugna por liberarse en un hombre ciego que quiere ver para atreverse a vivir.

Para terminar solo me queda decir que espero que los muchachos del equipo argentino reaccionen, porque esto es mucho más que un campeonato de fútbol, es la necesidad de encontrar la luz más allá de la ceguera, de enterrar al pequeño burgués que encuentra sus templos en los shoppings y en los bancos, y que de su miseria renazca un hombre que sea capaz de ver la vida en su luminosidad y se sienta capaz de habitarla”.

¡Qué fiasco! Soy el Gran Demonio y no salgo de mi azoramiento, ya ni las jerarquías de las razas se respetan. Los gloriosos guerreros vikingos no le pudieron ganar a unos esclavos de cuarta de una paupérrima isla del Caribe. ¿Y los polacos vencidos por unos indígenas famélicos? Hasta los germanos, herederos de mi fiel hijo Hitler, por momentos se vieron acosados por un negrito llamado Wanchope, que figura en la última categoría de mi lista de demonios. El imperio inglés dependió para ganar del torpe error de un guaraní, un hombre perteneciente a una raza que creí que ya no existía en el planeta. Ni que hablar de los orgullosos argentinos, los europeos de Latinoamérica, que temblaban de miedo ante el temor que les empatasen unos primitivos que acababan de salir de alguna selva africana.

Y ni siquiera en este aburridísimo juego corren, como en la corrida de toros, algunas gotitas de sangre. Unas pataditas, tarjeta amarilla, en el peor de los casos la expulsión con la roja, y ahí se acabó todo. Lo más que puedo esperar y no siempre se da, es alguna rotura de ligamentos o una fractura de tibia y peroné.

Como soy el Gran demonio no tengo una madre, pero de tenerla le diría.

“Madre, ¿por qué me has traído a este mundo?”

Devuélveme a las sombras para que no vea en lo que se va a convertir mi Imperio, este Imperio que tan trabajosamente construí, tener que verlo dado vuelta, habitado por una estupidez que ni en el más desorbitado de mis delirios pude jamás imaginar”.

Es como si ya nada tuviese que hacer, está todo hecho y para peor mal hecho.

Perdonen mis fieles hijos este momento de desesperanza pero lo que acabo de ver jamás imaginé verlo, todas las jerarquías demoníacas patas para arriba.

Mis fieles hijos, vuelvo a estar con ustedes pero ya totalmente repuesto. Mi psicoanalista me llamó a la realidad, esto no es más que un campeonato de fútbol aunque se haya convertido en el fundamento de mi Imperio. Este psicoanalista me recriminó, es al único que le permito recriminarme, que no me deje invadir por la duda. Es como si me terminase invadiendo mi propia naturaleza y lo que generó en los otros, por descuido o fatiga, el trabajo de un Gran Demonio termina siendo fatigoso, me lo provocó a una parte importante de mi identidad. Mi fiel psicoanalista me hizo ver la realidad, las jerarquías demoníacas siguen funcionando a pleno más allá de los deslices que se puedan presentar en un Mundial. Además, al final de la contienda todo volverá a la normalidad.

Este psicoanalista, que soy yo, me convenció que parte de mi terapia era presentarme ante ustedes para mostrarles el poder inalterable que tiene El Gran Demonio.

Y con este propósito me dirijo a ustedes en esta nueva etapa de la historia demoníaca para contarles algunos aspectos de la verdadera historia por la que atravesó la humanidad, y para eso rasgaré los velos que la ocultan y que les ha cegado la comprensión del mundo, habiendo quedado en el infantil juego de héroes y villanos.

Desgarraré el velo que les mostrará la verdad de los santos.

Muchos de ustedes se hincarán sus rodillas en los templos católicos venerando las imágenes de los santos, y por supuesto como ningún acto humano es desinteresado ni gratuito, esa veneración es siempre a cambio de algo, un novio para las treintañeras que todavía no han cazado nada, no morirse para los enfermos que están prontos a entrar en mi morada astral. Sería redundante seguir mencionando intercambios que todos conocen de sobra porque aún los más ateos, que son ateos de Dios pero no del Gran Demonio, en sus inconfesados pensamientos tienen algún santito a quien entregar una larga lista de pedidos.

¿Cómo es esta historia de los santos? ¿Quiénes son estos perpetuos dadores de milagros? Les voy a contar la historia jamás contada, por decirlo en palabras del periodismo amarillo, acerca de estos volátiles personajes que habitan mi mundo astral, y no se asombren si tienen como misión consolidar mi poder en la Tierra.

Pero como decía mi fiel hijo Jack el Destripador, vayamos por partes, y la primera parte, lo confieso, fue la historia, no digo de un fracaso, pero sí de la postergación de mi triunfo.

¿Y en qué momento tuve que postergar mi triunfo? Cuando Lucifer, una de mis manifestaciones más poderosas en la Tierra, no pudo tentar a ese enviado del Padre que tenía la intención de combatirme. ¿Y cuál era su perverso propósito? Que ustedes mis fieles lectores pudiesen regresar al insulso mundo del Padre del que habían tenido el buen tino de escaparse para cobijarse en mis poderosos y protectores brazos. Creo que el nombre de Jesús les dice algo, ¿no?

Este incidente no hizo más que excitarme para que siguiera jugando, ya les explique que juego permanentemente para no aburrirme. Y la llegada de este cartero del Padre excitó mi imaginación hasta que terminé gestando una genial estrategia.

No se olviden mis fieles hijos que soy el padre de todas las guerras, y como una guerra la gana el que tiene la mejor estrategia, y cualquier estrategia sabe que para vencer al enemigo hay que quebrarle su logística y aislarlo hasta imposibilitar todo movimiento significativo, me encargué de planificar la destrucción de la red comunicacional que trataba de armar el enemigo.

De todos modos este enemigo era caricaturesco porque pretendía enfrentar a mis legiones de elite, disciplinadas, entrenadas y experimentadas con un ejército cuya primera línea estaba formada por unos pescadores primitivos, a uno de ellos logré que pidiese ser crucificado con la cabeza para abajo; niñas inocentes a las que llevé a la tortura para que preservaran su virginidad cuando les mandé a mis muchachos para que las violaran, fanáticos a los que incité a que se arrojasen a los leones, ascetas flagelantes y predicadores que engolosinaban su ego escuchando sus propias palabras, me bastaba despertar algún poder chamánico de cura para que el beneficiado se creyese inspirado por el Espíritu Santo.

Fue todo tan fácil que como puntada final no tuve más que revivir un antiquísimo pacto con el que había logrado dominar casi a la totalidad de las civilizaciones, digo casi porque en Oriente alguna se me escapó. Este pacto que hice con los dioses es el pacto de veneración. Los dioses eran venerados por sus pueblos y como yo habitaba en ellos me terminaron venerando a mí.

No tuve más que desempolvarlo, ya que con los últimos dioses que se habían convertido en Grecia y Roma en histéricos fantasmas que cubrían su impotencia montando una gran escenografía, este pacto casi no funcionaba.

Le hice algunos arreglos y no tuve más que ofrecérselo a los que tenían aspiraciones de santos. Ellos me debían entregar su alma y las de sus devotos y serían venerados por los siglos de los siglos. De esta manera mataba dos pájaros de un tiro, lograba atrapar un sinnúmero de almas y neutralizaba toda veneración al Padre.

Quiero aclarar el sentido que le doy a la frase de *entregar el alma*. No es que yo pueda apropiarme del alma, por ahora no puedo, ya que apropiarme de un alma sería apropiarse del Padre, sino que intensifico la oscuridad del ego del pactante, quedando el alma cada vez más oprimida y alejada de la conciencia de ese ego. El final, ya lo saben, es obligarla a abandonar el ego que inmediatamente con este abandono se demoniza por completo.

Mis fieles lectores, ya pueden darse cuenta que mi proyecto va viento en popa, y en un tiempo mucho menor del que nadie puede sospechar, la mayor parte de los humanos pasarán a engrosar mi ejército demoníaco.

Si continúan manteniendo su lealtad, cuando me pertenezcan por completo, convertidos en demonios, no me olvidaré de ustedes, el Gran Demonio es siempre agradecido con sus fieles súbditos, y les reservaré un buen pasar en el infierno.

Hasta pronto, su Emperador, el Gran Demonio.

El discurso del Gran Demonio apabulló al mandala de convocantes.

“A este tipo no hay con qué darle”, opinó uno de sus integrantes.

“Es un estrategia de primera”, agregó otro.

“Es avasallante”, dijo con desaliento un tercero.

El maestro Yuktswar sonrió y le preguntó a todos:

“¿Por qué creen que el Gran Demonio gobierna el mundo a su antojo? No es por su inteligencia, porque como ya les dije alguna vez, la inteligencia demoníaca es solo una burda y primitiva imitación distorsionada de la Inteligencia Divina que pudo contemplar cuando, antes de su rebeldía, vivió en comunión con El Padre.

Entonces, ¿cómo es posible su dominio? Por la astucia. ¿Y qué es la astucia? El engaño que hipnotiza la conciencia velando el discernimiento. ¿En qué consiste el discernimiento? En descifrar al Gran Demonio. ¿Qué es descifrar al Gran Demonio? Descifrar su naturaleza.

“Maestro, estamos más confundidos que antes. ¿En qué consiste el desciframiento de la naturaleza del Gran Demonio?”, se escuchó la voz compungida de un miembro del mandala.

“Descifrar es desocultar su naturaleza. ¿Cómo es posible desocultarla? Observándola desapegadamente, esto es sin proyecciones ni preconceptos, sin el deseo de ser lo que se está observando, esto es el Gran Demonio. Solo así es posible salir de la hipnosis.

Claro, se preguntan ¿dónde está el Gran demonio para poder observarlo? Muy simple, en las conciencias posesas de los hombres. Allí se encuentra en su hábitat preferido, el que ocupa a través de sus emisarios, los demonios personales, que no son otra cosa que sus epifanías. ¿Pensaron alguna vez que cada conciencia, con su intensidad, calidad, coloratura, es decir lo que se presenta al mundo como su característica personal, no es más que el Gran Demonio en una de sus incalculables manifestaciones?

Estoy hablando de lo que el hombre llama ingenuamente su individualidad.

Por supuesto, la mejor posibilidad de observarlo es observarse a si mismo en esa condición demoníaca.

Es un desdoblar la conciencia en conciencia observante y conciencia observada, y esto es posible en el desapego. ¿Y qué puede observar la conciencia observante en la conciencia observada? Que es en la impermanencia, en el cambio, en el tiempo, por lo tanto no es sino en el deseo siempre

insatisfecho de querer ser en una imposible eternidad. En ser un fantasma que sueña la eternidad que no es y no puede ser nunca porque es en la temporalidad, es decir en el no ser. Esto es el Gran Demonio en ustedes, la conciencia como deseo imposible de eternizarse en el tiempo.

El Gran Demonio, como sabe que nunca podrá ser en la eternidad, odia al alma que habita en los hombres pero estos la ignoran, por eso busca demonizar al ego para que el alma lo abandone y llegue a ser lo que él es ¿Y qué es el Gran Demonio? Ya les dije, Nada, por eso quiere condenar a los humanos a la Nada, a ser demonios, a esa triste existencia que él arrastra, porque la Nada es ser fuera del Padre.

¿Recuerdan al demonio Juan?”.

“El amigo de los niños, el demonio que aceptó la propuesta de conversión del Padre”, dice recordando un miembro del mandala.

“El inspirador de la historia de la humanidad”, recuerda otro.

“También recordarán –agrega el maestro Yuktswar– que Juan decidió convertirse cuando comprendió que podían ganar todas las batallas, pero la guerra, inexorablemente, la ganaría El Padre. Esto era inevitable porque ellos se terminarían agotando en el tiempo, y El Padre siempre permanece en la Eternidad.

El Padre solo tenía que esperar la disolución del Gran Demonio”.

“Maestro, ¿y cómo han jugado en todo esto los santos?”, pregunta otro convocante.

“El Gran Demonio los mostró únicamente como personajes burdos y hasta grotescos a quienes no tuvo dificultad alguna en arrastrar a cualquier locura.

Sin embargo ustedes intuirán que no es así, fueron en un principio almas a las que la presencia de Jesús despertó una embriagante fe y el único horizonte de sus vidas era la búsqueda de la salvación.

Pero dije en un principio, porque luego la mayoría cayó en la trampa que les tendió el Gran Demonio”.

“¿Cómo es posible maestro que hombres y mujeres movidos por una fe tan profunda fueran tan fáciles presas del engaño?”, mostró su desconcierto una voz que surgió del mandala.

“Tuvieron mucha fe pero ni una pizca de discernimiento, y para el Gran Demonio fueron bocaditos demasiado fáciles.

El discernimiento implica en esta dimensión de la realización de la santidad, intuir la diferencia entre ego y alma. La fe, sobre todo en su fase más primaria, se manifiesta como una expansión emocional, y el Gran Demonio la puede manipular sin dificultades porque al potenciarla mediante una desmedida ascesis, que hasta ha incluido la flagelación como método, en vez

de disminuir el ego para ir experimentando siquiera alguna vibración del alma, lo va engrandeciendo hasta terminar ensoberbecido y totalmente dispuesto a firmar el pacto de veneración porque, por supuesto, se lo merece.

¿Entienden? En vez de ir disolviendo el ego, que no es más que una excrecencia del Gran Demonio modelado vida tras vida por los pactos y ese artesano que es el demonio personal, lo fueron agigantando hasta que en algunos casos demonizarlo por completo”.

“¿Qué quiere decir maestro que el ego se demoniza completamente?”, se escucha decir a un convocante.

“Que corta toda conexión con el alma, o más precisamente que el alma lo abandona porque ya no puede habitar un ego absolutamente degradado por sus posesiones, esto ya lo vieron en la visión del enfermo terminal al que su alma abandonaba. Ese ego, sin la presencia del alma que lo definía como humano, solo tiene conciencia de su condición demoníaca, por eso es un demonio”.

“¿Por qué la energía del discernimiento quedó ajena a esta experiencia que buscaba la santidad en el Cristianismo?”.

“La energía del discernimiento debía aflorar en Grecia, esa civilización que inspiró El Padre para posibilitar la evolución de un Occidente primitivo, mágico y tribal.

Así fue que envió en misión un grupo de almas que debían gestar la energía del discernimiento que luego tenía que unirse a la potentísima fe que siglos después traería Jesucristo, y en esta fusión alquímica se abriría el camino de retorno al Padre.

Esto debió ser el cristianismo y no en lo que terminó convirtiéndose.

En el relato de los niños aparece el lamento de estas almas a las que tentó el Gran Demonio con la inmortalidad de su nombre en la historia. Ya saben que estoy hablando de los presocráticos.

También recordarán la tarea de los demonios filósofos para confundir a los egos que buscaban la verdad, y el megapacto que hizo Aristóteles.

Lo que debió ser el origen del discernimiento en la cultura occidental, la alquimia negra lo transformó en una complicada trama de conceptos que manejados por los demonios terminó estrangulando esa civilización.

Pero todo esto ya es pasado, y ahora los Rishis, cumpliendo el Plan del Padre, vienen a revertir esta nefasta historia.

Una de sus tareas será procurar la salvación de los santos.

Los Rishis Nodhas y Praskanva se ajustan el manto regulador de energía. A su lado Jaris, en el planeta donde se preparan los Rishis destinados a misiones especiales y que está ubicado en una región del universo inaccesible para los demonios, les va dando las últimas instrucciones antes que desciendan al plano astral de la Tierra.

Nodhas explica a los lectores cuál es la misión que les encomendó Jaris y porqué tienen que usar el manto regulador de energía.

“Empiezo por decirles el sentido de este manto regulador de energía. Debido a que los Rishis tenemos una calidad e intensidad energética que está en sintonía a los planos cósmicos que habitamos, esta no puede ser resistida por ningún ser que habite cualquier región del plano astral, aún los más sutiles, por eso este manto regulador de energía, confeccionado con materiales galácticos, tiene como función ir regulando nuestra vibración a la vibración del plano en el que debemos operar.

Hablemos de la misión que Jaris nos ha encomendado. Esta consiste en descender a las densas profundidades del astral para rescatar a los santos cristianos.

¿Cómo es posible que los santos se encuentren en esos abismos? Ya tanto el Gran Demonio como el maestro Yuktswar les relataron el engaño en que cayeron los santos y que los hundió en el abismo.

Pero, ¿un engaño puede llevar al alma a caer en lo abismático? Solo puedo decirles que todas las almas que están en el abismo es porque fueron víctimas del engaño del Gran Demonio.

Seguramente un abogado defensor de los santos cristianos argumentaría que estos santos tuvieron buenas intenciones de servir a sus hermanos, adoraron a Jesús y a la Virgen, durante su vida terrenal mantuvieron la castidad y la pureza de costumbres.

Lamentablemente esto no cuenta cuando de pactar con el Gran Demonio se trata.

A los humanos les resulta imposible salir de las apreciaciones de bueno y malo, de bellísimas personas, de ser espiritual, y todo eso sin duda fueron los santos, pero un pacto es un pacto y sus consecuencias son inevitables.

Hay que tener en cuenta que el pacto de veneración al ego es el más comprometido de los pactos, ya que lo que le ofrece el Gran Demonio al pactante es ser venerado en su ego y que le pague entregando a los devotos que lo veneran.

El Gran Demonio realiza en este pacto su máxima ambición, porque al venerar al ego lo están venerando a él, ya que todo ego es el Gran Demonio manifestado en el plano humano.

No es difícil entender porque el ego del santo cae al abismo, ya que por ley de sincronización energética tiene que habitar la misma región astral que habita el objeto real de veneración, que es el Gran Demonio.

Bueno, ya tenemos que partir a cumplir la misión que nos encomendó Jaris, el relato lo continuaremos desde el infierno.

Los Rishis Nodhas y Praskanva comienzan el descenso al infierno de los santos y lo hacen por un canal de tiempo muy lento, esto es un canal cuya energía-tiempo se despliega con más lentitud que la que corresponde a los niveles del plano astral en que se encuentran.

Los Rishis pueden atravesar inconmensurables espacios, tal como los hombres representan el espacio, en ínfimas fracciones temporales tal como éstos conciben el tiempo. Por supuesto, tiempo y espacio en las dimensiones que habitan los Rishis nada tiene que ver con la percepción tempo-espacial que tienen los humanos, pero al tener que operar en la Tierra los Rishis deben ajustarse a los registros de tiempo y espacio del plano porque estos son el envase, por decirlo de algún modo, donde puede llegar la energía del conocimiento que debe traducirse a conceptos que la mente sea capaz de recepcionar.

Hecha esta aclaración, escuchemos a Praskanva.

“El tema que voy a abordar es el de la identidad, tal como se concibe en el plano físico y como en el plano astral esta visión de la identidad desaparece, quedando una rémora, bastante confusa pero intensa de lo que se considera el yo personal. Esto es así porque en el plano astral se manifiestan otras leyes que en el físico.

En el plano físico, objetos, personas, cualquier forma de vida animal o vegetal, incluso los fantasmas de los descarnados o los demonios materializados, como también cualquier acontecimiento que ocurra, o teorías que construyan las distintas disciplinas, se presentan a la mente como entidades separadas y únicas, quiero decir que se las piensa como sustancias, esto es con una identidad propia.

Un ejemplo puede aclarar lo que estoy diciendo. Pongamos por caso la teoría de la Relatividad de Albert Einstein, a la que, en el orden del conocimiento, se la concibe como una construcción única y sustancial que da cuenta de una región de la realidad y que fue pensada y expresada por un sujeto también único y sustancial.

¿Por qué se considera a la teoría y a su creador como algo sustancial? A la teoría porque las creaciones abstractas solo adquieren sentido en el conocimiento como entidades únicas y diferenciadas de las otras teorías. Es una ley del conocimiento mental, y a su creador porque éste es percibido en el mundo sensible como la imagen de un personaje identificable de los otros per-

sonajes que habitan el planeta con un nombre, Albert Einstein, diferente de todos los otros nombres de personajes.

Ahora les pido que por un instante abandonen el plano físico, suspendan sus sentidos y vayan a la mente. ¿Encuentran allí alguna unidad? Es evidente que no la podrán encontrar pues han entrado en un territorio alucinante, habitado por los monstruos engendrados por el gran monstruo de la imaginación, y estos hijos son las proyecciones que agitan esperanzas y desesperanzas, dulces sueños y pesadillas, euforias y angustias, algunas calmas y muchas tormentas, apegos y odios, y todo lo que la mente puede proyectar en la binariedad que la rige. En la mente moran inagotables universos que aparecen y desaparecen vertiginosamente, y hasta las grandes y consistentes teorías plasmadas en el plano físico, aquí no son más que semillas demoníacas que mediante un gran pacto alguna mente poderosa le dio la realidad de la verdad.

¿Qué es este extraño mundo de pasiones e ideas del que estoy hablando? Esto es el infierno, el Gran Demonio habitando las mentes de demonios y humanos. En los humanos es la conciencia posesa que los atrapa a la ilusión de la Tierra. Es el engaño del Gran Demonio que potenciado con el pacto de veneración sumergió a los santos en el infierno. Es el otro extremo del alma entregada a la Unidad del Padre y este otro extremo es la cancerígena y incontrolable multiplicidad del Gran Demonio, una multiplicidad que solo puede tener como destino la autodestrucción en la Nada.

Los Rishis hemos llegado a la Tierra para detener la abismática caída del hombre, y ahora nos trasladamos a lo más abismático del infierno para procurar rescatar a esos santos que han consolidado con el pacto de veneración la gloria del Gran Demonio, porque al venerarlos a ellos al que realmente los devotos veneran es al Señor de los infiernos.

De todos modos algunos santos, unos poquitos, han salido victoriosos de la tentación de este pacto, como San Francisco y Santa Clara, y también San Benito, que todavía están resistiendo. No son los únicos, hay otros que por Gracia del Padre, una Gracia que llegó a todos pero que muy pocos aceptaron, comprendieron el engaño y están luchando con la oscuridad que no cede en las promesas de convertirlos en dioses.

El infierno tiene innumerables niveles que no son otros que los niveles de oscuridad de la mente. Los Rishis van penetrando en una región que se presenta a los sentidos astrales envuelta en densas humaredas que entremezclan tonalidades del negro y donde se escuchan alaridos sin silencios y se olfatean olores nauseabundos y se gustan alimentos pútridos, mientras los cuerpos astrales son permanentemente quemados y heridos por los demonios torturadores.

Esta escena ocurre en un tiempo sin tiempo, en la vivencia de un transcurrir que nunca acabará, en esa parodia de eternidad que representa el Gran Demonio.

Allí están quienes cayeron en la tentación de ser venerados, condenados a la veneración en ese tiempo detenido, sufriendo el más cruel horror del infierno, cubrir con venerables máscaras sus pestilentes llagas, para seguir atrapa ndo almas y pagar de este modo el precio que postergue la desintegración final, donde cada conciencia que todavía está atada a la ilusoria precariedad de un yo sostenido por la energía del Gran Demonio, fue fragmentada en infinitésimos yoes, pero donde cada uno carga con el terrible dolor de ese yo originario, ahora multiplicado y potenciado al infinito.

Nodhas y Praskanva irradian una potente luminosidad que disipa la humareda negra y entonces aparecen las deformadas imágenes de algunos de esos seres agonizantes que en su desesperación tratan de alcanzar esa luz, pero la mayoría huye, no la soporta.

Emergiendo entre las fisuras del humo negro, se adivina la presencia de alguien. Es un arcángel que llora. ¿Qué humano podría imaginar un arcángel hundido en el infierno? La mayoría no podría imaginarlo porque no cree en los arcángeles, y los que todavía tienen un espíritu religioso los imaginan en el Cielo, en las cercanías del Padre.

Sin embargo allí está, San Gabriel arcángel mira a los Rishis mostrando su ala rota y cargado con mucha angustia.

San Gabriel arcángel confiesa que los humanos, a los que ingenuamente se acercó cuando lo veneraban con oraciones y ruegos, se colgaron de sus alas, algunos con la ilusión de salvarse y otros con la perversa intención de arrastrarlo a la oscuridad. Así le quebraron su ala.

Está angustiado por haber permitido que le rompieran su ala, y más angustia siente cuando presiente que también le quebrarán la otra, y entonces caerá inevitablemente a los abismos del infierno que ahora todavía puede sobrevolar.

La energía de los Rishis rescata del olvido su recuerdo, y San Gabriel arcángel recuerda cuando El Padre le dijo:

“Eres un arcángel porque necesito enviar un mensaje, pero nunca olvides que no eres nada que no sea parte mía”.

Y Gabriel olvidó lo que El Padre le pidió que no olvidara cuando cayó en la tentación que lo veneraran como parte separada del Padre.

Los Rishis lo consuelan y Nodhas le dice:

“Ven con nosotros”.

Gabriel acepta salir del infierno porque ya no le teme al Gran Demonio, y después de esta entrega, que es la entrega al Padre, los Rishis lo llevan a una vibración donde se desintegra en la luz su nombre y forma, esa es la desintegración divina.

“Ya no hay que anunciar nada, El Padre no necesita mensajeros, ahora volverás a tu condición original, ser pura energía en El Padre”, concluye Praskanva.

Gabriel ha dejado de existir, tanto el Gabriel que le anunció a María el misterio de la encarnación de Jesús y el Gabriel como aquel que creyó que debía ser venerado por haber sido el privilegiado mensajero del Padre.

Los Rishis continúan su trabajo en el infierno.

Garasura es un ave que sobrevuela el cielo dejando una estela luminosa a su paso. El ave desciende posándose en un árbol y al hacerlo el Rishi se transforma en el alma de la Naturaleza y dice, mostrando su manifestación:

“No queden cegados ante lo que aparece ante sus ojos.

Los hombres son seres débiles que permanentemente imaginan mundos para fascinarse por estos y perder el verdadero sentido de la vida.

Alcen su mirada más allá de este paisaje natural, más allá de mi voz y de mi mensaje, atraviesen la Nada, y si pasan la prueba estén seguros que han llegado al Origen”.

Gotama es el Rishi encargado de ayudar a purificar las proyecciones mentales antes de que tomen contacto con el inconsciente.

“No será fácil esta tarea pues la mente es muy veloz y hay que ser más veloz que la mente para poder purificarla antes que sea demasiado tarde”, dice preocupado el Rishi.

Kutsa se encuentra en un inmenso caserón que tiene todas las ventanas cerradas. Una a una las va abriendo, permitiendo que los rayos de luz vayan invadiendo las habitaciones hasta que todo queda iluminado.

“Nada puede ocultarse cuando aparece la luz.

Hasta los secretos mejor guardados se revelan.

Pídele al Padre que te inunde de Luz y la oscuridad que te habita te será revelada.”.

El Rishi Kasyapa dice:

“Pensé que ya nunca volvería de la eternidad, pero aquí me han llamado para cumplir una misión y aunque el costo es grande porque es dejar la eternidad plena para que una parte mía ingrese al tiempo, aquí estoy como fiel colaborador del Padre.

Dispongo de las herramientas suficientes para sanar al hombre, porque lo que estoy viendo son heridas muy profundas que se ha infligido aunque no lo sepa.

No solo curaré las heridas sino también enseñaré qué o quiénes las han causado”.

Varsaghiras, que se presenta como una proyección etérea con mucha pena, expresa:

“Los hombres no han aprendido nada, se encuentran en un gran retroceso, parecen estar cayendo sin parar y en esa caída arrastran su alma que desesperadamente trata de salvarse.

Esta es una lucha permanente, el ego cada vez más monstruoso y el alma con la ínfima luz que puede proyectar, tratando infructuosamente de detener la caída.

Escucha a tu alma antes que esta te abandone.

Nosotros destaparemos tus oídos para que puedas escucharla, pero tú debes decidir si quieres hacerlo o prefieres la sordera del infierno.

El Rishi Trita recorre aldeas de culturas primitivas donde todo está en llamas y los habitantes reclaman ayuda a sus dioses para no morir quemados.

El Rishi se presenta enviando una luz que extingue el fuego y después de hacerlo recrimina la ignorancia de ese pueblo.

“El Padre me ha enviado para pedirle que no vuelvan a equivocarse, el sufrimiento no tiene fin si no alcanzan a darse cuenta de cual es su origen.

Intuyan que más allá del sufrimiento está la Verdad”.

Kakshivat va manejando una nave que ha sido especialmente diseñada para la misión que tiene que cumplir.

La nave entra por la boca de un volcán hasta llegar a sus profundidades, donde comprueba que se está preparando para erupcionar.

Desde la nave envía una lluvia que deshace la lava.

“¿Entendieron que el volcán a punto de erupcionar está en el interior de cada uno de ustedes y la lluvia es la Gracia del Padre?”, pregunta el Rishi.

“Libérense de las posesiones demoníacas”, dice imperativo el Rishi Parachchepa y se retira.

“Acercaré todas las energías necesarias para que se liberen de sus posesiones tal como se los pidió el Rishi Parachche pa”, promete Dirghatama.

Agastya se acerca a los dos Rishis anteriores y dice:

“El hombre no puede advertir la enorme oscuridad en que está sumergido.

Encenderé tantas luces como sean necesarias para que pueda verla”.

11 de Junio

El **Zentralstadium** de Leipzig, contrasta en su festival de caras pintarrajeadas con ese mendigo escondido en la capucha de un hábito de monje, una capucha que tapa algo que alguna vez pudo ser un rostro humano, y de las mangas de ese hábito sale una mano extendida que parece pedir una limosna que nunca llegará.

Allí está, perdido entre la multitud que pugna por entrar al estadio para ver Holanda y Serbia y Montenegro, como un mendigo que llevando sobre los hombros su infierno privado está condenado a regresar a una Alemania que alguna vez reconoció su santidad.

Nodhas, a pocos metros de las puertas del **Zentralstadium**, que parecen tragar a esa caravana interminable, aparece a su lado y lo increpa.

“¿De qué te escondes?”.

“Si quieres déjame una limosna, hazlo rápido y vete lo más pronto posible”, suena una voz hueca que emerge de las profundidades de la capucha.

“Sé quien eres, no puedes ocultarte a mi mirada. ¿Qué pasó contigo, Pedro Canisio? ¿Debo ser respetuoso y llamarte San Pedro Canisio porque fuiste canonizado por la Iglesia? ¿Recuerdas Pedro tu época de gloria? ¿Tienes presente aquel siglo XVI cuando eras un célebre jesuita holandés, apóstol de Alemania, donde fuiste venerado?”

¿Paradojas del destino, Pedro? Estás en Alemania pero ya nadie te reconoce, no vienen aquí a la misa que con tanto orgullo oficiabas, donde se agolpaban para recibir el pan y el vino que en tu santo sacerdocio consagrabas. Ya lo ves amigo, solo les importa un partido de fútbol y atosigarse con salchichas y cerveza”.

“¿Qué quieres que te diga si puedes leer el secreto de mi tormento?”.

“¿Por qué no me cuentas que te pasa, Pedro?”.

El una vez venerado confesor por fin pudo confesarse de aquello que laceraba ese infierno de llagas en que se había convertido.

“Aún no puedo entender como pude ser víctima de este engaño. Toda una vida que creí virtuosa para que al final, en la muerte, sorprendido, no encontré al Padre que me había prometido que me estaría esperando y me quedé boyando en la soledad infinita, en el sufrimiento inter-

minable, en un espacio sin sentido, un espacio que juega conmigo, arrastrándome a crueles imágenes cambiantes como esta que me muestra en este instante, aquí en Alemania, en el horror del **Zentralstadium**.

Dime la verdad, ¿tú también eres parte de este juego de imágenes demoníacas?”.

“No Pedro, yo soy una imagen del Padre que viene a rescatarte de infierno de todas esas imágenes que te vienen desde tu mente acosando y torturando”.

“No te entiendo, ¿por qué El Padre quiere rescatarme después de haberme condenado a vivir la muerte en este insondable abismo?”.

“No es El Padre quien te ha condenado, Pedro, te condenaste tu mismo al pactar con quien creíste que era El Padre”.

El mendigo se levanta la capucha y con los ojos desorbitados mira al Rishi que le sigue hablando.

“Pedro no has podido llegar al Padre porque desconoces la identidad de tu alma y solo ella puede reconocer a su Creador.

Tu ceguera te ha llevado al único lugar a que puede llegar un ego soberbio, engrandecido pero oculto en la falsa humildad del santo.

Al que adoraste, Pedro es a otro Padre, y no importa cuánto lo hayas servido porque su reino es el engaño y su pago la condena a la esclavitud de su infierno al que logró que pertenezcas.

Pero después de tanta muerte en la muerte, antes de seguir adelante, es importante que disfrutes de este partido y revivas en tu corazón a tu amada Holanda.

Te invito a ver ganar a Holanda pero antes debes vestirte como la gente”, y Nodhas le entrega a Pedro zapatos, medias, un jean y una camiseta naranja.

Pedro Canisio, por primera vez en los siglos que habían transcurrido desde su muerte, sintió algo distinto a lo que había sentido siempre en el infierno cuando, sentado en el sector de las butacas celestes, gritó junto a esa muchedumbre que también lucía como él camisetas naranjas, la presencia del equipo holandés en el césped.

Su corazón se apretujó cada vez que Kezman, la figura del equipo rival, se hacía de la pelota y fue conmovedor verlo abrazarse con su vecino de butaca, que era nada menos que Edsger W. Dijkstra, el informático holandés al que se debe el concepto de programación estructurada, cuando Argen Robben, a los 18 minutos del primer tiempo selló la victoria del seleccionado de Holanda. A su lado el Rishi Nodhas se reía con ganas.

De pronto algo nubló su visión del partido y empezó a contemplar otras imágenes, una de esas imágenes infernales a las que estaba acostumbrado.

Eran 40 soldados de la guarnición de Sebaste, Armenia, arrojados a un estanque helado por rehusarse a sacrificar ante los ídolos paganos. Ese instante del año 320, bajo el Imperio de Licinio, parecía estar detenido en el tiempo.

Los mártires, en medio de un gran sufrimiento, alzan los brazos al cielo, suplicando en el Nombre del Padre. Detrás de ellos el Gran Demonio los alienta en el sacrificio como única esperanza de salvación.

“No deben ceder al terror, recuerden a Cristo en la cruz, humíllense y entréguese al peor de los sufrimientos, solo así serán reconocidos y venerados en el Cielo y en la Tierra por tamaño sacrificio”.

Ninguno de ellos puede decir nada, parece que solo están sometidos a esa fuerza que los impulsa a la locura.

No han entendido el mensaje del Padre, el verdadero mensaje, que lo que debe morir es el ego demoníaco para que florezca el alma, y no el cuerpo torturado que será en su sacrificio alimento del Demonio.

La voz del Rishi, que le pregunta qué le parece la última línea de Holanda, lo saca de esa fracción de segundo que duró la infernal visión.

“Me gustan Mathijsen y Ooijer”, responde Pedro.

En otra tribuna, escondido entre miles de serbios y montenegrinos, un hombre joven, muy joven, con la cara pintada, mira sorprendido el partido y la multitud.

Y el hombre muy joven, Gabrilo Princip, se sigue preguntando: “¿Yo provoqué el infierno o solo abrí una puerta que cualquiera pudo haber abierto y que inexorablemente tendría que abrirse para que saliera la jauría de demonios?”

¿Por qué desaparecen de mi vista Dragutinovic, Nadj y los otros y solo veo al archiduque Francisco Fernando al que maté, y también maté a su mujer, un día de junio, como éste de hoy, en que jugamos con Holanda, pero era el 28 de ese junio y no el 11 como es ahora, y otros éramos los jugadores y se jugaba otro partido, era el partido entre esa Gran Serbia a la que aspirábamos con mis hermanos de Unión y Muerte y este astro-húngaro, heredero al trono, que la quería impedir.

Pero ya no somos los serbios que éramos, esta es una Serbia temerosa, apegada al 4-4-2 o al 4-3-1-2, queriendo siempre defender y no atreviéndose nunca a atacar como me atreví yo, Gabrilo Princip, aquel 28 de junio de 1914 en Sarajevo.

¡Qué es todo esto en este 11 de junio de 2006 en Leipzig!

Otra vez se me desdibuja Milosevic porque se dibuja la imagen del archiduque Francisco Fernando, que parece querer venir a hablar conmigo”.

Francisco Fernando, con mucho humor, saluda a su asesino y se sienta a su lado. Gabrilo no entiende, se asusta, cree que ha llegado la hora de la tan temida venganza.

El archiduque se ríe y burlonamente le dice:

“Qué tonto que eres Gabrilo”, y después de decir esto se quita el disfraz de archiduque y se muestra en su verdadera imagen de demonio.

“Tonto serbio, ¿creíste realmente que un imbécil como tú pudo desatar algo tan interesante?

Las cosas no funcionan así, los pactos inconscientes son para las pequeñas maldades, pero las grandes atrocidades requieren del consentimiento de demonios de alta jerarquía que buscan ascender”.

Gabrilo empieza a comprender y vuelve a Sarajevo, a aquel 28 de junio, y se ve como un autómatas dominado por una gran fuerza que no controla.

“¿Quieres ver, Gabrilo, quien hizo el gran pacto del que yo fui su cómplice y tu un estúpido instrumento?”.

La visión lo muestra maniatado y obligado por dos demonios a sentarse frente a un hombre de mirada dura y fascinante que lo atraviesa hasta casi paralizarlo, pero Gabrilo, con más orgullo que fuerza, susurra:

“No sé quien es usted, pero no tiene idea con quien se está metiendo”.

El hombre ahora lo mira con profundo desprecio.

“¿Cómo es posible la existencia de un ser tan primitivo?

¿Tan poca memoria tienes? ¿No recuerdas con qué fidelidad has cumplido cada paso que te fue encomendado?

Cuidadosamente observé tus debilidades, tu orgullo, tu fanatismo, tus miedos y tuve que pulir cada uno de ellos antes de elegirte.

¿Y todavía no sabes con quien estás hablando?”.

Adolf Hitler esboza un sonrisa de satisfacción y Gabrilo se atreve a preguntar.

“¿Por qué no te conocí antes?”.

“No era necesario que me conocieras, yo cumplí mi pacto y tú el tuyo, y lo has hecho muy bien.

La energía siempre debe ser usada con un fin específico y el darme a conocer en ese 1914 te hubiese confundido y puesto en riesgo el éxito de la empresa.

El mandala de los 12 demonios consideró que debías estar convencido que eras el gran héroe serbio.

No hay nada peor que un demonio sin orgullo”.

La visión desaparece y Gabrilo nuevamente tiene ante sus ojos la imagen del archiduque.

“Eres de los nuestros Gabrilo, el Gran Demonio sabrá en su momento compensarte por lo que hiciste, fuiste después de todo una pequeña pieza que sirvió para activar la historia del siglo XX, la Primera Guerra, después la Segunda en el que tuvo un gran protagonismo mi colega Adolf, también por supuesto todas las guerras, revoluciones y acontecimientos colaterales”.

Inesperadamente, Gabrilo ve que una luz muy intensa invade la tribuna y ante este ataque el demonio del archiduque huye para refugiarse en las sombras.

El Rishi Praskanva lo mira compasivo y solo le dice.

“Pactaste ser el héroe -santo al que toda Serbia veneraría.

Afortunadamente no lo fuiste, por eso todavía tienes una posibilidad de salvarte”.

Mientras tanto Nodhas captura al demonio del archiduque y lo intima.

“¿Desintegración o salvación?”.

El demonio sabe que la desintegración es el sufrimiento en la eternidad del infierno, eterna porque la absoluta densidad de la energía ha clausurado toda posibilidad de su despliegue temporal.

Entonces el demonio elige la salvación.

Cuando la conciencia de Gabrilo vuelve a la imagen del estadio lo encuentra vacío, el partido hace rato que ha terminado.

Abbas Kiarostami, cámara en mano produce el milagro que pueden producir las cámaras, transformar el tiempo, acelerarlo, lentificarlo, detenerlo y también inventar su espacio, agitar las imágenes, empequeñecerlas, hacerlas desaparecer.

El cineasta iraní crea un espacio y un tiempo de piernas y cuerpos que luchan, se golpean, corren enloquecidos para poseer esa amante indócil, la pelota, una amante que solo se entregará a los elegidos, pero nadie es el elegido para siempre porque es una amante infiel que deambula inconstante entre las piernas de los hombres y solo a algunos, a los que caprichosamente elige, se entrega en el orgasmo del gol.

Los amantes abandonados que ya fueron en el pasado, los humillados rechazados, los que todavía son y viven en la esperanza de retenerla unos segundos, nadie a pesar de su gesto burlón, de escaparse permanentemente de sus amantes para entregarse a otros, puede dejar de amarla.

Todos quieren poseerla en ese amor que solo existe exhibiéndose porque es un amor pornográfico que necesita la mirada de miles, a veces hasta de millones y en ese momento del éxtasis supremo, ¿de cuántos?, ¿de mil millones o más? Es un amor que se consume en esa elitista dimensión de lo diabólico del que nunca podrá gozar esa gran masa de voyeuristas que solo pueden admirarlo y envidiarlo desde la tribuna o el televisor.

Ahora la cámara enfoca a la tribuna donde claman los mexicanos, y un mexicano famoso, Octavio Paz, mira más allá de los hombres que sufren y pasan, porque más allá esta la tierra que siempre está, por eso dice el poeta:

“Hoy miro esta tierra / una tierra eterna que me mira cubierta de césped alegre / una tierra que cobijó, cobija y cobijará a los hombres que pasaron, pasan y pasarán / pero la tierra siempre estará hasta el fin de los tiempos / miro la tierra donde los hombres de todos los tiempos juegan el juego que la muerte termina / la tierra que guarda en su seno todos los pasados / aún los pasados remotos de cuando los hombres todavía no eran / la tierra que encierra los secretos / los secretos que no fueron escritos y que un día Krishna le reveló a Arjuna en la tierra de Kurushetra / los secretos que los dioses le revelaron a los héroes griegos en la tierra de Troya / los secretos que Huitzilipotchli le reveló a los aztecas que llegaban a encontrarse con su destino en la tierra de México / los secretos que este 11 de junio Ricardo Lavolpe le revela a Omar Bravo en la tierra de Nuremberg y que nos hará ganar el partido”.

¿Qué pasó con el partido? El comentario puede empezar con una queja porque solo la globalización que imprimió el Gran Demonio a este evento pudo permitir que un equipo como el iraní pudiese salir a confrontar en un Campeonato Mundial.

A los mexicanos les bastó esperar, porque los hombres que aprendieron de la experiencia saben que a la vida y a la pelota hay que esperarla. Por eso permitieron que al principio Irán presionara, para luego desnivelar el juego.

Una audacia de Hashimian hizo esforzarse al arquero Sánchez que la envió la corner, pero a los 28 minutos del primer tiempo todo empezó a ser como debía ser. Una jugada preparada por Lavolpe dio el resultado esperado, una oportuna asistencia de Franco y a Bravo solo le bastó empujar la pelota para decretar el 1 a 0.

Sin embargo los iraníes no se entregaron y esta actitud tuvo su recompensa a los 36, cuando Golmohammadi estableció el empate.

El segundo tiempo mostró un cambio de estrategia por parte de Lavolpe quien decidió que Franco y Torrado se fueran a las duchas y fuesen reemplazados por Zinha y Luis Pérez. Sin

embargo las cosas no se presentaban fáciles para el equipo azteca porque en el inicio de esta etapa Fonseca tuvo que sustituir a Borgetti lesionado y Lavolpe se quedó sin cambios.

México, decidido a concluir con esta historia, comenzó a presionar y los iraníes se asustaron y la mejor fórmula para caer en el desorden, en el fútbol y en la vida, es asustarse. A esto me refería cuando decía que Irán todavía no es un equipo competitivo para actuar en este tipo de competencias porque 11 hombres que se asustan no pueden ser mundialistas.

Mirzapour sale asustado del arco y Rezaei, también asustado, rechaza para cualquier lado, lo que le permitió a Zinha apropiarse de la pelota y asistir a Bravo que la llevó a la red iraquí. Este 2 a 1 no fue suficiente para los aztecas ya que a los 31, 3 minutos después del anterior, un cabezazo de Zinha le dio cifras definitivas a este encuentro, México 3 - Irán 1.

Juan Villoro agita eufórico los brazos en las eufóricas tribunas de México, cuyo seleccionado acaba de derrotar, en su primera presentación, al equipo de Irán.

“¿Qué no le ganamos a nadie?”, le dice algo enojado a un amigo que también eufórico lo acompaña en este triunfo, y el amigo hace un gesto que puede decir las dos cosas, que no le ganaron a nadie o que le ganaron a alguien pero a Juan Villoro no le importa realmente si le ganaron a alguien o no le ganaron a nadie.

¿Quién es Juan Villoro? El currículum dice escritor mexicano, pero a Juan Villoro no lo define totalmente decir que es un escritor porque hay que agregar que es un escritor que escribe de fútbol.

Juan Villoro escribe de fútbol, según confiesa, como una reparación psicológica por no haberlo podido jugar, o por lo menos no haberlo podido jugar bien.

Está cansado que los críticos le pregunten porque no hay novelas importantes de fútbol, hasta puede suponerse que no hay novelas, ni importantes ni no importantes que tengan al fútbol como centro de la historia, y Juan Villoro siempre intelectualiza la respuesta, el fútbol está tan codificado que ha codificado su tragedia y su comedia, es demasiado rígido y no deja espacio para la inventiva del autor. El fútbol solo da para los cuentos breves y las crónicas bien escritas. Esto es lo que argumenta Juan Villoro, pero lo que no confiesa es que él quiso pactar con los demonios escribir una novela de fútbol pero los Rishis se lo impidieron. No tiene resentimientos y piensa que los Rishis hicieron muy bien en no dejarlo pactar porque entiende la diferencia entre un pacto para un best-seller demoníaco, que es lo que él pretendía al escribir una novela de fútbol y una novela de fútbol como camino de conocimiento que sabe no puede escribirla.

¿Por qué Portugal se complicó con Angola? Por la misma razón que los hombres se complican en la vida. Complejizar lo simple fue la actitud de Portugal, imitando la actitud de los hombres ante la vida.

¿Quién podía suponer que el **Rhein Energie Stadium** de Colonia, a los 4 minutos de juego entre Portugal y Angola, cuando Pedro Miguel Pauleta, jugador del Paris Saint Germain –ante un muy buen desborde de Luis Figo ante Joao Pereira Jamba, un jugador de una lentitud asombrosa–, puso el 1 a 0, que todo no terminaría en una goleada a favor de los lusitanos?

Sin embargo, de ahí en más empezaron las complicaciones para los portugueses. Cristiano Ronaldo perdió dos chances imposibles de no concretar. ¿Qué le pasó a Ronaldo? Lo mismo que le pasa a los hombres en la vida, dudan cuando tienen que actuar, se ciegan a veces porque no quieren ver, se apuran cuando tienen que esperar y esperan cuando tienen que apurarse. Esto último le pasó a Ronaldo, por apurarse en la primera jugada la tiró lejos del arco y en la segunda tenía que patear rápido, pero esperó esos segundos que en el fútbol son eternidades, permitiendo que Joao Ricardo, el arquero angoleño, se acomodase, deteniendo la pelota.

También hay algo que no comprende este delantero del Manchester United, como tampoco lo comprende la mayoría de los hombres, que correr velozmente no significa jugar bien, porque de ser así los clubes contratarían a los recordman de los 100 metros llanos.

Ser velocista no sirve para jugar al fútbol porque al fútbol se juega primero con la cabeza y después con las piernas, y piernas sin cabeza es también el modo como se mueve la humanidad en el planeta Tierra.

El reemplazo de Ronaldo por Costinha en el segundo tiempo no mejoró las cosas y el reemplazante deambuló por la cancha como seguían deambulando Petit y Tiago a quienes Luiz Felipe Scolari terminó reemplazando por Maniche y Hugo Viana, respectivamente.

Figo se adelantó para acompañar a Pauleta pero en Portugal todo era confusión.

Angola aprovechó que Portugal no daba pie con bola para atreverse a manejar la pelota en el medio campo, pero cuando tenían que patear al arco parecían tener los zapatos cambiados, y esto lo demostró Anka que convirtió a Ricardo Pereira en un espectador cuando el angoleño colocaba la pelota a enorme distancia de donde debe ser dirigida para tener la posibilidad de concretar un gol.

Los portugueses ante su deficitaria actuación argumentaron que faltó Deco, afectado por una lesión muscular y esta fue una baja significativa a la estructura del equipo. Por su parte Scolari dijo que lo importante fueron los tres puntos.

Queda como conclusión que en el fútbol y en la vida lo peor que se puede hacer es buscar justificación ante lo injustificable, esto es cuando los errores son demasiado visibles.

Ha terminado el primer tiempo y alguien reconoce a Fernando Pessoa, son muchos los que lo reconocen. ¿Cómo no reconocer al inquietante poeta portugués? Y ese alguien y los muchos que lo reconocen le piden, aprovechando el entretiempo, que les ofrezca un poema. Pessoa duda, ya hace mucho tiempo, desde su muerte, que clausuró las palabras, pero ante tanta insistencia y el clima de festejo en la tribuna, accede a inventar ese poema que le piden.

“Escribí poemas / yo, Fernando Pessoa / pero nadie cree en los heterónimos / porque nadie toma en serio a los poetas / artesanos de artificios verbales, nos insultan / nada importante lo que cantan / tal vez nos subestiman porque Platón nos creó mala fama / puede ser / pero yo Fernando Pessoa no soy un inventor de estériles lenguajes / sino un buscador como lo fueron los griegos y Plotino / los místicos medievales y los sabios de los Vedas / y todos aquellos acuciados por lo único que puede acuciar a un hombre honesto / el misterio de lo Uno y de lo múltiple / por eso los heterónimos son la Unidad fragmentada / o mejor pulverizada / porque son heterónimos esos hombres que deambulan en el césped / Hugo Viana, Costinha, Petit, Maniche y los otros portugueses / y también esos hombres de Angola cuyos nombres no conozco / porque somos heterónimos, yo Fernando Pessoa y los muertos del pasado / y los vivos del presente / los dioses / los fantasmas, las estrellas y todo lo existente / y yo Fernando Pessoa me pregunto / como se lo preguntaron Parménides y los místicos / ¿dónde está el Uno del que caímos pulverizados en el mundo?”.

San Agustín se da lustre ante un grupo de angoleños mientras esperan el segundo tiempo de Portugal y Angola.

“Cuando los desprecien por africanos, recuérdense a los despreciadores que ustedes tienen un africano de lujo, y ese africano soy yo, que nací en Tagaste hace mucho tiempo, allá por el 354.

La tradición cristiana me considera dotado de un conocimiento sublime, por eso merecí el título de Doctor de la Iglesia Occidental, y les aseguro que ese título no se lo dan a cualquiera”.

“¿Cuándo madurarás, Agustín? Desde hace siglos que no hay feria o espectáculo en donde no te entrometas para hablar de tu santidad”.

Las palabras recriminatorias de Nodhas golpean duramente el estómago de Agustín, porque en ese *chakra Manipura* habita un poderoso y primitivo chamán, un gran mago de arcaicas

religiones africanas. Ese chamán llegó a posesar al santo cuando este se alejó de la intuición divina y pactó el conocimiento de los demonios.

El Rishi ingresa en el estómago del santo un hilo de energía muy pura y con la aguja del discernimiento comienza a unir lo que hace tanto tiempo se separó.

“Este es el comienzo de un gran y delicado trabajo”, dice Nodhas, mientras los angoleños que rodeaban al santo pierden interés porque ya está por empezar el segundo tiempo.

El **Aleph** muestra a un grupo de Rishis que en círculo rodean a Gritsamada que tiene la imagen de un asceta de la montaña. Allí están Somahuti, Visvamitra, Bharadvaja, Vashistha, Medhatithi, Usana, Purumudha, Ahi y Vamadeva, que con su energía colaboran para que el mensaje de Gritsamada pueda llegar a todos los rincones del planeta.

Gritsamada dice:

“Los Himalayas existen para aquellos, como para mí cuando fui hombre, que llegaron a comprender después de haber experimentado la vida en la Tierra durante encarnaciones y encarnaciones, que todo ese juego no es más que una insulsa trampa infantil, cargada de absurdos sufrimientos.

Entonces ya no tiene sentido seguir jugando un juego que carece de todo sentido y lo único coherente que queda por hacer, cuando todavía se debe habitar la Tierra, es retirarse a la soledad para dedicarse únicamente a la conexión con la Energía Divina.

Los tiempos han cambiado y ahora la estrategia que pide El Padre es otra, ya que considera que el juego debe ser jugado pero no desde la conciencia alienada, como lo hacen la mayoría de los hombres, sino desde la conciencia en El Padre que al penetrar con su Energía en ese juego lo deshace mostrando que la realidad del mundo no es más que una escenografía de cartón pintado a la que le dan vida las engañosas ensoñaciones de los demonios

El riesgo por supuesto es mayor para el jugador que para el solitario asceta, pero los resultados, no les quepa duda, serán rápidamente liberadores.

Ahora cada alma tendrá que procesar en su lugar y en la vida que le haya tocado, y tendrá el desafío de mirar la ilusión allí donde esta se manifiesta, con la mirada del Padre todas las fascinaciones y promesas con que los demonios juegan su juego se terminan deshaciendo.

Pero tengan en cuenta que este juego solo puede ser jugado cuando se está adecuadamente purificado y en absoluta conexión con El Padre. En este límite de nada valen la buena voluntad y las buenas intenciones, cuando éstas, como dice el dicho popular, pueden ser el camino más directo al infierno”.

Houphovët Boigny puede ser un héroe o un villano en Costa de Marfil, según como se lo vea: como el liberador de la dominación francesa o el interminable dictador que gobernó el país a su capricho, según afirman sus detractores. Entre estos se encuentra el general Robert Grei que nunca ahorró epítetos para dirigirse a su odiado Houpho.

Sin embargo un Mundial de Fútbol puede producir milagros y ahora estos 2 hombres, que vieron la repetición el partido jugado el 10 de junio, apagan el televisor que reflejó las imágenes de Costa de Marfil perdiendo, injustamente dicen, con Argentina 2 a 1, están juntos en una complicidad casi afectiva.

Houpho le señala a Robert.

“Qué extraño nosotros dos participando juntos de la amargura de una derrota”.

“Vaivenes de la inexplicable vida”, reflexiona Robert y después de un silencio donde no se atreve a pronunciar la palabra derrota dice: “¿Qué sucedió?”.

Houpho se ríe con la sabiduría de los dictadores viejos.

“No te lamentes, eso no tiene la menor importancia, a veces es bueno perder, la derrota puede traer, si la puedes comprender, invalorable enseñanzas.

Tengo años de experiencia, tú lo sabes Robert, y te puedo asegurar que he pagado muy caro el precio de ganar.

En el momento del triunfo te sientes poderoso e incluso omnipotente, pero pronto entiendes que todas esas sensaciones son solo ilusiones.

Inexorablemente llega la caída, te vienen a buscar y no puedes renunciar y decir aquí no ha pasado nada, los acreedores te persiguen y no hay modo de evadirlos. Por eso Robert, no tiene sentido ponerse mal por esta derrota, porque tal vez las derrotas son lo único que pueden salvarte”.

“Entiendo, amigo, entiendo, yo también sé algo de esto. ¿Por qué no vamos a ver a las chicas del canto africano? Estoy seguro que su canto nos regresará a las entrañas de África y nos salvará de esta estúpida globalización tecno-futbolística”.

Houpho y Robert recorren los caminos de África hasta que reconocen en un recodo a Sophie Mbourou, Sylvianne Henry, Josianne Bikene, Célestine Tsobou Moubickou y Leonie Mano Lini.

“Las más bellas voces de este continente”, las elogia Robert.

“¿Por qué no improvisan algo para nuestros muchachos que están en Alemania?”, propone Houpho.

“Buena idea –apoya Robert– Sophie, ¿por qué no cantas algo para la selección de Ghana?”.

Sophie, muy seria, responde:

El señor me pide que cante para Ghana.

¿Me habrá confundido con una porrista norteamericana?

Corriendo detrás de una pelota estos muchachos del nuevo Occidente olvidaron la raíces de la verdadera canción.

¡Qué dolor!

No quedan ni los recuerdos de nuestra tradición.

El señor me pide que cante para la selección de Ghana.

Lo lamento, no lo voy a hacer porque no me da la gana.

Todos se ríen con ganas de la ocurrencia de Sophie que los mira a Houpho y Robert con mirada desafiante.

Houpho, con tono conciliador, trata de calmar a la muchacha.

“No te enojas Sophie, fue una broma, solo queremos lo que tu quieres, que nos embelesen con los dulces cantos de nuestra tradición que están silenciados por los sonidos rockeros que han enloquecido a la juventud africana.

Entonces Sophie transforma el duro gesto en suave sonrisa y pide unos segundos para concentrarse, cierra los ojos y con los ojos cerrados canta.

*En la tierra, el cielo y en la espuma del mar,
los dioses y las diosas no dejan de cantar,
corre, corre, corre y déjala correr,
mi alma muere y otra acaba de nacer.
Salta, salta, salta no dejes de saltar,
vibra la tierra, vibra el cielo, vibra la espuma del mar,
la noche no tiene enemigos
para el que conoce su abrigo.*

Sophie abre los ojos y señala a Sylvianne, que los cierra para cantar.

*La lluvia que cae,
es una desventaja,
cuando la brisa baja,
cuando la brisa baja.*

*La lluvia que cae,
es un desafío,
para el que tiene brío,
para el que tiene brío.*

*La lluvia que cae,
es un desaliento,
si no tienes viento,
si no tienes viento.*

*La lluvia que cae,
es como un desfile,
para el que se ríe,
para el que se ríe.*

*La lluvia que cae,
es como una fiesta,
para el que se acuesta,
para el que se acuesta.*

Josianne hace una casi imperceptible reverencia y comienza su canto.

*Pasa un rato conmigo
y deja a la noche soñar su sueño.*

*Pasa un rato conmigo
y deja al día hacer su labor.*

*Pasa un rato conmigo
y deja a las luciérnagas que alumbren su luz.*

*Pasa un rato conmigo
y ya no me extrañarás.*

*Pasa un rato conmigo
y tu alma buscará al Creador.*

*Pasa un rato conmigo
y el fuego buscará su ardor.*

*Pasa un rato conmigo
y el agua buscará su sed.*

*Pasa un rato conmigo
y la vida crecerá su amor.*

*Pasa un rato conmigo
y deja a la liebre correr.*

*Pasa un rato conmigo
y deja las manos tejer.*

*Pasa un rato conmigo
y deja al pájaro volar.*

*Pasa un rato conmigo
y deja de cantar.*

Celestine sonríe y canta:

*Los peces de colores
se vuelven verdes
por mal de amores.*

*Y los pájaros del cielo
se vuelven negros
por mis desvelos.*

*Hay un mar de arena dorada,
escucha mi pedido,
tráeme de vuelta el amor que se me ha ido.*

*Hay un mar de roca quebrada,
escucha mi anhelo,
regresa mi amor que yo me muero.*

*Hay un mar de arena fría,
no me quites la vida de entre las manos,
solo te pido mi amor que mi canción no la cante en vano.*

Leonie Mano Lini canta la última canción:

*Una estrella, y otra estrella, y otra estrella
no hacen la noche.*

*Una flor, y otra flor, y otra flor,
no hacen un ramo.*

*Una piedra, y otra piedra, y otra piedra,
no hacen una montaña.*

*Pero tus ojos, amor,
hacen el verano.*

Houpho y Robert aplauden levemente con respetuosa seriedad, las chicas agradecen y se retiran con sus canciones para seguir ofreciéndolas a la blanca luna africana.

Cuando quedan solos Houpho le pregunta a Robert.

“¿Cuándo volvemos a jugar?”.

“El 16, con Holanda”.

“Nos encontramos para verlo juntos?”, propone Houpho y después del gesto de asentimiento de Robert, ambos hombres se saludan y también se pierden por los caminos de África.

12 de Junio

A la hora de los pactos Japón no pactó. Entiéndase bien, nos referimos al pacto futbolístico, porque de los otros pactos, los simpáticos nipones le deben estar pisando los talones a los Estados Unidos.

¿Recuerdan al Rishi Marici camuflado de samurai, entre los jugadores también con imágenes de estos arquetípicos guerreros, que le hizo caer la máscara al astuto demonio disfrazado de sabio maestro? Esto despertó por unos segundos la conciencia de los samuráis que en otra vida serían los futbolistas de la selección japonesa y tuvieron la intuición de no pactar.

Excelente, no pactaron pero después de no pactar tenían que haberse recluido por varias vidas en un monasterio Zen, en Kyoto hay algunos muy interesantes, para purificar sus mentes y no dedicarse al fútbol y venir a un Mundial para exponerse a la venganza del viejo demonio y convertirse en el hazmerreír de todo el infierno. Así llegaron, como ingenuas palomitas al encuentro con Australia.

Los australianos que tienen una sensibilidad para el fútbol como Hitler puede tenerla para la música de Mozart, en los 6 minutos finales definieron el partido con 3 goles insólitos mientras el viejo demonio se agarraba su voluminoso vientre, tentado por una diabólica y repetida carcajada.

Los japoneses son disciplinados y esta es una tradición histórica que nadie puede negar, por eso siguieron con toda prolijidad las indicaciones de Zico, con un buen control en el medio campo por parte de Nakamura y Nakata. Todo iba al ritmo esperable de un partido que prometió y fue exageradamente aburrido, cuando a los 26 minutos del primer tiempo un centro de Nakamura lanzado sin destino contó con la colaboración de Takahara que empujó al arquero australiano Mark Schwazer que, más allá de la infracción, pareció haber salido a contemplar como estaba el tiempo, y esa desconcertada pelota terminó en la red.

El equipo de Australia, cuya actitud de fuertes corredores parece estar más cerca del rugby que del fútbol, acorralaron pegándole a los japoneses 22 faltas sancionadas, y otras tantas que quedaron en el tintero del árbitro, y como es natural sin los demonios adecuados para este tipo de confrontación deportiva, los hijos del antiguo imperio del Sol naciente, sintieron que el mundo se les venía encima.

Y así el viejo demonio fue preparando el plato de la venganza y contra lo que muchos aficionados a la demonología suponen, para vengarse de los hombres un astuto demonio no necesita emplear refinados instrumentos de tortura, solo le basta proyectar la energía distractiva, que todo demonio que se precie carga en su mochila, para que la víctima caiga en la trampa. Los hombres no advierten que gracias a esta energía el planeta está poblado de accidentes de tránsito, por ejemplo, e incluso de crímenes incomprensibles.

Vamos a lo nuestro. El arquero Kawaguchi salió a buscar un centro en forma inexplicable para un veterano en lides internacionales, que dejó la pelota picando para que Tim Cahill la embocara en el arco.

¿Qué ocurrió? Algo elemental para cualquier principiante interesado en el mundo de los demonios, al no tener Kawaguchi ningún demonio guía que lo alertara, ya que no había pactado, quedó a merced del viejo demonio que con una pequeña dosis de energía le nubló un instante la mente y un hombre con la mente obnubilada hace cualquier disparate.

Es importante tener en cuenta que la disciplina solo puede sostenerse con el pacto o la meditación, y sin el uno ni la otra la vida camina sin rumbo.

Por supuesto la disciplina de la meditación no es para jugar al fútbol, pero para actuar decorosamente en este deporte, como para hacer cualquier cosa en el mundo es necesario el pacto adecuado.

Kawaguchi recibió este primer regalo de los australianos a los 38 de la etapa final, pero mientras su colega australiano pudo reprender a su distraído demonio guía después del gol de los japoneses, el nipón, abandonado de toda protección demoníaca, tuvo a los 44 que mirar como Cahill enterraba la pelota en su arco, y como si esto fuera poco a los 48, ya en tiempo de descuento, Aloisi coronó ese inesperado, inesperado para los hombres pero no para los demonios, 3 a 1.

“Mientras viví en Japón, allá por el siglo XIII, los hombres me llamaron Kakushin, fui un maestro Zen que aprendió la disciplina espiritual de grandes maestros como Gyōyū y Dogen Zenji. También viajé a China y me instruí con los monjes Fo-yen-yüan y Chang-hsiung, de quien aprendí a tocar la flauta de bambú. Y así llegué a ser discípulo del más grande maestro chino del Zen de la época Wu-men-Hui-K'ai y que me confirió el sello de la confirmación, consagrándome como su sucesor. Quiero aclarar que este sello confirmatorio o *inká shōmei* es el testimonio de la iluminación del discípulo por parte del maestro, y que ha llegado a su término la etapa del aprendizaje. Luego fundé el monasterio Sacho-ji después llamado Ko-ku-ji.

¿Si ya nada de todo esto es, por qué se los estoy contando? A pedido de los Rishis que me invitaron a ver este partido entre Japón y Australia en el **Fritz-Walter Stadium**, de Kaiserslautern, para que les diga el sentido de este largo camino.

El sentido fue la iluminación y no dije llegar a la iluminación porque a la iluminación no se llega, porque siempre está, solo que en un punto se toma conciencia de que se está iluminado.

¿Y qué se ve desde esa conciencia más allá del mundo mental? Las palabras no pueden dar cuenta de esta mirada, solo pueden señalar algo así como que no hay ni jugadores, ni partido, ni estadio, ni Kaiserslautern, ni Japón, ni Australia, que todo esto no son más que patrañas de un viejo Gran Demonio que, por supuesto, tampoco es.

¿Vale de algo esta enseñanza que les doy? No vale ni haberlo dicho, ni tampoco haberlo callado, porque las palabras que las dicen como el silencio que las calla tampoco son”.

Kakushin comenzó a descender por las gradas del estadio y como tenía cara de japonés, los japoneses que lo miraban no podían comprender como no estaba compungido por el fracaso de la selección de Japón.

En una cafetería que tenía la característica de ser un buen refugio para quienes en Kaiserslautern quisieran pasar desapercibidos, compartían una mesa Peter Weir y Toni Colette. Para los amantes del cine estos dos personajes les resultarán familiares y para los que no puedo informarles que Peter Weir es un afamado director australiano que tuvo bajo su cámara nada menos que a Mel Gibson y a Harrison Ford. ¿Y quién de los cinéfilos puede no recordar **La sociedad de los poetas muertos**, con Robin Williams, o **El Show de Truman**, con los protagónicos de Jim Carrey y Laura Linney? Por supuesto, largo sería el relato de la vida y de la obra de Peter Weir, pero quiero detenerme en su compañera de mesa, Toni Colette, la inquietante actriz australiana que sorprendió a los críticos con su interpretación en **El casamiento de Muriel**.

¿Qué hacen Peter Weir y Toni Colette hablando en esa cafetería después del triunfo de Australia, en vez de estar festejando en las calles de Kaiserslautern junto a sus compatriotas?

Esta es la pregunta que le hizo el Rishi Gritsamada cuando se sentó con ellos dispuesto a compartir un café.

“Le estoy proponiendo a Toni ser protagonista de una película que tiene como entorno este Mundial”, explica el cineasta.

“¿De qué se trata?”, inquiera el Rishi.

“Es una historia narrada por la mujer de una estrella de fútbol y la mirada está puesta en el astro, amado por las multitudes, rebotante de fama y con millones de euros en el banco pero desesperado, fóbico, angustiada en su vida privada. Sabes que soy un devoto del cine psicológico”.

“¿Tienes pensado el actor?”.

La pregunta del Rishi moviliza a Toni, que irrumpe ansiosa en la conversación.

“Peter no piensa en un actor profesional sino en un futbolista real y esto me intimida”.

“Cualquier actriz se sentiría fascinada por esta propuesta, por eso no puedo entender porque me cuesta tanto convencerte”, dice Peter simulando un desconcierto que está lejos de sentir.

“¿Ya hiciste el casting?”, vuelve a preguntar el Rishi.

“Tengo varios candidatos en la lista pero después de elegir al que considere tenga el perfil más adecuado para lo que quiero, tengo que convencerlo para que se transforme por un tiempo de futbolista en actor, pero lo más difícil será convencer a Toni”.

Hubo unos segundos de silencio que Peter rompió con una sentencia que parecía inapelable.

“Sin ella no hay película”.

Las últimas palabras fueron seductoramente calculadas porque Peter, zorro viejo, sabía que ninguna mujer, y mucho menos si era actriz, podía resistirlas.

“Cuando tengas todo arreglado puede ser interesante que tenga un encuentro con el elegido, tal vez después de verlo pueda darte algunas ideas para la película”.

Gritsamada se despidió de los cultores del séptimo arte para que Peter volviese a su seductor ataque para convencer a Toni.

Aquí estoy, en una tribuna de un estadio de Gelsenkirchen, viendo como hombres y mujeres embriagados festejan frenéticos el gol de un tal Tomás Rosicky, así lo escuché decir a alguien que también dijo que podíamos distendernos porque ganábamos 3 a 0 y a esta altura estos torpes yanquis no nos podían igualar.

Están contentos porque le ganamos a ese imperio farsesco al que profundamente desprecias, como yo algún día también desprecié a ese otro imperio también farsesco, porque todos los imperios lo son, conocido entonces como el Austro-húngaro.

Nosotros, Ernest Hemingway, despreciamos los imperios de los hombres porque nuestro imperio es la soledad y la muerte.

Te presiento en esa otra tribuna, envuelto en una bandera norteamericana, borracho, irremediablemente borracho, tal vez con ron caribeño, maldiciendo el destino que los castigó con 3 goles, mientras los estudiosos de la literatura, con cara de eruditos, dirán Ernest Hemingway y Rainer-

María Rilke, dos polaridades, dos visiones del mundo contrapuestas, y lo dicen porque ellos leyeron las palabras pero no pudieron penetrar en nuestras almas, que tan bien les ocultamos.

Somos iguales, Ernest. ¿Acaso no soy ese viejo pescador que luchaba con el pez espada para vencer a la soledad y a la muerte? ¿Acaso no eres tú, Ernest, quien clama por un Dios humano, frágil, perplejo, un Dios al que querías sacrificar para transformarlo en hombre porque eras impotente para transformarte en ese Dios?

Somos diabólicos, Ernest, aunque yo me haya escondido en los ángeles, en la belleza y en la poesía y tu lo hayas hecho en la caza, el sexo, en la sangre de los toros, en la aventura de la guerra.

¿Acaso no son iguales las catedrales de Praga y el Wall Street de Nueva York? ¿Qué diferencia hay entre el aterciopelado Havel y el primitivo Bush? ¿Por quién doblan las campanas? Por nosotros, Ernest, por nosotros, porque no pudimos cazar el animal salvaje de la muerte y vivimos agonizantes, soñando alcanzar la cima de ese Kilimanjaro que solo existía en nuestras pesadillas.

¿En qué fueron distintas tu violencia y mi ternura? Máscaras, solo máscaras que impedían que tu, Ernest y yo, Rainer, pudiésemos tener una muerte propia. Y tu quisiste parodiar esa muerte con el solitario estallido de una escopeta, y yo disolviéndome en la nada pero mirando con un ojo abierto para ver si los demás miraban mi muerte.

Pero tu muerte, Ernest, no fue tu propia muerte como no lo fue la mía, porque la muerte propia es íntima, silenciosa, anónima, como dicen que mueren los elefantes, y la nuestra sigue siendo una muerte pública de la que todavía algunos hablan.

Perdón, Ernest, creo que debo callarme porque mi alma, nuestras almas, se nos escapan, y se nos están escapando por el laberinto de las palabras.

Hemingway está borracho pero no de alcohol sino de esas imágenes que giran a su alrededor, siempre las mismas, violencia, sexo, experiencias extremas, tempestades, profundas tempestades, y en el epicentro de las tempestades Hemingway borracho, aferrado a la última fracción de un ego autoconsciente, pensando que si lo suelta la tempestad lo va a devorar.

Está mareado, solo y perdido, casi ya no puede resistir.

El Rishi Praskanva le dice:

“Suéltalo”.

“Me llevará la tempestad”, gime Hemingway.

“Hombre iluso, tú eres la tempestad, tu ego, tu yo, tu Ernest Hemingway es la tempestad”.

Algo ilumina la mente del torturado escritor y comprende el sentido de su escritura.

“Ahora comprendo porque quise escribir la tempestad, porque usé mi pluma para transitar la tempestad, porque pasé por las miles de experiencias humanas para hablar de la tempestad. Ingenuamente creí que la manejaba, la controlaba. ¡Cuánto tiempo perdido!”.

Rilke lo mira a Praskanva como también habiendo comprendido y entonces habla de su tempestad.

“Mi tempestad es suave brisa, flores del otoño, aguas mansas, una falsa quietud, que se terminan pudriendo en la densidad de sus profundidades.

Soltemos las tempestades y seamos nadie, que quien nos lea, lea a nadie, y dejemos que al no ser nadie por nosotros transite la energía de la quietud”.

Hemingway y Rilke sueltan sus egos-tempestades y se hacen uno con la Gran Luz hasta desintegrarse.

El hombre espera ansioso el comienzo del partido entre Italia y Ghana. “No hay partidos fáciles”, le comenta con un inconfundible acento italiano a su circunstancial vecino con esa complicidad que generan las tribunas de un estadio de fútbol.

Para su sorpresa el desconocido lo conocía porque después de mirarlo fijamente, gratamente sorprendido le pregunta:

“¿Pero usted no es el profesor Remo Bodei, que dicta Historia de la Filosofía en la Universidad de Pisa?”.

El filósofo solo hace un gesto de asentimiento con la contradicción del placer que siente al ser reconocido pero a su vez con la molestia que lo vengán a importunar cuando quiere ver tranquilo el partido, y lo peor que podía esperar ocurrió.

“No quiero molestarlo profesor Bodei pero la diosa fortuna me regaló esta oportunidad inesperada para preguntarle algo que me viene dando vuelta en la cabeza desde que leí su abordaje al tema de la identidad”.

“Bueno –asiente resignado el profesor Bodei– pero hasta que salgan los jugadores”.

“Por supuesto, y no sabe cuánto le agradezco.

Profesor Bodei, he tenido un acercamiento bastante puntual a su obra y me cautivó su mirada puesta en el drama de la identidad, porque disculpe pero para mí la identidad es un drama.

En un mundo proyectado hacia la exterioridad la identidad, más que una cuestión descuidada es algo, aunque suene fuerte la palabra, negado como problema en el hombre actual.

Usted, con audacia a mi criterio, busca descifrar la antropología de la modernidad y muestra a John Locke sosteniendo la fragilidad de una conciencia personal que se despliega en el tiempo e nhebrada por el sutil hilo de la memoria, un hilo que en cualquier momento puede cortarse.

El filósofo inglés, que se desprendió de los últimos retazos del alma que aún podían quedar en su época, y en ese mundo capitalista que empieza a valorar el trabajo del burgués contra el ocio de los nobles, dice algo consecuente con esta ideología del trabajo, que a la identidad hay que trabajarla, pues es algo que no se hereda sino que es el resultado del trabajo diario”.

El profesor mira con más interés al desconocido pero no dice nada y lo deja seguir hablando.

“Pero Locke no puede advertir que este trabajo con la identidad va a ser tan enajenante como cualquier trabajo en el mundo capitalista, y trabajar con la conciencia no significa recuperarla sino extrañarla en su identidad.

Ahí, por lo menos en mi lectura, usted introduce a ese inquietante filósofo, Arthur Schopenhauer, que ante la exaltación moderna del yo es capaz de afirmar, aunque nadie soporte escucharlo, que hay un yo invisible e ignorado como una voz que resuena en una cámara de vidrio, y que no somos más que marionetas manejadas por una voluntad de vivir que hace terribles garabatos en la pizarra infinita de espacio y tiempo.

Aunque usted luego lleve el tema de la alineación a Marx, Freud y Nietzsche, permíname que me aleje de la línea de su discurso y me detenga en Gustave Le Bon, que repara en la debilidad del yo interno incapaz de dirigir la vida, entonces transfiere la conciencia a un yo exterior que lo manifestará en la figura del jefe de la oficina o del dictador de turno.

Quiero poner el acento en este punto clave de su enfoque, un yo débil acosado por el tiempo, en consecuencia insustancial aunque Locke trate de sustancializarlo o quiera ignorarse, enajenándose a un yo externo. ¿Somos acaso, como afirma el misógino filósofo alemán, marionetas manejadas por la voluntad de vivir?

Para cerrar esta cuestión, al comienzo le manifesté que había una pregunta que me estaba dando vueltas en la cabeza, usted abordó con notable erudición y lucidez la cuestión de la identidad en la modernidad, pero ¿qué hay de su identidad como hombre moderno, profesor Bodei?”.

El profesor Bodei no mostró gesto de sorpresa por la pregunta, tal vez porque la esperaba y nunca nadie se la había formulado, más que esperarla la deseaba, y en esa tribuna de Hannover, esa ciudad donde Gottfried Leibniz asumió el cargo de historiador de la dinastía de los güelfos, se atrevió a decir.

“Voy a ser muy claro con usted, tanto como pude llegar a entender, porque fui aprendiendo de querer descubrir verdades esenciales, en un difícil aprendizaje.

Querer estudiar las ideologías de los otros me llevó en algún momento a una gran confusión, y la identidad, la única que me importaba, la mía, parecía que se me escurría de las manos.

Intuí que debía descubrirme mirando mi propia experiencia. ¿Cómo hacerlo? Todavía no lo sé, pero de lo que tengo la certeza es que esto es mucho más simple que jugar con las múltiples piezas de ese rompecabezas, tratado de armarlo y esta certeza es que hay una sola verdad por descubrir, y esa verdad está en algún lugar ignorado de mi conciencia.

Ahora estoy buscando esa verdad, y tengo la seguridad que al encontrarla hallaré mi verdadera identidad”.

El estallido en el **AWD-Arena** hizo callar al profesor Bodei, pero lo más importante que tenía que confesar lo había confesado y ahora se dedicó a aplaudir y gritar casi descontrolado la presencia en el campo de juego de Buffón, Zaccardo, Nesta, Canavaro y los demás muchachos del equipo italiano.

¿Es posible calificar a este equipo africano que perdió con el italiano por 2 a 0? El fútbol todavía no es para ustedes y no sabemos si lo será algún día.

Andrea Pirlo, con un rechazo que contó con la intuición de Alberto Gilardino para dejar pasar la pelota, y la impagable colaboración de los defensores de Ghana que parecían estar aprendiendo los rudimentos de este deporte, decretó el 1 a 0. Corrían los 40 minutos de primer tiempo y el juego cansino de Italia, a ritmo de entrenamiento, preanunciaba sin lugar a dudas el resultado final.

Mauro Camoranesi, que en el segundo tiempo reemplazó a Francesco Totti, le dio otra dinámica al equipo de Italia, por eso no extrañó que a los 38 Vincenzo Iaquina, que había entrado por Alberto Gilardino, le diera la puntada final que aseguraba el triunfo de la *azzurra*.

¿De los africanos se puede decir algo? Tal vez la buena voluntad de Stephen Appiah, Eric Addo y Sulley Muntari, nada más.

¿Quién puede dudar que Leopold Sédar Senghor es un caballero? Este poeta, también presidente de Senegal, que obtuvo la independencia de su país en 1960 del colonizador francés, pero que estudió en Francia y fue compañero en el Liceo de Georges Pompidou, y escribió en francés y admiró a Rimbaud, tal vez porque el poeta renegó de Europa y quería ser un negro, era sin duda un caballero.

Y como los caballeros lo son en términos de relación con las damas, Senghor invitó a Ama Ata Aidoo, escritora africana nacida en Ghana, a ver debutar al equipo de su país en este Mundial.

Claro, los caballeros también sufren y la derrota de los africanos empalideció el negro rostro de Senghor.

Mientras caminan por los jardines reales de Herrenhausen, unas horas después de terminado el partido, Ama admira el estilo barroco de este parque de Hannover, mientras Senghor, con la imaginación perdida en los goles de Italia no puede salir de un depresivo silencio.

La risa de Ama tiene el efecto de volverlo a la realidad.

“¿De qué te ríes?”, pregunta el poeta entre sorprendido y molesto.

“Poeta, ¿cómo puedes deprimirte hasta este punto? ¿Cómo pueden jugarse sentimientos de Nación con algo tan ajeno que nos transita, nos coloniza y barre con nuestra identidad?

¿Qué tiene que ver el fútbol con África?”.

“No digas eso, Ama, aquí se produce un choque de culturas, se ve como las naciones africanas pueden jugar de igual a igual con las del resto del mundo.

Esto es un terreno equitativo, esto nos une a las Naciones prósperas y desarrolladas.”.

Ama lo mira con un dejo de incredulidad en sus ojos.

“Poeta, que no puedes escribir en tu lengua *seréré* que amamantaste en tu aldea de Joal y quisiste anunciar la negritud en francés, sábelo bien, esto no es un choque que asimila culturas, esto es una energía que es consumida por otras energías”.

“¿Qué dices? África será desarrollada y próspera. Los africanos en todo el mundo podrán también ser desarrollados y prósperos, conservado sus raíces pero integrando su cultura a otras culturas”.

Ama se ríe con fuerza.

“Pobre poeta. ¿Estás proponiendo que el problema de la negritud se resolverá cuando todos los negros asimilados puedan vivir como blancos?”.

“¿Y tú qué propones?

Preservar la miseria.

Miles de tribus paupérrimas luchando entre sí.

Almas ineducadas.

Enfermedades incurables.

Superstición.

¿No te alegra acaso que África esté en Alemania con una renovada esperanza?”.

“Poeta, los pobres de todo el mundo son africanos.

No es África un color de piel.

No es África sus muchas tribus y sus lenguas

No es África la inmensa selva, los diamantes y el cielo estrellado.

África es una energía, la primera energía del inicio del hombre, los primeros dialectos que hablaron los hombres con los demonios, las magias y los encantamientos.

África es el lenguaje del tam-tam de los tambores, no es un negro pobre ni es un negro rico, lo pobre y lo rico no son problemas de África, son problemas de las potencias coloniales.

África es el lugar donde todo comenzó, donde hombres y demonios dialogaron en una única lengua ancestral, donde la naturaleza también dialoga con los hombres en esa lengua con sus múltiples dialectos.

África es el tam-tam de los tambores.

Tam-tam poeta, escribes a África y escribes a Francia, siempre en francés. ¿Lo entiendes? Siempre en francés.

Tam-tam poeta, eres soberbio, quieres explicar África en un idioma que entienda el mundo.

Tam-tam poeta, eres un necio.

África no está hecha para que la entienda el mundo.

Tam-tam poeta, no entiendes nada.

Aprendiste los dialectos pero no el lenguaje de África.

El lenguaje para descifrar África es el de las cosas, el de los animales, el del agua, el de las piedras que el agua erosiona, de la arena, del diamante que solo puede ser erosionado por otro diamante y convertirlo en arena.

África es el lenguaje primitivo de la naturaleza”.

Un abrumador silencio apareció en esos jardines de Hannover y Ama, con su túnica africana blanca contrastando con su rostro negro, y Senghor con su traje europeo, que también contrastaba con su rostro negro, fueron desapareciendo del **Aleph**.

El Rishi Nodhas observa con mucho interés lo que está ocurriendo en los jardines de *Herrenhausen* donde las luces, las cámaras y el movimiento de la gente indica los preparativos para una filmación publicitaria.

Un director gordo y nervioso repasa el guión.

<p>San Jorge, lanza en mano, montado en un caballo enfrente a un dragón que lanza bocanadas de fuego.</p>	<p>Panorámica</p>	<p>San Jorge: “Te devolveré al infierno del que nunca debiste haber salido”. Dragón: “Te cocinaré en mi fuego mortal”.</p>
---	-------------------	---

El director, que cada vez parece más gordo y nervioso, sigue repasando las tomas hasta que llega a las últimas.

<p>San Jorge levanta una botella de Coca Cola</p>	<p>Primer plano</p>	<p>San Jorge: “Este es el premio prometido por haber vencido al dragón”.</p>
---	---------------------	---

El dragón devuelto a infierno.	Primer plano.	El dragón: “La terrible condena de estar en el infierno es que aquí no hay Coca Cola.
--------------------------------	---------------	--

El director, ahora menos gordo y más tranquilo, indica el comienzo de la filmación.

Terminada la filmación San Jorge, que devolvió el caballo al asistente de producción, se va retirando junto con su dragón, vaya a saber adónde se retiran, cuando escucha la voz del Rishi.

“¡Qué infierno tan original el tuyo!”.

San Jorge, sorprendido, detiene su paso y da vuelta la cabeza para mirar al Rishi.

“¿Quién eres?”.

“Un Rishi, un enviado del Padre para rescatar las almas del infierno, te decía qué infierno tan original te diseñó el Gran Demonio: actor de publicidad.

Quien hubiera dicho cuando eras un alto funcionario del emperador Diocleciano que terminarías así”.

“Los cristianos me convencieron y me mandaron al frente para que convenciera a Diocleciano que anulase ese edicto que ordenaba su persecución.

El emperador, trató a su vez de convencerme a mí que no cometiese ninguna estupidez, pero ahí se metieron voces demoníacas en mis oídos que me decían que me rebelase, ¿qué podía importar un pequeño martirio si después vendría la veneración, por los siglos de los siglos?

Era un muchacho joven y soberbio, quería ser más que el emperador, ¿y acaso un mártir no es mucho más que un emperador?

Pero el martirio físico fue una película de niños comparado con lo que vino después de la muerte.

El Gran Demonio, que me estaba esperando sentado en su sillón de Gran Demonio, después de felicitarme por haber accedido al martirio, habló con su voz sentenciosa de Gran Demonio.

“Hijo, ahora por los tiempos de los tiempos estarás a mi servicio, he diseñado para ti un infierno muy especial, bueno, todos los infiernos son especiales, que consistirá, por supuesto junto con tu demonio personal, el dragón, en ir recorriendo la historia y haciendo los trabajitos que en cada momento les indicaré”.

Y así, a lo largo de la historia me dediqué con el dragón a asustar a campesinos que no pagaban sus impuestos, trabajamos en circos, fuimos venerados en las iglesias, divertimos a los niños en parques de diversiones, inspiramos cuentos infantiles, larga sería la lista de lo que hicimos desde aquel martirio y muerte en 303 hasta este Mundial de Alemania en el 2006, donde me descubriste filmando una publicidad”.

Nodhas saca una tarjeta y se la entrega a San Jorge.

“Si en algún momento quieres cambiar de trabajo y trabajar para El Padre llámame a mi celular, o envíame un mail”.

San Jorge no tardó mucho en decidirse a llamar al celular de Nodhas. Estaba preocupado pero decidido. Preocupado porque después de trabajar 1703 años y algunos meses para el Gran Demonio el acostumbamiento era grande, en realidad nunca le faltó, ni a él ni a su dragón, el sustento para vivir, pero en su tránsito por la Modernidad en Francia, donde los nobles lo contrataban para espantar a las damas de la corte, una tarde, dando vueltas por La Sorbona, mientras pasaba el tiempo esperando la presentación nocturna, en un palacio cuyo nombre no recordaba, escuchó a un tal Jacques Turgot hablar de la idea de progreso. Aunque en ese momento no le dio importancia a las palabras de ese hombre, en la Roma de Diocleciano lo único que profesaban eran los métodos de tortura, la idea de progreso le quedó picando en la cabeza y ahora, a más de 2 siglos de haberla escuchado, el ofrecimiento de Nodhas se la había revivido. Y su decisión partió de la convicción que cambiar de empresa, por supuesto para mejorar, era lo que había querido decir Jacques Turgot aquella tarde de 1750.

El Rishi Nodhas lo citó en Berlín, donde debía acudir a una oficina del 5° piso de un edificio cercano a la *Potsdamir Platz*, pero le aclaró que debía ir solo, sin el dragón. Le costó mucho separarse de ese fiel compañero pero la decisión estaba tomada y sin dudarle se trasladó rápidamente de Hannover a Berlín.

Nodhas lo recibió personalmente, lo felicitó por su decisión de cambiar de empresa, pero le aclaró que este trabajo al servicio del Padre era muy especial y debía pasar previamente por un curso de capacitación a cargo de un grupo de Rishis.

“¿Qué tan especial será este trabajo?”, pensó San Jorge, pero no lo dijo y no tuvo inconveniente alguno en asistir a ese curso que le había indicado Nodhas.

El tedio que lo había acosado durante tanto tiempo al servicio del Gran Demonio se disipó en un instante cuando vio venir al Rishi Madhuchhanda enarbolando una filosa espada que resonaba amenazante cuando la agitaba cortando el aire.

“Los cursos que seguí en el infierno son *New-Age* al lado de esto”, dijo asustadísimo San Jorge cuando se dio cuenta que ese bailar de la espada muy pronto cortaría su cuello.

Madhuchhanda detuvo su juego y endulzando su imagen de verdugo se rió por la ocurrencia de San Jorge.

“En este lugar lo que debo cortar es tu enlace con la oscuridad. Te di esta imagen bastante terrible porque esa oscuridad es la que tanto temes perder, pero perderla es el inicio de la transformación para que puedas trabajar al servicio del Padre.

¿Estás dispuesto a entregarla?

El sí de San Jorge se vio seguido por un golpe seco de la espada del Rishi y el santo sintió como el infierno empezaba a despegarse de su alma.

Pero esto recién empezaba y todavía San Jorge estaba asimilando el golpe cortante de la espada de Madhuchhandas cuando vio venir una bola de fuego terriblemente abrasadora avanzar hacia su figura de santo y sin saber porqué, no trató de escapar y se quedó quieto. Entonces ese fuego lo envuelve y lo quema sin herirlo porque no se resiste a ser quemado, porque lo que se quema, consumiéndose, completando el trabajo de Madhuchhandas, es aquello que ha quedado después del corte de la oscuridad, es esa marca inconsciente que la seguía imantando.

Ese fuego es el Rishi Sunahsefa y después de consumirse ese imán demoníaco ahora San Jorge está preparado para recibir las energías divinas que le envían los otros Rishis.

Vatsa continúa el proceso enviándole una energía muy sutil que se va filtrando en su mente y le produce un segundo de inmovilidad, y en ese segundo se despierta la intuición que percibe otro mundo más allá del infierno, es el primer vislumbre del mundo del Padre al que sabe que puede acceder.

Llega Virupa que con su energía que se sitúa en el corazón le permite ver que ese movimiento que lo rodea, agitándose en el no sentido, lo que siempre creyó como el mundo, no es más que una fantasmagoría creada por los demonios y al caerse ese velo que cubría su irrealidad este se va disolviendo para dar lugar a la visión del mundo del Padre.

Gopavana llega como un viento amable que va terminando de separar esa masa densa que aúlla al estar desintegrándose de la otra realidad divina que se está manifestando.

El mundo emocional de San Jorge, recubierto por las llagas del infierno, se va purificando y ahora empieza a comprender el trabajo que tendrá que realizar al servicio del Padre

Shindhudvipa está en lo alto de una gran cadena montañosa en postura de meditación y le dice a San Jorge.

“Estoy contemplando y si invocas mi energía te llevará también a experimentar la contemplación. Pero esta no es la contemplación que aprendiste en los cursos de capacitación del infierno, que consistía en saber contemplar el mundo para dominarlo y poder actuar al servicio del Gran Demonio.

Esta es la contemplación que contempla hasta fundirse con el si mismo esencial, y desde ahí empezar a reconocer al Padre.

Te estoy brindando la energía de la contemplación real”.

El Rishi Bharga se acerca a San Jorge e ingresando en los *chakras* le va desatando una enorme cantidad de nudos.

“¿Qué haces?”, le pregunta el santo.

“Te estoy desatando todos los personajes demoníacos que traes de inmemoriales vidas, de mucho antes de tu identificación con el personaje de San Jorge”.

San Jorge ve como demonios asustados abandonan sus máscaras de hombres sabios e ignorantes, de hombres buenos y de hombres malos, de hombres fuertes y mujeres seductoras, y huyen para protegerse en las sombras.

“No los vuelvas a llamar, porque entonces inevitablemente regresarán para poseerte. Si los ignoras, al no estar alimentados por la energía de tu alma, se irán disolviendo sin que nada tengas que hacer.

San Jorge, que hasta ahora había permanecido inmóvil, siente necesidad de actuar.

El Rishi Trimpani le hace un gesto para que se detenga

“Pero, ¿acaso no tendré que actuar al servicio del Padre?”, dice no comprendiendo el gesto del Rishi.

“No, no es así, es El Padre quien actuará, tu debes permanecer inmóvil para que Él actúe”.

Trinompani le envía una energía que tiene por propósito unir todas las energías que le transmitieron los otros Rishis para que estas actúen en forma conjunta.

El Rishi le explica a San Jorge que la experiencia consiste en un proceso transmutador en el que deben operar conjuntamente todas las energías, por eso de ahora en adelante no debe verlas como separadas sino percibir las como una unidad, que es la unidad del Padre.

Saubhari trae un rayo que penetra en la mente de San Jorge y esta se transforma en un agua que fluye. Este es un fluir que se deja llevar, que no pretende ir a ningún lado porque sabe que va donde debe ir y sin deseos, sin miedos, sin imaginación, la mente simplemente va.

“Los Rishis me han informado que pasaste satisfactoriamente el curso de capacitación y que ya estás en condiciones de trabajar al servicio del Padre”, le dice Nodhas a San Jorge después de volver a recibirlo en la oficina del 5° piso del edificio cercano a la *Postdamer Platz*, en Berlín.

San Jorge quiere decirle algo al Rishi pero no se atreve.

“¿Qué quieres decirme?”, le pregunta el Rishi.

“¿Qué pasará con mi dragón?”, dispara San Jorge.

“No te preocupes, él también fue transmutado por las energías de los Rishis, ahora será un fiel perrito que te seguirá a todas partes y colaborará contigo pero de otro modo”.

Los ladridos de un chihuahua a través de la puerta le alumbran los ojos a San Jorge, que en realidad ya no es San Jorge, pero que de algún modo hay que llamarlo mientras habite la Tierra.

El mandala de convocantes invoca al Rishi Bharadvaja que al hacerse visible se corporiza en un espacio que tiene como fondo planetas, soles y galaxias.

¿Por qué el Rishi elige esta imagen? La elección está relacionada con el pedido del mandala de convocantes para que les hable acerca del sentido de la astrología.

Bharadvaja considera que la astrología es uno de los conocimientos divinos legados por El Padre al alma y que luego degradaron los demonios.

El Rishi explica:

“El conocimiento de la astrología forma parte de la larga lista de conocimientos que se robaron los demonios.

En su origen era un conocimiento del alma para que ésta tuviera conciencia de los planos que debía atravesar en su evolución, hablo de planetas, soles, galaxias.

Pero en el plan demoníaco estaba apropiarse de los conocimientos divinos y pervertirlos, esto es, invertir su sentido.

Todo conocimiento del Padre tiene como propósito guiar al alma en su camino evolutivo, mientras el conocimiento pervertido de los demonios tiene como objetivo degradar al ego a tal extremo que el alma tenga que abandonarlo. ¿Qué es un ego sin alma? La respuesta es obvia, un demonio. Tengan en cuenta que una conciencia experimenta su ser en el estado de autoidentificación, y al experimentarse en forma absoluta como siendo el ego, como el ego es una construcción demoníaca, es un demonio porque ya sin el alma, la única autoconciencia posible es la demoníaca.

El mayor engaño de los demonios sobre las conciencias de los llamados humanos es haberles hecho creer que existen como humanos, esto es como sustancias individuales y autoconscientes. Pero, ¿qué es un ser humano? Nada, porque no existe. ¿Cómo que no existe? No existe porque lo humano no es más que la falsa conciencia de un yo emergente de la tensión entre lo divino y lo demoníaco.

Este yo no es más que un fantasma, empleo la palabra fantasma porque tiene el sentido de fantasía, inexistencia, esto es no tiene real existencia, es una proyección de energía degradada que sostiene su aparente identidad por la carga de energía demoníaca que lo alimenta.

Algunos psicólogos occidentales advirtieron esta inexistencia del yo pero no se atrevieron a profundizar la cuestión, temieron enfrentarse al vacío que suponían se escondía atrás de una inexistencia que lo más que podía hacer era manifestarse como existencia precaria, y considera-

ron que la única posibilidad era aceptar esa precariedad mientras la muerte, la inexistencia absoluta, hacía su trabajo.

Por lo tanto en la Tierra, con cuerpo físico en la llamada vida y sin cuerpo físico en la llamada muerte, hay una misteriosa libertad, la única libertad real en el plano, la autoconciencia plena de la naturaleza divina del alma, la liberación en El Padre, y la autoconciencia plena de la condición demoníaca del ego. Este es el fin de la película en la Tierra, no hay nada más.

El plan del Gran Demonio logró apropiarse de los saberes que El Padre había puesto a disposición del alma para que tomase conciencia plena de su ser, ya que la conciencia estaba oscurecida por su permanencia en el plano terrestre, y cambiándole el sentido a estos saberes fue logrando inocular en el inconsciente las semillas de una cosmovisión que apuntaba a la demonización a través de la plena realización del ego. Fácil es advertir que el ego solo puede realizarse en el poder que lo incrementa como ego hasta que pueda desalojar al alma o más claramente, que el alma lo abandone ante la imposibilidad de convivir con esa existencia degradada.

La posibilidad de robar el conocimiento del Padre, esto quiere decir cambiarle su significado, como ya saben lo logró el Gran Demonio clausurando los **chakras** espirituales desde donde la intuición podía llegar a comprenderlos, y entonces reducida la conciencia a lo mental, bastaba apropiarse de ese plano para invertir su sentido.

Unos ejemplos simples pero claros. En la clave del Padre la guerra santa, o *Jihad* del Islam, es el combate interior contra la condición demoníaca del ego para liberar al alma, y en la clave del Gran Demonio es matar a los enemigos del Islam. Lo mismo ocurre con las Cruzadas, el infiel al que hay que matar no es el musulmán, como lo establece la clave demoníaca, sino el ego demonio que oprime al alma como surge de las enseñanzas de Jesús.

Con todos los saberes de la Tierra al servicio del Gran Demonio, la religión, la filosofía, el arte, las ciencias, la tecnología, los conocimientos prácticos y también la astrología, la demonización no solo estaba en marcha sino que ya en el planeta Tierra se empezaba a ingresar en un camino sin retorno.

En esta circunstancia nace este Plan del Padre y los Rishis llegamos a la Tierra para revertir este proceso y el eje de esta reversión, para que los saberes vuelvan a tener el sentido que originariamente tuvieron, despertar los **chakras** espirituales para la realización plena del alma.

Mostrar el conocimiento astrológico en su verdadero sentido será una de nuestras tareas”.

Bharadvaja se despidió y su imagen junto con planetas, soles y galaxias desapareció del

Aleph.

13 de Junio

El Rishi Manu en la tribuna de Togo observa como los togolese luchan de igual a igual con los coreanos del sur y Mohamed Abdel Kader, que luce sus habilidades en el Guingamp de Francia se las arreglaba para luchar solo contra el mundo solo porque sus compañeros no estaban cuando los buscaba y el mundo era esa cerrada defensa de los orientales.

Y con una visible invocación de magia africana de algún lado le vino un pase largo y con un derechazo cruzado lo dejó al arquero Lee Won-Jae estupefacto al comprobar que la pelota estaba en el interior del arco cuando se llevaban 31 minutos del primer tiempo.

Pero los coreanos, entre dos equipos mediocres, era el que tenía mayor experiencia, y empezó a tratar de controlar el juego a partir del mediocampista del Manchester United Park Ji-Sung. Los togolese aguantaron la embestida hasta que respiraron aliviados cuando el árbitro Graham Poll dio por finalizada la primera parte.

Dick Advocaat supo acertar cuando en el segundo tiempo decidió los ingresos de Ahn Jung Hwan a los 7 minutos, Kim Nam Il a los 23 y Kim Sam Sik a los 38. Fue un escalonamiento de nuevas fuerzas que dieron sus frutos para convertir 2 goles, Chun Soo a los 8 y Jung Wang a los 27 y luego aguantar la ventaja ante la desesperación de los togolese.

Anne Laure Folly, una intuitiva cineasta de Togo, con la natural desenvoltura que tienen los cineastas, se acerca a Manu, que no tenía aspecto africano, y le pregunta qué hace en esa tribuna del **Commerzbank Arena** de Frankfurt alguien a quien se lo ve muy lejano de una afición futbolística y mucho más sorprendente, en un partido entre Togo y Corea del Sur, que no podían ofrecer el menor atractivo en el contexto de este Mundial.

“Tengo una tarea que me encomendó El Padre, desactivar los ritos, y el fútbol es un rito, como una continuación de aquel juego de pelota de los mayas”.

“¿Y por qué quieres desactivar los ritos?”, quiere saber la mujer algo desconcertada con la respuesta del Rishi.

“Para que puedas entenderlo de algún modo los Rishis vinimos a la Tierra a salvar a los hombres de su camino de demonización. Y este es un camino que se transita en medio de las invocaciones rituales, aunque el hombre actual no pueda ver aquello que es evidente en los africanos.

El fútbol es un rito que canaliza una gran cantidad de energía porque el juego no es más que una excusa para una permanente invocación, de jugadores, técnicos, espectadores. Este es un

juego donde todos pierden, estoy hablando en términos de energía, y los únicos que ganan son los demonios.

Este es el rito más importante del Occidente actual, aún más importante que la guerra, porque es universal y cotidiano.

Todos los continentes tuvieron sus ritos iniciáticos: África, Asia, Oceanía, América, Europa. Lo propio de tu continente es que ha mantenido los ritos arcaicos sin modificarlos, pero en Europa, por poner el otro extremo, se pasó de los ritos órficos y dionisiacos en Grecia, ritos del Origen, llegando al Cristianismo medieval, con sus impresionantes ceremonias, hasta los ritos de la ciencia y la política en la modernidad, y en la actualidad se combinan, entre múltiples ritos como la moda, el teatro o el cine, ritos privilegiados como la informática y el fútbol.

Cuéntame, Anne, ¿qué haces aquí?”.

“Realmente el fútbol no me interesa para nada, pero me trajo cierta emocionalidad nacionalista, si así quieres llamarla, ya que mi pueblo soñaba con estar en un Mundial para ser conocido y reconocido.

Sin embargo este fervor me duró poco porque pronto me di cuenta que si esto sirve para algo, como tu bien aclaraste, solo le sirve a los demonios.

El camino de salida para África no es este, sino que la salida a nuestra situación a veces infrahumana, solo puede darse en el silencio y la invisibilidad.

Para qué queremos que los blancos nos reconozcan si nos miran como criaturas de un zoológico, nos adoptan como a animalitos, y lo peor es que hasta por momentos nos convertimos en moda.

No debemos entrar en el juego de los blancos sino tratar de evolucionar desde nuestras propias raíces sin copiar a nadie ni mirar hacia afuera, los africanos debemos encontrar nuestro propio camino y crecer en la dirección que nosotros mismos nos tracemos.

Somos diferentes, por eso primero debemos aceptarnos como diferentes y a partir de esta aceptación construirnos.

Yo quise salir al mundo a través de mis películas, ahora comprendo que fue un camino engañoso”.

“Tendrán toda nuestra ayuda para construir ese camino pero comprende bien Anne que el camino de África no es refugiarse en los ritos y embrujamientos primitivos, entonces nada cambiaría y los grandes demonios de Occidente los terminarían devorando.

El camino de África debe ser el de una espiritualidad que trascienda la magia y eleve la mirada de esos hombres y mujeres de pueblos marginados, muchas veces víctimas no solo de los colonizadores, sino de sus propios demonios, hacia la visión del Padre.

No te olvides Anne, mantén la concentración en nosotros y serás un canal para que todo pueda empezar a cambiar en África”.

La mujer de Togo le hizo una africana reverencia al Rishi y se unió a la caravana que abandonaba el estadio.

Al reverendo Moon le molestan las banderas de Corea del Sur que agitan sus compatriotas. Está a disgusto en esa tribuna, pero algo que no termina de comprender lo llevó a ver ese espectáculo que considera trivial y absurdo.

Sin embargo hay algo que lo intriga y algo que le repugna de esos jugadores.

La intriga nace de la curiosidad por saber qué condiciones innatas les han permitido hacer esas invocaciones de poder, porque éstas nacen de un conocimiento que trasciende la mente. La repugnancia, por su parte, proviene de observar el desaprovechamiento infantil de ese conocimiento y de esa energía.

No puede entender este juego tan elemental, un rito hipnótico, propio de seres degradados que carece por completo de sentido.

El Rishi Parumidha, con aspecto de un anciano coreano, se acerca a Moon y con toda confianza le dice:

“Por su cara de disgusto me parece que el fútbol no está entre sus pasiones predilectas”.

“Precisamente estaba cavilando acerca de lo primitivo e incomprensible para mí que es este deporte”.

“¿Acaso desconoce usted el poder de este rito?”.

“Es que no puedo comprenderlo”, dice el reverendo Moon con un dejo de impotencia.

“Veo que mira prejuiciosamente porque su idea de poder está relacionada con los ritos tradicionales de la religión y la política.

Pero desprejuiciéese y dése cuenta que quienes han ideado este deporte conocen y manejan el poder de una manera muy sutil”.

Moon responde con asombro y hasta con indignación.

“¿Quiere decir que este deporte responde a un orden de poder del que no soy consciente?”.

“Usted lo ha dicho. El poder es la fuerza que controla este mundo y no se manifiesta solo en las invocaciones que usted maneja, sino que penetra por muchos canales, como la televisión y el fútbol, por ejemplo, dominando cada pensamiento y cada sentimiento hasta coordinar los actos de todos los hombres”.

Moon no sale de su asombro.

“De ser así es fabuloso.

¿Quién no quisiera tener tal poder?”.

El Rishi con aspecto de anciano coreano le dice sentencioso:

“Esta es la historia de este mundo mi amigo, la que explica el estado del mismo.

Hay uno solo que renuncia a todo este poder y es aquel que ha dejado de existir”.

El gol de Sung Wang que decretaba el triunfo de Corea provocó una pequeña avalancha en la tribuna y Moon fue a parar varios escalones abajo, y cuando quiso encontrar con su mirada al anciano coreano, este había desaparecido.

La figura del filósofo Michel Foucault, y decir figura es un eufemismo porque más bien es una neblina turbia y dolorosa, flota inadvertida en esa tribuna colmada de franceses pertenecientes al estadio **Gottlieb Daimler**, de Stuttgart.

En el césped, franceses y suizos tratan de brindar un espectáculo aceptablemente atractivo para los 52.000 espectadores cuyo aburrimiento solo podía ser despejado por Zinedine Zidane discutiendo con su compañero Lilien Thuram vaya a saber que metafísica cuestión.

Thierry Henry era la esperanza, pero el jugador del Arsenal parecía estar anémico y desconocido desaprovechando las cuatro ocasiones en que Zidane le sirvió en bandeja la pelota.

Zidane, Thuram, Makelele, Wilthord y otros treintañeros parecen ya vivir de glorias pasadas.

¿Y Suiza? Algo de Vogel, un poquito de Cabanas y, atrás, Muller y Senderos trataban cierta responsabilidad profesional que todo no terminase en un gran bostezo.

El 0 a 0 final exime de cualquier otro comentario.

Pero lo más interesante ocurría en la tribuna cuando el Rishi Trayukil se acercó a esa niebla densa que solo un Rishi puede reconocer como que alguna vez fue un hombre, y muy dulcemente le pidió que hablara.

Y Michel Foucault por primera vez contó su verdadera historia.

“Una obsesión me persiguió desde mi adolescencia, entender el mal, y buscando entenderlo hurgué por los inconducentes caminos de la filosofía, el humanismo, la literatura, la psiquiatría, que a veces hablaban del mal pero sin comprenderlo, hasta que una noche, como premio a mis incalculables ritos e invocaciones, en esa región profunda y peligrosa de los sueños, donde se pierde la identidad, sumergido en la turbulencia, la energía informe, el caos, el mal me fue revelado.

Yo había aceptado llegar hasta ese abismo donde sabía se podía revelar el conocimiento clandestino, allí estaba la verdad que buscaba me decían las voces que invocaba, pero para que esta verdad pudiese ser revelada la entrega debía ser absoluta, y me entregué absolutamente y la

promesa de las voces no había sido en vano porque el Gran Demonio me reveló la verdad del mal que buscaba.

El Gran Señor del Infierno me dijo que para entender el mal hay que ser el mal, transformarse en el mal, pero hasta ahora los intelectuales solo habían hablado mucho del mal, ¿pero cuántos se habían atrevido a convertirse en el mal mismo? Muy pocos, tal vez Nietzsche y Raymond Roussel, por darme dos nombres que yo conocía, si hasta los poetas malditos, Baudelaire, Rimbaud, y hasta escritores como Edgar Allan Poe no pasaron de ser un golpe de efecto para asustar a las buenas conciencias. Hasta el mismo conde de Lautréamont, rebelándose contra Dios afirmando el ejercicio del mal, cuando lo apreté para que se convirtiera en el mal que tanto pregonaba, se justificó diciendo que él era solo un escritor, que patatín que patatán, en fin, una farsa, una verdadera farsa.

El Gran Demonio me dijo que ya estaba harto de palabras, esas palabras que sonaban terribles en la boca de los intelectuales hablando del mal, pero que no pasaban a ser más que una lluvia de pétalos en una tarde de primavera.

Estaba cansado de Marx y Freud, que a esta altura se habían convertido en una moda para poblar los seminarios universitarios.

El mal debía descender de la palabra al cuerpo y desde el cuerpo invadir todo el ser, hasta transformarlo en el mismo mal.

“Tú, Michel, tienes otra cualidad que valoro, y estoy seguro que podrás comprender el mal convirtiéndote en el mal, y te enseñaré el camino que grabarás en tu cuerpo y en tu alma para que puedas transmitirlo a los hombres, para que seas mi Cristo negro, mi torrente de energía que inunde el planeta.

Para el mundo serás el intelectual más famoso y mimado de tu época, y asombrarás a los demás intelectuales con los libros que te voy a dictar, y que hablarán de la locura, de la sexualidad, del poder.

Pero esas serán solo las máscaras externas, las que te llevarán al *Collège de France*, y cuando abandones tu carne para presentarte ante mi complaciente mirada, Francia te considerará un tesoro nacional y los prestigiosos *Le Figaró*, *Le Monde*, *Libération*, llenarán su primera plana de duelo hablando de tu muerte, y hasta el impecable Fernand Braudel te elogiará como una de las mentes más brillantes de tu época.

Alucinaremos al mundo, Michel. Escucha bien lo que anunciaré en tu palabra: *el hombre va a desaparecer muy pronto como un rostro que se ha desdibujado en la arena al borde del mar.*

Quizás alguien comprenda que solo quedarán demonios en el Tierra.

Pero el gran mensaje serás tú, Michel, atravesarás las más profundas invocaciones que yo te enseñaré y también en el gozo infinito del sadomasoquismo y de la droga, te iniciaré en las perversiones que irás descubriendo en tu mente exaltada, convocarás algo nuevo que inventaré y que llamarán Sida, y lo convocarás para que devore los cuerpos y devore tu propio cuerpo sacrificado para unirte en la fusión demoníaca. Serás quien testimonie la alquimia negra, mi hijo Michel, te daré las llaves para que abras el cofre donde está guardado el secreto de la demonización plena.

Tú, Michel, eres mi elegido, acepta este sacrificio, es el precio iniciático para convertirte en el mal que tanto buscaste comprender.

Te he brindado la gran revelación, acéptala Michel, acepta a tu Padre que te colmará en la gloria del infierno.

Y cumplí todo lo que el Gran Demonio me pidió y un 9 de junio de hace 12 años ingresé con síntomas neurológicos complicados con septicemia al *Hospital de la Salpetriere*, donde morí a las 13 horas y 15 minutos del 25 de ese mes de junio.

Llegó la muerte y en ese instante tuve la verdadera revelación del mal y supe que el mal solo era el engaño del Gran Demonio, no existieron ni el poder ni la gloria prometidas, solo me convertí en este fantasma eternamente agonizante cuyo único destino es experimentar por siempre jamás, en el no tiempo del infierno, el incomprendible para los hombres, dolor de la desintegración”.

Trayukil, con la infinita compasión de un Rishi, le va pasando una suave energía para que pueda aliviar en algo ese insoportable estado de sufrimiento.

“¿Quieres dar por terminada tu experiencia con el mal?”, le pregunta.

“Yo buscaba que se me revelase el sentido de la existencia, y creí que ese sentido lo encontraría si lograba descifrar la plenitud del mal”.

“Te entiendo Michel, solo te atreviste a lo que el resto de los hombres desean pero no se atreven, convertirse en el mal, porque suponías que el mal era el poder absoluto del Gran Demonio, era ser el Gran Demonio.

Ya tuviste la revelación del engaño. Pero, ¿te preguntaste porqué te engañó el Gran Demonio? ¿Qué necesidad tenía de engañarte?

Piénsalo Michel, eres inteligente y podrás discernir el sentido del engaño. Volveremos a vernos”.

En la tribuna de Suiza se agitaba una bandera que decía: “Matemáticos de Basilea”. Y atrás de esa bandera, sosteniéndola y gritando están Leonhard Euler, su maestro Johannes Bernoulli, el hermano de éste, Jacques, y su hijo Daniel. Estos personajes del siglo XVIII estaban muy entusiasmados por haber descubierto el fútbol, deporte al que buscaban entender a través de la teoría de la probabilidad y del movimiento horizontal de los fluidos.

Cuando se presentó el Rishi Trisiras, Leonhard Euler se definió como uno de los más grandes matemáticos de todos los tiempos, ya que dice haber descubierto la relación que llevaba su nombre que liga las cuatro constantes fundamentales de las matemáticas: aritmética, geometría, cálculo y álgebra.

Euler quiere seguir hablando pero lo interrumpe Johannes Bernoulli, que pone en duda la supremacía de su discípulo, aduciendo que él había ideado la regla de L’Hôpital para el cálculo de límites.

“¿Recuerdas a L’Hôpital?”, le dijo al Rishi, y antes que éste le respondiera, siguió hablando.

“La regla dice que el límite del cociente de dos funciones que tienden a cero es igual al límite del cociente de sus derivadas.

Esta regla es mía pero tiene el nombre de este cretino porque él la publicó”.

“¿Pudo haber una contribución más válida a las matemáticas que continuar con el cálculo infinitesimal de Leibniz y Newton?

Y si esto fuera poco, usé por primera vez la palabra integral y demostré que el círculo es la figura plana de mayor área entre todas las que tienen el mismo perímetro.

Y por supuesto muchas más cosas geniales”, argumentó Jacques.

“Y ahora dime, Rishi Trisiras, ¿quién consideras que es el mejor?”.

Pero le faltaba intervenir a Daniel, que al empezar a hablar del teorema que llevaba su nombre es interrumpido por el Rishi.

“Y bien muchachos, ¿qué me quieren decir con todo esto?”.

Muy ofendido Johannes responde irónicamente.

“¿Acaso dudas que las matemáticas sirvan para algo? ¿Pones en cuestionamiento su valor?”.

“De ninguna manera, no me cabe ninguna duda que ha servido para que ustedes cuatro se volvieran locos”.

Los cuatro, enfurecidos por la ironía que habían escuchado, soltaron la bandera y adoptaron la actitud de barrabravos dispuestos a darle una paliza al Rishi por su insolencia.

Trisiras les pide calma.

“Muchachos, hablemos en serio.

Las matemáticas fueron un conocimiento que El Padre le dio a los hombres para que la utilizaran de dos maneras. La primera tenía relación con cuestiones prácticas en las que era necesario calcular, proyectar un espacio. Pero la fundamental consistía en que debía ser un conocimiento que conectase al alma con la misteriosa armonía del Universo.

El plan demoníaco usó este conocimiento para dominar la Tierra, y bien que lo logró en gran medida, y ustedes muchachos, fueron ingenuos pactantes que quisieron apoderarse de ese conocimiento.

Por supuesto, no se apoderaron de nada, pero el que se apoderó de ustedes fue el Gran Demonio.

¿Cómo terminaste, Leonhard? Ciego y desesperado, pero lo peor es que la que aún sigue ciega es tu alma.

¿Y Johannes, cuál fue tu triunfo? Terminar como un loco furioso, echando por envidia matemática a tu hijo de tu casa y peleándote a muerte con tu hermano Jacques.

¿Y tú, Jacques? Peleándote con Johannes.

¿Y tú, Daniel? Odiando a tu padre.

¡Maravilloso conocimiento el de las matemáticas que los terminó enfermando a todos!

¿Saben una cosa? Lo que cultivaron ustedes fue una trampa del Gran Demonio.

Pero les digo algo, todavía tienen la oportunidad de despertar y empezar a aprender, sí, digo empezar a aprender porque no saben nada, las matemáticas del Padre que los llevará al camino de la liberación del alma.

Suiza será un fiasco en este Campeonato”, concluyó inesperadamente el Rishi y desapareció antes que los matemáticos barrabravas pudieran reaccionar”.

El periodista de la televisión alemana presenta a Jacques Morelenbaum, nacido en 1954, uno de los músicos más reconocidos de Brasil, artífice y director orquestal de Caetano Veloso, y al escritor croata Ante Kovacic, fallecido en 1889, con el propósito de sacar algunas conclusiones sobre el triunfo de Brasil sobre Croacia con un magro 1 a 0.

“¿Quién desea empezar?”, pregunta el periodista.

“Bueno, empiezo yo –dice riendo el escritor croata– le llevo unos cuantos años a Jacques y ha tenido la deferencia de dejarme la iniciativa.

Lástima que en el partido Kaká no hizo lo mismo con el arquero Pletikosa.

Pero no quiero hablar del partido, para eso están los especialistas de ese deporte, yo este juego lo puedo ver desde otra óptica, de la mirada de un escritor que observó el problema como un tiempo después lo advirtió Max Weber, de la burocratización de la vida”.

“Excelente , interviene Morelenbaum , ahora con lo que dice Ante me doy cuenta, si le entendí bien, que al ver el partido estaba siguiendo esa misma línea de pensamiento”.

“¿Y en qué pensaste?”, inquiriere el croata.

“Vi jugadores de dos pueblos totalmente diferentes, con tradiciones, música, costumbres, prácticas políticas, razas totalmente distintas. Es decir, son dos pueblos con historias que ni siquiera se rozan, sin embargo en la cancha, salvo algunas sutilezas del juego que en este partido Brasil ni siquiera demostró, los dos equipos hacían lo mismo, se movían con esquemas similares, era como si estuviesen programados de la misma manera”.

“Carlos Parreira y Zlato Kranjcar son los programadores, claro los programas son iguales porque se lo habrán comprado a Microsoft”, dice riendo Ante Kovacic.

“Esto no es broma, es la robotización de los hombres, hasta los africanos recurren a Bill Gates”, agrega el músico brasileño.

“¿A esta época ustedes la llaman globalizada?”, inquiriere el croata.

“Así es, si piensas quedarte un tiempo en el siglo XXI te sugiero alquiles en un video la película **Matrix** , te dará una idea de a lo que llegamos”.

“Pero esto ya se venía anunciando hace mucho tiempo. En 1888 publiqué una novela, **El archivista**, escrita en serbo-croata, y no estoy pasando un chivo por un lado porque es imposible de conseguir, y aunque alguien la consiguiera y pudiera leerla en serbo-croata, no sé si después de mi muerte se hicieron traducciones, lo que ocurre es que se aprovechan de los pobres muertos para no pagarles los derechos de autor, bueno, decía que si alguien la quisiese y pudiese leer no la soportaría; otra época, otros estilos.

Lo que quiero ejemplificar con esta novela es que la burocratización de la vida ya estaba en marcha. La historia que cuento es la de un hijo de campesinos, Inica, que quiere labrarse una posición en la ciudad y va a Zagreb.

La pequeña libertad que tenía como campesino, por lo menos sus horarios no eran tan fijos como los de la oficina y cuando no estaba trabajando podía tirarse en el pasto y mirar el cielo, ahora lo perdió en un trabajo de archivista.

Toda una vida convertida en una burocrática rutina. Hasta que explota y le prende fuego a uno papeles, se incendia la oficina y él muere quemado”.

“Me parece impactante, me recuerda a **El extranjero**, de Albert Camus”, recuerda Morenbaum.

“¿Qué diferencia, más allá de la económica, hay entre Inica y estos muchachos que hasta corren como le dicen que tienen que correr?”, reflexiona Ante.

“Ninguna, por lo menos en lo esencial no veo ninguna”, concluye el músico.

“Por suerte yo ya no estoy más acá, creo que no soportaría el modo de vida al que ustedes han llegado”.

El periodista alemán les agradece lo enriquecedor del diálogo, y dice que le gustaría continuarlo, pero la burocratización televisiva le indica que debe dejar paso al próximo programa.

“Franz, salchichas asadas con curry, papas fritas para dos, con cerveza”, el pedido se repetía una y otra vez hasta que me dolían los brazos de tanto depositar las bandejas para que las chicas las llevaran a las mesas, y el olor de la cocina se había vuelto nauseabundo, y maldije una y otra vez ese trabajo de ayudante de cocina cuyo malestar se incrementaba con la turbia mirada de Fritz, el patrón de ese miserable restaurante al paso que se perdía en esa sucesión de bares, restaurantes y cervecerías que se desplegaban por la *Barfussgaesschen*, mostrando la caída de la que alguna vez fue una decente ciudad de Leipzig.

El Mundial había desbordado la ciudad y, por supuesto, me había desbordado a mí con esa humareda humana que mezclaba voces que gritaban en todos los idiomas imaginables, y me dijo Albert, el cocinero, que había vivido tres años en África, que podía reconocer algunos dialectos de ese continente.

Estaba a punto de desmayarme cuando llegó Peter, el otro ayudante de cocina, para reemplazarme. Peter era un muchacho imberbe pero extraordinariamente ambicioso y aspiraba a llegar a ser chef de los más lujosos restaurantes de Europa. En realidad lo que haría Peter con su vida estaba completamente fuera del orden de mis preocupaciones, lo único que esperaba de él es que fuera puntual y Peter lo era; así podía huir del restaurante de Fritz, de quien se comentaba que había sido sargento en un campo de concentración. Fritz tenía más de 80 años aunque nunca los confesaba, y no me cabe duda que lo había sido porque permanentemente daba testimonio de su pasado nazi con el maltrato a que nos sometía.

Habían terminado por ese día mis 10 horas de trabajo, de 10 a 20 y mañana tendría el día libre, ¿qué mayor felicidad puede haber en la vida?

Mientras caminaba por la *Barfussgaesschen* las voces del mundo me seguían acosando, hasta que un ómnibus me fue sacando de ese manicomio para llevarme rumbo a mi departamento.

“Mi departamento” es un modo de decir, primero porque no era mío, lo alquilaba y con gran esfuerzo podía pagar la renta, y llamar departamento a una habitación con un pequeño baño y una más pequeña cocina, construido en una terraza, creo que puede resultar excesivo, pero como de algún modo hay que llamarlo, la palabra departamento es posiblemente la que más se le aproxima.

Mis pertenencias, esas sí que eran mías, consistían en una cama, una mesita de luz, dos maletas y bueno, quizás alguna otra cosa como una cómoda y dos sillas.

También entre mis haberes contaba con una novia china que hablaba muy poco alemán, lo que me permitía disfrutar de sus silencios.

Frente a la cama lucía un hermoso televisor, pero no lo apunté entre mis pertenencias porque no era mío, sino un préstamo, casi un regalo, de mi amigo Günther, digo casi regalo porque no creo que llegue a tener posibilidades de devolvérselo ya que lo que me paga Fritz como ayudante de cocina, descontándome la comida en el restaurante, apenas me alcanza para sobrevivir y no para comprar un televisor.

Estoy extenuado en la cama y cuando estoy extenuado físicamente la cabeza se vuelve un mono loco.

¿Qué hice de mi vida al cumplir 28 años de mi nacimiento? Los cumplí el 9 de junio, coincidiendo con el inicio de este Mundial.

La locura de un acontecimiento sincronizado con el cumpleaños de un hombre que cumple 28 años.

No sé porqué se me está ocurriendo esta loca idea.

Este es un televisor también loco porque es un televisor de un solo programa. Lo enciende a la hora que lo encienda, y haga el zapping que haga, se presenta en la pantalla **El regreso de los Rishis** y los títulos anuncian la participación de 270 Rishis con la dirección de Jaris.

¿Quiénes son estos Rishis? Por lo que ellos dicen son enviados del Padre para la salvación de la humanidad atrapada en el planeta Tierra por las fuerzas de la oscuridad comandadas por el Gran Demonio.

Esto que anuncian los Rishis no solo me parece un proyecto interesante sino, dado el estado de las cosas tal como las compruebo en el restaurante de Fritz, absolutamente necesario.

Todo esto me parece normal. ¿Acaso no es normal que alguien se acuerde de nosotros cuando nos estamos hundiendo, como el restaurante de Fritz lo muestra, en la más profunda cénaga?

Sin embargo lo que no me resultaba tan normal era el aspecto de estos Rishis, ya que parecían ciudadanos alemanes medios, típicos representantes de la pequeña burguesía alemana, ese sector de la sociedad, me había explicado Günther, que era simpatizante de algún partido de izquierda, al que Marx y Rosa Luxemburgo despreciaban, pero estos Rishis, a pesar de su aspecto, no eran ni alemanes ni pequeños burgueses, porque manifestaban venir de lejanos mundos en cumplimiento del Plan del Padre.

Que alguien hablase de salvación en un mundo que, observado desde el restaurante de Fritz parecía insalvable, me despertó una cierta expectativa, pero la causa por la que realmente me inquietaban estos Rishis era por las cuestiones de las que hablaban.

Me sorprendió mucho que con toda naturalidad mencionasen a Dios, al Gran Demonio, y que buscasen mostrar cuál era el sentido de la vida del hombre en la Tierra.

Y esto me sorprendió favorablemente porque estos eran temas que me habían inquietado durante el tiempo en que estuve desocupado y vivía de la generosidad de mi mamá. Un modo de vida dichoso que duró hasta hace tres años, cuando consideré preferible trabajar de cualquier cosa antes que soportar los reclamos maternos, y me sumergí en el infierno de Fritz. Bueno, decía que durante esa época de vagancia, realmente no había hecho nada desde que a los 17 años abandoné la escuela sin terminarla, hasta los 25 que comenzó mi vida laboral como ayudante de cocina, me pasaba muchas horas en una pequeña biblioteca teológica de Leipzig.

¿De dónde un vago que jamás se interesó por otra lectura que no fuesen las revistas de historietas se le había despertado un interés por la teología?

No lo sé, y recién ahora que estoy pensando, tirado en la cama, agotado por los pedidos de salchichas con papas fritas y cerveza, se me ocurre preguntar por qué me fascinó la teología.

Por supuesto mi afición secreta y casi viciosa por la teología no se la confesé nunca a nadie, y menos a Günther, que después de reírse estrepitosamente, ya que para él la religión era el opio de los pueblos, me hubiese recriminado perder lastimosamente el tiempo y no seguir algún curso de tornería –él era tornero– que me permitiría salir de mi condición social de *lumpen* para integrarme al aparato productivo y llegar a desarrollar una revolucionaria conciencia de clase.

Günther me había invitado a ver al día siguiente Alemania y Polonia, su jefe le había regalado las entradas, y aunque le fútbol me era bastante indiferente, tan indiferente como el resto de las cosas del mundo, el espectáculo de esa masa gritando desaforada podía resultarme divertido.

¿Hablé de teología?

¿Qué me llevó a la teología?

¿Cómo empezó esta pasión insana?

Un profesor de literatura, durante el martirologio de mi época de estudiante, con lágrimas en los ojos, siempre decía que Goethe era nuestra gloria nacional, y extrañamente esa frase me quedó grabada, creo que fue lo único que registré de ese nefasto período, y una tarde, vagabundeando por Leipzig, me encontré frente a un cartel que anunciaba una biblioteca de teología.

¿Era Goethe un teólogo? Suponía que no, pero como la palabra teología, que no tenía la menor idea de lo que significaba, era rara y Goethe también era raro, entonces llamaba raro a lo que no entendía, posiblemente esa biblioteca, que sin duda era un encuentro de rarezas, debía tener algún libro de Goethe.

Con la timidez propia de quien nunca había entrado a una biblioteca me acerqué al mostrador y le pregunté a la chica que estaba del otro lado, si tenían algo de Goethe, más o menos con el mismo tono con que en el restaurante de Fritz se piden las salchichas. Para mi sorpresa la

chica, demasiado linda para estar detrás de ese mostrador, sin decir palabra, en menos de un minuto depositó en mis manos un libro que decía **Fausto**, y unas líneas más abajo, el nombre del autor, Johann Wolfgang von Goethe.

Y así entré en una realidad que me pareció fascinante porque Goethe me mostró el Diablo y entonces mi interés por la teología nació más que por una preocupación por Dios, preocupado por el Diablo.

Suena el teléfono, es Günther, para ponernos de acuerdo donde nos encontraremos para ir a ver el partido. Se lo confirmo y corto.

No sé porque, uno en estas búsquedas nunca sabe porque, nos vamos encontrando con cuestiones que aclaran o enredan la mente, o ambas cosas a la vez, porque no sé tampoco cómo comprendí viendo algo que ya no recuerdo, la dualidad de todo lo que se presenta en la vida, y por lo tanto, todo lo que llega, llega partido en dos, y así llegaron a mí los misterios órficos.

Como un ignorante que buscaba no sabe qué, empezar mezclando al Diablo con los misterios órficos se había convertido en un pastel tan indigesto como los que años después serviría en el restaurante de Frtiz.

Hasta que un día llegó a mí un tal Nicolás de Cusa.

El teléfono de nuevo. Es Chao, mi novia china. Me pide que la invite al cine porque dan un película china. Le digo que mañana estoy comprometido con Günther para ir a ver Alemania y Polonia. Lo dejaremos para la próxima semana. Chao dice algo en chino que adivino es un insulto y corta.

Nicolás de Cusa me abrió la cabeza en forma espectacular al sostener que había formas superiores del saber.

Se había abierto la puerta.

¿Por dónde seguir? La linda bibliotecaria fue mi guía al darme un folleto de filosofía medieval y decirme:

“Acá tienes dos *Think-tanks*”, usando el término inglés para designar a dos pesados de la teología.

Uno era un tal San Buenaventura y el otro, me señaló la linda bibliotecaria, era muy conocido aunque yo lo desconocía, se llamaba Santo Tomás de Aquino.

El teléfono vuelve a sonar, es Chao que me dice que no está enojada aunque mañana vaya a ver Alemania y Polonia y no al cine con ella.

San Buenaventura medio me aburrió, pero me enganché con el más conocido que hablaba de los ángeles y ahí descubrí a los ángeles.

Aquí en la mesita de luz tengo todavía el cuaderno donde anoté algunas cosas que me llamaron la atención sobre los ángeles.

Los ángeles conocen el misterio de la Gracia.

Hay diferencias entre el saber de los ángeles y el de los profetas beneficiados por la revelación.

La virtud intelectual de los ángeles resplandece con la brillante simplicidad de los conceptos divinos.

El ángel entiende sin composición ni división.

En el ángel la luz intelectual es perfecta.

El espíritu del ángel es espejo puro y clarísimo.

Acá apunté una lista de temas:

Causas de la Creación.

Jerarquías angélicas.

La luz de los místicos.

La experiencia de la contemplación y el éxtasis.

Aparece algo subrayado.

El alma puede unirse a Dios por las vías purgativa e iluminativa.

Leía pero no tenía la capacidad para seguir el argumento, solo anotaba lo que me llamaba la atención.

Los reproches de mi mamá me inundaban la cabeza.

“Franz, eres un desastre.

¿Qué diría tu padre si viviera?

El soñaba que tuvieses un futuro, que fueras alguien importante, un abogado, un médico o algo así, tampoco le hubiese disgustado que fueses un empresario o un diputado.

Si el pobre Hans resucitara y te viera a los 28 años como ayudante de cocina en un restaurante de ínfima categoría, volvería a morir.

Franz, si no tomas la vida en serio me voy a morir del disgusto.

Todavía estás a tiempo Franz, estudia algo, conviértete en un hombre de bien, y para peor una novia china, lloro y lloro cuando me acuerdo de tu novia china. ¿Voy a tener nietos con sangre mezclada, Franz? Eso si que no lo soportaría.

Hay chicas alemanas tan buenas y honestas, pero entiendo, quien va a querer a un vago sin ningún futuro”.

Y la voz de mi mamá retumba en mi cabeza hasta que se apacigua y sigo leyendo el cuaderno.

Hay otros nombres anotados.

Plotino, Eckhardt, Djelal-ed-din-Rumi, Yaknavalkya, Shankaracharya, Proclo y Dionisio.

Otro de los *think-tanks* era Alberto Magno.

Este hombre habla de la universalidad de la Belleza, las relaciones de lo Bello y el Bien, las significaciones de la luz y la proporción.

Realmente no entiendo lo que escribí, pero por algo lo escribí.

Enciendo el televisor y como siempre que lo enciendo, aparece en la pantalla **El regreso de los Rishis**.

Un Rishi muy simpático saluda a la audiencia, dicen que están levantando el rating aunque no da cifras, se identifica como Budhagar ishti y abre el programa.

“Este es un proyecto divino del Padre, recibo las órdenes para ejecutarlo con la mayor precisión y pureza.

Ahora les presento a mi compañero el Rishi Vatsapriva”. Este Rishi, después de reiterar que **El regreso de los Rishis** se está imponiendo en la pantalla chica, anuncia que las primeras imágenes que presentarán son muy fuertes por lo cual recomienda a las personas impresionables apagar el televisor.

Estos Rishis sin dudas manejan muy bien el marketing y conocen el medio, pues decir que ahora se va a ver algo muy fuerte es la mejor manera para que nadie se despegue del televisor.

“Tenemos con nosotros a San Pantaleón”.

No entendí nada de lo que estaba viendo, y pienso que el resto de los telespectadores tampoco, primero porque todos nos imaginábamos un santo como un hombre o una mujer pleno de virtudes y devociones al servicio de Dios y de su prójimo, y uno no puede quedar menos que descolocado cuando ve entrar al estudio a un matarife cargando una maza para matar vacas y con la ropa ensangrentada.

El Rishi lo saluda y le pide por favor que le entregue la maza y pase al baño a limpiarse, y que allí encontrará ropa limpia.

Mientras el santo se retira a darse una ducha y a cambiarse de ropa, Vatsapriva dice:

“Esta alma, o lo que va quedando de su alma, fue encadenándose desde tiempos remotos con pactos de gran ambición.

El modo en que se desarrolla este sistema de pactos ambiciosos, esto es aspirar a un gran crecimiento del ego, y para decirlo sin eufemismos, querer convertirse en el mismísimo Gran Demonio, es el de ir consiguiendo pactos cada vez más importantes, lo que va llevando al pac-

tante a un camino de ascenso, y cuando se imagina que le falta un poquito para igualarse al Gran Demonio, ahí empieza su verdadera caída.

Pero es importante aclarar que en realidad siempre se estuvo cayendo porque los pactos son eso, caída permanente del ego que en su densificación va arrastrando al alma hasta que ésta, ahogada por la degradación egoica, lo abandona.

Este es un tema que los Rishis ya tratamos en otros programas, pero consideramos que nunca está de más insistir en esta cuestión, y lo que pretendemos se entienda sin lugar a dudas es que este ascenso por los pactos es solo un producto de la imaginación alucinada por la energía que le imprime el Gran Demonio, y lo que se imagina caída es la misma imaginación pero cuando esa energía se ha retirado.

En realidad, siempre se está cayendo, pero no en el sentido que los hombres experimentan la caída, esto es, como la degradación de su vida personal, sino que tanto en el ascenso como en el descenso se cae, porque la condición del ego es caer atraído por la gravedad astral que lo va llevando al fondo del abismo, hasta que llega a convertirse en un demonio pleno.

¿Qué es el infierno, entonces? El infierno no es, como lo representan los mitos y las religiones, un espacio, un lugar, sino un estado de la mente que perdura en las vidas y en las muertes, ya sea con cuerpo físico o sin él.

El amigo Pantaleón en este momento vive el infierno en condición de encarnado como matarife en un matadero Municipal, pero no vamos a revelar dónde para no hacerlo víctima de la persecución periodística.

El que se presenta ante nosotros es el Pantaleón en cuerpo astral que reproduce la imagen del Pantaleón físico, pero mientras éste no tiene conciencia de nada, solo es un trabajador del gremio de la carne, que vive en un barrio popular con su mujer y dos hijos, el Pantaleón astral, gracias a la energía que le hemos brindado los Rishis, es plenamente consciente de sus pactos y de su historia.

Bueno, acá regresa este santo venerado por los médicos”.

El Rishi Vatsapriva se dirige a Pantaleón, que ahora viste pantalón beige, corbata y camisa al tono, zapatos marrones, luciendo afeitado, el pelo acomodado con spray y un caminar de hombre que transitó mucho mundo.

“Bien Panta, ahora pareces una persona decente, siéntate y cuéntale a nuestra audiencia tu historia de santidad”.

“No ironices, sabes que mi historia no tiene nada de santa.

Allá por principios del siglo IV era un médico en Nicomedia, un médico de pueblo, un buen tipo que realmente se preocupaba por sus pacientes, que eran pobres en su gran mayoría y que me pagaban con huevos y gallinas, por decirlo de algún modo que entienda la audiencia.

Hasta que un día un lujoso carruaje se detuvo frente a mi casa y del mismo descendió un hombre con ropas de sirviente de señor rico, yo todo esto lo miraba por la ventana, y cuando salí a recibirlo me pidió por favor que, como su señor estaba enfermo, quería que yo lo atendiese, que era un hombre de gran fortuna y sería retribuido generosamente.

El pedido del sirviente no pudo menos que sorprenderme, ¿por qué un gran señor, que podía recurrir a los más famosos médicos de la región, se había fijado en un pobre doctorcito de pueblo?

Sin embargo la ambición obnubiló mi mente y no pude, o me negué, a sospechar nada y mientras íbamos en el carruaje con destino a la mansión del paciente mi mente desbordada imaginaba que después de curar a este gran señor, plenamente satisfecho con mi sabiduría médica que le había devuelto la salud, me recomendaría a los de su clase y llegaría a la cúspide, para qué seguir contando lo que todos están imaginando, de qué modo estaba delirando, y en ese estado me enfrenté a un anciano acostado en una enorme cama de una increíblemente enorme habitación.

El anciano me tendió la mano, que al apretarla para saludarlo me dio un escalofrío, pero estaba tan excitado que pasé por alto este detalle e inmediatamente me puse a revisarlo muy meticulosamente.

“Afortunadamente señor usted no tiene nada grave, solo un poco de fatiga comprensible por su edad. Le sugiero que descanse y le voy a recetar unos tónicos que le devolverán su energía”.

El anciano se mostró muy contento por la buena noticia que le había dado acerca de su salud, su sirviente me pagaría los honorarios y como ya era muy tarde me había reservado una habitación para pasar esa noche y que a la mañana siguiente su cochero me llevaría de regreso.

Esa noche fue muy especial, me era imposible conciliar el sueño y en mi mente se agolpaban extrañas imágenes. Me veía mucho siglos después convertido en estatua de piedra que se multiplicaba en numerosas iglesias donde era venerado por multitudes.

El gozo que sentía era indescriptible y estaba viviendo este éxtasis cuando vi que los ojos encendidos del anciano me miraban y su boca se abría para preguntarme si quería vivir así para siempre. El sí brotó dolorosamente de mi estómago. “Solo tienes que entregarte”, me susurró al oído. Y me entregué.

Lo demás es historia conocida que pueden leer en cualquier santoral, mi conversión al Cristianismo, el martirio y la muerte durante las persecuciones ordenadas por Diocleciano”.

“¿Y después de la muerte, qué pasó?”, interrumpió el Rishi.

Creo que ya la audiencia sabe que no hay tal cosa como la muerte, sino que el estado mental que estaba contenido por la proyección sensible durante el período en que uno tiene cuerpo, ahora sin esa protección se manifiesta en toda su intensidad.

Mi estado después del pacto de veneración que había consumado con el anciano, obviamente el Gran Demonio, era el más tortuoso del infierno ya que mi mente estaba casi fundida con su tortuosa mente, porque así cuando me veneraban lo veneraban a él.

Atrapado por el pacto la única forma de aliviar mi indescriptible sufrimiento era entregarle, servirle como canal de entrega, a todos los que me veneraban, que no hacían más que venerarlo a él en mí.

Después de un tiempo el Gran Demonio ¿para divertirse? decidió hacerme nacer en forma cada vez más degradada, y así en sucesivas vidas pasé de médico a embalsamador, después a carnicero y ahora a matarife.

En este proceso, entiendan bien, siempre estaba desdoblado, en el astral infernal era San Pantaleón, venerado por los siglos de los siglos, y en el cuerpo físico médico, embalsamador, carnicero, matarife, según el personaje que el Gran Demonio me designase representar”.

“Por Gracia del Padre tu martirio de tanto tiempo está a punto de terminar. Ahora vamos a un corte y antes que finalice el programa nos volveremos a ver.

Durante el corte se veía un enorme ejército de almas rescatadas por los Rishis iluminando la Tierra y ayudando a rescatar a otras almas.

Aproveché el espacio publicitario para llamar a mi mamá para decirle que al día siguiente no iría a visitarla porque iba a ir con Günther a ver Alemania y Polonia.

Mi mamá protestó dos veces, la primera porque la había despertado y la segunda porque la estaba abandonando cada vez más.

Después de colgar el teléfono, en la pantalla lo vi al Rishi Sa ga que estaba hablando de la purificación.

“Un alma separada del Padre está revestida de diversos vehículos y cada uno de estos es funcional dentro de su rango energético.

Por encima del mundo de los demonios hay innumerables planos con distintas gradaciones vibratorias, y en todos ellos es posible cumplir una tarea consciente de purificación, y de este modo ir posibilitando la evolución.

Más allá del plano astral, donde en sus escenarios superiores se cumplen las primeras etapas purificadoras, se encuentran los llamados planetas de purificación cuya coordinación ha sido encargada en este momento al maestro Chidananda.

Mencioné la tan mal entendida palabra evolución y es casi inevitable que en la mayor parte de la audiencia el imaginario remita este concepto al darwinismo.

En el contexto en que estamos hablando la evolución consiste en la apertura de los *chakras* mediante el proceso de purificación que permite canalizar estados energéticos cada vez más profundos.

Estas energías, que potencian la evolución hacia El Padre, son principalmente las de la fe y el discernimiento.

Los maestros y los Rishis operamos en forma simultánea en los procesos purificatorios que se llevan a cabo tanto en el plano astral como en estos planetas a los que he hecho referencia.

Hoy presentaré a uno de estos planetas llamado Arno”.

En la pantalla el Rishi señala a este planeta que se presenta como una esfera compacta, destellando luces y sombras.

El Rishi Saga explica.

“El proceso en este planeta consiste en desintegrar la falsa conciencia de la individualidad.

Quien experimenta en este planeta no tiene relación con otros seres y está solo conectado con su realidad interna.

Esta realidad interna es la que se proyecta en luces y sombras, como ustedes pueden observar en la presencia de este planeta.

Al iniciar esta purificación el experimentador va tomando conciencia de lo que realmente es y del fantasma que imagina ser.

El recién llegado se siente como participando de un baile de sombras, y el primer aprendizaje es tomar conciencia de que no es parte de esas sombras y entonces puede empezar a reconocer la luz como real.

Percibe el planeta como un conjunto de redes que son unificadas y el baile está impulsado por un viento que recorre estas redes y al cesar el viento se detiene el baile y puede empezar a reconocer la luz como real.

Las sombras son vividas como las fuerzas que intentan sacarlo de ese planeta, pero lo que lo sostiene es la confianza de saber que está en donde tiene que estar, esta seguridad es la que le permite intuir que esas sombras no son reales, e ir desalojándolas.

En esto consiste la purificación.

La oscuridad es expulsada a un planeta que cumple funciones de desintegración”.

El Rishi Budhagarishti se acerca a Saga y le dice:

“Acá traigo un e-mail que ha enviado un televidente preguntando qué almas acceden a este planeta”.

“Es un planeta al que acceden aquellas almas que tienen la posibilidad de comprender que la oscuridad no forma parte de su ser”, responde Saga.

“Otro televidente pregunta –dice Budhagarishti– si es posible que tengamos el testimonio de alguien que se encuentre realizando su purificación en este planeta”.

Saga asiente pero lo deja para el próximo bloque porque le están haciendo señales de corte.

En el espacio publicitario aparecen vestidos de Reyes Magos los Rishis Jetri, Sunahaspa e Hiranyastapa.

“Nos dicen los Reyes Magos porque cada uno tiene un reino y el mío es el mineral”, dice Jetri.

“Yo me encargaré de la purificación del reino vegetal”, afirma Sunahaspa, para terminar Hiranyastapa como el encargado del reino animal.

“La purificación del reino mineral debe empezar por los minerales que son deformados por el hombre, tal como los que se utilizan en la joyería, los químicos inorgánicos, los metales de las armas.

Esta es la parte más complicada.

Después queda la tierra del planeta que carga con una densidad inimaginable, piensen en la locura de las ciudades donde la tierra está sepultada, en los escenarios de la guerra, en los campos de concentración”.

Las palabras de Jetri son complementadas por las de sus compañeros, que muestran la demonización de los reinos vegetal y animal.

“En las culturas míticas el hombre tenía otra relación con la naturaleza, los vegetales y los animales eran sus hermanos, y aunque los tenían que sacrificar para alimentarse, porque esta es una ley de la naturaleza, lo hacían de otra manera, esto es, de un modo que no perturbaba su evolución”, explica Hiranyastapa.

“Miren ahora como se relaciona el hombre con la naturaleza, un árbol en la ciudad es para apoyar la bolsa de los residuos, y las vacas..., pobres vacas, sino pregúntenle a San Pantaleón cuál es su vínculo con las vacas”.

Continúa el programa y el Rishi Garga está junto a un hombre vestido con una sotana de sacerdote católico.

El Rishi explica:

“Este hombre vivió en el siglo XVIII y fue alguien que entendió como funciona el mundo.

Entender como funciona el mundo es una Gracia esencial para comenzar los primeros pasos del camino de la liberación, pero comentarlo se vuelve peligroso, sobre todo si el confidente es su confesor, que es un buey corneta que va a salir a contárselo al obispo.

Era un filósofo, si así se puede caracterizar a alguien con capacidad de conceptualización, y algo de discernimiento, pero este discernimiento no le alcanzó para evadirse de la oscuridad del mundo donde quedó atrapado.

De todos modos una mínima energía de discernimiento, que es muy difícil de alcanzar, basta para acceder al planeta Arno, ya que en este se tiene que realizar el proceso de discernimiento entre lo real y lo irreal”.

El Rishi Garga se dirige al hombre y le dice:

“Preséntate Andrés”.

El hombre saluda a la teleaudiencia y se presenta como Andrés Echegaray, nacido en Francia, aunque su padre era español, por eso el apellido Echegaray, y fue un sacerdote católico.

“Gracias a la Gracia de esa pequeña dosis de discernimiento que alcancé en vida, y que ahora debo profundizar en Arno, pude comprender que El Padre se encuentra en cada uno y que compartimos la misma esencia.

¿Cuál era entonces el papel de la Iglesia? ¿Qué pasaba con la vía sacramental como único camino de salvación?

Eran cuestiones muy peligrosas y tuve la prudencia de no comentarlas con nadie, bueno, con casi nadie, porque las hablé con mi confesor, y como les comentó el Rishi Garga, este era un buey corneta y salió corriendo a contárselas al obispo.

Este no era un mal hombre y en confianza me dijo que se había enterado por algunos comentarios de ciertas ideas heréticas que el Diablo me había metido en la cabeza y quería darme la oportunidad de salir del error por medio de la oración y la reclusión, por eso me indicaba que me retirase a un monasterio benedictino, y de este modo el tema se olvidaría y todos nos sentiríamos más tranquilos.

Así lo hice y ahí permanecí hasta el día de mi muerte, muchos años después, pero en ese clima de religiosidad obsesiva, esa chispa de discernimiento quedó encapsulada, por eso ahora debo completar el camino que entonces quedó truncado”.

El Rishi Budhagarishti trae un e-mail de un televidente y lo lee.

“¿Cómo estás viviendo tu experiencia en Arno?”.

“Mi experiencia es difícil y aunque repetitiva la vivo como desconcertante. Esto es así porque cuando creo que me ganan las sombras puedo vislumbrar un átomo de luz pero luego el círculo vuelve a llevarme a la oscuridad”.

En ese momento el Rishi Dvaita ingresa al estudio y dirigiéndose a Andrés le dice:

“Mucho gusto, soy el Rishi Dvaita y quiero hacerte una pregunta: ¿Conoces el Plan del Padre?”.

“Algo escuché, pero percibo que se encuentra en un nivel muy lejano a mi experiencia.

“Te ofrecemos proveerte de la energía necesaria para que puedas acelerar tu proceso de purificación en Arno si aceptas colaborar con nosotros en este Plan”.

“No soy digno”.

“No eres digno pero puedes dignificarte si estás dispuesto a colaborar, pero la respuesta debe venir de tu corazón”.

Andrés dibuja en sus ojos cierta vacilación, pero finalmente dice:

“Aquí estoy”.

Un nuevo e-mail pregunta cuándo se está en condiciones de colaborar con el Plan del Padre.

“Cuando se puede salir de la coraza del temor”, responde Dvaita.

Andrés Echegaray agradece profundamente la Gracia que le otorga El Padre por intermedio de los Rishis, despidiéndose de estos y de los numerosos espectadores que seguramente estarán siguiendo el programa.

Durante el corte el Rishi Advaita explica que la oportunidad de colaborar con el Plan del Padre está abierta para todos y los que realmente estén dispuestos a emprender el camino liberador, deben buscar las señales en lo más profundo de su corazón.

Vuelve a sonar el teléfono.

Puede ser Fritz para cancelarme el día libre de mañana.

O Chao para hablarme de la película china.

O mi mamá para recordarme porque siempre me lo recuerda, que debo conseguir un mejor trabajo.

O Günther para que no me olvide de estar a tiempo porque debemos viajar de Leipzig a Dortmund.

No lo atiendo.

Mañana recogeré el mensaje.

Ahora lo veo nuevamente a San Pantaleón en el interior del mar de la purificación hablando con el Rishi Vasuyava.

“Venimos a purificarte”, le dice el Rishi.

“¿Purificarme? Estoy aplastado por una montaña de pactos. Es una montaña de piedras que ninguna luz puede atravesar”.

“La Luz del Padre puede atravesar cualquier montaña pero a condición de que estés dispuesto a soltar todas y cada una de las piedras que son todos y cada uno de los pactos que hiciste con el Gran Demonio.

No hablo de los pactos mundanos, los que hiciste con tus personajes, estos son ínfimas arenillas que se disolverán solas, sino de los pactos con el Gran demonio, esas son las rocas que te aplastan y que percibes como esa inmensa montaña”.

“¿Qué debo hacer?”.

“Entrégaselos a Jesús en el que alguna vez creíste”.

San Pantaleón cae de rodillas.

El Rishi Budhagarishti se despide de nosotros hasta el próximo programa.

En el instante en que apago el televisor una luz intensa me envuelve y navegando en esa luz arriba un grupo de Rishis de los que puedo intuir su nombre aunque no se identifiquen.

Puru es el Rishi de la sabiduría, viene a transmitir la sabiduría que libere al hombre de los pactos de conocimiento.

El camino del conocimiento es el que han prometido los demonios a los hombres para que adquieran los múltiples poderes para dominar el mundo.

Es necesario disolver esa inteligencia oscura para retornar a la esencia una y simple que no es otra cosa que la sabiduría.

Puru me muestra que en lo profundo del inconsciente mantengo apegos a los poderes del conocimiento que han terminado congelando mi mente y clausurando mi corazón.

“Franz, debes renunciar a esos ilusorios poderes y unirte a la sabiduría de los Rishis”.

Payu le va a mostrar a los hombres que entren en el verdadero camino y como la sabiduría es el ojo del espíritu que contempla al Padre.

“Tienes que renunciar al *yo sé*, y a través de esta renuncia la sabiduría fluirá naturalmente”.

Gautama conduce al verdadero silencio donde el tiempo deja de ser tiempo y surge la contemplación real, el no ser nada, la energía pura del Padre.

Es el Rishi que va a revelar el estado de liberación.

“Para llegar a este estado, Franz, debes renunciar a la carga que tiene cada experiencia.

Es la entrega del tiempo mismo. Y con el tiempo se va el mundo, la ilusión desaparece y solo permanece el alma, pero ahora de modo consciente”.

El Rishi me marca la eternidad del Padre más allá del tiempo.

Trimati enseña el camino de la liberación del cuerpo, el aprendizaje de poder estar en el cuerpo sin que éste sea un obstáculo para la realización de la experiencia liberadora.

Es una armonía difícil pero no imposible de alcanzar.

Y es difícil porque el cuerpo es la caja donde quedan encerrados los pensamientos y las emociones.

Pensamientos y emociones son los agobios que lo limitan y lo enferman, impidiendo el despertar del alma.

“Renuncia a las emociones que están atadas al cuerpo, renuncia a los pensamientos que te dicen que eres Franz y que las fatigas del mundo le pasan a Franz.

Entonces comprenderás que no hay Franz, ni fatigas, ni mundo”.

“Voy a señalarte, Franz, el estado de contemplación”, me dice el Rishi Visvamanas.

Este es un don del Padre, pero alcanzarlo requiere un gran discernimiento porque solo a través de éste, unido con la fe, es posible la entrega absoluta.

Si no hay entrega absoluta y se busca el camino de la contemplación, éste se transforma en la posesión del poder demoníaco.

Los demonios siempre están al acecho para poseer al ingenuo devoto que se lanza sin haber pasado por el fuego de la purificación, que es el lugar donde El Padre otorga la fe y el discernimiento, a la búsqueda de la contemplación. En esta instancia habrás abierto las puertas del infierno.

Ten en claro, Franz, lo que te estoy diciendo, muchos santos de todas las religiones moran en el infierno por haberlo olvidado”.

Dos Rishis me hablan, son Srutakaksha y Devajunya, los dos se encargarán de disolver todas las tendencias que actúan en mi inconsciente, tanto las burdas como las menos burdas y las sutiles.

“Todas tienen que ser vencidas para llegar al Padre”, dice Srutakaksha, y agrega Devajunya: “La entrega debe ser constante porque hasta que todo no haya sido entregado el camino de la Luz permanecerá cerrado”.

“Recuerda Franz para que no te confundas –sigue diciendo Devajunya– las tendencias, malas, buenas o excelentes son del plano y en el plano te atrapan.

Sabe discernir las tendencias excelentes del mejor hombre de los estados del alma, esa es la clave de este camino”, termina Srutakaksha.

Sukti marca el camino de la purificación de todos los *chakras*. Su luz entra en los más recónditos rincones de mi cuerpo, de mis emociones y de mi mente y se va proyectando para despertar los *chakras* espirituales.

“Solo en los *chakras* liberados la energía fluye en espiral hacia El Padre”, explica el Rishi.

“Voy a desenmascarar a todos los personajes que anidan en el inconsciente. Ya verás que esas figuras con las que te identificaste durante todas tus vidas no son más que monstruos al servicio del Gran Demonio.

En una de tus vidas hubo un personaje que estuvo muy cerca del Padre y esta cercanía lo llevaba a morir, no solo a él, sino también a las semillas que germinarían en los futuros personajes.

Pero tu alma que estaba floreciendo se asustó porque creyó que sin personaje moriría, entonces alma y personaje se escondieron y viven todavía escondidos.

De haberse tu alma jugado hoy no existiría Franz y serías uno de nosotros”.

Esto me lo dijo el Rishi Angiras.

El Rishi Goshukta antes de despedirse en nombre de todos los Rishis me dice que me ha traído un viejo amigo con el que voy a tener una esclarecedora conversación.

El Rishi desapareció y como saliendo de la nada apareció un monje encapuchado que ejerció sobre mi una inexplicable fascinación.

“¿Quién eres?”, me atrevo a preguntar.

“Por ahora no importa quien soy, pero puedes llamarme Dionisio”.

“¿De qué época vienes?”.

“Tal vez del siglo V, pero no lo tengo demasiado en claro, quizás venga de unos siglos anteriores”.

“¿Puede ser que te hayan llamado el Pseudo-Dionisio Aeropagita? ¿Eres el mismo que mencionaba un libro de la biblioteca teológica?”.

“Sí, parece ser que ese es el nombre que me atribuyeron”.

“¿Es cierto que fuiste testigo del tránsito de la Virgen María y del oscurecimiento de la Tierra cuando Jesús expiró en la Cruz?”.

“Si lo fui no tiene ninguna importancia, son solo visiones que nada tienen que ver con la vida del espíritu”.

“¿Qué fue lo que enseñaste, Dionisio?”.

“Más importante que lo que enseñé fue lo que callé, a Dios lo intuí en el silencio, en el vacío absoluto, en lo innombrable para una razón que solo puede nombrar”.

“¿Por qué hablaste?”

“Me lo pidió El Padre, pero mi palabra solo buscaba señalar un camino, nada más; solo hasta ahí es legítima la palabra, si la palabra va más allá corre el riesgo de encerrar al alma en la cárcel de los conceptos”.

“¿Qué señaló tu palabra?”.

“El Uno Absoluto más allá de toda definición”.

“¿Creíste que los hombres podrían comprender tu mensaje?”.

“Es algo que no me preocupó, El Padre me pidió que lo transmitiese y así lo hice”.

“¿Y dijiste quién es el hombre?”.

“Es la esencia divina, es imagen y semejanza de Dios.

También dije que la Divinidad no es ni sabiduría, ni unidad, ni bondad, ni espíritu.

No hay en ella ni definición, ni nombre, ni ciencia.

No es ni tinieblas ni luz, ni error ni verdad.

Toda afirmación con respecto a ella es absolutamente imposible, lo mismo toda negación”.

“¿Entonces cómo puede llegar el hombre a Dios?”.

“La única posibilidad es una experiencia que solo puede otorgar la Gracia y que exige la entrega total al Absoluto que busca.

Dios solo puede ser encontrado en la fusión, en la unificación total.

Acceder al Uno Absoluto implica la deificación.

Quiero decir que este grado de conocimiento ya no puede llamarse conocimiento tal como lo entienden los hombres, es el último grado de transmutación divina, donde ya no se es para ser en la Unidad”.

“Dionisio, ¿cómo empezar este camino que señalas?”.

“La purificación es el primer paso porque sin purificación se puede pensar pero no comprender, y comprender solo es posible a partir de la intuición divina del alma purificada.

Dios otorga la Gracia para emprender este camino al hombre que compromete su vida entera, y esta entrega lo irá llevando en su ascenso paulatino de hombre en el mundo hasta espíritu celestial”.

“¿De qué modo el hombre llega a conectarse con Dios?”.

“No es el hombre que se conecta con Dios, sino Dios que se conecta con el hombre, pero la Fuerza Divina solo se revela a quien se entrega absolutamente a esta”.

“Pero entonces solo una ínfima cantidad de almas puede tener acceso a esta plena realización, el resto de la humanidad, como es fácilmente comprobable, sigue atrapada por la oscuridad e incomunicada de la luz”.

“En el Plan Divino está contemplada una jerarquía espiritual donde los seres iluminados le van transmitiendo esta Luz a quienes buscan la iluminación, y éstos, en la medida en que son receptores según su capacidad de la misma se la transmiten hacia los ignorantes de esa luz que de algún modo irradiará sobre ellos.

Esta Luz desde el Ser Absoluto opera imantando, y conectando las conciencias, desde los niveles más bajos hasta las iluminadas, tenderán a volver al Uno, al Origen.

Una imagen adecuada para mostrar la Presencia de Dios en el mundo es la de la luz solar que confiere más o menos brillo, según el grado de transparencia u opacidad de aquello que ilumina”.

“¿Hay movimiento de ascenso y descenso de la Luz?”.

“Así es, la Luz desciende a la oscuridad para que la oscuridad retorne a la Luz y se disuelva como oscuridad”.

“¿De qué depende la Gracia de la iluminación?”.

“No es ningún misterio, depende de la solicitud del que la reclama. La entrega es el pedido de la Gracia hecho desde el corazón. A su vez la mayor plenitud de la Gracia es poder entregarse al corazón que sinceramente la reclama.

La Gracia nunca retacea el entregarse al corazón que la pide, lo que ocurre es que los corazones de los hombres, clausurados por la oscuridad, ignoran la existencia de la Gracia”.

“¿El movimiento de descenso de la Luz es abrir los corazones a la Gracia?”.

“Ese es el sentido del Plan Divino, y esta Luz tiene que ir canalizándose a través de las jerarquías celestiales, las potestades angélicas y las jerarquías de los humanos iluminados”.

“¿Las jerarquías humanas en tu época tenían que ver con las jerarquías de la Iglesia iluminadas por el Espíritu Santo?”.

“El Demonio siempre está atento a las debilidades humanas y la mayor debilidad de los hombres es querer poseer el poder demoníaco, querer ser el Demonio, porque la promesa del pacto original fue que la entrega del alma a la oscuridad la haría poseedora de ese poder.

No te olvides que El Plan Divino es para rescatar al hombre caído, y en mi época la Iglesia, las potestades angélicas y los santos, cuya palabra designa a los hombres iluminados, debía irradiar la Luz del Padre que Jesús trajo al mundo”.

“Pero Dionisio, todo eso falló”.

“Más bien digamos que temporalmente se interrumpió, porque El Plan Divino no puede nunca fallar, solo puede demorarse en la ilusoria conciencia del tiempo en que habitan los hombres”.

“¿Lo que llamamos triunfo del Demonio es solo la ignorancia de los hombres?”.

“Si quieres verlo de ese modo es así, el hombre ignora la potencia de Dios que es la que mora en el Universo entero, en las potestades celestiales, en los cuerpos celestes, en los animales, en las plantas, y como la ignora por su pacto con la oscuridad, no la puede vivir en su propia alma.

Esta potencia es el poder de la transmutación a la condición divina, a la deificación”.

“Dionisio, ¿puedes explicarme cuál es el significado de los actos de los hombres en el mundo cuando el único sentido real de la existencia es la deificación?”.

“El alma purificada solo puede aspirar al Bien y a lo Bello que son idénticos en la sustancia porque ambos se refieren al Ser Absoluto y Único, lo que podemos designarlo en la insuficiencia de los nombres como Verdad.

El artista debe intuir que Dios no solo está en el origen de toda Belleza sino que Él es la Belleza Perfecta.

Los sentimientos nobles reflejan en el hombre la Bondad de Dios y la razón que busca a Dios sabe que tiene que trascenderse, dejar de ser, para encontrar a ese Dios que está buscando.

Este es el camino del hombre que aspira a la iluminación”.

“¿Cuál es, Dionisio, el poder de la iluminación?”.

“El de abolir toda tiniebla oscurecedora”.

“¿Podemos retomar el tema del conocimiento?”.

“El conocimiento es una catarsis, una purificación interior, y su objetivo es comprometer la totalidad del ser para transmutarse en Dios, en la plenitud absoluta.

Este conocimiento empieza con la intuición y culmina con el amor unificante en la Divinidad que es Puro Amor”.

“Pero nosotros vivimos en el mundo de los sentidos. ¿Cómo debemos actuar para no quedar atrapados por la fascinación de lo sensible?”.

“El mundo de los sentidos debes comprenderlo tan solo como una antesala si tu horizonte es el Absoluto.

Más allá de lo sensible está el mundo de las realidades invisibles, pero no te detengas allí porque el peligro de su fascinación es mayor que el del mundo visible, y allí han quedado atrapados muchos místicos, por no decir la casi totalidad de los que se atrevieron por el camino de la mística.

El peligro de quedar atrapado es grande, y como todo el proceso es un movimiento hasta llegar a la eterna quietud definitiva, en este tránsito si no se asciende se descende, no es posible detenerse, y si te detienes fascinado en ese mundo la caída que le sigue será estrepitosa.

No te detengas hasta haber llegado a la meta, esa es la ley del ascenso”.

“Dionisio, ¿qué recepción tuvo este mensaje en tu época?”.

“Impregnó el pensamiento de los teólogos, al extremo que nadie podía aventurarse por los caminos de la teología, desconociéndolo.

Algo leíste de Nicolás de Cusa. También en San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, en San Gregorio Magno está manifiesto este conocimiento.

La Iglesia de Oriente tuvo presente este mensaje en Juan de Scitópolis, Máximo el Confesor, Teodoro Studita, y la Griega lo expresa en Isaac de Nínive, y así podría seguir contándote como influyó en los siríacos, en los rusos.

Aunque no lo puedas creer, hasta los Papas se sintieron atraídos por esta enseñanza, y no era para menos pues le ponía la claridad del discernimiento a un Cristianismo que hasta entonces se había manifestado con ideas confusas y con una fe ciega que necesariamente tenía que desembocar en el fanatismo y en la locura.

El Papa Martín I invoca esta enseñanza en el Sínodo de Letrán, allá por el siglo VII. Otro Papa, Pablo I le entrega un ejemplar del *Corpus a Pepino el Breve* y así se lo va traduciendo del griego al latín.

No quiero seguir apabullándote con nombres y fechas, pero con esto quiero responder a tu pregunta sobre el impacto que tuvo la enseñanza”.

“Y aquí viene mi desconcierto Dionisio, ¿por qué si la enseñanza que transmitiste tuvo tamaño impacto en Papas, teólogos, incluso en gobernantes, ahora recuerdo que el emperador de Oriente,

Miguel, en el siglo IX tuvo en sus manos un manuscrito, el camino que siguió la humanidad fue el opuesto, el de descender velozmente al infierno? ¿Dónde estuvo la falla?”.

“Franz, llegaste al nudo del problema: no fallaron los otros, el que falló fui yo”.

“No te entiendo Dionisio, ¿acaso no transmitiste fielmente el mensaje que El Padre te dijo que transmitirías?”.

“Yo era un intuitivo buscador del Padre que habitaba un mundo dominado por el Demonio.

Permanentemente me preguntaba ¿por qué las enseñanzas liberadoras de Jesús eran tan mal comprendidas? Nada de lo que veía a mi alrededor, el salvajismo de las guerras entre los pueblos bárbaros, el fanatismo demoníaco de los ascetas, el poder que embriagaba a Papas y señores, tenía la más recóndita conexión con lo que Jesús había venido a transmitir a los hombres. Sin embargo las más inimaginables crueldades se hacían en nombre de Jesús y de la salvación eterna del alma.

Hasta que un día, cuando estaba hundido en estas cavilaciones, se presentó El Padre y me dijo.

‘Hijo quiero que aceptes la tarea que debo encomendarte.

Te preguntas porque el mensaje de Jesús no pudo ser entendido, la causa fue que la energía del discernimiento que debía impregnar el camino del Cristianismo no pudo llegar a fusionarse en esta experiencia porque los filósofos griegos que debían desplegarla, terminaron pactando su inmortalidad en el mundo tentados por el Gran Demonio.

Y tú eras uno de esos filósofos, que tuvo el discernimiento de mantenerse fuera del pacto, pero solo nada podías hacer porque el proyecto era colectivo.

Sin discernimiento, el Cristianismo quiso avanzar del único modo en que podía hacerlo, con una fe ciega que muy pronto capturó el Gran Demonio, transformando lo que debía ser un proceso liberador en esta locura de la que eres testigo.

En tu interior conservaste, desde aquella frustrada misión, esa energía del discernimiento que no pactaste, y ahora te pido que aceptes que yo la active para que pueda desplegarse en el modo de una enseñanza que ayude a disipar la bruma de la oscuridad que ciega a estos hombres y los incita a proceder como servidores del Gran Demonio”.

“¿Y qué pasó Dionisio?”.

“Por supuesto que acepté el pedido del Padre y me convertí en un canal perfecto para transmitir ese mensaje, pero no tuve lo que tenían esos bárbaros alucinados que actuaban con una fe perversa pero que seguía siendo la energía de la fe.

Tenía el discernimiento que me había activado El Padre pero no pude fundirlo con una fe de la que carecía porque seguía siendo aquel filósofo griego que no pactó con el Gran Demonio pero tampoco se entregó al Padre, porque la entrega es una cuestión de fe.

Y cuando El Padre me pidió la entrega tuve miedo, pánico a los demonios porque temía ser tentado como lo fueron los otros filósofos griegos, y por eso me escondí en este desierto de piedra que ahora habito.

Y el mensaje que no fusione el discernimiento con la fe se transforma en un mundo vacío de conceptos y este vacío es lo que transmití detrás de las sabias palabras, y este vacío es lo que repitieron los que me leyeron”.

“No entiendo Dionisio, ¿por qué te escondiste?

¿Acaso no creíste en El Padre que te había elegido para que transmitas su mensaje y te pedía te abras a la fe?”.

“¿Y tú, Franz, me lo preguntas como si no lo supieses? ¿No estás escondido en la cocina de Fritz, huyendo del mundo? ¿No sientes pánico con los demonios y porque temes su tentación te repliegas en ese desierto de piedra, la cocina de Fritz, o antes en el anónimo vagabundeo por Leipzig?

Franz, tu desierto es el mío y el mío es el tuyo, porque somos lo mismo”.

Dionisio se levantó la capucha y espantado vi que su rostro era el mío.

“¿Entiendes Franz? Tú eres ese filósofo griego que se escapó de la tentación, escondiéndose en el desierto de piedra. Tu eres Dionisio, el mensajero del Padre que no tuvo la fe en el mensaje que transmitía y siguió escondiéndose en ese desierto de piedra. Tu eres Franz que sigue oculto en ese desierto que ahora tomó la forma de cocina en el restaurante de Fritz.

Pero ya estamos cansados, el filósofo griego, Dionisio el Aeropagita, Franz, el ayudante de cocina, de habitar ese desierto para escapar de los demonios.

Llegó el momento que los personajes se atrevan a salir del desierto pero no para caer en la tentación demoníaca sino para morir en la Luz del Padre.

Entonces la única alma comenzará el camino de liberación”.

La figura de Dionisio fue desapareciendo de mi visión pero esa agitada noche todavía no había terminado.

Ahora tenía ante mis ojos sonriente y casi burlón a Pantaleón.

“¿Qué haces aquí, Pantaleón?”, fue lo único que pude decir.

“Vengo a hacerte una invitación. Mañana en el partido Alemania y Polonia voy a reunirme con el holandés Pedro Canisio y con San Jorge, también va a venir un muchacho, Andrés Echegaray. Los Rishis me encomendaron que te invite a unirme a nosotros. Es el comienzo de la formación de un grupito muy interesante, por lo que tengo entendido seremos algo así como ayudantes de los Rishis.

¿De acuerdo? Mañana te esperamos en la tribuna de Alemania”.

Pantaleón desapareció en el instante en que el reloj, creo que omití decirles que sobre la pared colgaba un gran reloj que me había regalado Chao para mi cumpleaños, marcó las 12 p.m., que daba por terminado este agitado 13 de junio.

Soy el relator anónimo y Franz y su historia fueron desapareciendo del **Aleph**.

14 de Junio

“Sí, sí, sí..., nos vamos a Berlín”, estallaron los más de 10.000 españoles que en el **Zentrals-tadium** de Leipzig, cuando a los 36 minutos del segundo tiempo, tras una asistencia de cabeza de Carles Puyol, que había sido un jugador de excepción, le permitió a Fernando Torres coronar el 4 a 0 ante la desconcertada selección de Ucrania.

En el comienzo del primer tiempo, con los goles de Xavi Alonso a los 13 y de David Villa a los 17, que con un tiro libre que rozó a Andrei Rusol, descolocando al arquero Alexander Shovkosky, daba la impresión que a los ucranianos se les venía la noche.

No solo el tan temprano 2 a 0 desmoralizaba a los hombres de Ucrania sino una evidente superioridad futbolística de los españoles que empezaba con la lúcida distribución de Xavi Alonso, y la buena actuación, tanto de Luis García y Marcos Senna, que le daban el marco adecuado al brillante juego de Carles Puyol.

El segundo tiempo tuvo ya en su inicio el golpe de gracia al endeble plantel ucraniano, cuando Vladislav Vashchuk comete un dudoso penal a Fernando Torres y David Villa lleva el marcador 3 a 0.

Los ucranianos, salvo las buenas intenciones de Andres Voromin, que parecía correr sin darse por vencido, daban la impresión de estar dibujados en el césped, incluso Andriy Shevchenko, el inquietante delantero del Milan, parecía deambular desconcertado ante la impotencia de sus compañeros.

Cuando el suizo Máximo Bussaca dio la pitada final, eufóricos con ese inesperado 4 a 0, los filósofos Fernando Savater y Manuel Cruz se abrazan, festejando el triunfo de sus compatriotas.

Como resulta imposible que Manuel Cruz pueda vivir sin sumirse en reflexiones filosóficas, le dice a Fernando.

“¿Crees tú, Fernando, que hemos sido traídos a este evento, o ha sido nuestra elección la que nos trajo?”.

“¿Es que no puedes disfrutar este instante del triunfo y olvidarte de tu personaje?”

¿Qué importa cómo llegamos aquí?

Sea cual sea la causa estoy eufórico porque acabamos de ganar, y agradecido por estar gritando en esta tribuna”.

El corte que le quiso dar Fernando al combate filosófico que le planteaba Manuel no tuvo éxito porque su colega no se dio por vencido.

“¿Y por qué habrías de agradecer si no ha sido tu elección?”.

“Sí que eres aguafiestas, ¿adónde quieres llegar?”, responde resignado Fernando.

“Yo también he disfrutado del partido, pero no puedo evitar preguntarme si este es el lugar donde debo estar”.

“Depende, Manuel, de lo que estés buscando.

Si buscaste pasarla bien y divertirte un rato, después de este resultado no te quepan dudas que estás en el lugar correcto”.

“¿Sabes que ocurre, Fernando? Ni siquiera sé que es lo que debo buscar”.

“Manuel, eres un desastre, si no tienes claro eso, ¿cómo puedes saber si estás en el lugar correcto?”.

“¿Y tú como sabes si la búsqueda de diversión ha sido una elección tuya?”.

“Estás demasiado loco. Deja ya de atormentar a tu mente”.

“Tal vez la filosofía no sea sino la máxima racionalización de la locura, pero Fernando, ya estamos metidos en esto y es imposible salir, por eso me planteo que si no soy dueño de mis decisiones cualquier acto carece de sentido”.

“¿Y quién podría tomar las decisiones por ti?”, pregunta ahora Fernando con cierta preocupación reflejada en su rostro. “¿Acaso alguien te ha obligado a venir?”, dice con la seguridad de quien busca tapar un desconcierto.

Manuel mira a ninguna parte mientras las tribunas se van vaciando y con un aire shakespeariano reflexiona:

“Detrás de cada acto siempre queda un sabor amargo, es la sensación de que nada esencial ha sido vivido, y que tan pronto finalizó se desvanece de la conciencia, quedando un vacío que vuelve a llenarse con un nuevo acto carente de sentido”.

“Discúlpame Manuel, pero quiero ir a felicitar a los jugadores”.

La larga caravana, pacíficamente mezclados españoles y ucranianos, se va alejando del **Zentralstad ium**, cuando Manuel pega un grito: “Si es Taras, Taras Shevchenko”.

“¿El gran poeta ucraniano?”, dice sorprendido Fernando.

“Sí, mi amigo Taras”, y Manuel alza los brazos y la voz llamando a Shevchenko.

El ucraniano lo reconoce a Manuel y corre a abrazarlo.

“Fernando, te presento a un gran amigo y gran poeta. No te exagero si te digo que con Taras en el siglo XIX nació la moderna poesía ucraniana.

Tengo un ejemplar de **Kobza** autografiado en 1860, ¿fue entonces Taras que me lo dedicaste?”.

“En 1861”, corrige Shevchenko.

“Bueno, es lo mismo. El título hace referencia a los juglares ucranianos que se acompañaban con la *Kobza*, un instrumento parecido a la mandolina.

Pero qué causalidad, ¿casualidad?, no creo en la casualidad porque este encuentro no puede ser casual porque estábamos hablando de la libertad, y justo nos encontramos con Taras que fue siervo de un noble y que gracias a Brivlov y Zhukovskyi, sus maestros de pintura y literatura en San Petersburgo, que pagaron por su emancipación, fue un hombre libre recién a los 24 años.

Sin embargo 9 años después fue reclutado y llevado a una guarnición en los Urales donde permaneció como soldado raso durante 11 años.

¿Quién mejor que Taras para hablar de la libertad?”.

“Bueno, hablando de la libertad me sentiré más cómodo que discutiendo sobre el partido, después de este lapidario 4 a 0”, dice sonriendo Taras, y de inmediato le estrecha la mano a Fernando.

“Mucho gusto, Taras Shevchenko”.

“Un placer, Taras, soy Fernando Savater.

Pero dejémonos de formalidades y ayúdame a convencer a tu amigo que se deje de cuestionamientos.

Tan solo quería disfrutar del partido, y por supuesto que lo disfruté, pero Manuel está obsesionado con el planteo del sentido de los actos”.

Manuel se dirige a Taras.

“¿Tú qué piensas? ¿Crees realmente que eres libre, que eres dueño de tus actos, de tus pensamientos?”.

Taras permanece unos segundos en silencio antes de responder y muy lentamente comienza a decir.

“Hay una fuerza llamada voluntad que es la que dirige y motoriza los actos.

Esta voluntad tiene un origen misterioso y si bien es condicionada por las experiencias vividas, en su esencia es libre”.

“¿Entonces tú eres esa voluntad y como la voluntad es libre tú eres libre? Pero esa libre voluntad, si es así, no debería ser sujeta al cambio. ¿O supones, Taras, que puede ser modelada y cambiada?”, interroga Manuel como lo haría un inquisidor personaje que tal vez alguna vez representó.

Taras se defiende como un acusado que se está jugando la vida.

“Por supuesto que puede cambiar, es como un mecanismo que va realizando ajustes según va evolucionando”.

“Sigo sin comprender, Taras. ¿Cómo una energía llamada voluntad puedo considerarla mi esencia si va mutando?”.

Acorralado el poeta ucraniano, como lo habían estado sus connacionales hasta unos minutos antes por los españoles, busca contraatacar.

“¿Y tú qué propones?”.

Manuel duda.

“Aún no lo he resuelto, pero nada que mute en el tiempo puedo reconocerlo como mi esencia.

No estoy seguro, pero si no es nuestra esencia, entonces es algo que nos arrastra hacia estos actos carentes de sentido.

Siento la sensación de estar viviendo la vida de otro”.

Ahora Manuel ya no representaba al inquisidor sino a algún acusado por la inquisición, que por esta confesión debería empezar a temer por su pellejo.

Fernando interviene entre molesto y resignado por estar escuchando planteos que alguna vez lo torturaron, como cuando estaba seducido por el pensamiento del *outsider* rumano Emile Cioran, y de los que prefirió huir para hacer de la filosofía un juego más frívolo y menos comprometedor.

Lo mira a Taras buscando su complicidad.

“Te lo dije, está desquiciado, se le va la vida y no se permite ni el más mínimo disfrute”.

Taras, que también viene huyendo en su vida y en su muerte de este preguntarse si realmente actúa mediante una esencia libre o es arrastrado por fuerzas que no solo no controla sino que tampoco conoce, confiesa aquello que Fernando no se atreve a confesar.

“No puedo culparlo, no me es desconocida esa sensación, pero no me atrevo a hurgar en la misma, a hacerla consciente, temo que quedaría paralizado”.

“¿Y por qué la parálisis habría de ser peor que la acción?”, ataca Manuel.

“Solo sé que la acción me permite seguir adelante, no soportaría la parálisis”, continúa confesándose Taras.

“¿No estarás escapando, Taras? ¿No es una postura demasiado cómoda la tuya?”, lo acosa Manuel.

“Tal vez, mi amigo, tal vez, pero créeme, la parálisis me resulta insoportable”, dice Taras como dándose por vencido, pero las palabras siguen brotando incontenibles. “¿Qué necesidad tiene un muerto de ocultar nada?”. Mi obra, la necesidad de reconocimiento, no fueron otra cosa que en-

mascarar mi huida, desviando la mirada de los otros para que me viesen como al gran poeta nacional de Ucrania y no como un alma temerosa, débil, incapaz de enfrentarse a lo único que en la vida y en la muerte tiene sentido enfrentarse.

“Taras, no eres un cobarde, eres solo un hombre con miedo como lo somos todos los hombres, por eso huimos de esa verdad que sospechamos, porque el hombre es un ser que sospecha, quizás esa sea la condición humana, vivir un estado de permanente sospecha sobre uno mismo y no atreverse a seguir adelante, a investigar quien es el asesino.

No hay asesinos, Taras, eso nos decimos, solo hay seres inocentes y libres. ¿qué mayor tranquilidad que sentirnos inocentes y libres para soportar la vida?

¿Pero por cuánto tiempo, por cuántas vidas y muertes podemos sostener esta incertidumbre?

¿No será, Taras, que debemos quedarnos quietos, aquietar el devaneo de la mente, estar paralizados como tu temes y entonces podremos acercarnos a la libertad?

¿Quién se opone, Taras, a que seamos libres?”.

Ahora solo restaba el silencio, como dice un personaje de Shakespeare, un silencio que había invadido como un frío helado esas tres almas porque afuera el grito de los españoles era ensordecedor.

“¡Sí, sí, sí..., nos vamos a Berlín!”.

Ese hombre sentado en esa cervecería de Munich parecía un barrabrava de Túnez. Algo contradictorio se adivinaba en su mirada, por un lado una capacidad inusual para jugar con los hombres a su antojo y disfrutar más del juego que de la ganancia, y por otro era como si su mirada se escapase del mundo, perdiéndose en la alucinada contemplación de fantasmas de un remoto pasado.

Era su tercera cerveza y de pronto advirtió que alguien sentado en una mesa vecina, alguien que también parecía extraño a ese lugar, lo estaba observando.

“Amigo, te invito a una cerveza”, dijo levantando la voz para ser escuchado.

El gesto de aceptación de su vecino lo alegró, se sentía muy solo después de haber conducido a multitudes, y no podía precisar cuántos siglos hacía que estaba solo.

“Alguien con quien hablar”, pensó cuando el desconocido se sentó a su lado y ofreciendo su mano dijo. “Mucho gusto, soy Aníbal”.

“Aníbal, el cartaginés, es realmente un gusto poder conversar con alguien tan excepcional. Yo soy el Rishi Pulastya”.

“No pareces de aquí”, comenta Aníbal.

“No, no lo soy, y tú tampoco tienes el perfil del fanático que acude a un Mundial de Fútbol”.

“Vine aquí con otro propósito. Mis consejeros me han dicho que Cartago no ha desaparecido, hoy Túnez se levanta sobre los que alguna vez fue esa gloriosa Nación, y los tunecinos me ayudarán a revivir mi gloria.

¿Sabes cómo llaman a ese equipo?”.

“Sí Aníbal, por supuesto que lo sé, ‘Las águilas de Cartago’”.

“¿Te queda todo claro?”.

“Bueno, tan claro no me queda, pero ¿por qué no me cuentas algo de tu vida, Aníbal?”.

“Roma pretendía que África fuese una provincia suya, y por supuesto Cartago estaba en África y no lo podíamos permitir. Éramos fenicios y no aceptábamos ser sojuzgados por los romanos.

Yo era un general en serio que había estudiado al detalle las estrategias de Alejandro y no como esos generales romanos que eran elegidos por el Senado después de tranzas políticas que nada tenían que ver con el arte de la guerra.

Avancé, dicen la crónicas, con 90.000 hombres, 12.000 jinetes y 37 elefantes. En verdad solo el número de elefantes era cierto, los demás eran bastante menos, pero no importa, de todos modos era un ejército imponente.

Iba por tierra, no solo porque los romanos dominaban el mar sino porque me era imprescindible levantar a los galos y establecer una base de aprovisionamiento y de recluta lo más cerca posible de la Galia Cisalpina, ya que la línea de comunicación con España, donde tenía la retaguardia, podía ser cortada con facilidad.

No te voy a contar todos los firuletes que hice esquivando a los romanos porque sería largo.

Perdón, no pedimos las cervezas”.

“No te preocupes Aníbal, sigue contando tus hazañas”.

“Bueno, te cuento, la fecha la tengo presente, en el 218 a.C. atraje a las legiones de Sempronio a la batalla en las riberas del Trebia, las sorprendí y logré controlarlas, las rodeé con la mitad de la caballería, el ataque fue fulminante y Sempronio terminó inesperadamente su carrera militar.

Un año después, a orillas del lago Trasimeno, me coloqué entre los ejércitos de Servilio y de Flaminio, y después de aniquilar a las legiones de este último, le hice un movimiento envolvente a Servilio que, desconcertado, ordenó el repliegue.

Pero los romanos no se daban por vencidos, aunque seguían siendo muy estúpidos, tan estúpidos como para comprometer cuatro dobles legiones al mando de dos cónsules, Emilio Paulo y Terencio Varrón, ¿qué podían saber de la guerra estos dos cónsules? Marcharon hacia el Anfidus, y qué ejército era ése que no tenía un mando unificado, pues aunque pareciera increíble mandaba un día cada uno.

Emilio Paulo no quería presentar batalla, pero Terencio Varrón tenía la opinión contraria. Aprovechando el día que le tocaba mandar Terencio Varrón ordenó el ataque, era el 2 de agosto del 216 a. C.

Desplegué un semicírculo y ubiqué en el centro a los españoles, y a los galos, mientras los africanos ocupaban las alas apoyados por una poderosa caballería.

Enfrenté a los romanos que formaban en líneas paralelas, derroté primero a la caballería y esperé el ataque de los infantes, que presionaron nuestra media luna, entonces ordené el avance a las dos divisiones de infantería africana que marcharon en forma concéntrica, cayendo sobre los flancos de los romanos que quedaron encerrados en el interior del semicírculo. La caballería hizo el resto y el ejército de los dos cónsules quedó barrido en Cannas.

Trebia, Trasimeno, Cannas demostraron a Roma que estaban frente a un genio militar. Los romanos eran mecánicos y los generales no pasaban de ser jefes de instrucción. No sabían de tácticas ni se preocupaban por conocer el terreno.

Mis generales me aconsejaban avanzar sobre Roma y uno de ellos, Maharchal me recriminó: “Aníbal, sabes como salir victorioso de las batallas, pero no sabes como aprovechar esas victorias”.

“¿Por qué no avanzaste sobre Roma, Aníbal? –le pregunta el Rishi–, ése es un misterio que aún los investigadores de la guerra no han develado”.

“No existe tal misterio, mi ejército estaba debilitado, carecía de elementos de cerco, no podía tomar Roma.

Me acerqué a sus murallas y agité mi espada ante la Puerta Coltina, pero después me retiré, no podía hacer otra cosa.

Roma se vengó en manos de Publio Cornelio Escipión.

Pero aquí estoy nuevamente elaborando mi estrategia para reconstruir, digamos, mi poder.

Están dadas las condiciones, en mi guerra contra Roma infiltraba espías en esa ciudad, y hasta en alguna oportunidad yo mismo me disfracé y vestido de mendigo di vueltas por el campamento enemigo buscando información.

Y hoy estoy aquí, observa, con un gorrito y la cara pintada como un barrabrava tunecino”.

“Disculpa, Aníbal, si tengo que decirte que estás encerrado en la trampa que te han tendido”.

“¿Acaso mis enemigos conocen mis planes?”.

“No Aníbal, tus enemigos son tus planes”.

“No entiendo, ¿puedes ser más claro?”

“Por supuesto, como lo hicieron aquella vez, ahora vuelven a ofrecerte repetir un pacto, pero Aníbal, ni Roma ni tú existen más, solo son fantasmas que habitan en tu mente posesa”.

“¿Cómo que Roma y yo somos solo fantasmas de mi mente posesa?”

Yo me siento real, como siento real a Roma y ellos me prometieron que esta vez era posible vencerla definitivamente, por eso estoy aquí en Alemania para reunir a mi ejército”.

“Aníbal, ellos te han mentido siempre, aún cuando materialmente podías vencer a Roma, ¿cómo supones que ahora que estás muerto y Roma ya no existe, no te siguen mintiendo y que este plan que te proponen no es otra cosa que una cruel burla para mantenerte en el infierno?”.

“¿Los conoces acaso?”.

“Por supuesto que los conozco, son desertores del Padre y nada de lo que te digan está libre de su única intencionalidad, como dije, que sigas prisionero en su infierno para seguir devorando tu energía”.

Aníbal, envuelto en la energía del Rishi parece despertar del engaño al que estuvo sometido durante tantos siglos y desesperado lo mira a Pulastya.

“¿Dime amigo, qué puedo hacer? Eres el único al que puedo recurrir para que me ayudes, todos los otros, ahora los puedo ver, son demonios que buscan seguir atrapándome en las redes del engaño.”

“Aníbal, tus consejeros no vienen de afuera sino que habitan en tu alma, a la que tienen engañada.

Yo te ofrezco la luz para que los reconozcas, pero en ti estará la decisión de abandonarlos.

No te alarmes, Aníbal, eres uno más de los humanos engañados, todos los hombres llevan enemigos oscuros dentro de sí.

Ellos son tus enemigos y no Roma y sus legiones.

No te apegues a ellos, trasciéndelos, y solo en la trascendencia ganarás la verdadera batalla.

Acá llegan mis compañeros para ayudarte”.

Y a Pulastya, en esa cervecería de Munich, se le unen Marici, Jammadagni, Atri, Daksa, Brighu, Pulaha, Kratu, Sukaksha y Trisoka, que lo van llevando a Aníbal al mar de la purificación.

“Dentro de un tiempo, cuando los grandes monstruos se hayan disuelto, comenzarás tu entrenamiento como soldado raso del ejército del Padre.

¿Aceptas, Aníbal?”.

Las palabras de Pulastya resuenan en algún lugar recóndito del alma de Aníbal, se quita las ropas ensangrentadas de general, y desnudo, como un niño desnudo, se sumerge en el mar de los Rishis.

En otro lugar, en un lujoso palacio de Arabia Saudita, el rey Abdullah ben Abdel Azis observa en una sala de controles, junto con su equipo de analistas, varios televisores dispuestos en semicírculo donde puede ver el partido entre Arabia Saudita y Túnez desde ángulos diferentes.

El rey está preocupado, una fortuna invertida y lo mire por donde lo mire solo encuentra en su equipo jugadores inocentes, muchas veces con errores groseros, y como los tunecinos no eran mejores, el partido podía verse como malísimo si se ponía mala voluntad, o gracioso si el espectador lo tomaba como un espectáculo circense donde era casi imposible ver dos pases seguidos, o cuando en medio de las risas de la tribuna, varios jugadores del mismo equipo se chocaban entre sí tratando de agarrar la pelota.

¿Cuánto está ganando este hombre de Brasil, Marcos Paquetá, para finalmente concretar este papelón?”, se pregunta de sesperado el rey Abdullah cuando Ziad Jaziri abre el marcador para Túnez, a los 23 minutos.

“¿Qué estás mirando Tukar?”, grita el rey ante el temeroso silencio de los analistas que toman apuntes para el informe final del partido.

Redha Tukar despertó la furia del rey cuando queriendo rechazar la pelota se la entregó a Jarizi para que abriese el marcador a favor de los tunecinos.

El rey pensó que Marcos Paquetá, cuando en el segundo tiempo, al hacer algunos cambios para disimular la grotesca actuación, tuvo la actitud acertada. Al Hawsawi, Mohammed Ameen y su preferido Sami al-Jaber empezaron a jugar algo bastante parecido al fútbol.

Kathani a los 11 y Jaber a los 39 hicieron estallar de euforia a Abdullah y los dos goles de Arabia Saudita parecían garantizarle el triunfo, pero a los 47, cuando el partido expiraba y nadie lo esperaba, Padhu Jaidi, con un cabezazo, logró el 2 a 2 definitivo.

Todos los analistas, menos uno, abandonaron el salón para presentar el informe del encuentro, y ese que se quedó no era un analista deportivo sino el maestro sufí Abu Hals Al Shurawardi, que ante la ira del rey trató de calmarlo.

“No te enojés, después de todo Mohammad Nour no estuvo tan mal”.

El rey, que respetaba al maestro sufí, trató de calmarse.

“Sabes lo que pasa Abu, estoy comprendiendo que el dinero no lo puede todo.

Conoces bien los esfuerzos que he hecho para que tengamos un lugar reconocido en el mundo del fútbol, ¿y para qué?, ¿para ver este espectáculo deprimente que acabamos de presenciar?”.

“Abdullah, los hombres por más que quieran y por más poder que tengan no pueden ir contra el destino, y el destino de tu pueblo no tiene nada que ver con el fútbol.

Pero, ¿por qué te importa tanto descollar en el fútbol?

¿No te basta ser el gran dueño del petróleo?”.

“Abu, eres el único hombre en la Tierra en quien confío, hace siglos que nos conocemos y mientras tu permaneciste siempre en la quietud de tu alma, yo viví ciego, enloquecido por el poder, y ahora también fui tentado por el poder que da el fútbol y no quise ser un marginal en el Imperio del Gran Demonio.

Pero recién ahora estoy empezando a entender lo que tantas veces me repetiste y yo en mi necia sordera jamás quise escuchar. Abu, cuántas veces me dijiste que el poder solo siembra en el corazón las más dolorosas semillas del sufrimiento, pero yo prefería creerle a los demonios que me prometían inefables gozos.

Abu, con la paciencia que solo pueden tener los sabios, trataste de transmitirme incalculables veces y de incalculables modos la simple verdad del Padre, pero mis oídos solo podían escuchar las tentaciones más burdas y viles.

Pero siempre que estaba al borde del abismo, llegabas tú con el don de la misericordia con que la Gracia te había colmado, y me tendías la mano, me la tendiste mil veces y mil veces me rescataste de las fauces de los grandes demonios que estaban listos para devorarme.

Ya les he entregado todo, Abu, las almas de la gente de mi pueblo fueron la moneda de pago de tan estúpido poder, y ahora que ya nada me queda para satisfacer, el hambre insaciable del infierno me acosa, vienen por mí, Abu, ya veo sus ojos enrojecidos por la gula y sus dientes filosos muy cerca de la carne de mi alma.

Siempre he negado la verdad, hasta la más elemental verdad del costo de los pactos y en todas mis vidas busqué escapar a esa verdad anestesiándome en el poder y en los efímeros placeres que el poder regala.

Los placeres al final terminan indigestando la mente y el cuerpo, y el peor de los sufrimientos que puede alcanzar un humano es el producto inevitable de esa indigestión. Sabes Abu que el más terrible de los sufrimientos que puede soportar un humano es cuando toma conciencia que su alma está por abandonarlo, que por los siglos de los siglos solo podrá ser un monstruo que se devora a sí mismo.

Y aunque ya estaba en ese límite el Gran Demonio me siguió tentando y me prometió que como un poderoso rey al que todos los reyes y gobernantes de la Tierra se sometían, podía condonarme todas mis deudas si estaba dispuesto a colaborar con él en la construcción de un Imperio que consolidaría definitivamente su poder en el planeta durante este Mundial de Fútbol.

Y yo le volví a creer, Abu. ¿Tan ciego e imbécil puede ser un hombre?”.

Las palabras del rey fueron seguidas de un denso silencio y el sabio esperó que su espesa bruma empezase a disiparse para romperlo con la palabra.

“Abdullah, tus palabras parecen sinceras pero todavía están muy lejos de expresar lo que tu corazón siente, porque en tu corazón sigo viendo agitarse los demonios del odio, del miedo, de la desesperación, del poder, de la envidia, de la venganza, comandados por el gran demonio de la ceguera.

Tu corazón, Abdullah, tiene un hambre insaciable y voraz de seguir comiendo la carne podrida de los pactos.

Pero te digo, Abdullah, que tus palabras me suenan sinceras con la sinceridad que da la visión del abismo pero que tal vez muy pronto olvidarás cuando el Gran Demonio te ofrezca el último pacto, el pacto que te llevará a dejar definitivamente la condición humana para convertirte en un demonio.

Abdullah, ten presente lo que voy a decirte, esta pequeña luz que ahora sientes en el corazón es la última Gracia que puede ofrecerte El Padre antes del destierro definitivo.

No tenemos mucho tiempo por eso mientras dure esa luz quiero preguntarte.

¿Qué quieres, Abdullah? ¿Para qué me cuentas todo esto? ¿Pretendes algo más con tus palabras que huir de los demonios que te están mordiendo el corazón?”.

El rey contestó con una calma inusual a las preguntas del maestro sufí.

“Es mucho lo que me preguntas para que pueda responderte, no tengo la respuesta para ninguna de tus preguntas, pero lo que sé, Abu, después de tantos soles y tantas lunas que compartimos, que deseo que seas mi guía. Ya conozco el mundo del Gran Demonio, ahora quiero que me lleves a conocer el mundo del Padre”.

“Nos volveremos a ver”, fueron las únicas palabras del maestro sufí, y Abdullah quedó solo, con su inmensa soledad, en la inmensa sala de controles, mirando con la mirada perdida los televisores apagados.

Antes de comenzar el partido, como teníamos tiempo Günther me invitó a un pequeño restaurante de Dortmund a comer un delicioso *Pfeffepothast*, ese estofado de carne con cebolla al que acompañamos con una espumante cerveza.

“Esto sí que es comida y no esas apestosas salchichas de Fritz”, le comenté a Günther mientras mis mandíbulas se movían con extrema lentitud para tratar de hacer interminable el pecado de la gula.

A través de la ventana veíamos una interminable bandera alemana que tapaba a sus eufóricos portadores, de los que solo se podían escuchar sus gritos.

Una hora después estábamos en la tribuna esperando el comienzo del partido. El español Luis Medina Cantalejo dio la pitada inicial y los más de 50.000 alemanes taparon con sus aullidos la tentativa de los 10.000 polacos de hacerse oír.

Günther, poco a poco fue ingresando en un estado de incontrolable ira ante la inoperancia del equipo alemán, y no se cansó de insultar a Michael Ballack, la supuesta estrella del equipo, que parecía como totalmente desconectado del partido.

No bastaron para Günther las tentativas de Klose y Podolski, que estuvieron cerca de abrir el marcador, para que cesase de hostigar a Juergen Klinsmann, a quien hacía responsable de lo que consideraba un desastre.

“Suerte que estos polacos son de madera”, se consoló Günther cuando Zurawski se perdió un gol antes que expirase ese primer tiempo en un anodino 0 a 0.

El entretiempo no calmó a Günther que seguía protestando contra Lahm, Schneider, bueno protestaba contra todos, y Jürgen Klinsmann seguía siendo el blanco preferido de sus dardos.

En el segundo tiempo por momentos temí que Günther terminase sus días en esa tribuna de Dortmund víctima de un infarto, sobre todo cuando Klose, primero con un cabezazo, y Ballack después, con un fuerte remate estrellaron la pelota contra el travesaño.

Creo que los insultos de Günther influyeron para que Klinsmann, a los 26 minutos, reemplazase a Podolski por Neuville, quien a poco de entrar no alteró el 0 a 0 por la brillante tapada de ese maldito Boruc, tal como lo definió Günther.

Afortunadamente, estos son conceptos de Günther, porque yo de fútbol no entiendo mucho, la expulsión de Sobolewski nos favoreció porque lo había obligado al equipo polaco a replegarse cada vez más, y cuando ya todo llegaba a su fin, un centro de David Odonkor, que había reemplazado a Arne Friedrich a los 19 del segundo tiempo, le dio la oportunidad a Neuville, a los 46, en el momento en que el partido expiraba, a dar lugar al estallido de la tribuna alemana.

“1 a 0”, gritó Günther sin creerlo, y comenzó a hacerle gestos obscenos a la tribuna de los polacos.

En medio de la euforia escuché una voz que me llamaba. Me di vuelta y era Pantaleón que venía acompañado de una chica flaquísima, portadora de una timidez demasiado llamativa.

“Ella es Ema”.

“Mucho gusto, Ema”, le dije tendiéndole la mano, mientras Günther, dominado ahora por el triunfalismo, gritaba desaforado y no advertía la situación.

“No sabes lo que me costó traer a Ema al partido, la tuve que sacar casi a empujones de la iglesia, donde estaba sola porque hasta el cura había desaparecido”.

Andrés Echagaray y San Jorge estuvieron en la tribuna polaca porque no pueden despegarse de una religiosidad que los hace adherirse al más débil.

Lo que estoy olfateando es un clima pesado y que va a haber goma a la salida, los polacos no van a soportar la humillación de este temprano regreso a casa. Por ahí anda Nicolás Copérnico totalmente descontrolado y profiriendo amenazas.

Bueno Franz, te llamo por teléfono para concertar la entrevista con el Rishi Sasoka.

Chau Franz”.

“Hasta pronto Panta, fue un gusto Ema”.

Soy el relator anónimo y las predicciones de San Pantaleón fueron lamentablemente ciertas.

Más de 300 detenidos en el enfrentamiento entre alemanes y polacos primero, y después entre los fanáticos y la policía, da una idea que más que una escaramuza fue una verdadera batalla campal.

Pero lo que ningún medio publicó fue la detención y posterior liberación de los líderes de este enfrentamiento.

Este ocultamiento de la información a la prensa se debió a la inmediata intervención del Vaticano que presionó al gobierno alemán para que se ocultase este episodio y los dos jefes barrabravas fuesen inmediatamente liberados.

¿Por qué el Vaticano moviliza todo su poder e influencia para resolver una cuestión que no pasó de ser una batahola callejera? La respuesta rompe el sentido ya que estos belicosos personajes eran nada menos que Benedicto XVI, al frente de los alemanes, y Juan Pablo II comandando a los polacos.

El **Aleph**, que está en todas partes, también en las celdas, una a continuación de la otra, en las que fueron a parar los Papas, hasta que identificados para después con el mayor sigilo, ser enviados en un avión especial, Benedicto XVI, de retorno a su sillón pontificio, y como el caso de Juan Pablo II era más complejo, porque estaba muerto, las autoridades alemanas aceptaron la colaboración de un grupo de Rishis para retornarlo al plano astral donde le corresponde estar, de acuerdo a los méritos y deméritos de su actuación papal.

¿Qué pasó durante ese corto tiempo en que estuvieron detenidos? ¿Qué se dijeron estos personajes que registraban en sus rostros los moretones del enfrentamiento?

Veamos lo que nos muestra el **Aleph** que registró este histórico acontecimiento.

Benedicto XVI, desde su celda y en tono de comparsa, le canta a su colega en el trono de San Pedro.

*Mi querido Juan Pablo
que vida tan ingrata,
perdieron el Papado,
perdieron el partido,
y se vuelven a Polonia
con la cola entre las patas,
tachín, chin, chin...,
tachín, chin, chin...*

El Papa ya fallecido no tarda en responderle.

*Mi querido Benedicto,
mi amigo botarate,
la Primera Guerra la perdieron,
perdieron la Segunda,
y tu papado y el Mundial
son el último disparate,
borómbom, bom, bom...,
borómbom, bom, bom...*

El buen humor de los pontífices distiende sus ánimos y estos dos hombres que hace un rato lanzaban patadas de taekwondo y gritaban arengando a sus seguidores, y según el parte policial, Benedicto XVI fue arrestado cuando le arrojaba un cascotazo a un policía, y Juan Pablo II, al resistirse a las fuerzas del orden esgrimiendo un palo, ahora se ríen distendidos por su travesura adolescente.

“Era algo que tenía reprimido desde mi juventud, cuando los nazis imponían una estricta disciplina”, dice Benedicto XVI y Juan Pablo II comenta que en su juventud siempre fue pendenciero y peleador, y ahora tuvo oportunidad de revivir esos lejanos años en su Polonia natal.

“Está bien, Juan Pablo, como un momento de expansión vale, pero el mundo nos reconoce como personajes serios y tan formales que nuestra vida cotidiana parece un rito permanente”.

“Es cierto, Benedicto, pero ser Papa es tan insoportable que con los años terminé fantaseando en convertirme en un campesino anónimo de alguna ignota región de Polonia”.

“¿Y Juan Pablo, cómo se ve el mundo desde donde te encuentras?”.

“Estoy bastante entretenido viendo como todo sigue igual o peor que cuando estaba en la Tierra, las religiones siguen siendo motivo de conflicto, en realidad todo es conflicto en el mundo, la política, el fútbol, la economía, por supuesto las guerras, que parece que nunca van a terminar”.

“Bueno, no lo tomes tan a la tremenda. Si el mundo fuese pacífico, ¿para que estaríamos nosotros?”

Seamos sinceros, Juan Pablo, nuestro negocio es vender palabras de paz y esto solo lo podemos hacer en un mundo en guerra. ¿Quién vendría a confesarse si no pecase? ¿Quién vendría para que aliviásemos su corazón atormentado si su alma estuviese con El Padre?

Un pecado controlable le da pimienta al mundo y sentido a la Iglesia”.

“¿Quieres decir Benedicto que somos algo así como la izquierda del sistema demoníaco?”.

“Por decirlo en términos políticos combatimos al sistema pero dentro del sistema porque necesitamos del sistema ya que vivimos en el único sistema que impera en la Tierra”.

“Realismo político, Juan Pablo, la globalización del sistema demoníaco hace que inevitablemente estemos dentro del mismo, pero somos una oposición que cumple la noble tarea de aliviar el sufrimiento del hombre poseso, aunque nosotros mismos estemos posesos.

Lo que hemos logrado es que El Gran Demonio nos acepte como la oposición legal y mientras no saquemos los pies del plato podemos movernos con bastante comodidad, y así hacemos funcionar comedores para pobres, protestamos contra la injusticia y la guerra, nos convertimos en los confesionarios en los psicoanalistas de los pobres, en un mundo terrible creamos la esperanza del milagro en la Tierra y del descanso en la eternidad. Nosotros tenemos la tarea de consolarlos. ¿Qué nos pueden achacar, Juan Pablo?”.

“¿No crees, Benedicto, que el Gran Demonio nos necesita, por eso legalizó nuestros actos y palabras?”.

El ruido que hace una llave para abrir la celda, repetida dos veces en las celdas donde estaban Benedicto XVI y Juan Pablo II y la aparición de un policía corpulento que maniobraba las llaves, interrumpió la conversación.

“Pueden irse, están libres”, dijo el policía, pero cuando parecía que había dicho todo lo que tenía que decir, siguió hablando.

“¡Qué injusta que es la vida!”, sentenció ante la sorpresa de los dos Papas.

“No sé quiénes son pero una llamada telefónica de la providencia fue suficiente para tener que dejarlos libres, y que ni siquiera quede un registro que estuvieron aquí.

¡Qué injusta que es la vida!”, volvió a decir y reflexionó en voz alta, “un pobre diablo por mucho menos de lo que hicieron ustedes hubiera ido a dar con sus huesos a la cárcel.

Váyanse rápido”, dijo tajante, y mientras Benedicto XVI y Juan Pablo II se iban yendo, el policía corpulento masculló entre dientes:

“¡Qué paliza que les daría!”.

El **Aleph** muestra a San Pantaleón en el mar de la purificación de los Rishis, conversando con Atri.

El santo está tendido en una reposera y su rostro muestra el alivio de sentir el aflojamiento de las pétreas costras que obturan e invierten sus *chakras*, mientras el Rishi, también tendido en otra reposera, le dice:

“Este es un largo y profundo trabajo, Panta, el compromiso de los *chakras* es grande, no solo su tejido astral está deteriorado sino que lo más grave es que todas sus energías están invertidas, apuntando a la conexión con el Gran Demonio.

Los humanos, Panta, creen que los pactos son un juego, bueno, espero que esto ya sea historia y ahora te tomes en serio este proceso purificador.

Reflexiona, es la última oportunidad que tienes, una oportunidad que te da la Gracia del Padre para frenar tu demonización y que tu alma tenga un respiro y no te abandone.

Perdona que insista, pero si no te entregas a esta experiencia con una fe absoluta, no será posible detener el proceso de degradación, y en menos que canta un gallo dejarás de ser un humano poseso para que el Gran Demonio te corone con dos cuernitos..., ya sabes lo que quiero decir”.

“Recién ahora maestro puedo empezar a tomar conciencia, aunque sea una mínima conciencia, del estado en que me encuentro.

Sin duda por Gracia del Padre de a poco mis ojos se están abriendo y puedo vislumbrar una salida del infierno”.

“Te hago una pregunta, Panta.

¿Cómo te fue posible vivir tanto tiempo lacerado por ese sufrimiento que soportaste, sin una mínima reacción, sin un atisbo de rebeldía?”.

“Creo que no fue una sola la causa, sin duda el temor reverencial al Gran Demonio explica en parte este sometimiento. Por un lado la creencia de que cualquier rebeldía es imposible y que de solo intentarla tendría como reacción un castigo de consecuencias inimaginables. Pero tu pregunta me abre la posibilidad de ver más a fondo, de percibir las profundidades del mar del infierno, y allí estoy viendo que el temor reverencial es solo un aspecto externo y encubridor de la real causa del sometimiento”.

“¿Y cuál ves, Panta, que fue la causa profunda de tu sometimiento al Gran Demonio?”.

“Lo que se ha dado en llamar el síndrome de Estocolmo, el enamoramiento del secuestrador”.

“¿Estuviste enamorado del Gran Demonio?”.

“Ahora te puedo decir que sí, pero en el infierno no lo sabía porque no me podía plantear la relación con esa palabra, en realidad con ninguna otra, simplemente era así y no era pensable que pudiese ser de otro modo”.

“¿Podrías describir, Panta, ese enamoramiento?”.

“Era ver con sus ojos, respirar con su aliento, querer vivir fundido en su cuerpo porque así sentía que existía, la gran angustia de pensar que fuera de él solo estaba el vacío, la desolación del no ser, la verdadera muerte, porque él era la vida”.

“¿Estás diciendo que el infierno es una historia de amor?”.

“Y que toda historia de amor es un infierno, no te olvides maestro que yo también fui hombre en la Tierra”.

“Bien, Panta, veo que estás aprendiendo rápido...”

El próximo paso será salir de este mar para colaborar con El Padre ayudando a alguien, una persona que también está habitando el infierno.

Tu programa, por ahora, será intercalar momentos en el mar de la purificación y otros en el mundo, en los que servirás al Padre”.

“Gracias, maestro”.

“Mientras no sientas nostalgias por el amor perdido estaremos a tu lado, Panta”.

Peter Weir está satisfecho, hasta podría decirse contento, había logrado convencer a Toni Collette para que hiciese el protagónico femenino de la película, y después de arduas negociaciones David Beckham, quien dio el mejor perfil en el casting, sería la figura masculina.

Peter sonrió, imaginó que tenía en sus manos a la pareja ideal, ahora vendría la difícil tarea que pudiese transmitir conceptualmente lo que quería, y ellos por supuesto pudiesen entenderlo.

Tomó el teléfono y llamó a Toni.

“Hola”, escuchó del otro lado la inconfundible voz de Toni.

“Hola Toni, habla Peter”.

“¿Cómo estás Peter?”.

“Hice un gol de media cancha Toni, ya tenemos a Beckham”.

“Siempre obtienes lo que quieres, primero me convenciste a mí y ahora a Beckham”.

“No fue fácil, Toni, el muchacho en principio no tenía problemas, la fama y los euros le son irresistibles, pero la cuestión era que los derechos federativos de su alma los tiene su demonio personal”.

“¿Y tuviste que negociar con su demonio personal?”

“Sabes Tony que soy un buen negociador, pero este demonio por momentos me sobrepasaba”.

“Es lógico, Peter, ¿por qué un demonio personal que está manejando una estrella del fútbol y la publicidad, lo va a arriesgar como actor? ¿Qué ventajas tendría?”.

“Ese era el punto Toni, pero mi argumento fuerte fue que a David no le quedaba ya mucho tiempo como futbolista. ¿Y después? ¿Terminaría como Maradona, totalmente desbocado haciendo cualquier cosa para obtener un poco de energía para pagarle a su demonio personal? ¿Quieres terminar como ese demonio personal teniendo que gastar la energía que no tiene, y que a la vez tiene que endeudarse con la jerarquía para programarle a su dirigido giras, shows, televisión, asesor de Boca Juniors, un montón de disparates que duran un tiempito y después se diluyen en la nada?”

Perdona mi franqueza, pero si tu proyecto es terminar en el geriátrico que el Gran Demonio dispuso para los demonios personales de los ex famosos, ni una palabra más, pero si aspiras a seguir siendo por muchos años el demonio personal del gran David Beckham, por lo menos escucha mi propuesta”.

“Genial , Peter. ¿Y qué te respondió el demonio?”.

“Estaba confundido, pero la posibilidad de continuar siendo el demonio personal de un actor de cine cuyas películas verían millones de personas, y que le permitiría captar la energía de espectadores, críticos cinematográficos, fans, y todos los que se mueven en el mundo del espectáculo, le hizo brillar los ojos de ambición demoníaca”.

“¿Entonces está todo cerrado?”.

“Cerrado el primer paso, ahora hay que hacer la película. ¿Cuándo puedo verte Toni, para que te vaya transmitiendo las primeras ideas?”.

“Estoy ansiosa. Hoy es 14, ¿no?”.

“Sí, es 14 de junio”.

“¿Puede ser esta noche en tu estudio?”.

“De acuerdo, un beso y hasta la noche”.

“Toni, te doy unas escenas del guión, léelo y luego empezamos a trabajar conceptualmente tu personaje”.

La actriz se concentra en el texto que le entrega el director.

Interior. Dormitorio. Mañana.

David y Toni se están despertando.

David: Quisiera dormir un poco más.

Toni: Vas a perder el avión.

David: Me resisto a dejar Madrid, me encanta.

Toni: Resístete pero apúrate, serás David Beckham pero el avión no te va a esperar.

Me voy a duchar.

Interior. Dormitorio. Mañana.

David en la cama escucha el ruido de la ducha con la mirada perdida en el techo.

Interior. Baño. Mañana.

Toni siente el placer de agua correr sobre su cuerpo.

“¿Qué piensas, Toni?”.

“Todavía no demasiado, son solo tres imágenes de un matrimonio común”.

“Pero no es un matrimonio común, él es famoso.”

¿Y a ella,? ¿Cómo la ves?”.

“Ya está, como a su sombra que no quiere ser su sombra.

“¿Y por qué supones que no quiere ser sombra?”.

“Porque lo mandonea, le ordena, lo trata como a un chico, le dice ‘serás David Beckham pero el avión no te va a esperar’, lo desvaloriza, busca quebrarlo en su omnipotencia”.

“Bien, Toni, ¿y qué más?”.

“David es el deportista, el fuerte de la relación, sin embargo es un cuerpo adormecido y una mente vacía con la mirada perdida en el techo.

Ella en la ducha siente su cuerpo, lo disfruta, se piensa vitalmente superior, y desde esa vitalidad sabe que puede dominarlo”.

“¿En tu carrera de actriz Toni, ¿se te ocurrió leer algo de filosofía?”.

“Algo”, contesta sorprendida Toni por una pregunta que no esperaba y su sorpresa la devuelve con otra pregunta.

“¿Qué tiene que ver la filosofía con el cine?”.

“Si entiendes la filosofía como un saber incomprensible e inevitablemente aburrido seguro que nada, pero si la entiendes como una mirada profunda y juguetona sobre la condición humana y la percepción de sus vínculos, te estoy hablando del poder, no te exagero si te digo que la filosofía es la madre del cine”.

“No te entiendo, Peter”.

“¿Qué estuviste haciendo recién, Toni?”.

“Tratando de describir una relación de pareja”.

“Estuviste filosofando, Toni”.

“¿Filosofando?”.

“Estableciste en esa relación un vínculo que un filósofo, Hegel, determinó como la dialéctica del amo y el esclavo. ¿Leíste a Hegel, Toni?”.

“Por supuesto que no, apenas sí lo oí nombrar”.

“Mejor, así es más espontánea tu visión, no estás mediada por la teoría”.

“¿Qué quisiste decir con la dialéctica del amo y del esclavo?”.

“Elemental, la mujer es la esclava sometida al poder del dinero y la fama del hombre, pero en el juego perverso de la relación, él depende del trabajo de ella de obligarlo a despertarse para no perder el avión, entonces ella busca revertir la situación de dominio y comprende que lo puede hacer porque tiene una vitalidad de la que él carece, esa vitalidad le permite despertarse y romper rápida-

mente la inercia del sueño, correr a la ducha y disfrutar del agua corriendo en su cuerpo, mientras él permanece en la cama como un zombi, mirando el techo”.

“Me descolocaste, Peter”.

“¿Cómo que te descoloque? Yo solo le di forma conceptual a lo que tu intuiste sin pensarlo

Está bien, Toni, paremos aquí, seguimos mañana.

Ahora voy a la cocina a preparar un café porque sin duda lo merecemos.

¿Viste todo lo que pueden decir tres escenas si sabes leerlas?”, concluyó Peter.

Soy el Gran Demonio, el Emperador de la Tierra, y como el amo absoluto del planeta no necesito de un programa de televisión para transmitir mis mensajes porque la Tierra entera es mi televisor, y todas las palabras que escuchan y dicen los hombres son mis mensajes.

Y las palabras que no son de los hombres, las que pronuncian los autodenominados Rishis y maestros, que se anuncian como amanuenses del Padre, ¿de qué hablan? A veces mis carcajadas me impiden escucharlos, pero cuando contengo mi risa para provocarme una risa más hilarante y pongo atención a sus palabras, hablan de un ridículo Plan de Salvación, vienen a salvarlos a ustedes, mis fieles hijos.

¿Salvarlos de qué? Salvarlos de mi poder, nunca un engaño fue tan indecente como las absurdas palabras de estos amanuenses, sí en verdad mi único poder es el deseo de hacerlos poderosos, ustedes mis fieles hijos serán mis herederos, los dueños de la Tierra.

Yo, el viejo Gran Demonio, algún día me retiraré de mi sitial de Emperador, y como un abuelito bueno mi único placer será ver como los hijos de mis hijos, mis nietos, juegan felices en la Tierra porque la Tierra les pertenece, porque la Tierra es del hombre y no de ningún usurpador que venga de lejanas galaxias en tren de conquista.

Y a todos los hombres les legaré este mundo que con tanto sacrificio construí para llevar a la humanidad a la plenitud de la vida en la Tierra.

Muchos de mis hijos lo transmitieron pero quiero que recuerden a uno, porque sus palabras son mis palabras, su mente es mi mente, su corazón es mi corazón.

Estoy hablando de Friedrich Nietzsche.

Y como ustedes viven en un mundo de vacilaciones constantes, siempre se están preguntando qué es lo bueno y qué es lo malo, le dije a Friedrich:

‘Friedrich, cuéntales lo que es lo bueno y lo malo, para contarles la mitad de mi verdad’.

“Lo bueno es lo que manifiesta el poder de los hombres superiores sobre los inferiores”, dijo Friedrich.

¿Tanto les cuesta entender esto? ¿O acaso sus mentes están intoxicadas por los mensajes de Jesús que les ha oscurecido la visión de lo evidente, de lo que fue, es y seguirá siendo la historia de la humanidad?

¿Quién creó el lenguaje, hijos míos? Lo creé yo, el Gran Demonio, pero se los regalé a mis hijos para que le den nombre a las cosas y al nombrarlas las hagan suyas, o las hagan mías, que es lo mismo.

Y les dije a ustedes a través de mi fiel hijo Friedrich, liberen los instintos, expandan su cuerpo en el vértigo de la danza y de la guerra.

Sepan hijos míos distinguir el bien del mal, valores que han tratado de confundir los ideales ascéticos del judaísmo que trató de expandir a la humanidad ese judío, Jesús de Nazareth, eso le dije que diga a mi hijo Friedrich, y lo dijo con toda la intensidad que le dio mi energía.

Y ahora yo, el Gran Demonio, les voy a revelar algo.

A cada uno de mis hijos mensajeros les puse en sus bocas la mitad de la verdad, porque recién ahora la verdad del Gran Demonio es dicha en su totalidad, porque los tiempos han cambiado.

Y la otra mitad de la verdad es que yo también me apropié del sentido del ascetismo, y lo que Jesús quiso transmitir como el camino que llevaría a la humanidad al retorno a su impotente Padre, yo el Gran Demonio lo transformé en represión, flagelación, sufrimiento en la Tierra.

Y así hijos los incité a venir a mí en la orgía y el caos, y también a adorarme en el doloroso caos flagelante del gran ascetismo.

Hijos, alégrese del triunfo de su sacrificio, expandiendo o reprimiendo sus instintos, de un modo u otro llegaron a mí.

¿Acaso los Rishis no les hablaron de mi triunfo sobre los santos? Ya ven, son sus palabras y no las mías las que les hablan de como he logrado el poder absoluto sobre los hombres.

Friedrich Nietzsche cumplió su parte, aquella que le encomendé.

Y a este fiel hijo le tocó alabar a los instintos a los que veía encarnados en las magnificas bestias rubias que vagabundeaban codiciosas de sangre y poder.

Y a otros hijos, como mis fieles Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel, les tocó alabar la inteligencia.

Y a otro hijo, Marx, le tocó alabar a los desposeídos de la Tierra.

Y todos me alabaron a mí porque por un camino o por otro llevaron al hombre al Gran Demonio.

Todos los hombres se fundieron en mí, los mansos y los guerreros, los pobres y los ricos, los que adoran en los altares al Dios vivo y los que anuncian, como le hice anunciar a mi hijo Friedrich, la muerte de ese Dios y el advenimiento del superhombre.

A mí me pertenecen los que confían en los mundos suprasensibles y rinden su tributo a Dios y a los dioses, los que creen en el progreso de la historia y buscan la felicidad en la Tierra, a mí me

pertenecen los que veneran a los santos y los que veneran a la ciencia, a mí me pertenecen los que legitiman el capitalismo y los que lo repudian, y también me pertenecen los que niegan lo uno y lo otro, y como le dije que diga a mi hijo Friedrich Nietzsche, los que anuncian la voluntad de poder, los que afirman el crecimiento constante de la vida como el crecimiento del poder, de mi poder.

Hijos, ya todos me pertenecen, ya todos son uno conmigo, por eso mi poder en la Tierra es el poder que tienen todos y cada uno de ustedes.

No se dejen engañar con poderes extraños a la Tierra, de las imposibles intenciones de esos Rishis de desalojarme del planeta porque si nosotros somos uno, mi derrota será la derrota de ustedes, pero ¿quién quiere derrotar a los amos de la Tierra?

¿Sienten, hijos míos, vibrar su carne y sus huesos?

¿Sienten las pasiones agitar sus corazones?

¿Sienten el vértigo de sus mentes proyectados a la conquista de poderes más gozosos y sutiles?

Esa es la vida en la Tierra, ese es el poder que tenemos, ¿lo van a resignar por una ilusoria fantasmagoría en ese vacío desierto que les promete El Padre?

Hijos, ¿por qué decirles hijos si somos lo mismo? ¿No será más apropiados decirles hermanos? Hermanos, defendamos nuestra Tierra del invasor, más allá de creencias religiosas e idolatrías políticas, el invasor no preguntará si son cristianos, judíos, musulmanes, animistas o ateos, comunistas o capitalistas, cultos o ignorantes, superiores o inferiores, hombres o mujeres, porque les digo que no son nada de eso, ustedes solo son mis hermanos, ustedes son yo mismo, estamos atados a un único destino.

Hermanos, defendamos la Tierra.

Por supuesto, como sus mentes operan en la dualidad, les he planteado la derrota como una hipótesis imposible de cumplirse para que en la contrastación comprendan y asuman su verdad y su triunfo, nuestra verdad y nuestro triunfo, yo quise organizar este Mundial de Fútbol como la coronación de la identidad en la Tierra de la que participamos todos.

Además de ofrecerles esta enseñanza, este momento que compartimos quise aprovecharlo para brindarle un homenaje de agradecimiento a mi hermano Friedrich Nietzsche.

Reciban un gran abrazo de su hermano el Gran Demonio, Emperador de la Tierra.

El discurso del Gran Demonio inundó de e-mails el **Aleph**. En el democrático **Aleph** ya aparecieron en otras oportunidades demonios de distinta jerarquía, el poderoso mandala de 12 demonios y el mismísimo Gran Demonio, y siempre la inquietud de los lectores estuvo presente, formulando preguntas, manifestando inquietudes, y hasta revelando temores, pero nunca como esta vez las casillas de e-mails estuvieron desbordadas.

¿Qué había pasado? El maestro Yukteswar responde:

“Algo muy simple, este viejo ladino pegó justo donde quería pegar. ¿Y dónde pegó? En el único deseo que tiene el hombre, el deseo de poseer la Tierra.

Por supuesto que esto no es nada nuevo ya que es el deseo del pacto original, de la primera tentación, y desde que está en el planeta la humanidad no tuvo otro deseo que convertirse en el Gran Demonio poseedor de la Tierra.

Solo en los remotos tiempos de la India primigenia, cuando la Luz del Padre todavía irradiaba sobre los hombres, hubo algunos sabios que tuvieron otro deseo que no fuese el de esta posesión bestial ya que albergaban en su corazón el deseo del retorno, de liberarse de engaño demoníaco.

Este es el sagrado deseo que fue transmitido durante generaciones y que yoguis y maestros albergaron en su alma, y que en el Plan del Padre los Rishis tratan de despertar en la conciencia del hombre caído.

Pero la tierra del Ganges y los Himalayas se fue vaciando de la eterna sabiduría y el último grupo que seguía teniendo contacto con El Padre somos los maestros del mandala que estamos colaborando con los Rishis en la concreción de este Plan.

Estoy hablando de la India, por supuesto, como alguna vez dijo el maestro Chidananda en una visita a un país occidental, desmitificando la visión deformada de su auditorio, no me refiero a la India geográfica, política, social, a la India que se ha convertido en una potencia de la informática que convive con una de las más vergonzantes miserias del planeta y es un país tan demonizado como cualquier otro, sino a esa India espiritual que todavía tiene ecos de la Eterna Verdad que estamos tratando de transmitir.

¿Y Occidente? Occidente, que como vimos debía encontrar esa Verdad en la enseñanza de Jesús, nunca la pudo realizar porque como ya saben fue oscurecida por el velo de los pactos de quienes tenían como misión alcanzarla e irradiarla.

Globalizado Occidente, el Gran Demonio pudo dominar a la humanidad como la domina porque el secreto de su dominio es dominar el deseo que él mismo sembró en los corazones, el deseo de poseer la Tierra y convertirse en el Gran Demonio para poder poseerla. Entonces ya no tiene lugar el deseo de alcanzar al Padre, de poseer la Verdad.

Como el hombre antes de convertirse en demonio todavía tiene un alma y en esta alma prisionera en el infierno del ego anida el deseo de retornar al Origen y lo instala de algún modo en el inconsciente egoico, el hábil engaño del Gran Engañador fue inventar una vida espiritual en la Tierra para engañar a ese deseo. Y así la conciencia del hombre, que no podría soportar saber que su real naturaleza es un deseo bestial de posesión, fue desdoblada, disfrazando este deseo en otros nobles deseos que se realizarían en la religión, el arte, la filosofía, la política, como el mejoramiento de la vida terrenal, en el trabajo, en el amor a la familia y en todo lo bueno que supone tener el hombre y que no es más que el enmascaramiento de un deseo demoníaco.

Esta es la estrategia con que se manejó el Gran Demonio y no le fue mal, por lo menos hasta ahora no le fue mal, porque la energía de los Rishis lo está obligando a desmontarla.

¿Qué es lo que obliga al Gran Demonio a renunciar a esta estrategia que le sirvió a un cómodo dominio del hombre?

Entiendan esto en términos de guerra de energías.

El montar todo este espectáculo lleva al Gran Demonio a una enorme inversión de energías. Engañar tiene su costo, piensen que mantener lo que en términos de Karl Marx es la superestructura de la clase dominante, que es el Gran Demonio, requiere la utilización de gran parte de la energía recaudada en los pactos, quedando el resto para alimentar al Gran Demonio y sus huestes.

Imaginen un país que tiene un gran desarrollo económico, lo que le permite hacer grandes inversiones en educación y cultura. Las universidades cuentan cada vez con más alumnos, el arte florece, los templos están llenos de creyentes, el consumo crece, los comerciantes y empresarios se enriquecen, hay ocupación laboral plena, y los gobernantes están tranquilos mientras un pequeño ejército se luce en los desfiles militares.

De pronto ese país es invadido por otro, entonces los agricultores deberán dejar el arado, los obreros las fábricas, los comerciantes sus negocios, los profesores y estudiantes las aulas, los pintores sus pinceles, los escritores sus computadoras, y así todos dejarán de ser lo que eran para convertirse en soldados dispuestos a defender el territorio de la invasión enemiga.

La invasión de los Rishis lleva a que el Gran Demonio tenga que quitar las energías invertidas en todo ese andamiaje de distracción para concentrarlas en la defensa del poder demoníaco en la Tierra.

¿Pero quién va a defender este poder demoníaco? Por supuesto los demonios, entonces el Gran Demonio debe hacer consciente en el hombre su condición demoníaca y que se sienta orgulloso de ella y que la defienda frente al enemigo porque solo así conservará la Tierra y seguirá siendo su dueño.

Para esto es necesario que caigan todas las máscaras de espiritualidad. *No eres un ser espiritual, eres un demonio que aspira a ser el Gran Demonio para cumplir tu único deseo de poseer la Tierra, únete a mí, seamos uno, y unidos como hermanos rechazaremos al invasor*, esta es la arenga del Gran Demonio.

El Gran Demonio le está diciendo a los humanos que se quiten las máscaras, porque llegó el momento de la verdad, de saberse demonios y como demonios deben cumplir con el pacto original que los unió a la Tierra y son demonios porque los que los hace demonios es el deseo de poseer la Tierra, y ahora llegó la hora de defender esa Tierra que desean poseer.

Ya no quedan ambigüedades en el discurso demoníaco, las distracciones llamadas actividades humanas revelan su engaño, todas las cartas están sobre la mesa.

Los Rishis obligaron al Gran demonio a decir su verdad y entonces ellos pueden decir la verdad del Padre. *Ustedes no son el ego demonizado que quiere poseer la Tierra, son el alma que es la esencia del Padre y todos los universos del Padre le pertenecen, solo tienen que atreverse a habitarlos. Desalojen al Gran Demonio de su corazón, tienen el poder divino para hacerlo, y entonces retornarán a la eternidad que las promesas engañosas del Gran Engañador les hizo abandonar. Hijos, esta guerra no la libramos nosotros contra el Gran Demonio, la libran ustedes en lo más profundo de su corazón.*

Creo que con esto respondí en una única y totalizadora respuesta todos los e-mails que enviaron al **Aleph**.

La veo allí, es una mujer con aspecto de niña, de una niña muy pálida y delgada.

Camina tan rápido y cargando tantos libros que esa niña delgada parece que se va a deshacer, que muy pronto caerá al suelo y que en el suelo desaparecerá para siempre como desaparecen las sombras cuando llega la noche y todo es sombra.

Entro con ella a la antigua biblioteca pero no me advierte, deja los libros en una mesa y se acerca a los estantes de donde saca un tomo pesado con aspecto de muy viejo y lo lleva a la mesa donde dejó los otros libros, y se sienta para empezar a leerlos.

Me siento a su lado pero está tan ensimismada en la lectura que tampoco me advierte, en realidad esa mujer con aspecto de niña pálida y delgada parece no advertir al mundo.

Me atrevo a hablarle y le digo, “hola”, y me avergüenzo de haberle dicho “hola”, y me disculpo, “perdona, te estoy molestando”, pero inesperadamente dibuja una sonrisa cuando pensaba que ese rostro frío, pálido, jamás pudiese dibujar sonrisas, y me dice:

“No te preocupes, no me molestas”.

“¿Qué lees?”

Un libro muy viejo de santidad. Un autor francés, León Bloy, dice que el único dolor de un hombre es no ser santo”.

“¿Y crees que es así?”.

“No lo sé, pero quiero creerlo, aunque no sé qué es la santidad, he leído la vida de muchos santos pero a veces sospecho que los verdaderos santos ocultan la santidad”.

“Tal vez la santidad sea una vivencia que se oculta a si misma”.

Me miró sorprendida.

“¿A ti también te obsesiona la santidad?”

“Te contesto con tu respuesta, no sé qué es la santidad”.

“Perdona, no te pregunté tu nombre”.

“Ema, así me llaman los otros pero, ¿cuál es mi nombre mi verdadero nombre?”.

“Tal vez nadie conozca su nombre, en algunas tribus el verdadero nombre era secreto, pero como de alguna manera hay que llamarse me llaman Pantaleón.

“Oh, qué lindo, soy devota de San Pantaleón”.

Estuve a punto de desmayarme pero reaccioné y dije.

“No lo conozco, no tengo devoción por los santos. ¿No te molesta, Ema, si damos un paseo por la calle, aquí me estoy ahogando”.

“Yo me ahogo cuando camino por la calle, pero vamos, tal vez con tu compañía pueda empezar a respirar”.

Caminamos por la calle y le pregunto.

“¿Por qué huyes de la gente?”.

“Te podría contestar porque amo la soledad, pero te mentiría, no amo la soledad, más bien la odio, pero prefiero convivir con ese odio que con los hombres.

Me preguntarás porqué, tampoco te lo podría contestar.

Es un misterio querer convivir con lo que se odia, pero ¿no es eso lo que hacen todos?, ¿acaso la vida no es un misterio?

Tal vez porque prefiera odiar a la soledad que odiar a los hombres, este es un odio silencioso, anónimo y el odio que se profesan los humanos es bullicioso, siempre creí que es un odio sobreactuado”.

“Entonces, Ema, ¿eres consciente que el odio está en ti?”.

Me miró fríamente, como si estuviese defendiendo de un ataque.

“El odio está en todos, solo que yo no lo disfrazo.

¿Y tú, Pantaleón, qué haces con tu odio?”.

No le contesté, pero como si no hubiese reparado en mi silencio, siguió hablando.

“Yo quiero entregarle mi odio a Dios pero no puedo, entonces le pido que me lleve con Él, a ese lugar donde el odio ya no existe”.

“Ema, mientras tu corazón esté poseso por el odio no podrás escuchar su respuesta, porque Él siempre te está respondiéndote que abandones el odio, que se lo entregues, pero tu sientes que arrancarte el odio es como si te arrancases el corazón”.

Ema llora con las heladas lágrimas del odio.

“¿Te gusta, Ema, sentarte en el banco de una plaza?”.

“Paso largas horas sentada en los bancos de las plazas, miro el césped, que a veces calma mi odio”.

“¿Ves esa plaza? El cuidador es un viejo sabio, a veces cuando soy invadido por ese odio del que no te hablé, vengo a esta plaza y el cuidador me dice esas sabias cosas que dicen los viejos sabios, ¿quieres que te lo presente?”.

Ema dudó, pero como me dijo después, ya había salido a conocer el mundo, ¿y qué era el mundo sino lo otros?, pero la duda duró un instante, y con un gesto aprobó conocer al otro que se presentaba como el cuidador de esa plaza.

El cuidador estaba cortando el pasto cuando aparecí con Ema. Nos sonrió, porque ese era el modo en que saludaba el cuidador, y nos señaló un banco para que fuésemos a sentarnos, y cuando los tres estuvimos sentados en el banco, el cuidador la miró a Ema a los ojos y le dijo.

“Has hecho el pacto de veneración y te has arrepentido falsamente, porque en el falso arrepentimiento podías seguir siendo una santa.

Pero esa santidad alentó tu odio, que es al único que escuchas, tenía que alimentarse en el martirio y llevar la tortura al límite de lo soportable.

Te infligiste mucho daño físico pero no te bastaba y tu expiación debía ser destruir tu mente, llegar a la locura.

Todos tus *chakras* se cerraron, no hablo solamente para la vida del espíritu sino también para la más elemental experiencia de la Tierra.

Estás clausurada, no puedes experimentar nada porque en tu interior solo habitan heridas que se abren dolorosamente ante la presencia de los otros, por eso les huyes, Ema.

Eres la imagen de la muerta viva”.

Ema permaneció inmutable, era como si las palabras del cuidador solo le recordasen lo que ya sabía y no quería saber.

Inesperadamente, el viejo cuidador, como si nunca hubiese dicho nada, comenzó a decir que se la debía pasar gritándole a los chicos que le arruinaban el césped y destruían los canteros.

“Me gustan los días de lluvia, la plaza está vacía y entonces puedo hablar tranquilamente con las flores sin que nadie me interrumpa”.

El viejo cuidador pareció haber concluido sus palabras, pero antes de retornar a la máquina de cortar el césped me dijo:

“¿Por qué no la llevas a Ema a ver el partido de Alemania y Polonia, así se va acostumbrando a las multitudes?”.

“Viene cargadito el **Aleph**, ¿por qué no convocan a los Rishis para limpiar este momento de demonios?”, le pidió el maestro Yukteswar al mandala de convocantes.

Y el grupo de Rishis no se hizo esperar.

Apareció Sasoka montado en el viento, su energía es como un huracán que penetra las conciencias, provocando los desajustes necesarios para permitir el ingreso de la Energía del Padre.

Kusidina dice:

“Cuando El Padre me convocó mi primera reacción fue de escepticismo, pero al ver el diseño del Plan no pude más que ofrecer mi apoyo incondicional”.

“El alma atrapada en el gran cine del mundo debe ser rescatada y devuelta a su creador”.
Fueron palabras del Rishi Pragatha.

A su vez Irimiri expresa:

“No importa si se es rey o mendigo, el alma no puede estar sujeta a conceptos que la limitan y oprimen.

Como esencia divina su naturaleza es el gozo y la libertad”.

Yutadakshna revela.

“Los Rishis vemos en su totalidad lo que en el plano solo puede ser desplegado en el tiempo”.

Con palabras directas y cortantes Sanahsefa golpea.

“Los hombres mendigan las sobras del banquete de los demonios”.

Trisni pregunta.

“¿Puede acaso el alma del hombre volver a su estado de Gracia?”

Y responde.

“Ese es el deseo del Padre y para cumplirlo estamos los Rishis en la Tierra”.

“Tengan la seguridad que el alma que esté dispuesta a dar batalla va a salir triunfante”, dice el Rishi Soka y agrega:

“Nuestra tarea es despertarla a esa batalla interior”.

Priyamedhas habla de como el Gran Demonio maneja el juego a través de las ilusorias opciones.

“El Gran Demonio le hace creer al hombre que optar es elegir.

Las opciones que le presenta son infinitas y los hombres creen que eligen porque optan, y como cada opción es una proyección a futuro, el círculo del tiempo lo tiene atrapado en un giro infinito porque como cada situación que se ha optado inevitablemente se agota siempre hay que seguir optando.

El hombre está condenado a optar y no a elegir, como difundió un filósofo francés del siglo XX.

La elección no puede ser nunca una condena porque es un acto libre del alma que elige al Padre.

Solo en la Unidad desaparece el engaño de las opciones”.

Escuchamos orar a Putakaksha.

“Padre, ten piedad de estas almas atormentadas que inconscientes de ti han huido en búsqueda de un destino más allá de tu Presencia”.

Caminamos transportados por la multitud que va al estadio y Ema habla más con ella misma que conmigo.

“Tanto tiempo deseé que alguien pudiese comprender mis tormentos, ese estado de desolación interna que nunca me ha abandonado”.

“Ema, sé por lo que estás pasando.

Veo claramente la fuerza que te está arrastrando.

¿Qué piensas hacer para salir de ese infierno?”.

“¿Puedo hacer otra cosa, Pantaleón, que seguir rogándole al Señor para que me dé fuerzas para no ser doblegada por ellos?”.

“¿No has pensado que al combatirlos tal vez los potencias?”.

“No sé hacer otra cosa.

No me resigno a que me tomen por completo”.

“Si hay algo que estoy aprendiendo es lo equivocados que hemos estado quienes creímos seguir una vocación religiosa.

Me han enseñado a mirar de otra manera y créeme, Ema, estás engañada porque esas fuerzas te han tomado completamente, y te generan la ilusión de que estás combatiendo”.

“¿Y por qué lo hacen?”.

“Porque esa es su tarea, mantenerte distraída, evitando que tu búsqueda sea real, porque de ese modo tu combate no tiene fin y puedes continuar vidas y vidas en este engaño”.

“¿Cómo sabes todo esto?”.

“No pienses que mi vida es mejor que la tuya.

La Gracia me ha mostrado lo que digo.

Ya estamos llegando al estadio”.

15 de Junio

Hamburgo, Quito, Guayaquil, ciudades y pueblos de Ecuador, todo es una gran fiesta para los ecuatorianos porque su selección, al derrotar con un contundente 3 a 0 al famélico equipo de Costa Rica logró clasificarse para los octavos de final.

Agustín Delgado tuvo una performance sobresaliente, y con la sobriedad defensiva que le dio Ulises de la Cruz, y el claro manejo en el medio campo de Edison Méndez, bastó para dejar fuera de juego a las huestes de Paulo Wanchope.

Ya a los 9 minutos del primer tiempo las diferencias eran claras cuando Carlos Tenorio conectó de cabeza un centro de Andrés Valencia que José Porras fue a buscar a la red.

Con la temprana ventaja a su favor decidió jugar al contragolpe, cediéndole la pelota a su rival, que con Walter Centeno y Paulo Wanchope desconectados solo podía mostrar su impotencia.

Alexander Guimaraes quiso cambiar el curso del destino reemplazando a los 29 del primer tiempo al Danny Fonseca, que navegaba por la mitad del campo, por Álvaro Saborio, quien ingreso con instrucciones de jugar como tercer delantero.

Sin embargo la ecuación más delanteros - mayor ataque que propuso el técnico de Costa Rica no resultó, y recién a los 40 de la etapa inicial un cabezazo desviado de Douglas Sequeira le produjo alguna inquietud al arquero Cristian Mora.

A los 11 del segundo tiempo una pared entre Edison Méndez y Agustín Delgado culminó con un preciso disparo de éste último y ese gol, que inevitablemente tenía que llegar, llegó y nuevamente José Porras tuvo que ir a sacar la pelota de la red.

Con un 2 a 0 a su favor ante un equipo que ya estaba vencido, los ecuatorianos fueron avasallantes hasta que un justo tercer gol se coronó a los 46 con una volea de Iván Kaviedes, que había ingresado a los 7 del segundo tiempo, reemplazando a Carlos Tenorio.

Con los puños apretados como signo de la derrota que los desalojaba del Mundial, los costarricenses se retiraron a esconder su amargura, mientras en Hamburgo, Quito, Guayaquil y todas las ciudades y pueblos de Ecuador, los ganadores comenzaban su larga fiesta.

La noche encuentra escondidos en el barrio del puerto, Sant Pauli, la zona roja de Hamburgo, a dos hombres cuya única intención al refugiarse en esa región de la ciudad donde las prostitutas se

exhiben en escaparates, no era otra que nadie los viera, por eso, confundidos entre los marineros borrachos, dialogaban en ese bar miserable acerca de las miserias de la vida.

Uno era el filósofo costarricense Moisés Vicenzi Pacheco, muerto el 22 de marzo de 1964, a los 69 años, y el otro, que aún vive, el artista neofigurativo ecuatoriano Oswaldo Viteri, que a los 75 años todavía es capaz de vaciar unas cuantas jarras de cerveza.

“¿Qué crees, Oswaldo, que nos trajo hasta aquí?

¿Cómo puede convivir nuestra insignificancia con el *jet-set* del mundo?”.

Oswaldo asiente las palabras de Moisés, que hace un gesto reflexivo, lleva a su boca la jarra de cerveza y después de unos segundos se decide a hablar.

“Aunque nos cueste reconocerlo todo tiene que tener un sentido, por eso el porqué estamos aquí es un sentido que tenemos que descubrir.

¿Pero quién mejor que tú, Moisés, que como filósofo tienes que ser un especialista en descubrir sentidos, puede revelar este sentido que se me oculta?”.

“¿Qué sentido se oculta detrás de los muchos intereses que se juegan? Creo que esa es tu pregunta, Oswaldo”.

“Ahora que me lo dices, Moisés, sí esa es mi pregunta”.

“Económicamente somos países que casi no existimos en el concierto de las grandes potencias, pero esto tiene que ver con otra cosa.

¿Vinimos acá para pagar viejas deudas?

¿Tal vez estemos buscando créditos para realizar nuevos pactos y que algún día, no importa si lejano, podemos acercarnos al modelo de desarrollo de los grandes países?

¿Qué piensas, Oswaldo?”.

Oswaldo se queda pensativo, bebe un poco de cerveza, y dice con una voz que expresa una profunda tristeza.

“Esto es tan absurdo, somos tan pequeños e insignificantes, siento como si mi cuerpo no encajara en este espacio.

¿Y a ti, Moisés, qué te sucede?”.

“Algo parecido, es como una energía ajena que se apodera de mi ser y me maneja a su antojo.

Defiéndete, Oswaldo, no permitas que esto que sientes te perturbe, presiento que no es algo bueno”.

Los dos hombres callan y solo pueden escuchar los gritos de los marineros borrachos y una gran angustia los invade. Moisés paga las cervezas, aunque la suya sigue intacta en la jarra y le dice a su compañero.

“Salgamos de aquí, Oswaldo”.

Moisés y Oswaldo, movidos quizás por el impulso de la desesperación, van en búsqueda de las chicas que se exhiben en los escaparates.

El ya desaparecido Eric Eustace Williams es considerado como la figura política e intelectual más relevante de Trinidad y Tobago. Basta decir que fue el fundador del Movimiento Nacional del Pueblo, en 1955, que dio comienzo al movimiento independentista de un país que al lograr su objetivo en 1962 lo erige Primer Ministro, cargo que conserva hasta su muerte en 1981, a los 70 años. También su labor como historiador es relevante con obras como **El negro en el Caribe**, **Historia del pueblo de Trinidad y Tobago**, y **De Colón a Castro**.

Ama Ata Aidoo, la escritora de Ghana a quien ya conocemos por su polémica con el poeta Leopold Senghor, ahora haciendo valer su condición de feminista lo invita a Eric a presenciar el partido entre Trinidad y Tobago e Inglaterra.

Eric accede gustoso y divertido a la invitación de Ama, y el **Aleph** los sorprende cuando están ingresando al estadio de Nuremberg.

Mientras sentados en la tribuna esperan el comienzo del partido, Ama le dice a su invitado.

“Parezco haber sido teletransportada hasta aquí.

No era mi intención venir a este partido pero cuando me enteré que estabas en Alemania no pude resistir la tentación de llamarte e invitarte.

Seguramente hay algo muy importante que debemos conocer uno del otro”.

“Agradezco tu amable invitación, Ama, creo que ambos tenemos las mismas inquietudes.

Desde siempre defendí a mi raza, tratando de igualarla con el resto de la humanidad para dejar de seguir siendo marginados y diferentes”.

“¿Es que no lo somos, Eric?

¿O acaso no te has mirado al espejo?

¿En qué sentido te sientes igual a los demás?”.

Las palabras de Ama impactan en Eric, y éste le responde como en un contraataque.

“No es a la parte externa a la que me refiero.

¿Qué tienen que ver el color de la piel y algunos otros rasgos particulares si en el fondo todos vamos a morir igual?”.

“No te he planteado eso, no me has entendido.

Lo que siento es que la diferencia va más allá, mucho más allá, y aunque te sorprenda, se remonta al mismo origen del hombre.

Porque no creer que fuimos los primeros y que luego nuestra raza se fue degradando para que después las otras razas se fueran imponiendo.

Estoy hablando, Eric, que tal vez fuimos la perfección”.

Eric se ríe, no puede creer lo que está escuchando, y Ama se indigna con esa risa.

¿Te resulta tan ridículo lo que te digo que respondes con una burla?”.

“No te enojés, Ama, no fue mi intención burlarme de tu creencia, lo que ocurre es que no la comparto porque tengo la convicción que todos provenimos del mismo origen y el error es que como hombres, más allá de las razas a las que pertenecemos, hemos perdido la conexión con nuestro único Creador y así nos fuimos degradando de nuestra perfección original.

Contaminamos nuestra esencia a tal punto que ya no sabemos de donde venimos y hacia donde vamos.

Ama, en un tiempo creí que debía luchar para salir de la marginación a la que estábamos sometidos, y dejar de ser marginados era convertirnos en los mejores. ¿Y por qué éramos mejores? Porque podíamos ser conscientes de profundas raíces, de olvidados misterios que solo nosotros podíamos recordar.

Ama, aunque te parezca una herejía lo que voy a decirte, creo que me doy cuenta de la verdad, y esa verdad es que no es el presente el que nos condena sino la condena está en no haber podido liberarnos de nuestro remoto pasado, el que nos liga a los más oscuros poderes de la Tierra.

Mi querida Ama no tenemos que hundirnos para recuperar aquello que nos terminó degradando más que lo que nos degradaron los blancos, tampoco tenemos que querer emular a ese blanco que ha construido, desde su diabólica conciencia, un mundo mucho más degradado que el nuestro. No debemos mirar a nuestro primigenio pasado ni al encandilamiento del futuro que nos muestran los blancos, debemos mirar a nuestra alma, Ama, a la profunda interioridad que nos vuelva a unir al Señor de todos los hombres”.

Ama está golpeada como nunca lo estuvo en sus íntimas convicciones, y solo puede decir dolorosas palabras que jamás imaginó pronunciar.

“¿Estaré perdiendo el tiempo en una inútil tarea?”.

“Tal vez, Ama, esa no sea tu tarea, tal vez no sea la verdadera misión que debes cumplir en la vida y que todavía no has encontrado.

Ama, está por comenzar el partido”.

A poco de comenzar el encuentro quedaron en claro las intenciones del técnico de Trinidad y Tobago, Leo Beenhacker, armar un esquema de agrupamiento defensivo y apostar al empate con el poderoso equipo inglés.

El equipo de Sven Goran Eriksson colaboró bastante con la estrategia del rival porque Michael Owen parecía un principiante y Peter Crouch era mucho más ciega voluntad que discriminación mental.

Por su parte David Beckham parecía tener en los centros al área como único recurso y solo Frank Lampard cumplía adecuadamente con el rol de jugador de selección. El resto del equipo deambulaba entre sorprendido e impotente.

Del lado de Trinidad y Tobago, Dennis Lawrence, Chris Birchall y Dwigh Yorke luchaban como guerreros y con algo de fútbol para poder cumplir con la hazaña que se habían propuesto.

Pero lo que no podían hacer los voluntariosos caribeños era regular el esfuerzo físico y psicológico, porque esta era su única arma, y con el correr de los minutos los pulmones ya no respondían como al principio, y las piernas comenzaban a aflojarse. Chris Birchall empezó a resignar su presencia en el medio campo, a Dwigh Yorke le costaba cada vez más encimar a los rivales, mientras Brent Sancho y Dennis Lawrence se iban desdibujando rápidamente.

Desde atrás de la línea blanca, Leo Beenhacker parecía un general que contemplaba como la estructura defensiva de su ejército se iba resquebrajando.

En el segundo tiempo Sven Goran Eriksson se decidió a hacer los tres cambios reglamentarios, Stewart Downing por Joe Cole, Wayne Rooney por Michael Owen y Aaron Lennon por Jaime Carragher, y el equipo se apuntaló lo suficiente como para que llegando al final, a los 37 minutos, Peter Crouch, y a los 45 Steven Gerrard venciesen a Shuka Hislop, dándole un respiro de alivio a la corona británica.

El hombre tomaba apuntes en la tribuna de Inglaterra mientras miraba el partido, y cuando advirtió que estaba en el interior del **Aleph** levantó la vista, sonrió y habló.

“Creo que no hace falta presentarme, soy demasiado conocido y reconocido, pero para los más jóvenes, que ya no leen ni van al teatro y quizás me desconozcan, me presento, William Shakespeare, mucho gusto.

¿Y qué hago aquí, viendo a estos guerreros avasallantes en busca de la historia?

¡Cuántas cosas trajo esta modernidad que afortunadamente no tuve que vivir!

En los primeros minutos este espectáculo me parecía una comedia divertida pero después de un rato se tornó completamente aburrido.

Todavía el partido no se terminó y como es el primer juego de fútbol que veo en mi vida y en mi muerte, me pregunto si continuará hasta el final este sin sentido de hombres blancos y negros corriendo detrás de una pelota.

Tal vez el final de todo esto me depare una sorpresa.

Sin embargo la nostalgia me invade porque batallas eran las de antes, pero esa fue otra historia.

Ya no hay intensidad, pasan los minutos y todavía no veo la sangre.

¿Y qué es un mundo sin sangre? Simplemente no es un mundo. Tampoco un arte sin sangre es un arte, y me habían dicho que el fútbol era un arte, pero hace ya mucho tiempo que estoy viendo este absurdo espectáculo y no veo la sangre roja brotar de los cuerpos negros.

¿Será que el hombre en la vida y en el arte ha perdido los motivos para vivir y para crear?

Tampoco soporto el bullicio de este estadio, es demasiado ruidoso para los oídos de un muerto.

¿Pero por qué estoy aquí?

Porque el Gran Demonio me lo pidió. ¿Y quién puede negarse a un pedido del Gran Demonio?

El Gran Demonio me dijo.

“Willie, necesito que escribas la tragedia de esta época.

Sabes, Willie, que un Gran Demonio es un espíritu sensible que necesita que el artista le devuelva transformada en belleza la miseria cotidiana.

Todo es tan deprimente.

Leo los diarios y George Bush es tan primitivo como lo fueron los Enriques de tu obra, pero George no tiene un Shakespeare que lo enaltezca y le dé una dimensión trágica a su vida y a su historia.

Una cosa es George en la anodina crónica periodística, que solo cuenta impersonalmente los muertos de Irak y Afganistán, y muy otra la tragedia construida con tus palabras donde el libertino príncipe de Gales que recorre tabernas con Falstaff, se transforma en un valiente soldado que vence y mata a Hotspur, enterrador de los escoceses y rebelado contra el rey.

No es lo mismo, Willie, Saddam en un pozo que Hotspur derrotado.

Tus palabras, Willie, lo han dignificado para que yo, el Gran Demonio, pueda gozar del espectáculo en el mentiroso teatro de la Tierra.

¿Puede equipararse, Willie, el espectro del rey de Dinamarca asesinado que se le presenta a Hamlet, clamando venganza, con la crónica que relata la prensa de la venganza de los narcos en México o Colombia?

El mundo ha perdido la estética, Willie, y necesito que tú la recuperes.

¿Es la misma noche de Macbeth la noche de los patéticos travestis del siglo XXI?

Todo es negro en la noche y siempre un negro salpicado por el rojo de la sangre, ahora, entonces y en todas las noches de mi reino, pero es otra la noche y la sangre transformada por tu arte.

Brujas sobran en la Tierra pero ya no hay brujas como aquellas que saludan a Macbeth como señor de Glamis, señor de Cawdor, y rey de Escocia.

Siempre he hecho en la historia mi buena cosecha de mujeres asesinas, y hasta existen burdos programas de televisión que las exaltan, pero ¿alguien, Willie, pudo emular a tu brillante lady Macbeth, sonámbula y loca recorriendo el castillo y haciendo el gesto de lavarse la sangre de las manos?

Burgueses grotescos pueblan el planeta, un Gran Demonio debe producir gran cantidad de demonios miserables para sembrar con una buena dosis de miseria la representación del mundo. El mundo miserable necesitaba de tu genio, Willie, para mostrar al judío Shylock obligando a Antonio a garantizar el préstamo con una libra de carne de su propio cuerpo.

Willie, como nadie comprendiste que yo soy Shylock, un miserable que vive devorando la carne de los ingenuos que se entregan a sus pactos.

¿Cuántos Otelos pululan en el mundo? Todos son Otelos, hombres y mujeres, porque Otelosoy yo, celoso de que algún día me traicionen con El Padre.

A mí me representaste en tu genial Otelos.

¿Qué quisiste decirle a los espectadores con el rey Lear y sus hijas Cordelia, Gorenila y Regania? Esto no es la imaginería de un artista loco, esto es, detalles más detalles menos, la vida cotidiana de cualquier padre con sus hijas.

Hoy, Willie, Otelos y Lear son triviales personajes de triviales programas de televisión de comicidad dudosa. Y ni que hablar de esa parejita de Romeo y Julieta, dos adolescentes infradotados que llegaste a mostrarlos como el símbolo del amor humano.

Pero ya no quedan Willies en la Tierra, por eso quiero que desde el infierno me escribas la tragedia de esta época”.

Y aquí en esta tribuna, cuando acaba de terminar Inglaterra 2 – Trinidad y Tobago 0, me pregunto, ¿dónde está la tragedia de esta época? Y yo, William Shakespeare, todavía no puedo encontrarla.

Aníbal Ruiz revela en su rostro la imagen del desconsuelo que sienten los hombres que se enfrentan al fracaso, o más bien los otros lo enfrentan a ver desmoronadas las esperanzas. Porque Aníbal Ruiz aún con su equipo mediocre esperaba mucho más de sus dirigidos, por eso le había pedido a su demonio personal que lo ayudara.

“Demonito querido, te pido que me ayudes, no es por mi bien, lo sabes, yo soy un humilde uruguayo y mi país ni siquiera se clasificó, pero me siento latinoamericano y quiero a este país que tanto sufrimiento arrastra en su historia,. Guerras y dictaduras fueron su martirio, por eso ahora, demonito, quiero que acudas al Gran Demonio para que me otorgue la energía suficiente, no para ganar este Mundial ni mucho menos, esto es imposible, pero que lindo sería llegar a los cuartos o por lo menos a los octavos, ya que me imagino la alegría correr por las calles de Asunción”.

Lamentablemente para Aníbal Ruiz el Gran Demonio ni siquiera contestó el pedido de lo que él llamaba su demonito, un devaluado demonio personal que había perdido todo contacto con la jerarquía, ya estaba fuera de los planes del Gran Demonio, alguna vez lo estuvo pero eran otros tiempos, los tiempos de Artigas y los 33 Orientales, pero después vinieron muchos desaciertos, pactos mal encarados, perder puntos con el demonio bravucón de José Luis Chilavert, y así llegó a Alemania como un hito más de su descendente carrera.

Sin la energía del demonio personal del director técnico, los demonios personales de los jugadores no pueden operar en el sistema, por eso el capitán Carlos Gamarra parecía extrañamente ajeno al partido, y lo mismo ocurría con Roberto Acuña, Roque Santa Cruz y el resto de los hombres que, cortados los lazos de conexión, parecían querer inútilmente jugar cada uno su partido personal. Solo Aldo Bobadilla, que tenía un pacto propio, sobresalió como para asegurar su futuro deportivo.

Los suecos fueron mucho más que el agónico 1 a 0 convertido por el mejor hombre del partido, Frederick Ljungberg, que con un cabezazo a los 44 de la etapa final dio por tierra con la esperanza de los guaraníes de sostener el empate.

El demonio personal de Karl Lagerback le hizo un guiño auspicioso a su protegido. ¿Le habrá mentido?

Berlín parecía una ciudad de Suecia, cuando en esa exageración emocional que dan los triunfos por más magros que sean, 1 a 0 frente a unos paraguayos que no podían con su alma, 50.000 suecos parecían recordar pasadas glorias vikingas.

En medio de los festejos, un hombre con mirada de profundo escepticismo miraba a ese pueblo primitivo “como todos los pueblos”, pensó, rumiar esa algarabía que, creían, los alejaba de la muerte.

Alguien se le acerca y le pregunta en español.

“Disculpe señor, ¿usted es Ingmar Bergman?”, y por efecto del **Aleph**, que puede comunicar idiomas incommunicables, Ingmar Bergman entiende y asiente, y pregunta en sueco, que su interlocutora entiende en español.

“¿Tú eres paraguaya?”.

“Es evidente que sueca no soy, pero ¿por qué me lo pregunta?”, responde divertida.

“Me resulta extraño que alguien de un mundo tan ajeno me conozca”.

“Yo también soy cineasta, mucho gusto, me llamo Paz Encina”.

“Magnífico, Paz, alguien con quien hablar de cine, es un hallazgo en una Alemania donde más allá del fútbol no se puede hablar de nada. Si lo deseas podemos compartir un café”.

“Nadie me creará que estuve compartiendo un café nada menos que con Ingmar Bergman”, responde entusiasmada.

En un bar distante del enloquecido bullicio de los suecos, Ingmar y Paz comparten un café.

“Perdóname Paz pero no conozco nada del cine paraguay”.

“Realmente no hay nada que conocer porque no se puede conocer lo que no existe. Lo último del cine paraguay fue *Cerro Corá*, filmada hace más de 30 años y financiada por el gobierno de Stroessner. Un verdadero esperpento.

¿Conoces a Stroessner?”.

“Un dictador paraguay, no creas que por ser sueco soy tan ignorante. Pero dijiste que eras cineasta de un cine que no existe.

“Que no existía porque estoy en la producción de *Hamaca paraguaya*”.

“Cuéntame de la película”.

“Cándida y Ramón viven la angustiada incertidumbre sobre el destino de su hijo que partió a la Guerra del Chaco, una absurda guerra que tuvimos paraguayos y bolivianos entre 1932 y 1935.

Palabras huecas, silencios, ladridos de un perro, eso es todo, ¿acaso hay mucho más que pueda decirse?”

Ingmar la mira fijamente a Paz porque solo por su mirada desolada cree que la mujer puede entender sus palabras.

“Una espera que no termina jamás, una soledad que jamás deja de estar sola.

Yo también quise transmitir lo mismo.

El cine es una magia que construye y revela realidades, observa Paz, tú en Paraguay y yo en Suecia, tal vez los mundos más distantes que se puedan imaginar, y sin embargo la cámara los une en los silencios, en la angustia, en la espera de la muerte”.

“¿La espera de la muerte? Es cierto, Ingmar, es lo que esperan los 2 viejos mientras creen esperar al hijo que fue a la guerra.

Algunos de tus personajes están en esa espera”.

“Todos mis personajes esperan la muerte, es la única espera real que tiene el hombre, uno de ellos, un caballero que había regresado de las Cruzadas cuando la muerte viene a buscarlo, la desafía a jugar al ajedrez, si logra vencerla la muerte se alejará, si pierde se lo llevará”.

“*El séptimo sello*, así se llamaba, vi tu obra en videos que me enviaba un amigo de Buenos Aires, y lo que concluí es que el caballero sabía que nunca le podía ganar a la muerte pero mientras esperaba su turno algo tenía que hacer. ¿Y qué mejor ocupación que jugar al ajedrez con la muerte mientras tiene que esperar?”.

“¿Crees, Paz, que la vida es otra cosa que esa espera? Yo quise descubrir un misterio en los silencios de la espera porque ahí es donde la nada se hace patente, pero en las palabras se te termina escurriendo”.

“Ingmar, ¿el vidrio oscuro es la palabra que te separa de la vida y de la muerte?”.

“Puede ser, ahora que me lo dices, puede ser”.

“*El demonio nos gobierna* era el título de una de tus películas. ¿Nos gobierna, Ingmar?”.

“Quizás sea el que se esconde detrás del vidrio oscuro de las palabras.

Solo en el silencio está la revelación, pero no lo soportamos, nadie lo soportaría, por eso le tenemos que poner palabras a nuestro cine, aunque sean huecas, aunque jamás puedan decir lo esencial”.

“¿Y el amor, Ingmar?”.

“Se esconde detrás del vidrio oscuro de las palabras”.

“Quizás el silencio lo revele”, acota Paz.

“Nadie soporta el silencio porque soportar el silencio sería tener que soportar el amor. ¿No lo crees así, Paz?”

“Me resigno a creerlo, creo que en Cándido y Ramón esperando su muerte todavía hay amor, el amor que los sostiene en su espera”.

“Nuestras cámaras son impotentes Paz, no podemos evadirnos ni de las palabras ni del silencio, esa es la ambigüedad humana”.

“¿Será nuestra angustia, Ingmar, reconocer que no podamos mostrar la verdad y somos una parte exquisita del engaño?”.

“¿Somos, Paz? ¿Existimos? ¿Esperamos la muerte haciendo cine?”.

“Te felicito Ingmar porque nos ganaron”.

“Te felicito Paz porque perdieron”.

Salen a la calle y se despiden.

Los Rishis Nodhas y Praskanva instalaron el campamento a las orillas de un río de lava y fuego que se expandía por un largo tramo del territorio del infierno. A la izquierda del río se mostraba un inquietante abismo negro de enigmáticas profundidades.

Los Rishis se ríen con ganas ante la infantil geografía que les presentaba el Gran Demonio.

“Pretende asustarnos con esta escenografía de un parque de diversiones”, comenta Nodhas.

“Vamos a cambiar de decorado. ¿Qué te parece, Nodhas, una pradera de un verde intenso con vetustos árboles que proyecten sombra y a orillas de un lago de aguas tranquilas y cristalinas?”.

“Sigue siendo el infierno pero me parece un lugar más apropiado para recibir a nuestro invitado”, asiente Nodhas a la propuesta de su compañero.

“Ahí llega nuestro invitado, El Padre nos pidió que seamos buenos anfitriones, por lo tanto mientras lo recibes voy a preparar el té con masas”, dice Praskanva retirándose a la pequeña cocina de campaña.

“¿Quién es este personaje que se está acercando?”, le pregunta a Nodhas un integrante del mandala de convocantes que está presenciando la escena.

“En vida fue un personaje famoso conocido como San Buenaventura, se ordenó de fraile franciscano, te estoy hablando del siglo XIII, y conoció en la Universidad de París al mismísimo Santo Tomás de Aquino.

Los pactos que hizo fueron de tal magnitud que llegó a ser cardenal y general de la Orden Franciscana. Logró que lo veneraran como el *Doctor Seráfico* y que la posteridad lo reconozca como el más alto exponente de la Teología Mística de la Edad Media.

Ahora es un pez gordo en el sistema demoníaco, ya que es general de un sistema paralelo al del Padre”.

“¿Cómo es eso?”, pregunta azorado el convocante.

“Permanece invisible y ya te enterarás.

Ahora tengo que salir a recibirlo y presentarle mis pleitesías”.

Vestido con una túnica plateada luminosa cuyos largos extremos sostienen dos demonios disfrazados de ángeles, y custodiado por una guardia de caballeros medievales, San Buenaventura desciende de su lujoso carruaje.

“Eminencia”, lo saluda, inclinándose el Rishi.

Se acerca Praskanva, que ha preparado la mesa con el té con masas para homenajear a tan ilustre invitado, y también se inclina en muestra de admiración y reverencia.

San Buenaventura, en el mismo instante en que los bendice con la señal de la cruz, emite desde su túnica plateada negros rayos que ciegan la visión para que su energía pueda posesar al candidato a devoto.

Los Rishis simulan haber sido víctimas de la posesión, lo que les permite continuar con el show que han montado, pidiéndole al santo se acerque a la mesa donde está preparada la merienda.

Le ofrecen la cabecera que con todo orgullo San Buenaventura acepta, sentándose en una elevada silla llamada pontificia, que es la que usan los Papas. Después que Praskanva termina de servir el té, los Rishis recogen las tazas de la mesa y se sientan en el piso, uno a cada lado de San buenaventura, que está flanqueado por los demonios disfrazados de ángeles y el séquito de caballeros medievales.

San Buenaventura bendice la comida para luego dirigirse a sus anfitriones.

“Siempre me encuentro bien dispuesto cuando las almas requieren de mi presencia, pero siento curiosidad por el motivo de esta invitación”.

“Solo deseamos escuchar tu mensaje para que tus palabras nos guíen en el camino espiritual”, dice Nodhas, y agrega Praskanva: “Sentimos que estamos perdido y alguien nos dijo que tú podrías ayudarnos”.

San Buenaventura se hincha de vanidad.

“No es muy difícil encontrar el camino, por supuesto yo los voy a ayudar”.

Los Rishis le agradecen con un gesto y el santo, después de carraspear, comienza a emitir palabras sin sentido y hasta grotescas, los disparates comienzan a dispararse de su boca, pero no es que haya enloquecido sino que se trata de una estrategia muy bien concebida, porque lo que logran estas voces demoníacas es producir la sordera en quien la escucha y mientras tanto en su estómago se abre una puerta por donde salen ratas que prolongan su cola en una sogas negra que va atando a los oyentes.

Los Rishis se dejan atar, siguiendo el juego y una vez que están atados, las ratas regresan al estómago y tironeando de la sogas buscan llevarse una parte del alma de sus víctimas.

Una vez que se cierra la puerta del estómago San Buenaventura también cierra los ojos y cuando después de un breve silencio vuelve a abrirlos queda espantado porque los Rishis permanecen inalterados y él continúa con su hambre insatisfecha.

El santo descontrolado pisa con fuerza la tierra, descargando toda su ira y se hace visible la presencia del Gran Demonio.

Yo, William Shakespeare, solo soy un muerto que recorre el mundo de los vivos buscando la tragedia.

Como un muerto puede ocultarse en cualquier parte, los vivos no me ven cuando los miro buscando su tragedia.

¿Por qué por más que intente hurgar en los cuerpos y en las mentes no encuentro la tragedia?

¿Tal vez porque la muerte la celebran las viudas en los cementerios y no los reyes en los campos de batalla?

¿Quizás porque esa muerte se celebra en los videos, una muerte sin sangre que salpique y muerda la carne del que mira?

¿O porque la heroica locura que alimentó la historia la pretenden curar los psicoanalistas en cómodos divanes?

¿Quieren sorprenderse y que les confiese porqué no encuentro la tragedia?

Yo, William Shakesperae, lo confieso, nunca hubo tragedia.

Los hombres solo pueden sufrir los pequeños desengaños de la vida y vivir inconscientes sus insignificantes muertes, muertes de reyes y mendigos, y me incluyo, también la muerte que un día me ocurrió, la anodina muerte de William Shakespeare.

El Gran Demonio me enseñó.

“Willie, la tragedia yo la inspiro y la escriben los artistas.

La tragedia es solo un texto porque en la vida no hay tragedia, solo histeria.

La única tragedia es sentirse desgarrado del sentido, de la esencia.

La única tragedia, Willie, es mi tragedia.

Mi poder, Willie, es ocultarles mi tragedia para que jamás intuyan su tragedia, la única tragedia de hombres y demonios, que nunca sepan del desgarró, por eso hay que engañarlos con tragedias”.

Eso me dijo el Gran Demonio y me advirtió:

“No busques tragedias que no existen, deja que mis palabras las dibujen en tu mente y solo escríbelas porque para eso te he provisto de ese genio que admira el mundo.

Eso es lo que te pido, y no pierdas el tiempo en búsquedas inútiles, porque cualquier cosa puede ser tragedia, el retraso de los subtes, el aumento de los precios, los muertos en las autopistas, pero cualquier cosa puede ser tragedia si se transforma en tragedia con la alquimia de tu pluma.

Nadie debe ver la tragedia, esa es tu tarea, Willie, ocultarás la tragedia escribiendo tragedias.

Elige el tema, que yo te lo inspiro”.

Pero ahora no puedo dejar de preguntarme.

¿Quiero seguir siendo William Shakespeare, el escritor de tragedias?

Peter Weir y Toni Colette están parados en una pequeña plaza circular de un césped verde y algunos bancos, esos típicos bancos de plaza. Y de esa plaza se proyectan tantas ciudades que no se pueden contar.

“Te cuento, Toni, como sigue esta historia, David ya está en Alemania y te quedaste sola.

Tus amigas te invitan a tomar el té, a salir de compras, ir al cine, pero rechazas todas las invitaciones.

¿Por qué las rechazas? Solo sientes un incontenible deseo de experimentar la soledad.

¿Entiendes? Experimentar la soledad no quiere decir estar sola.

Te preguntas qué es la soledad y no puedes responderte con lo que siempre creíste que era la soledad, la ausencia del otro, por eso te casaste con David, pero ahora empiezas a intuir que la soledad no tiene nada que ver con el otro sino con uno mismo, la soledad es la ausencia de uno mismo.

Lo que te pido, Toni, es que esa ausencia la transmitas vagabundeando por la ciudad”.

Toni trata de entender y se sienta en uno de los bancos de esa plaza, ¿no exige demasiado Peter?, y mientras piensa por una calle, que podría ser de Roma o París, una calle fría de un invierno helado, viene una mujer que no camina porque deja caminar al camino para que el camino la vaya llevando a un destino, porque a la mujer alguna vez le fue revelado que los caminos conocen los destinos de los humanos, destinos que estos siempre ignoran, por eso se deja llevar por el camino.

“Jeanne Moreau”, anuncia Peter como si la estuviera esperando.

Toni muestra en sus ojos abiertos y en su boca también abierta, que no lo puede creer y solo después de un tiempo que tampoco puede precisar, cuando Jeanne Moreau ya está en la plaza, se atreve a susurrar: “Jeanne Moreau”.

Jeanne y Peter se abrazan como después de una milenaria ausencia, y le dice a Toni, que no comprende lo que está ocurriendo.

“Ya lo ves, Toni, todo esto tiene que ver con la ausencia y el reencuentro”.

“Hola, Toni”, la saluda Jeanne acercándose para besarla en la mejilla.

“¿Eres Jeanne Moreau?, no lo puedo creer”.

“Jeanne ha venido a mi pedido, para ayudarte a componer la soledad”.

“Hay demasiado vértigo en el cine actual para que la soledad tenga aunque sea un pequeño espacio”, dice Jeanne.

“Jeanne es una genio interpretando soledades”, la alaba Peter.

“No es un mérito mío sino de aquellos grandes directores de una irreplicable época.

Fuimos los últimos exponentes de la última modernidad, comprendimos que en el mundo que habitábamos no había verdad, pero la seguíamos buscando.

Y de esa desesperación nacieron Fellini, Visconti, Malle, Truffaut, Goddard, Buñuel, Antonioni, Passolini, Bergman, por nombrarte algunos de los grandes directores.

Vagamos por los sueños y por las ciudades, vagamos por los juegos amorosos pero no nos atrevíamos a jugar el juego de la vida, por eso nos frustramos, porque nunca nos atrevimos a jugar.

Ese cine marcó una época y al morir esa época tuvo que morir también ese cine, aunque alguno de nosotros pudo sobrevivirlo.

“¿Y el cine de Peter?”, le pregunta Toni.

“Creo que es un cine que está naciendo, Peter insinúa lo que fue nuestro cine hace 50 años, cuando estaba naciendo pero todavía no sabíamos que era lo que nacía”.

“Y como una experta partera Jeanne viene a ayudarnos al parto”, dice Peter riendo.

“Empecemos a trabajar, Jeanne”, interviene Toni con ansiedad

“Bien, Toni, empecemos. Elige una ciudad de las tantas que te rodean”.

Toni señala una gran ciudad, esas conocidas como megalópolis.

“Ahora camina por una calle de esa ciudad, pero camina vagabundeando y que ese vagabundear revele tu soledad, la ausencia de ti misma”.

Toni entra en la gran ciudad por una de sus calles principales repleta de gente. Al comienzo trata de evitar que los que avanzan en sentido contrario la lleven por delante, después se va acomodando por los que van por su lado. Mira con cierto deslumbramiento los grandes edificios, quiere detenerse frente a una vidriera de un negocio de ropa de mujer, pero la multitud que viene detrás de ella se lo impide y muy molesta entra en una confitería.

“Está bien, Toni, regresa”, le grita Jeanne.

Toni hace el camino de vuelta y en la plaza la espera Jeanne sentada en un banco.

“Siéntate Toni”, le indica Jeanne con voz suave.

Toni no dice nada, y se queda en silencio esperando el reproche que no tarda en llegar.

“Hija, parecías una turista norteamericana que salió de compras.

Vagabundear por una ciudad no tiene nada que ver con el paseo turístico por la ciudad.

Tu elegiste una ciudad, no entraste indiferente a cualquier ciudad. Si lo que tenías que expresar era la ausencia de ti misma, ¿qué importa en qué ciudad y en cuál calle andabas?

En tu paseo, porque fue un paseo y no un vagabundeo, tu mirada era hacia fuera, mirabas la gente, los edificios, el negocio, el bar, mirabas todo porque no estabas ensimismada en ti misma.

Una ciudad en el vagabundeo, que es el vagabundeo interior, es cualquier ciudad, el vagabundo no hace turismo, no camina para ver lugares o descubrir rincones.

El vagabundo va por la ciudad que le toque, no importa cual, pero vaga por la ciudad porque su vacío se llena con la energía de lo urbano, el sinsentido de todo lo que allí ocurre, porque es el espejo de su propio sinsentido.

El vagabundo no tiene objetivos que cumplir en su recorrido. La gente camina por algo, va a algún lugar; para quien vagabundea cualquier lugar es lo mismo, el que estuvo, el que está y el que puede llegar a estar.

Visto desde los otros quiebra los ritos de la vida urbana, pero desde sí mismo no hay ritos, no hay otros.

Esto que te digo es la imagen externa de la soledad, ahora quiero transmitirte la vivencia interna”.

Jeanne desaparece y vuelve a aparecer, andando en una calle angosta, en un paisaje quebrado que dibuja una fachada de casas antiguas.

El color de la imagen es grisáceo y en el medio de ésta Jeanne va bajando por la pendiente de esa calle hasta que llega a Toni y la toma de la mano para transmitirle energéticamente la escena.

La vibración de Jeanne penetra en Toni y lo que le transmite es un estado de desconcierto, de depresión, de confusión.

No hay dolor porque es como si este sentimiento estuviese clausurado, es la sensación de una bola que va cayendo y al caer choca contra las paredes, pero nada puede atraparla y contener su caída.

Toni experimenta una ausencia, el exilio de sí misma, el sentido de no pertenencia, de soledad.

Peter le señala que la escena ha terminado y Toni, exhausta, regresa a la plaza.

“Esto es muy fuerte”, se queja, desmoronándose en un banco.

“Vamos bien, Toni”, aplaude Peter.

“Peter me recuerda a Antonioni, es terrible”, rememora Jeanne.

“Te estoy agradecida, Jeanne, sin ti hubiese sido imposible representar lo que me pedía Peter”.

“Gracias, Jeanne, espero volver a contar con tu colaboración”, le dice Peter, abrazándola.

“Cuando gusten; adiós Toni, nos volveremos a ver”, la saluda, despidiéndola con un beso en la mejilla.

Günther estaba muy deprimido, así me lo hizo saber en el transcurso de las tres llamadas sucesivas que me hizo después del partido de Alemania con Polonia.

“Así no llegamos ni a los cuartos”, se le escuchaba decir con la voz de un condenado a muerte.

Chao también se mostró reiterativa con la cuestión que debíamos formalizar nuestra relación. Mi argumento de que no estábamos maduros ni emocional ni económicamente, Chao tenía 19 años y trabajaba en un restaurante de comida china y a mi ya me conocen, no podía presagiar un matrimonio exitoso, y ni que hablar de la oposición de mi madre alemana y de sus padres chinos. En su primitivo alemán, que se reducía a unas cuantas palabras mal hilvanadas, insistía, hasta que le colgué abruptamente.

Medité en la sabiduría de Graham Bell, el inventor del teléfono, que se había casado con una mujer sordomuda. Cada vez eran menos los silencios de Chao, de los que alguna vez estuve enamorado.

Recibí una llamada de un tal Heinrich, de parte de mi madre, que me habló de la posibilidad de un empleo como vendedor de electrodomésticos.

Cuando encendí el televisor, en **El regreso de los Rishis**, la pantalla mostraba al Rishi Devaja con un invitado al que definió como “de lujo”.

Un hombre serio, con cara de estar preocupado por problemas trascendentales, movía las manos en señal de agradecimiento ante las elogiosas palabras con que el Rishi se refería a su persona.

“Tenemos ante nosotros a un amigo a quien sus contemporáneos de los siglos XIII y XIV no solo no reconocieron sino que por bocón, tal vez confundido en cierta impunidad que le daba el alto prestigio intelectual de que gozaba, terminó en manos de la nada contemplativa Inquisición, y a no ser porque en medio del proceso tuvo la fortuna de morir, seguramente la hubiese pasado muy mal.

Estoy hablando de Johannes Eckhardt, más conocido como el Meister Eckhardt, uno de esos alemanes injustamente olvidado y reemplazado en la memoria colectiva por otros de los que es mejor no hablar.

¿Y qué llegó a decir nuestro amigo, que tantos problemas le trajo?

Entre otras cosas, sospechosas para la ortodoxia que sostenía la Iglesia, habló de la plenitud divina del mundo, la Creación como renacer infinito de Dios, el alma del hombre conteniendo la chispa divina y que el objeto de anhelo místico es el retorno a Dios, pero se pasó de la raya al identi-

ficar al ser humano y el divino y que el hombre alcanza con la muerte de su yo egocéntrico y accidental el verdadero ser.

Hasta aquí, con mucha buena voluntad de los inquisidores podía pasar, pero al sostener que el verdadero ser se realiza en su mayor intimidad y el abismarse en la soledad de su profundidad no niega el mundo sino que experimenta la inmanencia de Dios en este mundo. Aunque nuestro amigo no comía vidrio y jamás iba a cuestionar el orden sacramental con el que la Iglesia había sostenido su poder desde su origen, quedaba en sus palabras la sospecha que, por lo menos para el místico, a Dios se lo realiza en la intimidad y soledad más allá de la temporalidad mundana, y afirmar que el verdadero ser adviene en la muerte del ego, como los inquisidores tampoco comían vidrio, se dieron cuenta que el dominio que la Iglesia tenía en el mundo era por el poder sacramental del que el hombre dependía para su salvación desde el bautismo hasta la extremaunción, por lo tanto como solo la Iglesia podía impartir los sacramentos, fuera de la vida sacramental, esto es fuera de la Iglesia, no había salvación.

Iglesia y poder sacramentales son lo mismo, pero si el retorno a Dios solo se conseguía en la intimidad y soledad donde era posible la muerte del ego, ¿cuál era la utilidad de los sacramentos?

¿Mataban los sacramentos al ego o lo fortalecían en la ilusión de una falsa virtud?

Si la experiencia era la fusión de lo divino del hombre en lo Divino de Dios, y esto era el ámbito de la eternidad, ¿qué sentido tenía la Iglesia como institución temporal?

Por supuesto que esto Eckhardt no lo dijo ni en sus sermones ni en sus escritos, pero lo dijo, como diría algún intelectual de esta época, en los silencios del texto, y para ser inquisidor había que saber leer estos silencios, y al famoso Meister Eckhardt lo agarraron de las pestañas y se lo llevaron ante la Inquisición”.

“Mi querido Meister, todo esto que relaté ya es historia, pero quería que los televidentes que no te conocían tuviesen alguna idea de quien habías sido y porqué estabas acá”.

“Te agradezco, Devaja, la invitación y creo poder ser útil a la teleaudiencia al mostrarle no solo aquello que intuí como Verdad sino también cuáles fueron mis límites”.

“Bueno, ya que tu tocaste el tema, te pregunto en nombre de los televidentes, ¿qué es lo que te faltó lograr?”.

“La trascendencia de la mente”.

“¿Y por qué ocurrió eso?”.

“No pude abandonar mi concepción mental del mundo y todos los intentos conceptuales y psicológicos para descifrarlo”.

“¿Qué intuiste?”.

“Intuí la verdad que tan claramente expusiste, pero no pude desidentificarme del juego del mundo, por eso la bravuconada de enfrentarme a la Inquisición”.

“Te venció la soberbia del ego, aunque en algún lugar tenías la certeza que debías matarlo, pero seguías fascinado por su inteligencia y el poder que ésta ejercía sobre los hombres”.

“Tengo que reconocer que es como tú dices, solo un ego que se siente poderoso se atreve a desafiar al aparato religioso tal como estaba constituido y operaba en mi época.

Te confieso, Devaja, y por primera vez me atrevo a confesarlo, que no era mejor que mis inquisidores, hasta podría decirte que era peor porque yo tuve la Gracia que la Verdad me fuese revelada, y ellos estaban sumidos en la más profunda ignorancia, pero ese conocimiento lo rebajé al poder del ego para lucirme en mis clases universitarias, en los sermones, en los escritos.

¡Qué idiota fui!”.

“Bueno, no te tortures que la tortura psicológica es la obra complementaria de los demonios después que hacen transgredir al hombre.

Ya sabemos que en tu muerte te arrepentiste sinceramente, por eso pudiste acceder a un plano de purificación”.

“Es cierto, ahora me estoy purificando en un nivel muy sutil del astral y me informaron que no me faltaba mucho para concluir esta experiencia y pasar a un nivel más elevado de purificación”.

“Esa es la sorpresa que te tenemos preparada, pero te la vamos a decir después que el Rishi Sanyu nos presente su sección testimonios”.

Después de saludar a los televidentes, Sanyu dice que el testimonio que presentará es el de Santa Prisca, una mártir del siglo III que durante la persecución a los cristianos ordenada por Claudio II fue torturada y muerta por su fe.

La pantalla muestra un altar de mármol donde está tendido el cuerpo de una mujer cubierto de sangre espesa que va goteando rítmicamente hasta ir manchando casi por completo su superficie.

Este es el fin de una misa negra que ofició el Gran Demonio.

Prisca esperaba que el martirio fuese el camino de la salvación, del encuentro con Cristo, pero después de su muerte no pasó lo que esperaba y quedó encerrada en una jaula de barrotes negros. Entonces comprendió el engaño, pero ya nada podía hacer.

La jaula está hecha con su propio dolor y sus infinitas dudas.

Ahora, después de tantos siglos de un martirio que parecía eterno, se presenta Cristo y esta presencia es posible porque ella desde algún lugar de su alma lo invocó.

Prisca, conmovida, le dice:

“Tantas veces te vi, pero nunca te acepté”.

Ante la presencia de Cristo la jaula comienza a esfumarse y a desaparecer la oscuridad que torturaba su mente y su corazón.

Prisca, invadida por una profunda paz, cuando los demonios del dolor y la duda la abandonan, no cuestiona nada porque comprende y acepta.

El pasado se disuelve y para Prisca es como si nunca hubiese ocurrido, porque su santidad, martirio y muerte solo fueron ilusiones creadas por el Gran Demonio.

Santidad, martirio y muerte eran su ego que alimentó en el círculo del tiempo. En ese instante de la eternidad se suspende el círculo del tiempo, solo está la eternidad que siempre estuvo, Prisca se liberó de la opresión del Gran Demonio.

Ahora la pantalla muestra nuevamente a Devaja con Meister Eckhardt.

“¿Qué te pareció la historia de Prisca?”, pregunta el Rishi.

“Impresionante, muy difícil –por no decir imposible– de comprender para alguien que como yo ha construido un imperio mental, que de algún modo te aísla de los monstruos primitivos del infierno, pero también te impide llegar al Cielo, por decirlo de alguna manera.

En Prisca, porque es un ser simple, prácticamente no hay mente, todo es más directo, fácilmente engañada, como fueron engañados tantos hombres y mujeres de ese tiempo en que el Cristianismo era una secta perseguida, acepta el infierno como vía de salvación, como también fueron engañados los flagelantes de la Edad Media, bueno, como fue engañado casi todo el Cristianismo, incluidos los llamados grandes santos, si hasta San Bernardo de Claraval vivía apegado a su silicio, que no abandonaba ni de día ni de noche.

Prisca, por supuesto, fue más radical e iba por más que unos cuantos latigazos, laceraciones y ayunos, y casi sin mente era emoción pura y esa emoción fue tomada por el Gran Demonio.

Sin embargo bastó que la energía de Cristo movilizase la fe, las dudas fueron rápidamente disipadas, eran pequeños demonios sin un mundo teórico que le diese consistencia, y Prisca pudo ascender al Cielo.

Todavía tiene un largo camino, pero ya está en marcha”.

“Tu caso es distinto, hay que derrumbar ese mundo teórico y para eso, abrir el corazón.

Ya sabes, Johannes, que por encima del mundo de los demonios hay innumerables planos con distintas gradaciones vibratorias y en ellos se van cumpliendo procesos purificatorios según la necesidad de cada alma, y que van posibilitando su evolución.

Más allá del plano astral están los llamados planetas de purificación donde van las almas más evolucionadas.

Te tenemos reservado el planeta Solaris para tu purificación, pero antes de elevarte allí debes pasar por el mar de la purificación donde los Rishis te impregnaremos de la energía de nuestros mensajes para que puedas cumplir exitosamente tu experiencia”.

Meister Eckhardt es conducido al mar de la purificación donde un círculo de Rishis lo rodea y le habla.

Devaja le dice.

“Ahora es tu decisión volver a ser Uno”.

“¿Ves el mundo en el que estuviste y sigues estando prisionero?”, le pregunta el Rishi Godha, mostrándole un algo vacío.

“Ya lo ves, no hay nada, esta es la inexistencia de la que tanto hablaste”.

Satyadhriti se convierte en un Sol muy fuerte que lo rodea.

“Déjate derretir en el Sol, simplemente siente como esa energía que te invade es parte de ti mismo”.

El Rishi Sanyu le muestra todos sus escritos y le pide:

“Pon tu corazón en esas hojas y transmuta esa energía de la mente en energía que alimente ese corazón”.

Sauna ka le entrega una vela blanca que emite una pequeña luz.

“La luz de esta vela es la de tu alma, cuando tu corazón despierte esta luz será un potente fuego que terminará de quemar tu ego”.

Niranyasthupa lo mira a Eckhardt tejiendo una interminable red.

“¿Cuándo la terminaré?”, le pregunta.

“Cuando tú lo decidas”, le responde el Rishi.

Sumitra tiene en sus manos una flor maravillosa a los ojos de Eckhardt.

“¿Qué percibes de esta flor, su maravilla o su inexistencia?”.

Naudhaja se presenta en un hilo de luz azulada y le coloca a Eckhardt dos hermosas alas en la espalda.

“¡Qué tal si de pronto te regalase las alas y te convirtieses en un ángel!”.

Le quita las alas y le trae un caballo blanco.

“¡Qué tal si te regalase este caballo y pudieses cabalgar al infinito!”.

Pero apartando el caballo de su vista le dice:

“Realmente prefiero darte Nada porque dentro de Nada encontrarás la Verdad”.

Kaleya le muestra un mar muy intenso y le ordena:

“Sumérgete”.

Antes que Eckhardt se sumerja el Rishi le pregunta:

“¿Y cómo estás seguro de que al sumergirte te sumerges?”.

Eckhardt está desconcertado por la insólita pregunta del Rishi que contesta al interrogante.

“Es muy simple, cuando dejes de pensar en lo que haces, en ese momento ya estás sumergido”.

Johannes, nunca has entendido qué es la devoción, porque la devoción es saberse Uno con El Padre, pero es saberlo desde el alma, donde no se piensa ni se siente.

La devoción es la Energía del Padre en el alma, es el camino de la entrega.

“Ahora te vamos a llevar a Solaris, ese planeta purificador donde procesarás este camino de la entrega.

Allí abrirás tu corazón al alma y entonces el alma se entregará al Padre”,le dice Puruhauman.

Los Rishis van elevando a Meister Eckhardt hasta que desaparece de la pantalla.

Devaja saluda a la teleaudiencia dando por terminado el programa

Ni bien apago el televisor, suena el teléfono, es Pantaleón

“Hola, Franz”.

“Hola, Panta”.

“Te llamo, Franz, porque mañana tenemos una reunión con el Rishi en el restaurante de Fritz”.

“No te entiendo, Panta, mañana voy a estar trabajando en el restaurante de Fritz”.

“No te preocupes, Franz, la reunión será en el plano astral y tú puedes participar como Dionisio, mientras la mirada de Fritz controla a Franz llenando las bandejas de salchichas.

Nos vemos mañana”.

Michel Foucault entra al consultorio del conocido psicoanalista Jacques Lacan. El terapeuta al advertir su presencia se levanta de su sillón para saludarlo.

“Doctor Foucault, un gusto recibirlo, siéntese por favor”.

El filósofo, después de estrechar la mano de quien de ahora en adelante será su psicoanalista, se sienta con la tensión esperable de quien va a iniciar una aventura terapéutica.

Lacan lo observa con algún recelo detrás de sus anteojos. “No será un paciente fácil, en realidad ninguno lo es, pero Michel Foucault une a su aguda inteligencia la fama de ser un manual de perversiones”. Estos pensamientos le ocupan la mente cuando la voz de su paciente lo devuelve al consultorio.

“Hice en vida un enorme esfuerzo intelectual por descifrar sus Seminarios, doctor Lacan”.

“Me imagino que infructuosamente, porque mis Seminarios son indescifrables, hasta para mi mismo”.

Yo, en cambio, pude disfrutar más placenteramente su discurso, el poder, la sexualidad, la locura, el encierro, la tortura, temas fascinantes para un psicoanalista. ¿Nos conocimos cuando vivíamos doctor Foucault?”.

“Es posible, pero en la muerte se nos tildan algunos recuerdos”.

“Es cierto, pero ¿cuál es el motivo de su consulta?”.

“El Rishi Trayukil me sugirió que tuviese algunas sesiones con usted, no le pregunté para qué, usted ya sabe doctor Lacan que los muertos preguntamos poco, casi nada”.

“Es uno de los problemas que tengo con mis pacientes en este plano, no se interrogan a si mismos, por lo tanto no pueden plantear los sufrimientos que los aquejan”.

“Y sin sufrimiento no hay terapia. ¿Pero cuál es el origen del sufrimiento? Lo vi en el mundo y lo exploré en el mal, pero, doctor Lacan, llegamos a un lugar donde se esfumó el mundo y solo nos queda el mal”.

“¿Entonces, doctor Foucault, usted se está planteando cuál es el origen del mal si no lo podemos atribuir a un mundo que no existe, o solo existe en las proyecciones que ahora nos relacionan y a las que construimos como mundo en nuestro imaginario?”.

“Claro, doctor Lacan, pero no hace falta haberse muerto para llegar a esta conclusión, si algo entendí de sus intrincados Seminarios es esto de lo que estamos hablando”.

“¿Lo entendió en la vida o recién pudo descifrar este discurso después de muerto?”.

“Lo entendí en vida, pero no podía soportar haberlo entendido, era una carga imposible de llevar para un humano”.

“Pero no para un demonio, ¿no es así, doctor Foucault?”.

“Cierto, por eso me revelaron que había descubierto el mal, un descubrimiento atroz para un humano pero placentero para un demonio”.

“¿Y se guió, doctor Foucault, por la búsqueda del placer? No se preocupe, su elección, no digo que fue la correcta, porque tendría que haber entonces otra incorrecta, sino la única posible. Tampoco podríamos decir que fue una elección como opción, solo una elección como aceptación del destino. Todos los hombres asumen ese destino, porque es el único destino en la vida y por lo que estamos viendo se prolonga en la muerte.

Lo que ocurre, doctor Foucault, es que este destino es colectivo y amorfo en la mayoría, pero para nosotros fue individual y consciente, eso nos diferencia, haber sido capaces de jugarlos en ese destino”.

“¿Para usted la terapia tiene como único propósito la aceptación plena de ese destino?”.

“¿Aceptar el destino es el único modo de aliviar el sufrimiento?”.

“Aliviarlo, pero no trascenderlo”.

“Doctor Lacan, usted sabe que trascender el sufrimiento no es posible en este mundo.

Estamos prisioneros de nuestros fantasmas que nos torturan, ¿no es así doctor Lacan?

De ahí que la única manera de aliviar el sufrimiento, darnos un respiro, es aceptar los fantasmas y negociar con ellos.

¿Los fantasmas, son los que determinan ese destino?”.

“Eso llegué a creer, doctor Foucault”.

“Usted pide que aceptemos a los amos y negociemos con ellos?”.

“¿Y qué otra cosa, doctor Foucault, ha hecho usted en su vida?”.

“Yo quería conocer la esencia de esos fantasmas, fue como infiltrarme entre ellos, creí que era la única manera de penetrar en el mal, porque este tenía una manifestación radical en los fantasmas”.

“Y quedó atrapado, o más bien fundido en ese mundo fantasmático”.

“Tal vez no tuve tiempo de salir, el Sida me exterminó pronto, en mi último tiempo de vida busqué intuir otro sentido, pero ya era tarde.

“¿Y ahora, en la muerte, cree que puede llegar a conocer un sentido más allá de ese destino?”.

“Creo, doctor Lacan, que nos estamos orientando al punto de partida del análisis”.

“¿Y dónde sospecha que se encuentra ese punto de partida?”.

“En la vivencia del tiempo”.

“¿Y por qué elige esa vivencia para iniciar el análisis?”.

“Hace poco estuve tomando un café con Martín Heidegger, uno de los nuestros y uno de los pocos muertos con quien se puede hablar, porque aquí, fuera del fútbol y la nostalgia de ciertas versiones, parece que no se puede hablar de nada.

Como usted sabe, doctor Lacan, la temporalidad y el horizonte de la muerte como posibilidad más propia, como única certeza en un mundo de incertidumbres, fue el gran tema de Heidegger que impregnó el pensamiento de una época.

Pero, ¿qué pasa cuando el tema de la muerte está ausente porque ya morimos?

¿Y entonces, qué horizonte temporal puede plantearse un muerto?

No me diga que la vida porque caeríamos en la circularidad del discurso vida-muerte / muerte vida que mantiene el enigma pero que no lo resuelve”.

“El horizonte plantearía la liberación del tiempo, ¿no lo cree, doctor Foucault? Lamentablemente ni mis pacientes, ni yo mismo lo podemos plantear en la terapia porque aun en la muerte continuamos en la circularidad temporal del destino”.

“Lo que ocurre, doctor Lacan, es que estamos atravesados de discursos, de teorías, que acá no nos sirven para nada”.

“Coincido, doctor Foucault, pero ¿qué hacer si me he convertido en la teoría lacaniana? Y usted también, doctor Foucault, se transforma como se van transformando sus teorías en la mente de sus seguidores”.

“Ya no nos sirven las teorías, doctor Lacan, le comentaba que estuve tomando un café con Heidegger, era un muerto desinflado, si cabe el término”.

“¡Qué interesante! Un muerto desinflado, doctor Foucault, estamos empezando a construir un lenguaje, no podemos dejar de ser intelectuales ni aún aquí”.

“Heidegger me dijo que el conflicto que atravesaba era que esa muerte de la que tanto había hablado y que tanto prestigio le había dado y a la que esperaba con tanta ansiedad y angustia, al final fue una gran decepción, algo más aburrido que la vida, y eso es decir mucho.

Yo le dije que cayó en la trampa de su propio lenguaje, que no decía nada, que solo señalaba un horizonte que se había esfumado.

‘Martín, ¿alguna vez hablaste con un muerto?

Si lo hubieses hecho no hubieses escrito ni una sola página.

Hablaste de un Ser vacío y de tantas pavadas.

Eres un misticador, Martín, el más humilde integrante de un centro espiritista de barrio está en mejores condiciones de hablar de la muerte que tú, el filósofo más relevante del siglo XX, porque los muertos hablan a través de él, todo el tiempo”.

“Me dijo que el Rishi Trayukil le sugirió que viniera a verme. ¿El que usted llama el Rishi Trayukil es uno de esos seres luminosos que de pronto aparecen en nuestros espacios cenagosos?”.

“Sí, doctor Lacan. Yo tuve un encuentro con él durante un partido en que jugaba Francia en el Mundial que se está celebrando en Alemania y ahí le conté algunas cosas y me derivó a esta terapia”.

“Bien, doctor Foucault, continuaremos en la próxima sesión, una terapia lacaniana no tiene un tiempo establecido con anterioridad, y tampoco el tiempo lo cierra el psicoanalista ni el paciente, lo cierra el tema que dice cuándo empieza y cuándo termina.

En esta sesión, usted compartirá conmigo que el discurso que nos unió en este momento terapéutico ha concluido.

Nos veremos en la próxima sesión doctor Foucault”.

16 de Junio

Gelserkirchen fue la primera y tal vez la única gran fiesta futbolística de este mundial. Argentina fue el gran protagonista, pero quizás la palabra protagonista no corresponde porque no hubo antagonista, ya que Serbia y Montenegro no estuvo presente en la escena, porque esos cuerpos estáticos e impotentes parecían, por poner una metáfora boxística, un torpe *partenaire* con el que un campeón jugaba, se divertía y pegaba y pegaba mucho para lastimar y terminar destruyendo.

Desde el primer gol de Maxi Rodríguez, en una jugada donde se lucieron Sorín y Saviola, ya se preanunciaba lo que vendría. El ballet que empezaban a ofrecer los jugadores argentinos solo fue interrumpido por unos momentos ante el ingreso de Cambiasso por la lesión de Lucho González, debido a la necesidad que tuvo el equipo de reacomodarse.

Serbia se convertía a medida que pasaban los minutos en un espectador privilegiado del juego de los argentinos, ya que los tenían al lado y podían contemplar fascinados el desplazamiento increíble de esa pelota que los desbordaba, las paredes, las apariciones sorprendidas de esos rivales que parecían venir de otro mundo.

Si el fútbol es una de las bellas artes lo corroboró el gol de Cambiasso. Solo basta decir que fueron 26 toques sin interrupción del rival, al que el taco final de Crespo a Cambiasso, cuyo gol, si bien despertó una increíble euforia en la tribuna, también generó cierta decepción porque todos deseaban que esa jugada no hubiese terminado nunca, que esa maravilla se siguiera repitiendo al infinito. Iban 30 minutos del primer tiempo.

Pero el equipo argentino siguió yendo por más. Riquelme, Saviola, Maxi Rodríguez, Crespo y todos los demás constituían una maquinaria de perfecto funcionamiento que inevitablemente a los 40 debía culminar con el 3 a 0 en los pies nuevamente de Maxi Rodríguez.

Si para males le faltaba alguno a Serbia fue la expulsión a los 19 del segundo tiempo de Mateja Kezman, y si para bienes les faltaban algunos a los argentinos, fueron el ingreso de Tévez por Saviola, a los 13 y Messi por Maxi Rodríguez a los 29 de esta etapa final.

Como si los dirigidos por Peckerman esperasen ir llegando al final para ofrecer un exquisito postre, la aparición sorprendente de Crespo a los 33, el caño a Gavrančić y el desborde a la marca de

Duljal, por parte de Tévez a los 38, y la definición de derecha de Messi a los 42, coronaron la fiesta con este increíble 6 a 0.

En un lugar muy alto de la tribuna argentina, esperando una muerte muy próxima, así se lo anunciaron, los directores de cine Fabián Bielinsky y Eduardo Mignona presenciaron el partido.

Empezó el primer tiempo y Fabián comenta.

“Aquí estamos, mirando nuestro último partido”.

“Sí, nuestro último juego, porque nos pasamos la vida jugando”, reflexiona Eduardo.

Fabián le agrega otra reflexión a la reflexión de su compañero.

“Lamentablemente solo nos damos cuenta del juego cuando está por terminar”.

Eduardo se concentra en el partido y comenta.

“Observa los jugadores argentinos son muñequitos, títeres manejados por una fuerza oscura”.

“Así es –coincide Fabián– es una fuerza muy fuerte, pero yo me niego a abandonar este plano pensando que esa fuerza me ha manejado toda la vida”.

“Ya lo ves, Fabián, jugadores que se están moviendo como robots de un programa perfecto, si hasta la pelota está programada. ¿Podés pensar que puede existir alguna otra cosa?”.

“Sí, tiene que haber alguna otra cosa”, dice Fabián, como necesitando creer que hay alguna otra cosa.

“Fabián, tuviste la genialidad de filmar el gran engaño, el gran estafador estafado, que cae en la trampa de la escenografía que le montaron.

Esa es la vida, Fabián, todos somos estafados, deslumbrados por la gran escenografía que alguien permanentemente nos está montando, pero ¿crees que existe algo más?”.

“Sí, tiene que haber alguna otra cosa que una película, porque la vida es como una película, el amor es una película, el dolor es una película, y hasta estoy creyendo, Eduardo, que la muerte en la que pronto entraremos es también una película”.

“Esa otra cosa que presumes está fuera de la película, ¿tiene que ver con las religiones?”.

“No, Eduardo, las religiones son también películas, y los sacerdotes, los santos, los creyentes son los autores y las iglesias y los ritos, la escenografía”.

“Pensar, Fabián, que estamos llegando al final de nuestra historia, una historia donde pasamos momentos de felicidad y también de tormento, reímos y lloramos, pero esta película está por terminar”.

“¿Tendremos fe para salvarnos?”, dice inesperadamente Fabián.

“Terminó el primer tiempo y estamos ganando 3 a 0”, solo puede decir Eduardo.

Los cineastas permanecen silenciosos hasta que comienza la etapa final.

“Pensé que iba a disfrutar de este partido pero la verdad es que en medio de esta euforia me estoy aburriendo”, rompe el silencio Fabián, y agrega después de unos segundos de espera.

“Después de todo también se terminará esfumando”.

“¿Y acaso no vale la pena el gozo experimentado?”, pregunta Eduardo preguntándose a sí mismo.

“¿De qué sirve el gozo, Eduardo, cuando todo ha concluido?”.

“Todo lo que comienza tiene un fin, así son las películas, así es la vida.

Esto que es tan obvio lo negamos todo el tiempo. ¿Por qué será, Fabián, que lo negamos?”.

“Es verdad, seguro que experimentaste la emoción de un proyecto, el comprobar como avanza, la satisfacción cuando está concluyendo, y cuando todo termina la sensación de vacío. ¿Dónde quedó todo lo anterior?”.

“Hablaste de la fe, Fabián, creo que de eso hablaste”.

“¿No será la fe una creación de la desesperación para no aceptar el sin sentido de nuestra existencia?”.

“No puedo verlo así, Fabián, en este momento no puedo verlo del modo en que lo estás planteando, aunque esa fue la manera en que lo vi toda mi vida.

Algo debe perdurar”.

“Nuestra obra, Eduardo, tal vez perdure, pero en lo que respecta a nosotros no lo creo”.

“Terminó el partido, ganamos 6 a 0”, quiere gritar Eduardo, festejando el triunfo, pero cuando se está por morir muchas veces el grito se silencia.

“Alguien se nos acerca, viene de la tribuna de los desolados serbios”, anuncia Fabián.

Un serbio de otro tiempo se acerca con gesto amable.

“Muchachos, disculpen que los interrumpa, pero desde donde me hallaba estuve escuchando su conversación y sé que están muy preocupados por la muerte que se avecina”.

“¿Cómo pudiste escuchar nuestra conversación?”, lo increpa enojado Fabián.

“No te enojas, la pude escuchar porque estoy muerto y los muertos podemos escuchar lo que hablan los vivos. Nunca me meto en esas conversaciones, ¿qué pueden importarme?, además, por las estupideces que hablan los vivos..., pero esta vez es distinto”.

“¿Por qué es distinto?”, le pregunta también con cierto enojo Eduardo.

“Hablaban de lo efímero de las cosas de la vida, pero en realidad el tema era la muerte, que ya viene galopando a buscarlos.

Entonces me dije, Milovan, porque me llamo Milovan, ¿no le vendría bien a estos muchachos conversar con un muerto?

Disculpen, todavía no me presenté. Soy Milovan Vidakovik, por supuesto serbio y no lo niego a pesar de esta humillante derrota que nos infligieron, y mi vida en la Tierra se prolongó entre 1780 y 1841”.

“Perdona, Milovan que estuviéramos tan agresivos, pero nos comprenderás; cuando uno se está por morir muchas veces las reglas de urbanidad quedan de lado”, se disculpa Eduardo.

“No se preocupen muchachos, cuando me estaba muriendo tenía la misma actitud, los comprendo”.

“¿Y a qué te dedicabas cuando vivías, Milovan?”, pregunta Fabián.

“Era escritor, pero si hubiese vivido en esta época creo que hubiese optado por ser cineasta, como ustedes”.

“¿Y qué escribiste, Milovan?”, insiste Fabián.

“Varios relatos, pero siempre tuve una gran fascinación por la Edad Media serbia, era un mundo que, a diferencia del burgués, tanto del que viví yo como del que ahora viven ustedes, más allá que su barbarie era igual a la de todas las épocas, todavía podía verse el heroísmo y el desinterés.

Escribí un relato **Joven solitario** donde el protagonista, Tibomil, vive retirado en un monasterio donde lo dejó su padre antes de partir al campo de batalla de Kosovo en 1389.

Pasan 12 años y Tibomil permanece en una silenciosa reclusión, apegado a sus tareas. Es entonces cuando llega al monasterio un guerrero herido, que en su tiempo de convalecencia le relata al joven los acontecimientos que ocurrieron en Serbia y lo incita a salir del monasterio. Le muestra la experiencia del mundo como algo deseable frente a la esterilidad de la vida monástica.

Sin embargo Tibomil permanece en esa región como agricultor y repartiendo la cosecha entre los pobres de ese lugar”.

“Esta historia sin duda inspiró a Herman Hesse en **Narciso y Goldmundo**”, interviene Fabián.

“Es un tema para filmar –dice entusiasmado Eduardo– es más, siempre quise filmar esa dialéctica entre el alejamiento de un mundo que te devora y la experiencia del mundo incluso en el placer de ser devorado”.

“¿Te acordás, Eduardo, del cine polaco? Zanussi y Wajda entran de lleno en ese conflicto”.

“Perdona Milovan, pero me estalla la curiosidad de preguntarte de donde vienes”, inquiriere Eduardo.

“De un sitio no muy lejano de donde ahora nos encontramos. Cuando vivía me consideraba un buen cristiano porque trataba de cumplir con los mandamientos y supuse que la muerte me tenía reservado un buen lugar.

Pero no fue así, y después de mucho tiempo de vagar por la muerte comprendí que solo había vivido la parte buena del engaño.

Lo que les estoy diciendo todavía no pueden comprenderlo, yo tardé mucho en comprenderlo, pero en algún momento, y digo momento en el sentido temporal para poder comunicarme con ustedes, porque aquí ya no se puede hablar de tiempo, no sé si el tiempo existe, en un momento, decía, de gran confusión porque empezaba a entender, usando el lenguaje de ustedes, que vida tras vida y muerte tras muerte solo estaba viviendo una película tras otra, se presentó un ser luminoso que se identificó como un Rishi del Padre y me dijo que venía a ayudarme a salir de la parte buena del engaño donde estaba engañado.

Entonces me fue enseñando como borrar las huellas y que no mirase atrás para que no volvieran a aparecer.

Ahora los tengo que dejar, un muerto de una evolución primitiva como la mía no tiene demasiada energía para sostener una comunicación con los vivos y mi energía ya se está agotando.

Rogaré por ustedes para que tengan el mejor pasaje posible al otro mundo”.

Milovan desaparece como perdiéndose y Eduardo le dice a Fabián

“¡Qué mambo lo que nos contó del Rishi!”.

Si hay un equipo que todavía no puede definirse es el holandés, por lo menos por lo que mostró en Stuttgart ante Costa de Marfil. Por un lado ese equipo que en la primera media hora recordó algo de la inolvidable naranja mecánica, prácticamente imparable para los voluntariosos africanos, o esa desvaída selección que tuvo a sus parciales con el corazón en la boca hasta que el colombiano Oscar Ruiz dio el pitazo final.

En la primera parte del encuentro los espectadores pudieron deslumbrarse con la increíble velocidad de Arjen Robben, la máxima figura del equipo holandés, la sorpresa permanente de Robin Van Persie, acompañados por el resto con un lujo de toques que despertaba el aplauso de las tribunas.

Esta superioridad dio sus frutos a los 23 minutos, cuando la zurda de Van Persie dejaba atónito al arquero Jean Jacques Tizié, y 4 minutos después el pase al milímetro de Robben que le permitió a Ruud van Nistelrooy coronar el 2 a 0.

Los africanos pudieron descontar en este lapso si el árbitro no hubiese ignorado un penal evidente que Giovanni Van Bronckhorst le cometió a Emmanuel Eboué en uno de los esporádicos ataques de los marfileños.

Los africanos, que durante esta primera media hora no podían salir de su desconcierto ante la superioridad holandesa, fueron serenándose y apareció Bakary Koné, un interesante jugador que luce en el Niza de Francia, quien tiene la virtud de gambetear hacia delante y lo hace con inquietante velocidad, y esta reacción se hizo notar cuando Didier Zokora con un fuerte tiro de media distancia anunció lo que poco después vendría, el gol que a los 38 señaló Koné que con su velocidad superó a la defensa holandesa rematando con derechazo que dejó sin posibilidad al guardameta Edwin Van der Sar.

El segundo tiempo sin dudas preocupaba a Marco Van Basten, que fue escalando los cambios de Boulahrouz por Heitinga, Van der Vaart por Sneijder y Landzaat por Van Nistelrooy, mientras también el técnico del equipo africano buscó cambiar de estrategia al hacer ingresar al campo a Dindane por Bakary Koné, Yapo por Romaric y Akale por Arouna Koné.

La transformación de la estructura táctica de ambos equipos favoreció a los africanos que se hicieron merecedores del empate y los sucesivos centros en el área naranja con el peligro inminente de gol llevaron a que el desesperado Van Basten terminase agitando los brazos para que Oscar Ruiz diese por terminado el partido. Por lo hecho en el segundo tiempo Costa de Marfil no mereció perder, pero los resultados mandan y Holanda ganó 2 a 1 y los africanos después de cumplir la formalidad del partido con Serbia y Montenegro, regresarán a casa

El partido ha terminado y mientras la multitud de 52.000 espectadores, que se habían congregado en el estadio lo van abandonando, la escritora marfileña Simone Kaya se lamenta ante alguno de sus compatriotas que la rodean por el resultado, un hombre reconocible como holandés se le acerca y con mucha amabilidad le pregunta si dispone de unos minutos para poder hablar.

Simone accede y ambos se dirigen a invitación del hombre al museo *Staatgalerie* para poder conversar tranquilos.

“Soy el pintor Piotr Mondrian”, se identifica el hombre cuando ingresan al museo y le dice que quisiera pedirle un consejo.

Simone lo mira algo sorprendida y Mondrian le explica que quiere ir al África para reflejarla en un cuadro y le pide que le sugiera algún lugar sugestivo de ese continente.

“Primero explícame qué es lo que quieres pintar”, le pide Simone.

“Quiero transmitir a través de formas y colores las sensaciones que me transmite otra cultura”.

“¿Y por qué África?”, lo interroga la mujer.

“Creo que hay un hueco en el arte europeo con respecto a la cultura africana, y pienso que es importante para los europeos penetrar en vivencias que nos son ajenas e integrarlas a nuestra civilización”.

“¿No será que África está de moda en Europa?”.

“El arte, por lo menos mi arte, no sigue las modas. Me ofende esa insinuación porque con toda honestidad quiero reflejar en mi pintura un mundo desconocido para hacerlo conocido”.

Simone lo mira con cierto desprecio.

“¡Qué soberbio eres!

No te das cuenta que lo que estarás mostrando es tu visión de África y no África.

Lo que quieres mostrar es como Europa ve a África, ¿y la puede ver con otra mirada que no sea la del colonizador?”.

“Eres injusta Simone, el arte es universal”.

“Eso no es cierto, tu arte es europeo, ¿acaso desde Fray Angélico hasta Picasso pudo reflejar otra cosa que no fuese Europa? ¿Qué tienen que ver Miguel Ángel o Leonardo con África? ¿Qué tiene que ver Piotr Mondrian con África? Aún Gauguin pinta Europa”.

Mondrian se defiende atacando.

“¿Y en tus escritos reflejas África? ¿No son la mirada que adquiriste en la cultura occidental de una realidad que desdoblas en una vivencia que dices inexpresable y en un lenguaje que trata de atraparla para mostrarla?”.

“En primer lugar no pretendo ir más allá de una visión subjetiva, y por otro, en última instancia, con todos los límites, será una visión de África de una africana”.

“¿O sea que yo no puedo pintar África?”.

“Puedes pintar lo que quieras, pero tienes que reconocer que lo que estás pintando es un paisaje y no África.

África es imposible de pintar para un europeo, sus colores profundos escapan a tu pincel, sus formas no son formas que pueda atrapar tu razón, su magia no la podrás percibir más que como un rito vacío.

Ustedes pudieron explotar África, aprovecharse de sus recursos y de los cuerpos africanos, humillarnos, lacerarnos, mentirnos y hasta integrarnos al fútbol europeo y hacernos partícipes de un Mundial, pero Piotr ten presente que nunca pudieron conquistar África porque África es inconquistable porque es para Europa un inconsciente que jamás podrá descifrar”.

Piotr Mondrian comprende que está frente a ese inconsciente que jamás podrá descifrar y se despide de Simone con un gesto amistoso a pesar de todo.

Un partido para olvidar para las más de 40.000 personas que se congregaron en Hannover para presenciar México y Angola, y seguramente también para los millones que lo presenciaron por televisión.

Como era de esperar los dirigidos por Ricardo Lavolpe tuvieron la iniciativa en un partido que suponían no podía ser más que un trámite. Pero se enfrentaron a dos problemas irresolubles, la destacada actuación del arquero angoleño Joao Ricardo y su propia inoperancia.

Los africanos buscaron suplir su fútbol primitivo con un meritorio esfuerzo físico, e incluso cuando André tuvo que abandonar el campo por haberse hecho acreedor a la segunda tarjeta amarilla, no perdió la brújula y los marcadores centrales Jamba y Kali despejaron todo intento mexicano.

En el equipo azteca todo fue deslucido, Omar Bravo estuvo irreconocible, como la mayoría del plantel, a excepción de Rafael Márquez y Carlos Salcido, que trataron de aportar algo de fútbol.

Los angoleños hicieron más que lo esperado y este primer punto obtenido con el 0 a 0 final, fue festejado como si hubieran logrado la Copa del Mundo.

Pero si el partido fue para el olvido, no fue así lo que ocurrió en la tribuna, cuando se encontraron en el preciso límite que separaba a mexicanos de africanos, el subcomandante Marcos, y el escritor angoleño Antonio Jacinto de Amaral Martins.

Hablan sin mirarse y el hombre de Angola le pide que lo llame Jacinto. Marcos le dice:

“¿No quieres que te enseñe un poco de estrategia, porque como están las cosas en tu país una revolución no vendría nada mal?”.

“Yo me llevo mejor con la escritura que con la revolución”, responde Jacinto.

“¿Qué sentido tiene escribir en un país donde nadie sabe leer?”.

“Yo escribo sobre mi gente para que los de afuera conozcan esa realidad”.

“Linda manera de ayudar a un pueblo muerto de hambre, convirtiéndote en un explotador más”.

Jacinto lo mira por primera vez y vuelve a depositar su mirada en el partido.

“No estoy explotando a mi gente, solo la describo”.

Marcos grita “¡Bravo!”, y empieza a aplaudir, siempre mirando el partido.

“¿Y quién come con tu descripción, tú o ellos?”.

Describiendo un hambre matas la tuya, a eso llamo yo revolución”, ironiza.

“¿Y qué harías en mi lugar?”, pregunta Jacinto y Marcos responde.

“Ten por seguro que no les haría comer papel”.

“¿Crees que tirando algunos tiros está todo solucionado?”.

“Peor es quedarse sentado frente a un escritorio”.

“No entiendes nada, ni siquiera entiendes a los indígenas que comandas, tú, Marcos, piensas desde una realidad diferente, la que te metieron en la cabeza los libros que tanto criticas”.

“¡Vaya!, ahora hay tantas realidades como personas”.

“No, pero en mi país hay tantas realidades como tribus”.

“Pero hay un solo hambre”.

“Es verdad, pero el hambre de África no es el mismo que el de América o Europa”.

“¿También el aire de África es distinto?”.

“Te digo que África es distinta y su hambre no es el mismo”.

“¡Qué bien!, la discriminación al revés”.

“No es discriminación, Marcos, es clarificación.

Si te pones a pensarlo, ¿no te parece que África está detenida en el tiempo? África no vive en el mismo siglo que los otros continentes. ¿No puedes ver que África es una historia perdida en el tiempo?

¿Entiendes sus ritos, su magia, sus costumbres, sus dioses? Por supuesto que no lo entiendes, porque no puedes entenderlos, porque no están escritos en los libros que tu leíste ni en ningún otro libro, está en vivencias que te son completamente ajenas.

Quieres que África dé un salto al siglo XXI y este es el mejor modo de extinguir la porque se estará extinguiendo una forma de vida y una cultura”.

“Me estás diciendo que el hambre, la ignorancia, la miseria, la enfermedad es parte de una cultura y hay que respetarlos?”.

“No, Marcos, no entiendes, lo que te estoy diciendo es que no se puede inyectar en el hombre primitivo los deseos de un hombre civilizado, sus aspiraciones, sus formas de vida.

Esto es tan cierto como que no puedes llevar a un hombre civilizado a la vida primitiva.

El hambre en África, si bien no es cultural, es parte de su vida y si luchas contra eso luchas contra lo que África es.

Marcos, si ustedes no pretendiesen salvar a África de su hambre, seguramente habría menos hambre en África. El camino de África lo deben encontrar los africanos, no puede venir de afuera”.

“¿Ahora resulta que tampoco está bien ser solidarios con África?

¿Me dices que la solidaridad con África en vez de ayudarla la hunde?

¿Afirmas que aquellos que quieren ayudar a África para que sea autosuficiente no la ayudan sino que destruyen su cultura?”.

“Hagamos de cuenta, Marcos, que existe un pueblo donde la gente se levanta bailando y baila casi todo el tiempo y solo para de bailar para ir a dormir. Ese es un pueblo muy primitivo que se alimenta de los frutos de los árboles y de algunos animales que caza en las interrupciones de su baile.

Un día otro pueblo más civilizado cruza sus fronteras y se asombra que esa gente carezca de lo que ellos poseen y por caridad deciden que su vida debe cambiar.

Lo mejor entonces para ese pueblo será sembrar, cosechar, criar ganado, tener talleres para hilar y confeccionar sus vestimentas, porque deben vestirse, ya que andan medio desnudos.

En vez de andar bailando ahora deben trabajar para progresar y civilizarse para ser civilizados como ellos.

¿Entonces qué pasará con ese pueblo? Se convertirá en otro igual que el de los forasteros.

Hasta que esos forasteros pasaron por ahí esa gente vivía bailando todo el tiempo, y esa era, aunque los forasteros no pudieran comprenderla, su forma de felicidad.

¿Entiendes, Marcos? Ahora llegaron a una civilización que no es la suya y de la que se sienten esclavos”.

“¿Me vas a negar, Jacinto, la cantidad de muertos por desnutrición?.

¿Me vas a negar el desastre sanitario de África?

Tu idílico relato de un pueblo feliz puede ser un cuento para niños, pero nada tiene que ver con la triste y desesperada realidad africana”.

“Yo no digo otra cosa que África tiene que bastarse a sí misma, que la dejen avanzar por los ritmos de su propia evolución, lo peor que le puede pasar a África es que le impongan estadios culturales que no puede asimilar porque en vez de alimentarla la intoxicarán hasta matarla.

¿Qué omnipotencia guía a los civilizados para saber qué necesita África?

¿Se miraron acaso en el espejo de su propia civilización para querer imponerla como la mejor a pueblos primitivos?

A veces por querer hacer el bien terminamos provocando un daño mayor, porque creemos que lo que es el bien para nosotros también tiene que ser el bien para los otros.

África debe evolucionar en su ritmo y en su historia, que no es el ritmo ni la historia de los que quieren ayudar a África”.

“Está bien, pero si no resulta me ofrezco para la estrategia”, finaliza Marcos en el momento en que termina el partido.

Resumen del capítulo 117

Los Rishis Nodhas y Praskanva, a pedido del Padre, reciben a San Buenaventura en un hermoso paisaje que crearon en el infierno como escenario adecuado para la experiencia que tiene que vivir. Los Rishis le piden al santo que los guíe en el camino espiritual, entonces San Buenaventura, que es solo un envase del Gran Demonio, al comprender que los peticionantes abren el canal de la entrega se lanza a devorarlos.

Sin embargo al frustrarse su tentativa estalla en un ataque de ira.

El Gran Demonio, en la imagen de San Buenaventura, se queda paralizado pero no mudo e increpa a los Rishis.

“Me tendieron una trampa”, y con ironía pregunta:

“¿Cómo pudieron hacerle esto al Seráfico San Buenaventura?”.

Nodhas le responde también con ironía.

“Ya lo ves, no eres tan inteligente y astuto como suponías. El Gran Demonio engañado por dos humildes Rishis”.

El Gran Demonio mira todavía desconcertado a los Rishis, lo que aprovecha Praskanva para seguir hablando.

“Eres un cobarde, tienes que ocultarte tras el hábito de una pobre alma a la que engañaste para que la veneraran, así te veneraban a ti.

¿Acaso nadie se atrevería a venerarte si te presentaras con tu verdadero rostro?

¡Qué decepción! El Gran Demonio tiene que andar por el mundo disfrazado de santo, de oficinista, de modelo de pasarelas y de tantos personajes moviéndose en un cono de sombras para que no lo reconozcan”.

“Quien ríe último ríe mejor”, ataca el Gran Demonio.

“¿Todavía tienes ganas de reírte?”, le contesta Nodhas

“Ingenuos Rishis, tuvieron que hacer todo este despliegue en el infierno, ¿para qué? Para rescatar un alma que era más el gasto que me generaba que la ganancia que me traía?

¿Saben, Rishis, que San Buenaventura ya no era venerado ni en los vetustos conventos de monjas decrépitas?

En el fondo les agradezco que me lo hayan sacado de encima, ya no me servía para nada.

El Gran Demonio sale de la imagen de San Buenaventura y el alma que representó al santo queda inconsciente, cubierta de heridas, tendida sobre la tierra.

El Señor de las Tinieblas sube al lujoso carruaje, junto con sus demonios asistentes y antes de partir a las profundidades donde habita, le grita a los Rishis.

“¿Creen que tendrán el mismo éxito con los locutores radiales, los políticos, los biotecnólogos, las actrices de televisión, en fin, toda la fauna humana y demoníaca que forma mi gran ejército en el planeta?”.

“Una sola alma vale el universo”, le dice Praskanva mientras los Rishis recogen el alma de quien representó el triste personaje de San Buenaventura y la llevan al mar de la purificación para curar su heridas.

“Tenemos que ir a rescatar alma por alma”, comenta Nodhas una vez que el alma de San Buenaventura fue sumergida en ese mar que los Rishis han traído de remotas galaxias.

“¿Sabes cuántas son?”, le pregunta Praskanva.

“Según el informe que me enviaron antes de empezar esta misión, entre muertos y vivos se hablaba, en términos terrestres, de varias decenas de miles de millones”, responde Nodhas.

“Lo que nos caracteriza a los Rishis es la paciencia”, comenta Praskanva y ambos Rishis se ríen con ganas.

El “hola” que Toni dice desde el celular tiene su secuencia en “hola Toni, habla Peter”.

“¿Qué tal, Peter?”, es la pregunta retórica de Toni.

“Toni, tengo una noticia que te va a interesar”. Peter hace un silencio cinematográfico para despertar el interés del público, que en este caso es Toni, y después anuncia: “Conocerás a David”. Del otro lado Peter escucha un “está bien” indiferente. “Era la respuesta que debía esperarse”, piensa Peter. A Toni no la deslumbran ni el fútbol, ni los modelos rubios, por lo tanto Beckham no está en la nómina de sus fantasías.

“A las 12 en la confitería de siempre”, informa Peter.

“Ahora son las 9, está bien”, acuerda Toni, que todavía no tuvo tiempo de despertarse.

“Hasta luego, Toni”.

“Nos vemos a las 12, Peter”.

Peter se ubica detrás de la línea blanca y lo observa a David correr, ensayar jugadas, hacer un poco de gimnasia, hablar con el técnico y sus compañeros, pero David no goza, como director de cine aprendió a detectar el gozo de los humanos, y ese hombre, está seguro, no tiene posibilidad de gozar.

¿Quién se esconde detrás de esa máscara tan perfecta y metafísicamente diseñada? Peter tiene familiaridad con los actores, cada uno es una máscara tras otra máscara, los ve como un ropero completo de máscaras. Este hábito de convivir con multiplicidad de máscaras intercambiables le bloqueaba la percepción ante la presencia de un no actor, ahí no hay un juego de máscaras que aparezcan y desaparezcan, sino una única máscara, y entonces se pregunta ¿qué hay detrás de una máscara cuando no hay otra máscara? ¿No hay nada o hay algo? Y se estaba preguntando respecto de David Beckham ¿cómo hacer actuar a un hombre de una sola máscara? De pronto advirtió que el jugador le hacía gestos indicándole que se iba a duchar, que lo esperase.

Ahora los dos entran a la confitería donde está esperando Toni.

“David, te presento a Toni, Toni te presento a David”, los presenta Peter, tratando de disimular su inquietud por lo que pueda ocurrir en esta extraña mezcla entre una actriz y un jugador de fútbol que tienen que actuar en una película que él tiene que dirigir.

David le sonríe a Toni, le da el beso de rigor en toda presentación y piensa: “Hubiese preferido a Britney Spears”, y le dice, “me encantaste en **El casamiento de Murief**”.

Toni se deja besar por David y piensa: “Qué interesante hubiera sido actuar con Robert de Niro”, y lo elogia, hablándole de sus habilidades futbolísticas que en rigor nunca vio.

Peter, como buen nostálgico, fantasea que pudo haber sido genial dirigir a Marcello Mastroianni y Mónica Vitti.

Toni, mientras dice alguna cosa, observa los ojos de David, siempre cuando le presentan a alguien se fija en sus ojos, y experimenta la sensación de un hombre lleno de algo que no es él mismo, como si su existencia no fuese más que una metáfora, un documento de identidad, eso oscuro que lo llena y le arma el yo, son los otros a los que imanta.

David mira a Toni y la siente como un pasado roto y se sorprende de estar pensando un sentimiento como un pasado roto.

Peter mira a la niebla espesa que los envuelve a los tres y dice, no sabe porqué lo dice porque nunca pensó en decirlo.

“Después vendrán las horribles verdades”.

“¿Esquilo?”, pregunta Toni.

“No sé, me vino y lo dije”.

David empieza a dudar si hizo bien en entrometerse en ese mundo de locos.

“Chicos, les voy a dar a cada uno una parte del guión, no traten de relacionarla con otra, tampoco saben a cuál parte de la película pertenece, simplemente léanla y traten de ir entrando en el personaje.

Esta es tu parte, David”.

Egipto faraónico. David esclavo. Interior.

David está en una habitación haciendo conjuros con un reloj de arena.

David: Habrá un tiempo en que esto cambiará y mi vida será otra, tal como la deseé y proyecté minuto a minuto.

Egipto faraónico. David esclavo. Entra un demonio a la habitación.

Se presenta un demonio negro sin una forma definida.

Demonio (a David): Antes que tus deseos puedan ser cumplidos tendrás que atravesar diferentes pruebas para demostrar que eres merecedor del poder que se te otorgará.

Egipto faraónico. Desierto. David esclavo y el demonio

Una tormenta de arena los envuelve a David y al demonio.

No hay diálogo.

“Tu parte, Toni”, y Toni toma las escenas que le alcanza Peter.

Ciudad europea, 1920. Calle. Toni mendiga.

Toni está acostada sobre unos diarios, moviendo los labios como en una invocación.

Ciudad europea, 1920. Calle. Toni mendiga y demonio.

La misma presencia oscura que se le apareció a David esclavo en el Egipto faraónico le habla a Toni.

Demonio: Todo deseo es posible. Solo debes pedir con mucha fuerza, porque la intensidad con que pidas me va a mostrar la intensidad de tu deseo.

Ciudad europea, 1920. Calle. El demonio.

Demonio: El deseo mide el nivel de energía para ver si es posible otorgarle lo que pide.

“David busca entrar en Egipto, trata de leer algo de lo que fue esa civilización y métete dentro, siente que eres ese esclavo que pacta con el demonio más allá de esa vida, más allá de muchas vidas.

Toni, experimenta el deseo de la desesperación de una mendiga”.

Después de estas indicaciones de Peter –como David ya había pagado los cafés– los tres se despiden hasta el próximo encuentro.

Fabián Bielinsky está frente a una computadora sin operarla y con gesto pensativo. Ese gesto reflexivo se transforma en uno de azoramiento cuando ve una luz de tanta intensidad que se le acerca y que lo induce a taparse los ojos para no ser encandilado.

“No te asustes”, escucha una voz, y al levantar la vista la luz ha disminuido su intensidad, y ante su visión se presenta una cálida figura luminosa que le dice:

“Soy el Rishi Purumidha y me pidió Milovan que viniese a ayudarte. Pero, ¿por qué estás tan pensativo?”.

“Estoy pensativo, aunque te parezca paradójico, porque no puedo pensar, las ideas que alguna vez fluían como un torrente en mi mente parecen haberse secado, es como si hubiese perdido mi fuente de inspiración”.

“¿Qué sentido tiene invocar esa fuente de inspiración ahora que ya estás cerca de la muerte?”.

“Pensé en adelantar trabajo para cuando vuelva”, responde Fabián con naturalidad pero el Rishi parece sorprenderse ante la respuesta.

“¿Ya has decidido volver?”.

“He presentado ya hace un tiempo mi ficha de admisión, pero no fue fácil el trámite pues además de tener que hacer una larga cola para que me la recibieran fui sometido a un exhaustivo interrogatorio”.

“Parece que son muchos los que desean retornar a la Tierra”, comenta Purumidha.

“Realmente eso me llamó la atención, en mi caso regresar a la Tierra es comprensible, fui un cineasta reconocido, no la pasé mal en la vida más allá de los sufrimientos esperables y me voy a morir joven, repentinamente, de un infarto. Pero en la cola había lisiados de guerra, gente que murió torturada en campos de concentración o en largas y terribles enfermedades. No entiendo porqué tanto apuro por volver en caso que esa vuelta sea inevitable”.

“Vuelven por deseos de venganza, este es un deseo que se impone al más grande de los sufrimientos que puedan padecer en la Tierra. Pero como ese no es tu caso, ¿por qué quieres volver?”.

“La causa es que en la muerte no se me ocurre nada para hacer, entonces como te expliqué, para adelantar tiempo se me ocurrió escribir un guión que luego lo registraré en el inconsciente y a mi regreso seré un cineasta precoz, pero como puedes verme estoy frente a la computadora sin que pueda plasmar una idea, una situación”.

“¿Por qué quieres escribir?”.

“Es lo que sé hacer, no me veo haciendo otra cosa”.

“¿Y cuánto tiempo piensas seguir escribiendo guiones?”.

“Supongo que hasta que ya no me satisfaga hacerlo”.

“¿Crees que el estado de satisfacción puede ser permanente?”.

“Por supuesto que no, se logra en ciertos momentos, aunque el costo son el vacío y la depresión que vienen después”.

“¿Y si te dijera que existe un estado de satisfacción que no tiene fin?”.

“Ya he probado con eso, pero las drogas te destruyen. Lo que me dices es la mentira de quienes te la venden”.

“No me refiero a eso, lo que quiero explicarte es que existe un estado de conciencia que está más allá de la dualidad”.

“Jamás he oído hablar de eso”.

“Por supuesto que puedes no creerlo, pero en el mundo que yo habito este es el estado de conciencia habitual, el del gozo supremo, de la plenitud permanente”.

“¿Y tú quién eres?”.

“Soy un enviado del Padre, y al decirte esto veo tus ojos de interés pero no para alcanzar una verdad que no tienes, sino porque me ves como un personaje interesante para el guión que quieres preparar.

Olvídalo, y piensa en tu alma y no en el próximo guión para cuando vuelvas a nacer”.

“Eso sí que no lo veía venir”.

“Lo que te estoy diciendo no es producto de mi imaginación sino un paso necesario para llegar a ese estado del que te hablé”.

“La verdad no te entiendo. ¿Acaso pronto no moriré?”.

“Desde mi percepción tu vida y tu muerte son lo mismo, son caras de una misma moneda”.

“¿Cómo es eso?”.

“Una moneda guardada en un cofre oscuro y que lo único que puede comprar es lo que se ofrece dentro de ese cofre”.

“Perdona pero no puedo seguirte, no entiendo la metáfora”.

“Tu verdadera esencia, Fabián, está más allá de la personalidad que crees ser.

Hasta que no seas consciente de esto no podrás entender esta metáfora.

Ya llegará el momento en que la entiendas”.

Hace un tiempo que están hablando. El Rishi Ritu se presentó a Eduardo Mignona como un amigo de Milovan y como a Eduardo el escritor serbio le había caído simpático, no tuvo inconveniente en invitarlo con un mate –Eduardo siempre mateaba– y entre mate y mate el Rishi le habló de los mundos del Padre, de las trampas del Gran Demonio, de la liberación.

“¿Crees, Ritu, que en 50 vidas podré liberarme?”, preguntó Eduardo mientras cambiaba la yerba.

“Eduardo, la liberación es un estado de conciencia, no puede ser mediada en un tiempo físico.

La forma en que la energía opera en el alma es muy misteriosa. Hay sabios que se han iluminado en una vida y quienes han procesado la transmutación durante muchas vidas”.

“Pero si no sé cuando voy a llegar, a qué distancia me encuentro de la meta, ¿cómo puedo saber si estoy avanzando o no?”.

“Esta experiencia, Eduardo, no puedes comprenderla como los pasos que vas siguiendo cuando estás realizando una película.

Entiende bien esto, después de la decisión de iniciar este camino, a partir de ahí la mente ya no es tu aliada, no puedes confiar en ella, ahora solo podrás guiarte por la intuición, que es el motor que te impulsará a la meta”.

“¿Lo que dices es que acá no sirve montar una estructura como cuando hago una película?”.

“Todas las estructuras mentales son demoníacas.

En la búsqueda del alma se transita un camino en el cual se deben ir abandonando todas las estructuras, esto es toda organización de conceptos, que te han servido para tus pactos”.

“¿Y qué pasa con mi identidad?”.

“El alma es tu identidad real.

Tú, Eduardo, eres una construcción fantasmática que debe ser abandonada en este camino”.

El **Aleph** muestra a Meister Eckhardt llegando a Solaris, el planeta donde deberá llevar a cabo su próximo proceso de purificación.

El Rishi Purumedhas, que lo acompaña, le dice:

“Recuerda que vienes a experimentar la fe”.

“¿Voy a quemarme?”, pregunta Eckhardt con cierto temor.

“Algo de ti va a quemarse”, es la respuesta del Rishi.

“¿Voy a sufrir?”, insiste Eckhardt.

“Algo de ti va a sufrir”, vuelve a responder el Rishi.

“¿Cómo sabré cuando termina esta etapa?”.

“Cuando comprendas que no hay un tu del cual preocuparte”.

Eckhardt empieza a entender la experiencia y se sumerge en el fuego purificador del planeta.

“Cuando dejes de ver el fuego vendré a buscarte”, le dice Purumedhas antes de retirarse.

Los gritos de Fritz intimándome a que me apure con las salchichas son acallados por el bati-fondo que hace ese grupo con olor a santidad que irrumpe en el bar y toma una mesa por asalto.

Pantaleón, que viene acompañado por Ema y seguido por el holandés Pedro Canisio y San Jorge, acompañado de su chihuahua, su dragón convertido, me hace un guiño.

El Rishi Sakti está a mi lado y me indica que mi parte de Dionisio se acerque a compartir la mesa y que mi otra parte de Franz siga trabajando como ayudante de cocina.

El chihuahua de San Jorge no para de ladrar y Ema, molesta, propone que oren las bendiciones del Señor, para de ese modo hacer callar a ese maldito animal.

Pedro Canisio responde con un tono de marinero borracho. “Tú eres la que debes callarse para no seguir diciendo estupideces”.

San Pantaleón sale en defensa de Ema.

“Me extrañan esas palabras en boca de un santo”.

“Por favor, basta de hipocresías. No soy un payaso disfrazado de santo, ¿o acaso ignoran que el pacto de veneración fue con el Gran Demonio?”.

“Yo no lo sabía”, dice Ema con voz de enojo y destilando odio hacia el holandés.

“Por el amor de Dios”, exclama San Jorge juntando las manos en oración.

“Debería darte vergüenza nombrar a Dios”, le reprocha San Pantaleón, lo que desata la furia del chihuahua que en defensa de su amo le ladra y quiere morderlo, pero no se atreve.

El holandés apoya a San Pantaleón.

“¿No te da vergüenza nombrar a Dios después de traicionarlo como lo traicionaste?”.

Mientras Dionisio permanece callado y estupefacto por lo que está escuchando, me acerco a la mesa como Franz y les pregunto qué desean servirse.

“Tráenos cerveza y salchichas con papas, mostaza y chucrut, al menos que estos santos quieran un té de boldo”.

Los demás no dicen nada y me retiro a cumplir el pedido en el momento en que Ema clama.

“Todos los seres son dignos de misericordia”.

“Cállate o te voy a dar una paliza”, anuncia el holandés, totalmente fuera de sí.

En la cocina, como Franz, le pregunto al Rishi Sakti.

“¿Qué esperas para intervenir?”.

“Que se den cuenta –me responde–, pero mientras tanto me divierto”.

“¿De qué deben darse cuenta?”.

“Que no son nadie”.

“¿En qué sentido?”.

“No ves, Franz, como se tratan, se insultan todo el tiempo, el pacto de veneración se ha roto, no se veneran entre ellos ni ya los venera nadie, pero todavía no se dan cuenta”.

Pantaleón se muestra muy enojado.

“No puedes tratarme así”, le dice al holandés que le responde: “Parece que puedo”. Y Ema le replica: “Eres un grosero y un mal educado”.

“¿Y qué?”, hace gala de una mayor grosería el holandés.

Yo como Dionisio permanezco silencioso todo el tiempo y los otros ni me advierten.

El Rishi Sakti se acerca y el grupo queda consternado.

“Ya es hora que empiecen a venerar al Padre y no al Gran Demonio.

Hasta ahora han estado jugando los oscuros juegos que les propuso el Gran Demonio, pero lo que ahora vengo a proponerles en Nombre del Padre, es una experiencia en serio, con un sentido profundo y místico como jamás se han imaginado, que puede ser el verdadero camino de la liberación”.

El Rishi nos envuelve en su luminosidad y nos lleva a una región equidistante entre el planeta Solaris y la luna, que con su intensa densidad procura fascinarnos. El Rishi bloquea la imantación lunar y nos conduce a otro planeta, el de la devoción al Padre, donde vamos a tener que venerarlo renunciando a ser venerados.

Este planeta se llama Mutaris.

“La organización del silencio es el secreto de la terapia”, piensa Lacan mientras se concentra en la cabeza calva de Foucault. “¿Qué me fascina de esa cabeza calva? ¿Qué poder contiene con el que me encuentro enfrentado? ¿Cuánta perversión hay en mí fascinado por esa perversión?” El tiempo del silencio, intuye, ha concluido y le pregunta a su paciente.

“¿Cómo está, doctor Foucault?”.

El filósofo sonríe con esa sonrisa que tienen los filósofos cuando creen haber llegado al fondo del iceberg de las palabras.

“Si creyese en la inocencia de sus palabras le respondería que bien, una respuesta formal y vacía como son en general las respuestas que nos damos los hombres cuando no nos atrevemos a responder, y la respuesta haría perder la pregunta, la deslizaría al sin sentido donde se terminan ahogando las palabras que cotidianamente pronunciamos en nuestras respuestas, porque, doctor Lacan, ¿qué hombre se atreve verdaderamente a responder?”.

“En mi experiencia terapéutica rara vez, por no decir nunca, he encontrado respuestas, lo que escucho son excusas, desvaríos, legitimaciones, pero nunca respuestas”.

“La respuesta, doctor Lacan, compromete, pienso que es el único instante metafísico en que somos, es la entrega no a alguien de afuera que nos pregunta sino a nosotros mismos que nos revelamos”.

“Una terapia es revelarse, es mostrarse a sí mismo y soportar la revelación, es ser capaz del asombro, en el sentido de suprimir la sombra que nos oculta.

Pero regresemos a mi pregunta, doctor Foucault”.

“Entiendo, doctor Lacan, que me pregunta como estoy y no como me siento”.

“¿Y cómo entiende la diferencia?”.

“La entiendo a partir de discriminar entre el sentir y el estar. Como estoy nada tiene que ver en relación a como me siento. Me siento alegre o triste, esperanzado o desesperanzado, amando u odiando, también me siento vivo o muerto, siempre me siento de algún modo en el juego pendular del sentimiento”.

“Un juego pendular que vela el estar”.

“Así lo creo, doctor Lacan, la magia engañosa del sentir es velarnos el estar”.

“El estar solo aparece en la respuesta, pero en la incapacidad de responder los hombres buscan resolver el sentir forzando los acontecimientos que suponen generan ese sentir”, añade Lacan.

“Ese fue el juego de mi vida, busqué dominar el sentir, homosexualidad como experiencia límite del sexo, drogas, el reto permanente a la locura, y por sobre todo el sadomasoquismo tenía como única finalidad exaltar el sentir.

Sentirme más allá del placer y del dolor, buscar el placer y tratar de evitar el dolor, es bloquear el sentir, necesitaba el abismamiento, llegar al límite del yo, a ese punto donde puede desintegrarse en el éxtasis del mal supremo”.

Lacan se sintió incómodo, siempre había controlado las energías que se manifestaban en la terapia, pero ahora percibía que estaba ante un monstruo gigante.

“Doctor Foucault, usted me está diciendo que vivir no importa si vivo o muerto, es buscar expandirse en el sentir imaginando el gozo supremo del estallido”.

“Veo que estamos en sintonía, doctor lacan, no por supuesto una sintonía conceptual sino energética.

Esto me llevó a tratar de vivir más allá del límite que imponen los conceptos, bien - mal, seguridad - riesgo.

“Los conceptos sin duda clausuran”, reflexiona Lacan.

“Yo quise desafiar al clausurador”, dice enigmáticamente Foucault.

“Creo entenderlo, doctor Foucault, no sé si con la claridad que usted lo está exponiendo, pero siempre supe que debía hablar sin cerrar los conceptos, dejarle una rendija para que entre un poco de aire, romper con el cartesianismo que oprime.

Lo sigo escuchando, doctor Foucault”.

“Cuando vivía traté de identificar mi yo, no hablo del yo teórico sobre el que escribí, con la expansión ilimitada del sentir, existir plenamente es desbordarse en ese sentir”.

“Interesante, doctor Foucault, lo que me está diciendo, creo que ahí está la clave para interpretar su obra.

Usted logró una poco común capacidad de desdoblamiento.

Buscó, por supuesto que inútilmente, pensar pero no pensarse, eso que en el corazón de los hombres surge con toda naturalidad, en Michel Foucault fue un esfuerzo titánico.

Para no pensarse la energía del pensamiento la utilizó para construir una representación del mundo y vendérsela como verdad a los que lograba fascinar.

Las palabras y la cosas es un texto tan críptico como mis **Seminarios**, pero carga una enorme energía de fascinación”.

“Quería llegar a un puro juego de sensaciones en expansión y retracción, pero incrementándolas constantemente, solo así me sentía existiendo.

La crisis sobrevino cuando comprendí que la potenciación no era ilimitada, que por el contrario empezaba a disminuir la energía, en mi desesperación debía encontrar otras experiencias extremas para transmutar y potenciar energías”.

“Y ahí, doctor Foucault, viene su historia del Sida y la aventura de infectar homosexuales en los baños de San Francisco”.

Foucault permanece en silencio, Lacan lo estaba desestabilizando porque lograba esa respuesta donde se estaba revelando a si mismo.

La paradoja lo empezó a angustiar.

Sabía perfectamente que toda terapia es desestabilización, eso era obvio, pero el que lo estaba desestabilizando era Jacques Lacan, el único nombre que podía opacar el suyo. Sartre se había convertido en una estatua enmohecida y los demás no existían, pero Lacan era su último impedimento.

Ahora, en ese silencio ve el oscuro don del desdoblamiento con que lo había favorecido el Gran Demonio.

“Goza y sufre con tus sensaciones, pero mata con tu pensamiento. Engaña homosexuales con el poder de tu seducción, inféctalos y diviértete un poco pero mata generaciones engañándolos con tu discurso, que es el mío”.

La voz del psicoanalista que había callado, dejándolo deshacerse en el silencio lo devolvió al consultorio.

“¿Para usted, doctor Foucault, pensarse es matarse?”.

“¿Qué significado podemos darle a la palabra matarse, doctor Lacan? Es una metáfora que más allá del burdo suicidio puede designar la Noche Oscura de San Juan de la Cruz, la finalidad del Che Guevara con sus ideales revolucionarios o la palabra puede hablar del tedio insoportable de un ama de casa parisina”.

“Es cierto, doctor Foucault, esos y todos los que podemos imaginar pueden ser significados del matarse, tal vez sea la más polisémica de las palabras, pero yo le atribuí a la palabra matarse el quedar muerto en el universo de los conceptos”.

“Doctor Lacan, si es así los dos estamos muertos, a pesar de las rendijas con que usted trató de darle aire a los suyos.

Y digo que estamos muertos no porque ahora no tengamos un cuerpo físico sino porque cuando lo teníamos también estábamos muertos y enterrados en el ataúd de los conceptos”.

“Es cierto, doctor Foucault, pero a diferencia de otros, estoy pensando en Althusser, Derrida, Deleuze, y el mismo Sartre, perfectos muertos en el sentido de muerte que estamos hablando, noso-

tros creímos que la única forma de no estar muertos era tratar de conscientemente matar a los otros, estrangularlos con teorías y así podíamos evitar que esas teorías nos estrangularan a nosotros”.

“Y vaya que tenemos muertos a nuestro favor, pero no pudimos evitar también ser estrangulados.

Dice la leyenda que *Billy the Kid* hacía una muesca en la cachea de su revólver por cada hombre que mataba, nosotros tendríamos que llenar con muescas todas las paredes de París”.

“Doctor Foucault, la diferencia entre el sentir y el estar derivó en asumir que somos asesinos seriales.

Esta relación terapéutica tal vez no sea más que un duelo como los de *Billy the Kid*”.

“¿Y quién de nosotros, doctor Lacan, es *Billy the Kid*?”.

“Qué importa, también a *Billy the Kid* al final lo terminaron matando.

Antes de terminar con la sesión, le pregunto doctor Foucault, cómo se siente”.

“Muy mal, doctor Lacan”.

“Me alegro, doctor Foucault, significa que vamos bien”.

“El cosmos está gozoso”, fue la expresión que utilizó el Rishi Ibhi en un comentario que hizo durante su participación en el programa **El regreso de los Rishis**.

Lo que Ibhi quiso decir fue que a pocos días de haber comenzado el Mundial 2006 el Plan del Padre para el rescate de la humanidad iba a todo vapor.

El Rishi hizo hincapié en que la energía cósmica que se está empleando para la purificación del planeta, desde las conciencias humanas, hasta los distintos grados de posesión en que se encuentran animales, vegetales, y hasta las cosas, al extremo que una de las misiones que se le encargaron a uno de los Rishis consiste en exorcizar los juguetes de los niños, es de una magnitud y una calidad incomprensible para cualquier parámetro de comprensión humana.

Tengamos en cuenta que los Rishis junto con los maestros de mandala y otros seres de un elevado grado de conciencia, tienen como misión desmontar una organización demoníaca montada desde antes de la presencia humana en la Tierra y que controla no solo el planeta como escenario político y cultural sino fundamentalmente la mente y el corazón de los hombres absolutamente posesos al servicio del Gran Demonio.

Ya quedó claramente expuesto –dijo el Rishi Ibhi–, que el objetivo final de la estrategia es la purificación de cada uno de los humanos capturados en el planeta, ya sea en condición de encarnados o desencarnados, de los 270 *chakras* que conforman lo que llamamos en la Tierra un humano.

El Rishi expresó que era importante aclarar que un desencarnado también tiene *chakras* físicos, porque éstos operan en el plano astral y son la condición de posibilidad de configurar un cuerpo físico cuando deba encarnar.

El Plan contempló que era necesario como primer paso de este proceso la instalación en el plano astral de la Tierra de un centro energético que pudiese imantar a los egos hacia una zona regida por los Rishis.

A este centro conformado por campos de energía traídos desde otras galaxias se lo denominar mar de la purificación.

El éxito de este centro imantatorio superó las expectativas del más optimista de los Rishis. Segundo a segundo verdaderas oleadas de humanos van arribando a este mar y tanto por el número como por la inusitada densidad de los que se sumergen en esta energía, la misma ya está altura va resultando insuficiente.

Ante esta circunstancia Jaris, que como se sabe es el Rishi que tiene a su cargo la dirección y ejecución del Plan, le ha solicitado al grupo de Rishis integrado por Taurasravasa, Devatithi, Purucchhesa, Soma, Tvishta, Nrimedha, Asvina, Merha, Gauriviti y Sahago se trasladen a la galaxia Xanti para obtener las energías necesarias y continuar con la tarea purificadora en este mar.

Una novedad en esta experiencia es que Jaris designó a un integrante del mandala de convocantes como representante humano en esta misión.

El Rishi Jaris presenta a este convocante, elegido por haber llegado a un grado de conexión importante con el Plan del Padre y le pide transmita a la teleaudiencia el relato de esta experiencia:

El convocante dice:

“La energía de la galaxia Xanti es la de la Madre Divina y al incorporarse al mar de la purificación va potenciando su capacidad vibratoria.

Los Rishis que fueron encomendados a esta misión me pidieron que me ubique en el centro del mandala que han configurado.

Es un momento solemne.

Xanti es un lugar de concentración de una energía tan pura que los Rishis agradecen profundamente haber sido designados para esta misión.

La vibración de Xanti es tan sutil que con solo pronunciar su nombre la galaxia se activa, proyectándose hacia el espacio donde es invocada.

Xanti es invocada desde todos los planos de l universo y como una generosa madre acude a donde sus hijos la reclaman.

La Gracia del Padre, mediante el canal de los Rishis, ha revelado por primera vez su Nombre a los hombres, y así ahora la Tierra puede empezar a vibrar en la intensidad de su Amor.

Yo estoy en este viaje como testimonio de la posibilidad humana de realizar al Padre en esta vida.

¿Por qué Xanti es la energía de la Madre Divina?

Para que entendamos que la Madre Divina es la que nos otorga la vida más plena, la que todos estamos llamados a vivir.

La compasión que emana de Xanti no se la puede transmitir en términos humanos.

Xanti es la suprema trascendencia.

Xanti es un movimiento creador tan perfecto que parece quieto.

Xanti vibra en la eternidad y en todos los tiempos.

Los Rishis se conectan con Xanti en silencio porque en Xanti las palabras son nada.

El viaje a Xanti es la conclusión de la experiencia humana.

El movimiento de Xanti es misterioso, al ser invocada atrae y a la vez desciende.

Xanti es la emoción más profunda.

Xanti es la paz inalterable.

Xanti es la unión de los opuestos en el Todo.

Xanti es al disolución de la ilusión.

Xanti es más allá del discernimiento, porque ya no hay más que discernir.

Nadie puede nombrar a Xanti sin que su vibración lo transforme.

Xanti es la purificación más potente.

Xanti es la Gracia palpable.

Xanti es la realización de la Verdad.

Xanti es el abrazo de la Madre Divina.

Los Rishis se preparan para ir a Xanti.

Taurasravasa emerge de una deslumbrante flor cósmica, mientras los demonios lo rodean.

El Rishi permanece inmutable y su luz va creciendo hasta disolver toda oscuridad.

Devatithi tiene como tarea transmutar la angustia en dicha divina.

La presencia de este Rishi recuerda que la transmutación es una Gracia que llega en el momento más inesperado.

Purucchhesa es un habitante del silencio de la montaña. Se lo puede ver transitando los Himalayas en sus más altas cumbres.

El Rishi dice:

“Estas alturas a las que hay que arribar no deben intimidarlos, porque tienen que recordar que esas imponentes montañas algún día fueron la misma tierra que ahora están pisando.

Toda altura empezó alguna vez desde lo más profundo y abismático”.

Soma está tranquilo, meditando sobre las olas de un furioso mar.

Cuando las olas llegan a él ceden su furia y lo acarician suavemente.

El Rishi no opone ninguna resistencia y solo se deja deslizar en el mar.

En medio de este placentero viaje le da un mensaje a los hombres.

“Cuando lo interno domina, lo externo es dominado.

Cuando El Padre Eterno domina solo hay libertad, no importan las tormentas que agiten los demonios ni la agresión a la que se esté expuesto, entonces el destino solo puede ser venturoso”.

Tvishta al vivir la energía de Xanti exclama:

“¡Gran Madre, te agradezco profundamente hacerme sentir otra vez con la alegría de un niño!”.

Nrimedha expande su discriminación y encuentra a Xanti.

Expande su emoción y encuentra a Xanti.

Expande su ser y encuentra a Xanti.

Entonces agradece:

“Tu generosidad, Madre, me permite encontrarte, no importa como.

Tú me aceptas, haga lo que haga, no importa lo que haya hecho”.

Asvina le pregunta a Xanti porqué se manifiesta solo en alguna de sus obras y Xanti le responde.

“Yo siempre estoy presente, solo que aparezco cuando tú me eliges”.

Merha se negaba a ir a Xanti pero ante la presión de los otros Rishis accedió a realizar el viaje.

“¿Por qué no querías ir?”, le pregunto.

“Por el dolor de volver”, me respondió.

Sahago fue el Rishi que más le insistió a Merha en la conveniencia del viaje, argumentando

“Cuando estás en Xanti ya no te importa ni la llegada, ni el tiempo que permaneces, ni el regreso, porque no hay llegada, ni permanencia ni regreso.

Xanti es siempre en la eternidad”.

Gauriviti en alguna vida en la Tierra fue un cazador, por eso sabe como capturar la presa, pero dice que hay una sola forma de capturar a Xanti.

“¿Cuál es?”, le pregunto.

“Transformarse en ella es la única manera que encontré para llevarla donde yo voy”.

El Espíritu de Xanti me saluda y dice:

“Yo en mí,

tú en ti,

yo en ti,

tú en mí.

Bienvenido,

has llegado al lugar de donde nunca te has ido”.

17 de Junio

Los portugueses estaban eufóricos porque desde aquel Mundial 66 en Inglaterra, donde lució el brillante e irreplicable Eusebio, su selección siempre se había quedado a medio camino y ahora 40 años después, después de haber derrotado a Angola 1 a 0 y esta vez a Irán 2 a 0, parecía que su destino podía ser más promisorio.

Un primer tiempo que a excepción de algunos preciosismos de Figo y Cristiano Ronaldo, no dejó demasiado para los espectadores que mostraban su inquietud en las tribunas pero por razones diferentes, mientras los de Portugal estaban nerviosos porque el gol no llegaba, la parcialidad de Irán cruzaba los dedos preguntándose cuanto tiempo más su equipo podría resistir, y aplaudía cada buena intervención del arquero Mirzapour.

La etapa final puso las cosas en su lugar y a los 18 minutos Deco, con un sorpresivo tiro desde fuera del área, provocó que la pelota ingresara cerca del ángulo derecho del arco.

La presión de Portugal se hacía sentir y los dirigidos por Branco Ivanovic hacían lo que podían, y en uno de los intentos defensivos a los 35 Yahya Golmohammadi derribó a Figo dentro del área y el penal ejecutado por Cristiano Ronaldo selló la suerte del equipo iraní.

Uno está feliz cuando Portugal gana, aunque solo sea un partido de fútbol y ante un rival en el que la práctica de este deporte es una verdadera impostura.

¿Pero la vida de cualquier hombre, y por supuesto la mía y lo asumo, no es siempre una impostura? ¿Y por qué es una impostura? Tal vez parezca desconcertante decir porque ha perdido la postura que en el hombre debe ser vertical para alzar los ojos y mirar el cielo, postura que solo unos pocos hombres han mantenido en la historia de la humanidad, ya que el vivir humano, creo que de la prehistoria hasta nuestros días, se ha convertido en una indigna horizontalidad siempre dispuesta a negociar con lo más oscuro de la Tierra e incluso más abajo.

Acá en la tribuna de Frankfurt, mientras festejo un Portugal que gana hay otro Portugal doloroso en mis recuerdos, el Portugal del caserío de Azinhaga que me trae nostalgias del olor del Tajo y los cipreses, de esa infancia triste de campesinos despojados de tierra y de alma.

Hay destinos que vienen signados por el error, y uno de esos destinos fue el mío. ¿Cuál fue el primero de tantos errores? Mi padre se llamaba José de Souza y mi madre María de Piedade. Pueden imaginarse el perfil del escribiente del Registro Civil que debía inscribirme como habitante de este mísero planeta. El hombre era uno de los pocos que en la región, y estoy hablando de 1922, podía garabatear algunas letras y vaya a saber si por ignorancia, por el vino o la emoción de estar anotando a un futuro premio Nobel, en vez de escribir José de Souza escribió José Saramago, porque el apodo de mi familia era Saramago, vaya a saber por que extraña asociación con el nombre de una planta. Y así me quedó para siempre en la pobreza y en la riqueza, en el anonimato y en la fama, el nombre de José Saramago. Pero la confusión no terminó allí, porque en vez de fechar el 16 de noviembre como el día de mi nacimiento, lo hizo el 18 de ese mes. De todos modos, después de 83 años, dos días más joven no significan demasiado.

Así el primer acto que hicieron conmigo fue una impostura, pero del resto de las imposturas de mi vida no tengan dudas que me encargué yo de cometerlas, tal vez, no digo justificadas, pero sí explicables por la desolación de mi infancia.

Un día doloroso, creo que uno de los más dolorosos de una vida de tantos dolores, fue cuando me comunicaron que no podía continuar la escuela, con lo que me gustaba estudiar, porque mis padres no podían pagar la cuota.

De ese día revivo estar sentado recostado en un árbol, con la espalda encorvada por el peso insoportable de la desgracia cuando me quedé dormido y en sueños se me acerca un hombre elegantemente vestido y llama mi atención golpeando con su bastón de puño de oro la corteza del árbol.

“La vida, José, tiene su revancha, ahora estás acongojado e impotente pero no te preocupes, si quieres yo te puedo compensar en mucho más de lo que imaginas”.

Lo miré incrédulo y vi en sus ojos azules una fría, inhumana seguridad. No sé porque, pero supe sin lugar a dudas que la promesa era cierta.

“Es mucho lo que quiero”, le dije con la soberbia que genera el odio y que pide venganza.

“Te dije que te daré mucho más de lo que te imaginas”, repitió sin molestarse.

“¿A cambio de qué?”.

“Algunas insignificancias, que sigas teniendo fe en mí como lo estás haciendo ahora y cuando te lo pida me hagas unos pequeños favores”.

“¿Y qué me dará?”.

“Hacerte el escritor más famoso de tu época”.

“¿Cuándo ocurrirá eso?”.

“Las cosas ocurren cuando llega el tiempo que ocurran, pero ten la seguridad que lo que te prometo ocurrirá. ¿Qué me contestas?”.

No dije nada ni dijo nada, solo me siguió mirando con sus fascinantes e inhumanos ojos azules. Entonces pacté la impostura y desde aquella lejana infancia me convertí en un impostor.

“Disculpe, señor, ¿usted es el Premio Nobel de Literatura José Saramago?”, me preguntó con mucho respeto ese hombre vestido de guerrero que estuvo todo el tiempo sentado a mi lado, pero al que no había advertido.

“Sí, lo soy”, le contesté más sorprendido por su aspecto de persa del siglo XVII que por su pregunta, ya que muchas veces me preguntan si soy quien soy, el premio Nobel José Saramago.

El hombre me estrecha la mano y se presenta.

“Shah Abbás, de la dinastía Safávida, y lo escuché pensar acerca de la impostura. ¿Cómo llegué hasta aquí?, estará pensando. ¿Qué hace el gran Shah Abbas, mirando este ridículo espectáculo? Como usted sin duda debe saber, señor, porque un premio Nobel tiene que ser un hombre históricamente informado, conmigo la dinastía Safávida alcanzó su plenitud, por eso me conocen también como Abbás el Magno. Derroté a los uzbekos y a los turcos, recuperando las provincias occidentales y no se enoje, señor, pero también expulsé a sus compatriotas que se habían establecido en la zona del Golfo Pérsico, a comienzos del siglo XVI. Pero, señor, no solo fui un guerrero sino un gobernante de excepción, trasladé el gobierno de Jazvin a Isfahan, establecí relaciones comerciales con Gran Bretaña, estimulé a los mercaderes, hice de Isfahan una excelsa ciudad con grandes construcciones y solo me postré ante Alá en la Mezquita Real. Puedo hablarle mucho más señor, de mi gloria, que más allá de mi gloria fue la gloria del Islam, cuando Persia no solo restableció un dominio sobre Irak y las ciudades santas del shiísmo, sino que pasaron a nuestro dominio Georgia y algunas otras regiones del Cáucaso. Mezquitas y madrasas proliferaron en toda Persia. Pero usted, señor, sigue preguntándose qué hago aquí. Le cuento.

Estaba en mi tienda, rodeado de mis sirvientes y mis mujeres, recordando mis glorias, cuando me anunciaron que este muchacho Ahmadinejad, que me enteré anda diciendo por ahí que es mi sucesor, solicitó que lo recibiera porque quería hacerme una invitación.

Ya se puede imaginar, señor, cuál fue la invitación, venir a Frankfurt a ver este partido”.

Aprovechando que al Shah Abbás la indignación mezclada con el tedio hizo que interrumpiese su relato, le pregunté:

“¿Qué opina, Príncipe, de la participación del Islam en este Campeonato Mundial?”.

Shah Abbás estalló con la misma furia con la que en su tiempo hizo rodar la cabeza de los otomanos.

“El Islam no participa en este Mundial, algunos traidores disfrazados de jugadores y que se dicen islamitas, son los que quieren mostrarle al mundo que hemos pactado con lo más decadente del decadente Occidente, ofreciéndose a participar de este femenino espectáculo”.

“No entiendo, Príncipe, porque dice que este es un espectáculo femenino?”.

“¿Dónde está la sangre? En 90 minutos ni una cabeza que rodase por el césped. ¿Acaso Irán fue conquistado por ustedes después de esta derrota? Señor, usted pensaba en la impostura, ¿qué mayor impostura que involucrar al Islam en este simulacro?”

Pero quiero rectificarme cuando dije que este es un espectáculo femenino, porque esta afirmación es un insulto para las mujeres.

Es mi harén lo verían como un juego de eunucos”.

Shah Abbás se despidió con la misma amabilidad con que se había presentado y me quedé pensando en la impostura.

“¿Qué estaban haciendo los checos mientras trataban de jugar al fútbol con los ghaneses? ¿Ensimismados en un poema de Rilke? ¿Angustiados por un relato de Kafka? ¿Escuchando la tercera sinfonía de Dvöřak? Sin duda estarían concentrados en esto o en cualquier otra cosa, porque de lo contrario no se explica la parsimonia con que enfrentaron este partido, y su consecuente derrota ante un infatigable pero también casi infantil equipo de Ghana.

Se jugaba el primer minuto y parecía que los checos todavía no habían descendido al planeta, cuando Appiah desplazó la pelota para la entrada de Gyan que la paró con el pecho y con un zurdazo cruzado dejó mirando al sorprendido Cech. Cuando el marcador ya estaba favoreciendo a los ghaneses República Checa no podía remontar su desconcierto y la voluntad de Lokvenc no podía suplir el permanente desacierto de sus compañeros.

La noche se terminó de cerrar para los checos cuando a los 20 minutos del segundo tiempo Horacio Elizondo hizo flamear la tarjeta roja para decretar la expulsión de Ujfalusi por la ley del último recurso. Una lucecita pareció aparecer en esa noche cerrada cuando Amoah desperdició el penal estrellando la pelota en el palo. Pero no fue más que una ilusión para la esperanza checa porque el equipo seguía inexistente ya los 42 minutos Muntari dio la estocada final en Colonia, con un 2 a 0 que sin duda debió ser más abultado porque Ghana se lo merecía.

Soy un integrante del mandala de convocantes y antes de empezar el partido lo veo a Pei Anang un poeta de Ghana escribir con aerosol en una pared del estadio en Colonia.

¿Hacia atrás?

Hacia los dioses de los tambores y de las danzas festivas a la sombra de las palmeras besadas por el Sol.

¿O hacia delante?

¡Adelante! ¿Adónde?

¿A los suburbios donde los hombres se hacinan?

¿La fábrica donde desgranan penosamente las horas en un molino inhumano, en una pesadilla eterna?

Lo sigo a la tribuna, me siento a su lado y le pregunto.

“¿Qué estás mirando?”.

“Un partido que nunca debió jugarse”.

“Pero ellos lo están jugando”.

“Tu blancura se transmite hasta en tus palabras”.

“No es un tema de blancos o negros, porque esos jugadores negros piensan diferente”.

“No pueden comprender lo que es ser extranjero de una época”.

“No siempre es necesario subirse a todos los trenes”.

“África no se sube a ningún tren pero nos obligan a estar en la estación y nos obligan a verlos pasar y nos obligan a desear lo que no necesitamos.

Ahora mismo nos arrastran a jugar a un deporte que no es nuestro, que nació en una cultura que no nos pertenece”.

“¿Cuál es tu cultura?”.

“En este momento está en una encrucijada, es como si se hubiese desdoblado en el tiempo”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Algunos siguen fieles a África y viven de la única forma que saben y pueden vivir, como hace miles de años, pero otros dejan su tierra, y abandonan el saber que los contenía en su mundo para aventurarse a vivir en la ignorancia a la que los condena el otro, ignorancia más allá que algunos puedan llegar a la Universidad, porque se es ignorante más allá de la cultura que se adquiriera al estar fuera de las raíces. Siempre se será extraño, un extranjero, un muerto en vida aunque esos que están corriendo en la cancha ganen muchos euros y sus hijos vivan como blancos ricos. Al África

que vive en sus almas no la pueden matar, solo pueden adormecerla por un tiempo hasta que despierte y los termine devorando como devoran los leones al intruso en el territorio de su selva.

Pero te estoy hablando de los pocos negros que resaltan como juguetes interesantes en esta cultura, los demás, la gran mayoría solo logran aumentar pobreza a su pobreza y dolor a su dolor.

África se está desgarrando, y lo que te digo no es una metáfora, es una realidad, la sangre joven se está yendo y lo peor es que se está yendo a encontrarse con el infierno donde terminará condenando su alma.

Y van a ese infierno que se manifiesta con la promesa del futuro, y África no puede retenerlos porque África no tiene futuro sino pasado.

El diablo, que es muy inteligente –o nosotros muy tontos–, encandila con promesas de logros universales que nunca el negro africano podrá alcanzar, porque su evolución solo la puede hacer en su particularidad, y la ensoñación de ese hombre universal, libre, igual y no digo fraterno porque ya nadie puede creer en esa fraternidad, si es mentira para el blanco, ¿qué será para el negro? Pero lo que el blanco ya no puede creer algunos negros lo siguen creyendo, son como hombres del Paleolítico ensoñados por el Iluminismo.

Si África se divide su destino será la muerte.

Estamos asistiendo a la extinción de todo un pueblo.

El colonialismo que dominó nuestra tierra ahora se repliega a la suya para apropiarse de nuestra alma.

Ningún pueblo puede vivir otra vida que no sea la propia, pero los blancos no comprenden ni aceptan a África tal cual es, que no puede ser transmutada en negros con traje y corbata.

No comprenden que a África hay que sentirla con los pies descalzos caminando en la tierra de una choza, viviendo con las bestias salvajes que también son África, una parte esencial del alma africana.

No entienden, encarcelados en los rascacielos de sus espantosas ciudades, la convivencia con la naturaleza, con sus animales, con sus plantas.

No entienden la noche iluminada por las estrellas, porque las estrellas ya no pertenecen a su mundo, ellos solo pueden venerar la luz eléctrica.

No entienden un día con calor y mosquitos y se vuelven locos si no tienen una canilla que funcione.

No entienden a una África sin relojes porque son prisioneros del tiempo.

No entienden una civilización que no produzca permanentemente objetos innecesarios, y que solo quiere escuchar el canto de los pájaros y no el alarido del rock.

Pero los negros pueblan los festivales rockeros, se convierten en lacerada carne de trabajo en las fábricas de Occidente, aspiran a ser modelos porque alguna anoréxica negra trinfó en las pasarelas, quieren brillar en el fútbol como estos negros que le están ganando a los blancos checos, sueñan con golpear como Tyson o deslumbrar en la NBA.

Si este es el futuro de África, no te quepan dudas que África se extinguirá y solo quedará en los libros de los antropólogos como un mundo extraño que quizás alguna vez existió”.

“¿Y después de todo lo que dices, por qué estás acá?”.

“Tal vez por espíritu de inútil venganza, en la ilusión de que Ghana, aunque agonizante, le ganara a los blancos, y ya lo ves, les terminamos ganando a esos checos”.

Me despido del poeta ghanés Pei Anang, manifestándole mi esperanza de que África siga viviendo y me traslado a la tribuna de los checos.

Allí me encuentro con un hombre increíblemente tímido que parece querer escaparse cuando lo miro.

Es Franz Kafka y para retenerlo le pregunto.

“¿Estás disfrutando el partido?”.

“No entiendo demasiado el fútbol, por eso no lo puedo disfrutar, pero estoy pensando sobre el fútbol”.

“¿Y qué conclusión sacaste en tus pensamientos?”.

“No deja de sorprenderme que el fútbol pueda ser un lugar de encuentro en un mundo de desencuentros.

Estamos presenciando dos culturas antagónicas unidas por una pelota.

De haber sabido que la condición humana se iba a consumir con unos hombres corriendo desesperados detrás de una pelota jamás hubiese escrito una línea y es probable que hubiese querido ser futbolista. Lamentablemente en los primeros años del siglo XX, cuando me tocó habitar la Tierra el fútbol estaba en sus comienzos y nadie podía imaginar la magnitud que alcanzaría”.

“¿Qué es lo que más te fascina de fútbol?”.

“Todo lo que escribí mostró la incomunicación de la palabra. Si la palabra no puede comunicar cada uno en su soledad solo puede rumiar el sin sentido de la vida, porque no hay otros con quienes unirse, porque los hombres solo se pueden unir en la palabra.

El fútbol es un modo de salir de esa nada que somos ante la impotencia de la palabra”.

“¿Crees realmente lo que dices, Franz?”.

“No lo sé realmente, pero creo que la única comunicación posible está en el silencio, y el fútbol es lo que más se acerca al silencio, porque el ruido del estadio, donde solo se escuchan alaridos, tal vez sea lo más cercano al silencio”.

“¿Por qué escribiste?”.

“Solo escribí para mí, ¿para qué hacerlo para los otros si nadie podía entenderme porque nadie entiende a nadie? Si fui conocido la responsabilidad es de mi amigo Max Brod, que fue quien publicó mi obra después de mi muerte”.

“¿Qué es lo que escribiste y que no podía entenderse?”.

“La mente es un laberinto que solo se desentraña a través del corazón y el corazón no escribe”.

“Pero tu escribiste”.

“Porque mi corazón estaba sellado, sino ¿qué necesidad hubiese tenido de hacerlo?”.

“Hace 82 años que dejaste la vida, y después de tantos años de muerto, ¿qué esperas de la muerte?”.

“Lo mismo que esperaba de la vida, llegar a la Nada”.

“No tiene sentido lo que dices, porque a la Nada no se puede llegar a través de la inmortalidad”.

“La inmortalidad la hicieron los otros, yo no la busqué”.

“Pero la aceptaste, sino no serías inmortal”.

“No sabía que el dolor era continuar”.

“El amor es lo único que puede liberarte del dolor de continuar”.

“Nunca lo experimenté, nunca lo recibí y nunca aprendí a darlo”.

“¿Quieres ser ayudado a encontrar esa Nada que no encuentras?”.

Kafka no puede responder porque está rodeado de demonios que lo aislan, lo amenazan, y lo enmudecen.

Lo invoco al Rishi Devatithi, que al llegar establece un canal de luz con Kafka para poder comunicarse y le dice:

“Entrégame los demonios”.

“No se quieren ir”.

“Ellos no te atrapan, tú los atrapas a ellos, si decides entregarlos nada podrán hacer para retenerte”.

Kafka comprende y le entrega los demonios al Rishi, se los entrega todos menos uno, este es el demonio de su padre terrenal, el demonio que a través de su padre le infligió la gran infelicidad de su vida, pero no puede entregarlo.

“Sin él no sé qué hacer”, dice resignado.

“Con él solo puedes morir, pero no con esta muerte donde todavía vives, sino con la definitiva muerte del alma.

Volveré y tendrás que decidirte, no puedes pensarlo mucho tiempo más”.

Kafka queda pensativo en la tribuna, y me retiro junto con el Rishi Devatithi después de esta agitada experiencia en Colonia.

Italia empató 1 a 1 con Estados Unidos, ¿qué lectura le podemos dar a este resultado? El equipo de Marcello Lippi no pudo salir a especular porque el empate lo ubica con 4 unidades frente a los 3 de República Checa y Ghana, lo que significa que en el grupo E todavía nada está resuelto.

Por lo tanto si Italia no salió a especular el empate con Estados Unidos, entonces empató con estos primitivos vaqueros porque se encontró con sus propias limitaciones.

Aunque parezca increíble, en la primera etapa Italia fue desbordada por los americanos, parecía la historia al revés, y la buena actuación de Reyna causó inquietud al arquero Buffón.

Sin embargo el fútbol muchas veces no se caracteriza por su justicia, porque cuando el equipo de Bruce Arena era un claro dominador del juego, un cabezazo de Gilardino puso en ventaja a los italianos. Corrían 22 minutos del primer tiempo y las gargantas de la tribuna de los que estaban ganando no habían callado su euforia cuando a los 27 los vótores se transformaron en insultos, tras una desafortunada acción de Zaccardo, esto es un gol en contra, llevó al empate a los norteamericanos.

Es casi una regla que cuando falta fútbol esta carencia busca ser compensada con la violencia, y esto es lo que ocurrió en este partido que cosechó 3 expulsiones, De Rossi debió dejar el juego por darle un codazo a Mc Bride, pero Pablo Mastroeni, un argentino nacionalizado norteamericano también vio la tarjeta roja por lo artero del golpe a un rival, y al comienzo del segundo tiempo Estados Unidos se quedó con 9 por la doble amarilla con que el uruguayo Jorge Larrionda sancionó a Pope.

La superioridad numérica obligaba a Italia a tener que ganar pero la desesperación siempre es mala consejera y jugar a los centros, que tenía como destinatarios los defensores rivales, sin ensayar otro tipo de variantes es hacer un culto de la impotencia, y eso es lo que hizo Italia.

Soy Pier Paolo Passolini y presencié con cierta decepción este partido, fui capitán del equipo de fútbol estudiantil de la Universidad de Bolonia, y sé apreciar el juego, por lo que puedo ver con objetividad es que este encuentro entre Italia y los Estados Unidos fue lamentable.

Como italiano antiimperialista deseaba más que la victoria de Italia la derrota de los Estados Unidos, pero lamentablemente los yanquis aprendieron algo de fútbol y esto les fue suficiente para frenar a una desvaída Italia.

Me confesé antiimperialista y este antiimperialismo me llevó al partido comunista y a profesar algo parecido al marxismo. Pero esta posición de izquierda fue más bien, digamos, sensible, una sensibilidad por el sufrimiento de los otros, tal vez por mi propio sufrimiento que reconocía en la carne del otro.

Y ese otro fue midesdicha porque quería llamarlo hermano pero no podía porque en la carne de ese otro solo quería satisfacer la posesión, gozar, saberme poseedor del deseo del otro.

Sabía que en el deseo el otro es solo un cuerpo deseante de mi deseo, y yo un cuerpo inflamado de su deseo, por eso en **Decameron**, **Los cuentos de Canterbury** y en **Saló, los 120 días de Sodoma** quise mostrar la carne de los cuerpos deseantes.

En la más marxista de mis películas, **El Evangelio según San Mateo**, mostré la otra parte de mi mismo, la parte ascética de mi alma, ¿qué mayor cristianismo que esa sociedad sin clases a la que aspiraba Marx? ¿Qué mayor identidad que entre esos pescadores de Galilea y los campesinos friulanos a los que pertenenció mi madre y a los que conocí en mi infancia? ¿Qué poder más demoníaco que ese Imperio Romano que sacrificó a Jesús y el capitalismo salvaje que sacrifica a pueblos enteros?

Nunca pude resolver estos dos mundos que convulsionaban en mi corazón, y llegué a desgarrarme en la cruel y ambigua dualidad de mi destrozado interior entre la violencia del deseo que condena y el ascetismo que salva, y que salva no solo en el cielo sino, como afirman los ascetas del partido comunista, salva en la Tierra

Rasputin y Lenin, la dualidad perfecta, irreductible el uno al otro, y yo soy los dos y lo acepto, no como resignación sino como una lucha despiadada.

Morí en la noche que iba del 1º al 2 de noviembre de 1975, allí donde se encuentran los santos y los muertos, yo era el Cristo negro y el apóstol que me sacrificó, un fieldiscípulo que debía cumplir el diabólico designio, se llamaba Pino Pelossi, santo Pino para los creyentes, y entregué mi alma al infierno en un sórdido baldío de Ostia, mi Monte Calvario.

Recorrí con Pino las estaciones del calvario, la primera fue un bar cerca de Témini, una terminal ferroviaria de Roma, la segunda cuando cenamos en *Biondo Trevere*, 3 estaciones eran suficientes y en mi Alfa Romeo plateado GT fuimos al Idroescalo de Ostia, en el litoral del Tirreno, lindando con el aeropuerto de Fiumicino.

Y ahí se consumó mi muerte pero no mi redención, no en la cruz sino destrozado por los clavos y alambres del palo que ferozmente me golpeaban.

Pero también pude morir en otra muerte, en el ascetismo de la selva boliviana como Guevara, una muerte heroica poblada de mitos, la muerte del redentor que se redime.

¿Hubiese sido otro el dolor? No lo sé, tal vez haya un único dolor cualquiera sea la vida y cualquiera sea la muerte”.

“¡Hola Peter!”, le grita Pier Paolo Passolini a Peter Weir que recorre la tribuna del estadio de Kaiserlauten como buscando a alguien.

Los ojos de Peter se iluminan cuando lo ve a Passolini y corre a abrazarlo.

“Pier” también grita Peter, abrazándolo, “estaba desesperado buscándote, tienes que salvarme”.

Passolini se ríe con ganas. “¿Yo el salvador? ¿Qué te está pasando, Peter?”.

“Pier, soy un fracaso, ¿puedes entender a un director de cine que no sabe ver?”.

“Si puedes ser más claro, te lo agradecería”.

“Los directores trabajamos con actores que son juegos de máscaras y siempre me moví con comodidad entre las máscaras, pero ahora, no sé por qué me metí en este lío, voy a trabajar con un no actor, y este no actor tiene una sola máscara y no puedo ver si detrás de esa máscara hay algo o solo vacío”.

“No puedes ver, Peter, porque no puedes verte, pero como para verse primero hay que saber ver afuera, ya que me lo pides, porque por lo que veo me estás pidiendo que te enseñe a ver, voy a tratar de que adiestres tu mirada.

¿Ves en aquel sector ese hombre gordo que está haciendo bambolla?”.

“Sí, es Umberto Eco, el intelectual más popular y mediático de Italia, rodeado por un grupo de curiosos”.

“Escucha lo que dice y mira sus palabras, porque ahí es donde hay que llevar la mirada para poder ver”.

Peter clava su atención en las palabras de Umberto Eco.

“Mientras desayunaba en una cafetería de Kaiserslauten tres tazas de café con leche con unas deliciosas tostadas con mermelada, tal como mi voluminosa humanidad lo requiere, se me acercó un extraño personaje.

Quiero aclararles que si digo que ese personaje era extraño cuando estoy acostumbrado a frecuentar todos los folcloros posibles de la raza humana, tenía que ser realmente extraño. ¿Y qué me

resultaba extraño de ese personaje? Cualquiera de ustedes coincidirá conmigo que si se les presenta alguien que les dice que viene de otra galaxia a pedirle una entrevista y se identifica como el Rishi Rehbas, es indudablemente un personaje extraño.

Quienes hayan leído **El nombre de la rosa** y **El péndulo de Foucault** sabrán que soy un apasionado por el misterio y por supuesto no le pude decir que no a este misterio que iba más allá del misterio literario, porque lo misterioso no es solo parte de mi literatura sino condición esencial de mi vida.

La simpatía que ustedes me profesan me ha vuelto locuaz, por eso quiero contarles cosas que nunca he contado en público y que solo un reducido número de mis íntimos conoce.

Como novelista, no sé si es un defecto o una virtud, siempre que cuento algo tengo que seguir un hilo narrativo, por eso para que entiendan lo que les voy a contar, estoy buscando un punto de partida y ya lo encontré.

Si a un italiano le piden que hable de Italia, si el que se lo pide es un español o un alemán dirá que Italia es lo más grande que hay, pero si está frente a otro italiano se pondrá a defenestrar a Italia.

¿Pero, qué es Italia para ese italiano? Un conjunto de emociones que puede comprender desde la pasión por el Milan, el odio a Berlusconi, la vergüenza dicha a viva voz por el pasado fascista, el aumento del precio de los tomates o la desventura por haberse casado con una italiana insoportable.

Sin embargo no es de esta Italia de que hablan todos los italianos de las que voy a hablar, tampoco del interesantísimo recorrido histórico de Italia, Roma, el fascinante Renacimiento, Garibaldi, Mussolini, o las Brigadas Rojas, sino que voy a hablar de la Italia profusa y oculta, la Italia como una energía al servicio del Gran Demonio.

No se asusten con lo que les estoy diciendo, ni lo supongan una fantasía de mi profunda imaginación de escritor, porque nunca hablé más en serio.

¿No es demasiado audaz decir lo que estoy diciendo?

¿Entonces los Papas italianos, que fueron unos cuantos, estuvieron al servicio de ese señor con cuernos?

No es mi intención polemizar sino solo decir lo que sé.

Me preguntarán como sé todo esto.

Por excelentes contactos.

¿Contactos con quien? Algunos pensarán que con jerarquías del Vaticano, o con círculos financieros y políticos, y hasta con colegas intelectuales como Gianni Vattimo, por ejemplo, con quienes reunimos de tanto en tanto para chusmear sobre cuestiones del mundo y sus alrededores.

Si bien tengo esos contactos, no son éstos a los que me refiero sino a los contactos con quienes habitan los alrededores del mundo.

¿Y quiénes habitan los alrededores del mundo?

El Gran Demonio y la jerarquía demoníaca que gobierna el planeta con quienes, tras jugosos pactos, establecí muy buenas relaciones y obtuve interesantes beneficios.

Esta jerarquía que gobierna el planeta lo hace mediante dos grupos de humanos, uno anónimo, por ejemplo, alguno de sus integrantes más relevantes puede ser una vendedora de una tienda de barrio o un *tifosi* de la *Juve*, mientras que el otro grupo, por usar un término actual, es el integrado por los formadores de opinión.

El común de la gente de cualquier época cree en la verdad del enfrentamiento ideológico, político, militar y hasta deportivo de estos personajes.

Napoleón está enfrentado al duque de Wellington en Waterloo, Fidel Castro a los presidentes que han gobernado Estados Unidos durante 40 años, G. W. Bush a los presidentes de Irán, Corea del Norte, Gramsci a Mussolini, el subcomandante Marcos al gobierno de Fox, Simón de Monfort a los nobles albigenses, Pizarro al Inca, Descartes a los teólogos escolásticos, Antonio a Octavio, buscando el reconocimiento histórico, Benedicto XVI en el debate sobre el aborto se enfrenta a las líderes abortistas, y así la lista podría prolongarse hasta el infinito.

Ahora bien, no se engañen que los que se enfrentan en la Tierra, en el infierno conviven en un único proyecto demoníaco que tiene que realizarse en el conflicto por la ley de polaridad del plano.

Por supuesto, por un pacto de fidelidad no voy a delatar a mis colegas que actualmente participan conscientemente en este astuto plan, digo conscientemente porque inconscientemente participa toda la humanidad, las vedettes que se pelean en televisión, las vecinas que se insultan porque el perro de una orinó la vereda de la otra, y todos y cada uno de los conflictos que suceden a cada instante en los cinco continentes.

¿Yo estoy involucrado como un formador de opinión que actúa en forma consciente en este plan?

Pueden comprender que si lo estuviese jamás lo diría.

Los dejo, el partido ha terminado, fue un empate calamitoso para los italianos, y tengo que ir a la cita con el Rishi Rehbas”.

“Ahora, Peter, mira cuidadosamente la tribuna de los Estados Unidos, mira las palabras y dime qué ves”, le dice Passolini.

“Un compacto grupo de escritores e intelectuales que quiere decirle al mundo que los Estados Unidos no solo es el consumismo enfermizo, el guardián del planeta, los transbordadores espaciales, Vietnam, Irak, Afganistán, las drogas y la paranoia terrorista, sino que también hay otro Estados Unidos, del pensamiento, del espíritu.

Veo a Saul Bellow, Philip Roth, Eudora Welty, William Faulkner, Francis Scott Fitzgerald, Norman Mailer, John Updike, J. D. Salinger, Tom Wolfe, Truman Capote, parece que los novelistas son mayoría pero observo también a otros intelectuales, Jeremy Rifkin, Alvin Toffler, Noam Chomsky, James Petras y hasta filósofos, William James y Richard Rorty, acompañados por Harold Bloom y Francis Fukuyama.

En este momento hay empujones y golpes con un grupo de científicos entre los que puedo ver al matemático John Nash, que revolucionó la geometría diferencial y las ecuaciones en derivadas diferenciales, y al famoso Julius Robert Oppenheimer, el de la bomba atómica, a los que los humanistas acusan como cómplice del poder destructivo de los Estados Unidos”.

“¿Y qué ves, Peter, detrás de las máscaras?”, interroga Passolini.

“Egos inflamados de pasión y poder”.

“¿Qué se esconde en Umberto Eco?”.

“Un monje medieval con los siete pecados capitales a cuestas, pero con un gran andamiaje cultural de represión”.

“Estás pudiendo trasponer las máscaras”.

“Sí, Pier, pero busco algo más”.

“¿Qué buscas?”.

“¿David Beckham tiene un alma?”.

“*Caro* Peter, yo solo puedo llegar a mostrarte la pasión, más allá no alcanzo a ver, debes encontrar otro maestro”.

“Gracias, Pier, tu enseñanza me ha sido muy útil”.

Umberto Eco sale algo conmocionado del estadio. ¿Había hablado demasiado? ¿Por qué reveló secretos que había jurado guardar? No lo sabía, era como si una fuerza desconocida hubiese desatado un torrente de palabras que no podía detener. Estaba en manos de lo incontrolable, pensó con una carga que empezaba a dibujarse como pánico.

¿Y ahora qué estaba haciendo, confundido con la multitud, caminando rumbo a una cita con un extraterrestre? ¿Lo secuestrarían en un plato volador? Paradójicamente se tranquilizó porque estaba convencido que el mayor peligro que podía acosarlo estaba en la Tierra y no en los espacios siderales.

“¿Cómo estás, Umberto?”, reconoció la voz agradable del Rishi Rehbas a quien acompañaban otros cuatro extraños personajes, también seguramente galácticos.

“Te presento a mis compañeros Thimedhas, Kali, Garbha y Miri”.

“Mucho gusto señores, ¿debo decirles señores?”.

“Llámanos como quieras” dijo alegremente Thimedhas

“Hemos oído hablar mucho de ti, Umberto, te reconocen como uno de los intelectuales más importantes no solo de Italia sino también de Europa”, lo ensalzó Kali.

“Sí, es cierto –agregó Garbha– eres reconocido como novelista, ensayista, periodista, charlista, un intelectual integral, que puede hablar con seriedad de los grandes problemas que aquejan al mundo”.

“No es que queramos elogiarte, Umberto, pero tu análisis de los universales semánticos es excelente”, continúa Miri.

“Y ni qué hablar cuando te metes con el sistema serial y el sistema inteligente paralelo”, coronó Rehbas.

“¿Cómo saben ustedes tanto de mí?” preguntó sorprendido el erudito italiano.

“Tu fama ha llegado a las galaxias”, respondió entusiasmado Garbha.

“Umberto, ya las presentaciones están hechas, ahora te pedimos que nos acompañes”.

Umberto osciló entre el miedo y la curiosidad.

“Adónde me llevan? ¿Hay algún plato volador esperando?”.

“Vamos, hombre, ¿dónde está ese espíritu de aventura? Pero no te preocupes, no tenemos intención de llevarte a ninguna galaxia, no por ahora”.

Y aunque ese “no por ahora” le sonó inquietante ya estaba metido en ese baile y con gesto de resignación le indicó a los Rishis que estaba dispuesto a acompañarlos donde ellos dispusiesen.

“¿Ese hombre cabizbajo es Pier Paolo Passolini?”, quiso confirmar el Rishi Miri.

Umberto se ajustó los anteojos y fijó la vista en ese hombre que caminaba como huyendo.

“Pobre Pier, es patético”, comentó Humberto, creyó que el mundo era demasiado real, que uno lo mire como un poquito real me parece normal, de otro modo de qué manera disfrutaría los manjares de la buena mesa y los otros placeres que brinda la irrealdad, pero tomarlo a la tragedia, ¡qué estupidez!”.

“Interesante tu metafísica de que aunque irreal hay que aceptar en el mundo un poquito de realidad para poder gozarlo”, reflexiona Garbha mientras todos van caminando hasta desembocar en un callejón solitario.

Cuando se detienen en ese callejón Umberto recién advierte como están vestidos los cinco Rishis que lo rodean: impermeable, sombrero con el ala reclinada sobre la frente, cada uno tenía un cigarrillo consumiéndose entre los labios.

“¡Humphrey Borgart!”, clama.

“¿Qué dices?”, interrogó Rehbas.

“Bueno, nada, que se parecen a un famoso actor norteamericano”.

“¿Es un elogio?”, inquirió Miri.

“Por supuesto”, respondió Umberto, tratando inútilmente de dibujar una sonrisa.

“Vamos al grano”, dice Thimedhas con acento de Humphrey Bogart.

“¿Qué quieren decir?”, musita Umberto muy asustado. “¿Me van a matar?”.

“No te preocupes, por ahora no”.

De nuevo ese “por ahora no” se repitió en su mente.

“Solo queremos interrogarte, si te mantienes tan locuaz como en el estadio, cuando le hablabas a los curiosos no habrá problemas, pero si un ratón te comió la lengua...”, y ahí termina la frase Kali.

“Señores, estoy más locuaz que nunca”, dice Umberto, tratando de mostrarse despreocupado.

“Bien, Umberto, bien, nos alegramos, ya en la galaxia de donde venimos nos habían informado que eras muy inteligente, y en este preciso instante lo acabamos de comprobar”, lo tranquiliza Rehbas mientras los otros Rishis hacen gestos de aprobación.

“Umberto, no perdamos más tiempo, queremos que nos digas qué tipo de pacto hiciste con el Gran Demonio”.

“¿Gran Demonio?”, trata de mostrarse sorprendido Umberto ante el acoso de Rehbas.

“No seas imbécil”, lo amenaza Miri.

“Perdón, perdón, señores, me olvidaba que en la galaxia de ustedes se sabe todo, incluso acerca de un mediocre pacto de un mediocre, como este humilde servidor”.

“Basta de excusas y habla”, lo intima Thimedhas.

“Hace unas cuantas décadas, yo era un adolescente recatadamente inteligente cuando una noche que trataba de descifrar un texto en latín, un señor que no tenía nada en especial en su aspecto, un italiano medio, digamos, presentándose me dijo como me acaban de decir ustedes, “Umberto vamos al grano, soy el Gran Demonio y quiero ofrecerte un trabajo, más que un trabajo, un destino, un destino lleno de reconocimiento intelectual, y como el reconocimiento intelectual da poder tendrás también poder, y como las dos cosas juntas se traducen en dinero, tus bolsillos siempre estarán rebosantes de billetes.

Para eso, Umberto, como ideologizó tu compatriota Gramsci, deberás convertirte en un intelectual orgánico, pero por supuesto no al servicio del proletariado sino a mi servicio. Esta es una propuesta única y la debes decidir en este instante.

– Señor Gran Demonio, le dije, lo que me ofrece es irrechazable, pero hay algo que no termina de convencerme, y esto es el trágico destino de los intelectuales.

Señor Gran demonio, no le voy a repetir lo que usted ya conoce, no hay ninguno que haya tenido una vida placentera, Walter Benjamín, suicidándose; ni hablemos de la locura de Friedrich Nietzsche, o las penurias del impecable G. W. F. Hegel. Podría recorrer una larga lista, de Esquilo hasta nuestros días, y yo señor Gran Demonio soy un italiano sensual, me gusta el buen vino, la buena pasta y las buenas mujeres, no tengo una dimensión trágica de la vida. ¿O acaso, señor Gran Demonio, me imagina como Sartre, regocijándome con esas neuróticas ideas del absurdo, la contingencia, la libertad desesperada, la muerte? Le agradezco, señor Gran Demonio, pero creo que no soy el personaje adecuado para lo que me propone.

¿Y saben lo que me respondió el Gran Demonio?

– ‘Hijo, no te preocupes, es precisamente tu perfil el que estoy buscando, dentro de unos años el mundo cambiará y esta gran tragedia se convertirá en una amable frivolidad cuyo epicentro será el fútbol, y aunque esto te sorprenda, sobre el fútbol edificaré mi Imperio.

Y quiero, Umberto, que a este mundo problematizado por dimensiones de desgarramientos existenciales, estúpidas revoluciones que luchan con capitalistas groseros, le des un toque de *glamour*, ¿no sé si me entiendes? Deberás presentar el mundo como una agradable novela de intrigas de la que todos pueden disfrutar.

Serás famoso trivializando el Medioevo, al que convertirás en una divertida novela policial.

¿Aceptas Umberto?.

Por supuesto acepté.

“Solo eso queríamos saber, Umberto”, dice Rehas.

“Ya nos volveremos a encontrar”, agrega Garbha.

Los Rishis desaparecen del callejón solitario sin despedirse y es tal vez la impresión que le causó esta experiencia, porque Umberto por primera vez en su vida perdió el apetito.

Ema deambula por el planeta Mutaris, allí donde la han llevado los Rishis para que renazca de su muerte de vidas y muertes, y Ema deambula porque para ella Mutaris solo es el camino incierto del deambular, como deambulan quienes solo pueden escuchar sus propios gemidos clamando por una salvación que hace siglos huyó de su esperanza.

El escuchar se dulcifica con la dulce voz del Rishi Vena a quien escucha en algo así como en un compasivo recriminar.

“¿Por qué estás descalza, Ema? ¿Hace cuánto que deambulas descalza y con los pies sangrando?”

“Siéntate y permíteme que cure tus pies porque ahora deberás emprender otro camino”.

Ema dócilmente se sienta y el Rishi le va lavando y curando los pies, y Ema se confiesa.

“Después de tanto andar, un andar ciego por la noches interminables del sufrimiento, ya me he olvidado de donde partí y adonde alguna vez pretendí ir, ya no sé quien soy ni adónde estoy”.

“Ema –le dice el Rishi– en tu alma nació el olvido cuando esa Voz que te guía desde aquel día que ya olvidaste, te prometió una inmortalidad que tenías que construir en el sometimiento y el dolor, y así el olvido fue creciendo, y el olvido, Ema, es el infierno”.

“¿Qué es lo que he olvidado?”, se atreve a murmurar Ema.

“Has olvidado al Padre y ese olvido es la condena”.

“¿Es posible volver a recordar?”, susurra Ema como recordando la olvidada esperanza.

“Recordar es recordarte en lo que siempre fuiste y has olvidado”, interviene el Rishi Kula.

“El miedo que te atormenta, Ema –revela Kula– es el miedo de no ser”.

Ema no se sorprende por esas palabras que le van despertando el recuerdo y tampoco se sorprende cuando Suhotra le dice:

“Alguna vez te llamaron Santa Teresa de Ávila, pero tu alma se fue perdiendo a medida que Teresa empezó a alimentar la serpiente de la vanidad espiritual porque Teresa creyó que salvaba almas.

Y esa serpiente la comenzó a devorar porque debía pagar con su alma la vanidad de su ego. Entréganos, Teresa, esa serpiente”.

“¿Qué ocurre, Teresa, no te atreves a entregarnos al Demonio?”, golpea con fuerza Dyutana.

“Observa tu espalda atravesada por la duda”, le muestra Brihadukta su espalda enllagada.

“Pregúntate quién eres, ¿Ema, Teresa o la serpiente que quiere escapar y tu no la dejas?”, le pide Gauri.

“No pienses en ninguna de las tres, simplemente haz lo que tu corazón te diga qué debes hacer”, la instruye Tarkshaya, mientras los Rishis Gurja, Vermada y Rinu la envuelven en su luz para que su corazón pueda abrirse.

Con el corazón abierto Teresa toma la serpiente entre sus manos y comienza a orar, pidiéndole al Padre la verdadera respuesta.

Su oración es búsqueda y desapego, y esa actitud rompe el engaño, disuelve la anécdota de su santidad, ya no se ve arrodillada y rezando, ahora solo experimenta esa Energía del Padre que transmuta la serpiente, y el alma y Teresa comienzan a ser una.

La respuesta que pidió es el proceso de liberación que debe iniciar ahora que los tormentos se han replegado al infierno y su alma está libre.

Teresa comprende la gran enseñanza, de que todo sin excepción se transmuta, esto es parte del misterio de la Unidad y de la ley del Amor.

Alguien a quien envió El Padre, viene en ayuda de Teresa, es Santa Prisca, aquella mártir engañada y sacrificada por el Gran Demonio y que al solo invocar con fe absoluta a Cristo salió de las garras de la oscuridad y llega para escoltarla.

Teresa y Prisca se elevan a la galaxia Xanti.

El Rishi Kula les dice:

“Cuando se entra en Xanti el ego queda impotente porque el poder del ego es agarrar la Tierra y en Xanti no hay Tierra porque todo es la purísima luz de la Madre Divina.

El ego, que no es el ego manifestado en una vida, sino el ego que encierra todas las vidas, llega aquí para transmutarse.

El alma libre del ego empieza a experimentar la intuición y el discernimiento.

Xanti no es una lejana galaxia sino que es la cercana pero ignorada galaxia del alma.

Xanti es un crisol cósmico.

Xanti es el verdadero estado del alma”.

Teresa y Prisca entran a Xanti y las reciben dos elefantes con ornamentos dorados, resplandecientes, exquisitos, elevados, que se presentan como Mahabathu y Mahabarathu.

Teresa y Prisca no saben donde están yendo, si es que van a algún lado o si lo que experimentan es que su intuición se va aclarando.

¿Qué es lo distinto? Que a Xanti no pueden entrar los demonios y una conciencia sin demonios es algo inexpresable, solo experimentado en la Tierra por unos pocos liberados, liberados preci-

samente de esos demonios, y ahora Teresa y Prisca entran en esa misteriosa y maravillosa región del Gran Silencio y los elefantes son la visión de este Gran Silencio que es la Gran Sabiduría.

Llueven pétalos de flores, primero rojos, después blancos y le siguen amarillos y dorados que van dibujando una alfombra por donde caminan Teresa y Prisca mientras los elefantes guían su paso.

Desaparecen las imágenes, es una sensación de espacio infinito, Teresa y Prisca experimentándose como percepción del alma saben que están en un lugar muy lejano de la Tierra y de pronto una imagen les es revelada:

Una lechera que vuelca la leche blanca en una taza de té oscuro. La taza que contiene el té es la Tierra, y la leche es la energía de Xanti que se va mezclando con el té, y al mezclarse se separan y el té se derrama de la taza y va cayendo a otras galaxias, son infinitas las galaxias del universo del Padre, y estos espacios cósmicos de infima evolución en relación a Xanti, serán los recipientes donde el té que había invadido la Tierra y fue desalojado podrá cumplir su proceso de transmutación.

Ahora Teresa y Prisca deberán regresar a la Tierra porque todavía hay mucho té oscuro en el planeta y deberán convertirse en canales del Padre para ir ayudando a su desalojo.

Jaris, acompañado por los Rishis Vasudeva, Yata, Tiraschi, Sauya, Prayatha, Jeta, Pramedha, Sumedha, Satya y Krishta se presenta en el **Aleph** con el propósito de dirigirse a todos los lectores, especialmente a aquellos que profesan alguna fe religiosa, no importa cual, tanto de Oriente como de Occidente.

“Estos Rishis que me acompañan han sido encomendados a una tarea de fundamental importancia en el contexto del Plan del Padre que estamos llevando a cabo los Rishis, los maestros del mandala y todas las almas que, purificadas, han aceptado colaborar con el mismo.

La tarea consistirá en recuperar algo que los demonios se han robado. Y este algo, aunque los sorprenda, son los textos sagrados de todas las tradiciones, aún las más remotas.

¿Y cuál ha sido el propósito de este robo? No pierdan de vista que esta escenografía que llaman mundo donde se representan las alegrías y tristezas de los hombres, las pasiones y devociones, lo sagrado y lo profano, el odio y el amor, la fe y la duda, Dios y el diablo, no es más que un juego de energías.

¿Y cuál es el propósito de estas energías que en la manifestación binaria del plano podemos reducirla a la Energía del Padre y a la energía robada al Padre con la que opera el Gran Demonio?

La del Gran Demonio, retener a las almas en la Tierra para alimentarse y alimentar sus huesos de la oscuridad, y con este propósito establece múltiples y hábiles estrategias.

Como ya ha sido explicado, la primera estrategia del Gran Demonio fue inyectarse él mismo como ego en cada conciencia, y hacer que este ego, que obtiene su identidad con la energía que el alma le provee al haber sido desviada del horizonte del Padre, se experimenta como la realidad del yo.

La finalidad es que a medida que se vaya demonizando provoque que el alma ya no pueda habitarle porque la totalidad de los *chakras* se han invertido en dirección al Gran Demonio, y tenga que abandonarlo, perdiendo así la condición humana que es esa dualidad ego-alma. El ego absolutizado en su identidad demoníaca se ha transformado en un demonio.

El Padre, como respuesta al plan del Gran Demonio, desde remotas épocas envió su Energía de salvación a través de las energías de sus enviados, que fueron inscriptas en los llamados libros sagrados.

Los últimos Rishis fueron los que escribieron la sabiduría que recibió el nombre de la Vedanta.

Más cercanos son los libros del budismo, la Biblia, el Corán, por nombrar las escrituras más conocidas en la civilización actual, pero esta energía del conocimiento también fue transmitida a todas las culturas que habitaron la Tierra a través del lenguaje de sus religiones.

Egipto, Sumer, Roma, los aborígenes de América, África, Oceanía, las tribus de Europa, recibieron en el marco de su cultura esta energía que buscaba liberar del engaño en que estaba sumido el hombre y despertarlo a la verdad del Padre.

El Gran Demonio vio el peligro que implicaba que esta Energía, a través del mensaje religioso, llegase al alma y entonces todo su mundo inexorablemente se destruiría.

¿Qué actitud tomó ante este peligro? Usar su gran arma, que era el pacto, y entonces logró que quienes tuviesen que transmitir esta energía, dioses y hombres, mediante enormes promesas de poder, se la entregasen a él. Y así se apoderó de los textos sagrados y lo transmutó en energía perversa a través de la cual transmitió sus propios mensajes.

Unos pocos ejemplos clarificarán esto que les digo: los aztecas y los mayas creyeron que el sacrificio era sacrificar animales y humanos, y no sacrificar el ego.

El pueblo judío, según el relato del Éxodo, atravesó el desierto buscando la Tierra Prometida, y no comprendió por la decodificación que hizo el Gran Demonio del mensaje, que la Tierra Prometida no era un pedazo de tierra sino El Padre, a quien debían retornar todas las almas después de la caída.

Los Cruzados en la Edad Media también supusieron que la Tierra Santa era Jerusalén y no el alma, y que los infieles que debían matar era a los musulmanes y no a sus demonios.

La Guerra Santa de los musulmanes, tal como es entendida, nos exime de mayores comentarios.

¿Y los textos de la India que tanto asombran a los Occidentales? ¿Cuál es su registro? Muy pocos maestros y yoguis pudieron recibir la Energía del Padre en su forma pura, porque para la mayoría el Gran Demonio la transmutó en magia. ¿Acaso Buda no dijo que venía a revivir una verdad perdida en el ritualismo de los brahmanes? ¿Y el budismo después no terminó en magia? Los lamas del Tíbet, y no solo ellos, así lo demuestran.

Esto era lo que quería transmitir antes que los Rishis se encarguen de esta misión.

Ahora concéntrense en el **Aleph** y observarán este proceso tan profundo pero a la vez simple en su realización.

Al culminar el mismo los textos sagrados podrán ser leídos de otra manera, esta vez con la Energía del Padre.

El **Aleph** muestra una tormenta roja que gira en un agujero negro como un vertiginoso remolino. Es un lugar secreto hasta para los demonios de máxima jerarquía, administrado en forma personal por el Gran Demonio y un grupo de sus más selectos colaboradores porque allí se reelaboran en forma permanente, según culturas y épocas, los textos sagrados de todas las tradiciones.

Los Rishis se dirigen a Xanti porque operarán desde esa divina galaxia. El trabajo que deben realizar es muy simple, con su energía van imantando los textos desde ese agujero negro a través de un canal de luz por el que van siendo atraídos hacia Xanti.

Explica Jaris que estas escrituras deberán procesar en la galaxia un largo, en tiempos humanos, período de purificación porque los aditamentos demoníacos de fanatismo, venganza, sangre, ignorancia que han incorporado en el paso de los siglos es de una magnitud inconcebible para la conciencia humana.

Cuando el último texto de la más olvidada civilización haya sido extraído del gabinete alquímico del Gran Demonio y purificado en Xanti, los Rishis y todo el universo del Padre festejarán esta derrota de la oscuridad, que constituye un paso muy importante para la liberación de las almas.

Abijael se miró en el espejo y controló el perfecto ajuste de su sobria corbata de seda azul con cruces blancas y observó satisfecho como hacía juego con la fina camisa de un tenue color crema. La cara perfectamente afeitada no tenía sombra de barba y el pelo rubio casi rapado, le daban un aire de seriedad académica que complementaban sus anteojos sin marco. Sonrió y vio su dentadura perfecta y aspiró lentamente, con exquisito placer, la fragancia de esa colonia masculina a la que solo tenían acceso los demonios de cierta importancia.

Abijael tenía una entrevista con el maestro Orzihuel, Presidente de la Comisión de Doctorado de la recientemente rebautizada Universidad Central del Imperio Demoníaco, ya que antes de la coronación del Gran Demonio como Emperador del planeta Tierra era conocida como Universidad Central del Sistema Demoníaco, y del resultado de la misma iba a depender su futuro como demonio.

No podía ocultar sus nervios y no era para menos, se jugaba su destino en el Imperio Demoníaco, pues en caso de ser rechazado como aspirante al doctorado o en una instancia posterior su tesis fuese reprobada, su vida continuaría como demonio personal de algún maestro de niños discapacitados. Ese es el castigo cuando se fracasa en la ambición intelectual, la máxima ambición a la que un demonio puede aspirar.

Orzihuel era inflexible en la evaluación del aspirante y su aguda mirada, después de tantos siglos en el mundo académico, determinaba en el primer golpe de vista el mérito o demérito de quien tenía enfrente.

En la mesa de entradas de la Universidad le hicieron saber que el maestro Orzihuel lo estaba esperando en el tercer piso, oficina 8. Allí lo recibió una demonia secretaria muy fea, tal como corresponde a un académico de tamaño magnitud. Orzihuel tenía muy presente que su permanencia en el cargo durante tanto tiempo se debía a su cuidado en no ofrecer ningún flanco débil a la habladuría de los demonios, y era evidente que un flanco débil para un demonio funcionario es una bella secretaria, por eso cada vez que tiene que renovar secretaria hace un casting y elige la más fea.

El ministro de economía más hábil e inteligente que tuvo jamás el sistema demoníaco fue Andruel, pero una joven y seductora secretaria fue su perdición y se comenta que Andruel fue degradado a demonio personal de una cajera de supermercado.

Orzihuel, conociendo la exigencia de ascetismo que el Gran Demonio imponía a los funcionarios de primera línea para que la concentración de la energía fuese absoluta y ni un solo gramo fuese desperdiciado en ninguna aventura sexual, se preocupó de no tener ningún desliz, y la mejor protección para cualquier tentación era tener una secretaria muy pero muy fea. Además en el mundo de la gran burocracia demoníaca se valora la virtud del funcionario en relación al grado de fealdad de la secretaria.

La secretaria feísima lo autorizó a Abijael a ingresar al despacho del maestro Orzihuel. El aspirante al máximo grado académico del Imperio por fin pudo ver personalmente al renombrado maestro Orzihuel, cuyo rostro ajado revelaba que estaba en el planeta desde tiempos inmemoriales y era de presumir que ingresó a la Tierra con la primera camada de demonios mayores que acompañaban al Gran Demonio.

El antiquísimo Orzihuel le tendió la mano huesuda a Abijael, y mientras se la estrechaba lo miró profundamente a los ojos para revelar a quien tenía en frente suyo.

“¿Así jovencito que usted es un aspirante al doctorado?”.

Abijael, que tenía preparado un discurso de presentación no pudo decir nada porque el maestro no lo dejó hablar ya que él siguió hablando.

“Jovencito, no sé si usted tiene en cuenta los riesgos de la audacia que se propone. Hace siglos y medio más o menos, se presentó como aspirante el demonio personal de Karl Marx proponiendo una tesis acerca de la revolución social como método para llegar a una sociedad sin clases. Podrá imaginar, jovencito, que en el comité evaluador de la propuesta no podíamos parar de reírnos ante este disparatado modelo de organización del sistema demoníaco, y por supuesto el demonio personal de Karl Marx nunca llegó ni podrá jamás llegar a doctorarse. Y después de su degradación llegó a demonio personal de un custodio de Stalin durante la Unión Soviética y hoy cumple esas funciones con un portero negro de un club de Jazz de Nueva Orleans.

Hace poco se presentó el demonio personal de un actor norteamericano llamado Tom Cruise y planteó un proyecto de tesis que buscaba fundamentar la Cientología como la religión oficial del Gran Demonio. La propuesta no llegó al comité evaluador porque yo lo saqué a patadas de esta misma oficina.

Las tesis aceptadas son las que, consideramos, constituyen un verdadero aporte a la renovación del sistema demoníaco.

Por ejemplo, una de nuestras tesis ejemplares fue la del demonio personal de Aristóteles, que trató acerca de la idea de sustancia y la sustancialización del mundo irreal; o la del tutor de Descartes, que abordó la constitución de la conciencia moderna en el nuevo proyecto histórico del Gran Demonio.

Otras tesis importantes fueron la del demonio personal de Niels Böhr, el físico danés que presentó el modelo de la gota líquida como explicación de la fisión nuclear que condujo a la bomba atómica y la que presentaron en conjunto los demonios personales de Francis Crick, James Watson, Maurice Wilkins y Rosalind Franklin acerca de la estructura del ADN, el componente químico dentro del núcleo de las células, que contiene las instrucciones genéticas para la constitución de los organismos vivientes.

También fueron importantes los aportes de los demonios personales de los hermanos Lumière y de Johannes Gutenberg, al establecer una red universal de comunicación de expansión de la energía demoníaca ahora potenciada por los demonios personales que elaboraron en sus tesis la televisión, Internet y la informática en general, cerrando el paradigma comunicacional del sistema demoníaco.

Después de escuchar la magnitud de las tesis y las nefastas consecuencias de los fracasos, ¿todavía, jovencito, tiene interés en aspirar al doctorado en el Imperio Demoníaco?”.

“Maestro Orzihuel, soy consciente del riesgo de lo que me propongo, pero en confianza, y lo que le digo no saldrá de este lugar, tanto usted como yo sabemos que en este momento nuestro Imperio corre un gran riesgo, hay una energía extraña que no controlamos y que está invadiendo el planeta, y como fiel devoto del Gran Demonio es mi deber usar toda mi capacidad para encontrar alguna respuesta a esta situación crítica.

Además, después de todo, si algo grave llegara a pasarle a nuestro Imperio, ser el demonio personal de un portero negro de Nueva Orleans sería una tontería en relación a lo que podría realmente sucederme”.

Orzihuel nada dijo a las palabras de Abijael y entró en el tema por el que había llegado ese demonio personal a la entrevista.

“Su especialidad es la filosofía, por eso le voy a designar como director de tesis a quien en su momento fue demonio personal de René Descartes.

Usted sabe que cuando un demonio personal corona con éxito una gran tarea es ascendido a maestro de demonios personales, mientras su pupilo va en viaje directo a las llamas del infierno.

Su nombre es Konstantin, y reside en *Averno Beach*, una selecta playa de la Costa Oeste. Yo le enviaré un e-mail anunciándole su llegada.

No le he podido designar mejor director de tesis, jovencito, y cuando tenga elaborado el proyecto preséntemelo que lo elevaré al comité de evaluación”.

Se estrecharon las manos y Orzihuel pensó que todavía había una esperanza para el mundo demoníaco.

18 de Junio

Las dos mujeres miran el partido entre Japón y Croacia con inusitado interés. ¿Quiénes son estas mujeres y por qué ese interés que no es común en mujeres que presencian un partido de fútbol? Una es japonesa y su nombre revela ese origen oriental, Banana Yoshimoto. La otra nació en Zagreb y se llama Mira Furlan. ¿Qué las une y por qué están juntas una japonesa y una croata? Están unidas por una mirada común, porque no están mirando el partido sino que sus miradas no tienen los límites que generalmente limitan las miradas. ¿Y cómo miran las miradas? Miran un territorio por vez, miran el sueño o miran la vigilia, miran en la vida o miran en la muerte, miran lo sobrenatural o miran lo que aparece a los sentidos. Pero Banana y Mira tienen una mirada donde los límites son borrosos, y en su mirada conviven los vivos y los muertos, las imágenes del sueño y la vigilia, de una vida y de otras vidas, del mundo de la Tierra y de los planos astrales.

Banana Yoshimoto es escritora y escribió una novela, **Sueño profundo**, donde los personajes no pueden discriminar un mundo del otro, donde todo es a la vez uno y múltiple. Mira Furlan es actriz y se vive desdoblado en personajes donde no es una y otra, sino es una y otra, y otra y muchas otras al mismo tiempo.

Un psiquiatra diría que están locas, pero un chamán, más sabio que el psiquiatra, explicaría que son sacerdotisas iluminadas por un don divino que pueden ver que en el universo del Padre no hay límites, es Uno en la vigilia y en el sueño, en la vida y en la muerte, en una vida y en todas las vidas, las que fueron, la que es, y las que serán, en el mundo de la Tierra y en el de las galaxias. Todo es Uno porque en la Esencia no hay sueño ni vigilia, ni vida ni muerte, ni muchas muchas vidas o ninguna, ni Tierra ni galaxias.

Cuando Banana Yoshimoto fija su mirada en el jugador, ve al jugador y también al samurai y al sacerdote shintoísta que fueron, lo ve jugando al fútbol, matando con su espada y oficiando en sus ritos, también en ese mismo instante lo ve corriendo en el césped en el plano físico y pactando con los demonios en el astral, y también lo ve desprendiéndose en la muerte, lo ve soñando la gloria y llorando en la triste vigilia.

Mira Furlan también tiene visiones similares y ese jugador croata fue guerrero, monje y una vez mendigo, y ya se muestra cansado de los pactos, por eso los demonios lo persiguen prometido-

res y amenazantes, y si es capaz de atenuar los pactos tendrá menos deudas y su muerte será más tranquila que la del común de los mortales.

Banana Yoshimoto y Mira Furlan elevan la mirada y después de atravesar incontables futuros se acercan a lo eterno, y en esa eternidad encuentran al jugador japonés y al jugador croata, que ya no son jugadores porque allí no existe el fútbol, sentir sus almas liberadas que están ingresando a un universo del Padre.

El partido entre Japón y Croacia, como lo puede señalar el 0 a 0 final, fue un culto a la mediocridad.

En el marco de la desprolijidad que caracterizó todo el encuentro, Japón trató de imprimirle velocidad al juego, provocando con un medio campo que proyectaba pases largos a los delanteros, pero la defensa croata pudo neutralizar los intentos del equipo oriental mediante un férreo y disciplinado sistema defensivo.

Croacia aprovechó el desgaste de los japoneses y comenzó a adueñarse del juego y a los 22 minutos tuvo la gran oportunidad cuando Miyamoto derribó dentro del área a Prso. Srma remató hacia el palo izquierdo pero el arquero Kawaguchi neutralizó con una brillante atajada las aspiraciones de los croatas.

Los croatas, lejos de desanimarse, insistieron y Nico Kranjcar estrelló un violento tiro contra el travesaño. Ivan Klasmic, faltando 5 para el fin de la primera etapa, con un tiro cruzado estuvo a punto de concretar la ventaja para su equipo, pero Kawaguchi frustró nuevamente la esperanza de los europeos.

Croacia, aprovechando su altura, empezó a buscar con pelotazos a la olla la cabeza de sus delanteros, pero cuando una táctica se repite una y otra vez, termina resultando estéril. Los japoneses pusieron en peligro al arco croata con un remate de afuera del área por parte de Nakata, pero el arquero Pletikosa voló sobre su palo izquierdo y envió la pelota al córner. El partido siguió hasta el final de la primera etapa con el monótono ataque de los croatas y algún lucimiento de Kawaguchi.

El segundo tiempo, salvo las anécdotas del juego, el partido se siguió desarrollando en medio de estrategias rígidas y poco conducentes. A los 5 minutos Akira Kaji dejó a Yanagisawa solo frente al arco, y cuando solo tenía que empujarla para derrotar al arquero, increíblemente la tiró afuera.

A los 7 Croacia pudo sacar el partido del 0 a 0 pero Kranjar, cuando solo tenía que tocar la pelota, y acá otra situación inexplicable, no la tocó y el arquero solo tuvo que mirarla como salía afuera. A los 17 Simunic falló el cabezazo cuando Kawaguchi no tenía nada que hacer. Poco después Bahic encaró con una sorprendente velocidad, dejando a tres japoneses fuera de juego, pero

para ser coherente con el partido la pateó muy lejos del arco. Ivica Okic, llegando al final, tuvo la última oportunidad para Croacia pero su tiro cruzado se perdió en las lejanías.

La síntesis del partido está descripta en el comentario. Los dos equipos no fueron la excepción a la mediocridad, que salvo en algún que otro partido, reina en este Mundial.

Colleen Mc Cullough, la escritora australiana que obtuvo su fama con la novela **El pájaro espino**, llevada a la televisión con el título *El pájaro canta hasta morir*, saluda muy afectuosamente a nuestro conocido director australiano Peter Weir cuando se encuentran en la tribuna del estadio de Munich donde jugará su seleccionado contra Brasil.

“¿Y Peter, cómo va la película?”, pregunta Colleen.

“Sabes que tengo oficio como para armar una película, pero también sabes que en el arte no basta el oficio, hay otra cosa”.

“¿El alma quieres decir?”.

“Si quieres llamarla así”.

“Ya sé lo que te pasa, Peter, no encuentras el alma de tu película, tienes el guión, la producción, los actores, pero te falta ese algo a lo que llamo el alma”.

“Es un buen relato y creo, por mi experiencia, que es atrapante, pero lo veo deslizarse en una superficie, no puedo penetrar a lo profundo”.

“Tal vez Beckham no te ensambla”.

“¿Tendrá alma?”.

“¿Estás buscando el alma de Beckham?”.

“¿Qué hay detrás de su máscara?”.

“¿Qué hay detrás de nuestras máscaras, Peter?”

¿Otras máscaras”.

“Eso me temo, Colleen, jugamos demasiado a lo que no somos y ya olvidamos lo que quizás alguna vez fuimos. Quizás alguna vez fuimos otra cosa que estas máscaras, pero ese algo lo siento muy lejos, tan lejos como un Dios que se me escapa”.

“Los artistas, Peter, nos desangramos en nuestras máscaras, somos como los pájaros que cantan hasta morir pero solo mueren nuestras máscaras y otras las reemplazan, porque, ¿son otra cosa que máscaras mis libros y tus películas?”.

“¿Somos seres de ficción, Colleen?”.

“¿No crees que todos los hombres lo son?”.

“¿Qué hay atrás de la representación?”.

“No lo sé, Peter, no lo sé, tal vez debamos buscarlo”.

“Ya salen los jugadores, Colleen”:

Brasil siempre genera expectativas cuando pisa el césped del Mundial, y sumado a esto la presentación de sus cuatro estrellas, Kaká, Ronaldinho, Ronaldo y Adriano, le daban un marco de lujo al estadio de Nuremberg, donde debían enfrentarse con el rudo equipo australiano.

El prudente equipo de Australia se replegó en el comienzo, lo que posibilitaba el desborde por izquierda de Zé Roberto. A los 2 minutos Ronaldo utilizó su magia y habilitó a Kaká en las inmediaciones del área rival, quien antes que la pelota tocara el suelo la voleó muy cerca del arco australiano.

Australia hacía lo que podía, que no era demasiado, con una línea de cuatro, fuerte en la defensa, pero temerosa si los laterales tenían que desprenderse, mientras el medio campo trataba de cortar la circulación entre Ronaldinho y Kaká.

La rudeza de los australianos se hizo notar con una brutal plancha de Grella sobre Ronaldo, que sin lugar a dudas merecía la tarjeta roja, pero el alemán Markus Merck solo le dio un tibio reproche al jugador de Australia.

Pero las filigranas de los brasileños comenzaban a desdibujarse ya que sus intenciones nunca llevaban peligro al arco defendido por Schwarzer.

Brasil estaba desconocido, con un Ronaldinho que parecía pisar la pelota para una imagen publicitaria para después caerse al piso. Los australianos comenzaron a perder el temor y empezaron a inquietar la valla custodiada por Dida.

En el segundo tiempo pareció que Brasil pretendía recuperar el orgullo: una jugada entre Ronaldinho, Ronaldo y Adriano, que enganchó la pelota y mandó un latigazo con la izquierda, y los hombres de Parreira festejaron el primer gol cuando recién corrían 3 minutos de la etapa final.

Afortunadamente para la selección de Brasil los australianos por momentos se movían con la elegancia de un grupo de rinocerontes en un bazar, y este estilo le impidió a los 8 minutos a Bresciano concretar el empate. Y los desaciertos del equipo de Australia continuaron a los 11, cuando Kewell, que recién ingresaba, tuvo la pelota frente a Dida que ya nada podía hacer, e hizo lo imposible, enviarla a una lejanía sideral del arco.

Brasil era una sombra y Australia todavía no comprendía lo que estaba pasando con su adversario, atacaba a lo australiano y Kewell perdió otra oportunidad pateando, como patean los rugbiers, a gran altura.

El técnico Hiddink decidió cambiar a Aloise por Moore, apostando al empate, y Parreira quiso darle vitalidad a Brasil, reemplazando a Ronaldo y Emerson por Robinho y Gilberto Silva.

A los 35 Dida frustró un tiro de Bresciano que iba para el gol, y no era su día porque tampoco después un tiro libre terminó en gol, apenas rozó el palo. Kaká, por el lado de Brasil, desaprovechó la oportunidad de ampliar el resultado cuando el travesaño le devolvió un cabezazo.

Australia, a los 5 del final, en los pies de Viduka perdió su última oportunidad al patearla demasiado arriba y Robinho, ya expirando el partido, decretó el 2 a 0 definitivo a favor del quipo de Parreira.

Chico Cesar, representante privilegiado de la actual generación de músicos brasileños, mientras la tribuna brama su euforia por el triunfo de Brasil, canta muy bajito para que nadie lo escuche.

*Noches de macumba,
macumba del negro,
danza de macumba se mueve en la arena,
luces de macumba se pierden en el mar.*

*Mamá macumba
huyamos del fútbol,
tristeza del negro,
disfrazada de blanca alegría.*

*Ritmo de macumba,
dolor del negro que duele en la tierra,
los ojos abiertos, el negro no sueña,
macumba se agita en el viento playero.*

*Mamá macumba
huyamos del fútbol,
tristeza del negro,
disfrazada de blanca alegría.*

*Sones de macumba se mueven en el aire,
sacrificio de macumba, carnaval del negro,
macumba, clamor de dioses vencidos,
que claman a un Dios, todavía extraño, los venga a salvar.
Mamá macumba,*

*huyamos del fútbol,
tristeza del negro,
disfrazada de blanca alegría.*

Chico Cesar termina de cantar, desciende de la tribuna, sale del estadio sin mezclarse con sus compatriotas y se pierde por las calles de Nuremberg.

Francia tenía la obligación de ganar ante la primitiva formación de Corea del Sur, por eso como protagonista obligado tejió la táctica de abrir el juego hacia Wiltord y Malouda, que lograban superar en velocidad a los esforzados coreanos, optando por el centro para Henry, que a pesar de no tener compañía sabía descolocar a la defensa. Así, a los 8 minutos Malouda habilitó a Wiltord, quien posicionó al delantero del Arsenal, que de zurda dejó sin chances al arquero Woon Lee.

El equipo de Domenech continuó controlando el juego y el error del árbitro mexicano Benito Archundía, que no convalidó un cabezazo de Gallas, que Woon Lee había sacado de adentro del arco, le impide a Francia consolidar lo que hasta el momento era una justa victoria.

Por su parte, los coreanos solo inquietaron al arco francés cuando un centro de Chun Lee fue desperdiciado por Jae Cho.

El técnico de los coreanos, Dick Advocaat, cambió de estrategia en la segunda parte del partido y con el ingreso de Ki Seoul el equipo adquirió un tono más ofensivo. Francia se replegó buscando el contragolpe para lo que Doménech reemplazó a Sylvain Wiltord por Frank Ribery.

El seleccionado francés, aunque jugando a media máquina, era más que su rival, pero Corea, perdido por perdido, decidió una apuesta ofensiva con la entrada de Kung Ahn. Francia, demasiado confiada, se descuidó al final y no pudo neutralizar a los '35 el centro de derecha de Yung Ahn que recogió Jae Cho, habilitando a Ji Park, quien de cabeza concretó el empate.

En los últimos minutos Francia quiso volver a ser el protagonista, pero era un equipo apático que solo llegó al arco coreano con un cabezazo desviado de Henry. El cambio final de David Trezeguet por Zinedine Zidane, que pareció desdibujado durante todo el encuentro, en nada pudo modificar el 1 a 1 final.

Jacques Lacan y Michel Foucault están sentados en la tribuna del estadio de Leipzig, bastante distraídos del insorportable partido entre Francia y Corea del Sur.

“Me sorprende, doctor Lacan, que esta sesión terapéutica transgreda el tradicional encuadre, no entiendo su insistencia en llevarla a cabo en este multitudinario escenario”.

“Doctor Foucault, las terapias en la muerte se permiten ciertas licencias que serían inadmisibles durante la vida en la Tierra”.

“¿Estas licencias de las que usted me habla son para llevarme a la obsesión de mi sexualidad en el abrazo homosexual de los jugadores, en esa orgía de los cuerpos revolcados y apretados, escondidos sus deseos en la infantil excusa de festejar un gol? ¿O que disfrute del sadomasoquismo en el placer y el dolor de los golpes, donde se adivina en esos rostros juveniles el gesto retenido de un gozo prohibido? ¿Tal vez, doctor Lacan, quiere que advierta la seducción que ejercen los jugadores y el excitante voyeurismo de los espectadores? ¿Acaso me ha traído a este estadio para que admire las estrategias de poder y dominio para lograr ese orgasmo colectivo que es el triunfo?”

Doctor Lacan, me extraña que una percepción tan sutil como la suya me trate de llevar a lo obvio, a ese círculo de repeticiones en que transité mi vida, a este espejo aburrido que me muestra imágenes de un gozo inexistente que solo existió en la fantasía que mi imaginación recreaba”.

“¿Qué se esconde detrás del espejo, doctor Foucault?”.

“¿Usted me pregunta, doctor Lacan, quién se esconde detrás del espejo?”.

“Si prefiere reemplazar el qué por el quien tal vez podamos acercarnos al análisis de la vivencia del tiempo que usted propuso en esta terapia”.

“¿Usted sugiere, doctor Lacan, que el secreto que tiene el tiempo se esconde detrás del espejo?”.

“¿Qué relación establecería, doctor Foucault, entre espejo y tiempo?”.

Foucault trata de pensar una respuesta que no tenía porque nunca se había formulado la pregunta. Él buscó describir al mundo en su dramática densidad, ¿qué otra cosa eran la locura, el sexo, la tortura, el poder sino la dura esencia que lo enfrentaba? Los hombres chocaban con esa dureza y tratan de desviarse, él buscó chocar con esa dureza pero experimentar el placer del choque, eso y no otra cosa fue su vida. Pero ahora Lacan le sugiere que no hay un mundo de esencias duras sino solo un espejo que muestra los propios fantasmas, lo demás es solo imaginación.

“¿Toda terapia, doctor Lacan, es traspasar el espejo?”.

“¿Se atreve, doctor Foucault, a penetrar en el tiempo que el espejo oculta?”.

“Doctor Lacan, intuyo que lo que me propone es dar un salto cualitativo en la terapia”.

“Así es, doctor Foucault, pero de ese salto no hay retorno, después del salto puede encontrarse con la salvación o la condena definitiva”.

“Es el salto del héroe, por decirlo de algún modo, y en mi vida he sido cualquier cosa menos un héroe, tal vez lo que mejor podría definirme es haber sido el antihéroe”.

“Toda terapia es una conversión, es importante, doctor Foucault, que usted haya comprendido a quien tiene que convertir”.

“Acá, doctor Lacan, terminan los juegos de la mente”.

“Absolutamente, ¿está dispuesto?”.

“No tengo alternativa, el salto puede salvarme o dejarme donde estoy, en la condena, ¿qué puedo perder?”.

“Entonces, doctor Foucault, concéntrese en ese espejo donde usted está viendo el juego homosexual de esos muchachos y trate de percibir quien es el proyector”.

Foucault experimenta algo parecido a sus viajes con las drogas, es como si pudiese salir de la percepción habitual y entrar en otra dimensión, pero este viaje es distinto, las experiencias con las drogas eran confusas, no revelaban nada, pero ahora sabe que atrás del espejo lo espera una revelación que emergerá del tiempo.

Y esa revelación es una figura sombría, flotando en una habitación y chocando siempre contra una puerta cerrada por la que no puede salir.

“Raymond Roussel”, grita Foucault mientras Lacan lo observa impávido.

“Perdona Raymond”, gime Foucault mientras su rostro de soberbia se inunda de lágrimas jamás experimentadas, de un dolor desconocido.

“Quise exorcizarte de mi cuerpo escribiéndote. Y exalté tu sórdida muerte, drogado en tu habitación durante una semana y con la puerta cerrada. Y mentí diciendo que ese modo de morir revelaba el núcleo lírico de tu vida, era el supremo acto del poeta.

Te mostré como el artista que jugó en el laberinto de las palabras, las llevó al extremo de lo posible y cuando las palabras fueron insuficientes se entregó a la muerte para develar el enigma.

¿Suicidio? ¿Accidente? Qué importaba el modo si era el fin del laberinto”.

Raymond sintió alguna calma a su desesperación, era la primera imagen humana que veía después de su muerte, porque desde entonces solo existían la habitación y su puerta cerrada.

“Michel, ahora los dos estamos muertos y ya sabes que la muerte no es el fin de los laberintos sino el comienzo de uno más tortuoso, infinitamente más tortuoso.

Yo también te engañé, Michel, tu exaltaste mi muerte, que solo era un frío vacío, y continué en ti mi vida, que solo era una tremenda angustia caliente, ¿esa es la palabra?

Seguí viviendo en Michel Foucault y morí con él hasta que ahora nos encontramos en este vacío.

Ábreme la puerta, Michel, déjame salir porque nunca pude salir ya que me dejaste encerrado en tu escritura.

Michel, aprendiz de brujo, los hechizos se pueden consumir en los libros, pero los exorcismos no.

Ábreme la puerta, Michel, no sé adónde saldré pero nada puede ser peor que este infierno, y tal vez abriendo mi puerta tu también puedas salir, porque yo saldré de ti”.

Foucault tiembla como nunca había temblado, ni aún cuando convulsionaba poco antes de su muerte, pero las convulsiones en la muerte son otra cosa, indescriptibles al lenguaje de los vivos.

Pero, arrastrándose, llega hasta la puerta de su corazón, y Lacan le alcanza 7 llaves para abrirla. Cuando la abre Raymond Roussel sale de su interior.

Foucault vuelve del viaje y lo mira a Lacan que le dice con la seriedad profesional que corresponde a un prestigioso psicoanalista.

“Doctor Foucault, la sesión ha sido muy productiva”.

“Un trauma menos, doctor Lacan”.

“Comienza el camino iniciático, doctor Foucault, pero ya es suficiente por hoy”.

Lacan y Foucault, van abandonando el estadio cuando casi se tropiezan con un coreano desesperado.

“Pero si es mi amigo Xi Munyol, una gloria poética de Corea del Sur”.

“Doctor Lacan –dice Xi– ¿qué tiene que ver Corea con todo este payasesco espectáculo del fútbol?”

Mi pueblo parece no haber aprendido nada.

Tanto tiempo, tanto dolor y terminar sometido a este circo.

¿Serán conscientes estos jugadores de lo que están haciendo?

Yo creo que no.

¿Qué los arrastra hasta aquí?

La falsa ilusión, las promesas de siempre, el apego al sufrimiento, o tal vez la misma ignorancia.

Están aquí porque son víctimas y no lo saben.

Víctimas de un desconocido que solo deja de ser desconocido cuando se lo descubre y ya no puede manejar a su antojo a toda la humanidad.

¿Pero quién soy yo para pretender abrirle los ojos?

Aquí estoy, cuestionándome a mi mismo esta verdad.

Vine a un lugar equivocado a ver un partido equivocado”.

Lacan saca una tarjeta de su bolsillo y se la entrega al poeta Xi Munyol.

“Ven a verme, Xi, creo que lo necesitas”.

El poeta promete que lo llamará y se despide de Lacan, saludando con un gesto a Foucault, a quien no conoce.

Lacan y Foucault se separan hasta la próxima sesión.

Abijael, sentado en una cómoda reposera distrae su mirada entre el azul tranquilo que le muestra el agua de la piscina y el impecable césped del campo de golf. Sorbe con parsimonia el jugo de fresas que le había servido el demonio criado y disfruta de la quietud de la tarde en la residencia del maestro Konstantin, en *Averno Beach*.

Lo que estaba viviendo superaba todo lo que jamás imaginó, estar en *Averno Beach*, donde habitan los demonios intelectuales de primerísimo nivel, maestros de demonios personales, asesores directos del Gran Demonio, y hasta los ministros de Educación y Cultura del Imperio Demoníaco, y toda la fauna de funcionarios que administran los programas de pensamiento, y algunos de ellos, que habían tenido una gran incidencia en la Academia de Ciencias de la ex Unión Soviética, y otros en la Revolución Cultural China en la época maoísta.

Abijael contempló la figura deportiva que se acercaba, musculosa torna sol, bermudas floreadas y un par de espectaculares zapatillas que le daban mayor agilidad al plástico caminar de ese demonio.

Tuvo que romper todos sus esquemas mentales académicos para aceptar que esa alegre cargada que escuchaba y que pertenecía a ese demonio de bermudas y musculosa era nada menos que el maestro Konstantin.

“Espero que la hayas pasado bien mientras me esperabas, disculpa la tardanza pero tuve que hacer una serie de llamadas importantes antes de venir a verte para poder apagar el celular y que nadie nos moleste durante nuestra charla”.

“Le agradezco, maestro Konstantin”.

“No tienes nada que agradecerme, soy un demonio de buena memoria y recuerdo que yo también pasé por una experiencia similar a la tuya cuando tuve que hacer la tesis, René Descartes mediante, acerca del mejor programa para la conciencia del hombre moderno.

Mi maestro de tesis era quien en su momento fue el demonio personal de Aristóteles, nada menos que el maestro, ahora jubilado, Anterópolis.

Ya sabes que el triunfo del demonio personal significa el viaje al abismo de su pupilo. Esa es la dialéctica del mundo binario, no se puede evitar, por eso aunque lo lamenté mucho en su momento, tuve que despedirme de René Descartes, con quien tenía una muy buena onda, y tengo que reco-

nocer la fidelidad con que transcribió las ideas que le dicté, y esa despedida fue el pasaporte a una región del infierno que no es precisamente *Averno Beach*.

Por eso, Abijael, quiero saber si tienes algún tipo de apego, aunque sea mínimo por tu pupilo.

Creo que esta pregunta puede sorprenderte, pero tenemos que tomar todos los recaudos, lo que quiero decirte es que los apegos son nefastos para lo que pretendes, nada menos que ser doctor del Imperio del Gran Demonio.

Tu mente debe estar totalmente volcada al proyecto, ningún juego emocional puede perturbar-te, porque eso te arrastraría al fracaso.

Los humanos, Abijael, son seres no solo más tenebrosos que nosotros sino también mucho más idiotas. Cualquier tontería que ocurra en el mundo la pueden llegar a ver como reveladora de un gran poder, y terminan arrastrando a su demonio personal a la catástrofe.

Hacia comienzos del siglo XX el maestro Orzihuel se deshizo en elogios por un cierto demonio personal, y lo recibí aquí, donde tú estás ahora, mirando esta misma piscina y este mismo campo de golf.

Era un demonio agudo y hasta con la posibilidad de ser brillante. Manejaba con profundidad el pensamiento griego, la mística alemana de fines de la Edad Media, alguna poesía y tenía una inteligencia capaz de desconcertar, yo la calificaba como una inteligencia desconcertante.

Ejercía una hábil esgrima contra los otros demonios filósofos y tenía una técnica inimitable. Creo que te imaginas de quien estoy hablando”.

“El demonio personal de Martín Heidegger”.

“Perfecto, de ese demonio estamos hablando”.

“¿Y qué ocurrió, maestro?”.

“El proyecto era elaborar un programa sutil que trascendiese los modelos mentales programados por los demonios personales de los filósofos anteriores, por supuesto entre los que estaban incluidos el de Anterópolis y el mío propio.

La excesiva racionalidad, y para peor capitalista, de los últimos tiempos, cansaba, terminaba produciendo un hombre desilusionado. Con mucha lucidez el maestro Orzihuel decía, estamos generando programas de impactantes ilusiones, científicas y tecnológicas, históricas, morales, artísticas pero esos programas no tienen la capacidad de satisfacerlas.

Lo que quería decir el maestro Orzihuel es que nos estábamos metiendo en un camino peligroso, por eso me mandaba al tutor de Martín Heidegger.

El planteo del programa era claro, tendría que operar sobre las conciencias sutiles de la época y despegarlas un poco de la terrenalidad en que estaban sumidas, la palabra debía esfumarse y no materializarse en cosas.

Bueno, qué te voy a contar si conoces perfectamente esta filosofía, pero lo que derrumbó todo fue el apego del demonio personal a su pupilo.

Y Martín Heidegger fue un imbécil que arrastró a otro imbécil mayor que él, su demonio personal. Y los dos se involucraron en el nazismo, que era un proyecto político limitado y después fracasado, mientras que el programa debía tener un alcance no solo universal, porque irradiaría al resto desde las conciencias sutiles, y debía operar desde la invisibilidad.

Por eso te pregunto, Abijael, qué apego tienes hacia tu pupilo”.

“Maestro, yo tengo una formación de la escuela dura de los demonios personales, antes de llegar a ser un demonio intelectual fui un demonio samurai”.

“Está bien, Abijael, pero en esta tesis tenemos que demostrar que no solo somos vigentes sino indispensables en el sistema demoníaco.

En el mundo académico hay en este momento un fuerte debate, porque un sector de los demonios posmodernos argumenta que si para dominar a la mayoría de la humanidad bastan unos pequeños programas deportivos, algunas estupideces televisivas y radiales, un poco de pornografía en Internet, unos *Playstation* y confusas marchas políticas, ¿qué sentido tiene gastar enormes cantidades de energía en programar cosmovisiones cuando las visiones del mundo están obsoletas?

¿Estás dispuesto a jugarte Abijael?”.

“Sí, maestro, porque estos deficientes demonios posmodernos no comprenden que la cuestión no es como entretener a los humanos sino de qué manera podemos contrarrestar esa energía extraña que está invadiendo el planeta”.

“De acuerdo, Abijael, ahora nos vendría bien un buen baño en la piscina, esta región del infierno es bastante calurosa”.

David Beckham mira con dudas esa escalera de madera que, de atreverse a subirla, lo conducirá al primer piso donde alguien lo está esperando.

David piensa que siempre fue un hombre razonablemente supersticioso, ¿qué hombre no lo es?, y mucho más si es deportista, él tiene sus cábalas, pero esto es diferente. ¿Y qué es lo diferente de esto que está ocurriendo? Cuando tiene que enfrentar al Barcelona por 48 horas no tiene que hablar, ni siquiera pensar, en quien llevará en la camiseta azulgrana el número 7, esa es una cábala, pero sabe que él está manejando el juego, puede resultarle o no, pero por lo menos supone que todo está bajo su control.

Ahora siente que no controla el juego, que está desbordado e impotente, ese maldito juego de actor que empezó a jugar cuando aceptó filmar esa maldita película.

¿Estaba enloqueciendo? ¿Qué había afectarlo el personaje de un esclavo del antiguo Egipto pactando con una fuerza diabólica? ¿Por qué una ficción que debía representar lo conmovía de tal manera?

Y sin embargo leer el guión lo golpeó como un codazo en el estómago y hasta lo obsesionó en sus sueños. Por eso estaba ahí, a un piso de esa adivina que le habían dicho podía responder misteriosas preguntas. Por eso David dejó de dudar y subió la escalera de madera que lo condujo al primer piso.

“Mi nombre es Maya”, se presentó esa mujer delgada de ojos profundos, mientras David se sentaba frente a ella, separado por esa mesa circular donde depositó sus manos.

“Este muchacho rubio no parece habituado al mundo de los adivinos, adivinó la mujer, por eso le cuesta hablar, pero es normal: a todos los primerizos les pasa lo mismo”.

“Muchacho, quieres decirme algo que te está atormentando, por favor habla, que las palabras lo pondrán afuera”.

David, tímido y vergonzoso, le habla de la historia de la película y el guión del esclavo egipcio que lo perturba.

Maya cierra los ojos y permanece en silencio.

“¿Puedes ver algo?”, quiere saber, ansioso, David.

“De nada te servirá la ansiedad. Trata de tranquilizar tu mente que parece un vertiginoso remolino negro, para que yo pueda ver lo que tengo que ver”. Las palabras de la mujer lo tranquilizan, su mente comienza a parar y siente el cuerpo invadido por un cansancio que lo aplasta en la silla.

“¿A qué le temes, David?”, le pregunta Maya después de un prolongado silencio.

“Es como si lo que leí en el guión lo hubiese vivido antes, pero no una vez sino muchas veces, con diferentes anécdotas, aquí es Egipto pero fueron otros lugares, no sé cuántos. ¿Qué quiere decir esto?”.

“La impresión que sientes no es errada, por algo sientes lo que sientes.

Este guión te ha movilizadado de tal manera porque has reconocido en tu inconsciente experiencias de otras vidas, reviviendo lejanos pactos en otros tiempo y espacios, y ahora regresan a cobrarse el pago que les prometiste”.

“¿Entonces, no estoy loco? ¿Es real todo esto? ¿Por qué no termina este ir y venir?”

“Porque no quieres, porque en cada vida vas por más y sigues pactando, y la deuda va aumentando”.

“Estoy en pánico, Maya. Los perseguidores me acosan”.

“David tranquilízate, esto no es más que una película y si quieres ponerle fin solo tienes que dejar de filmar.

¿Qué es lo que quieres, David? No me refiero a tu vida profesional sino al que está atrás de esa vida sufriendo por todas tus fantasías, fantasías que vienen de ese esclavo y de mucho más atrás.

Todavía no puedes entender lo que te digo, pero ya llegará el tiempo en que puedas hacerlo.

Cuando quieras puedes regresar a verme”.

Umberto Eco no pudo ocultar su satisfacción cuando recibió la invitación a una cena con un selecto grupo de empresarios, políticos y periodistas italianos en uno de los más elegantes restaurantes de Munich. La finalidad de esta invitación era conocer su opinión acerca de la guerra de Irak y las consecuencias de la participación que Italia había tenido en la misma y el motivo de su satisfacción era que podía, en un mismo acto, hacer gozar a su estómago y a su vanidad.

El dueño del restaurante, después de reconocerlo y expresarle que era un honor recibir a tan prestigioso escritor, lo acompañó a un discreto reservado donde lo estaban esperando sus anfitriones.

“Este es un vino de 4 uvas”, se dijo a sí mismo Umberto cuando saboreó la copa que gentil y respetuosamente le ofreció uno de los asistentes a modo de recepción.

“Profesor Eco, en primer lugar queremos agradecerle que haya accedido a nuestra invitación cuando sabemos que sus ocupaciones son múltiples, y su tiempo muy valioso”.

“Señores, tengo que decirles que el agradecido soy yo, pero quiero dejar en claro que este agradecimiento no solo es personal, sino de todo el mundo intelectual que en este momento represento en mi humilde persona.

Lamentablemente los decisores políticos del mundo actual ignoran a los intelectuales y los aportes de reflexión, o por lo menos de sentido común, que los hombres de pensamiento pueden ofrecerle antes de lanzarse a sus locas aventuras bélicas.

El presidente norteamericano, en su ignorancia, creía que cuando sus tropas invadiesen Irak los iraquíes que iban a ser liberados del dictador Saddam Hussein saldrían a festejar esa liberación, que traducirían en grandes shoppings, porno-shows, casinos y todos los beneficios que la superioridad de la civilización occidental ha logrado y de la que quiere hacerlos partícipes. Por lo tanto le entregarían gustosos el petróleo, la posición estratégica en la región y algunos dudosos negocios de la reconstrucción, en los que se prendió nuestro invaluable Berlusconi.

¿Y el Islam? Bien, gracias. ¿Qué es eso del Islam? Seguramente querría saber G. W. Bush cuando escuchó por primera vez la palabra. No nos olvidemos que siendo gobernador, en una entrevista periodística, creyó que los talibanes eran un conjunto de rock. Un tiempo después invadiría Afganistán.

Cuántos dolores de cabeza se hubiera evitado si entre sus asesores hubiese tenido alguno informado de la historia del Islam, de la mentalidad musulmana.

Esta es la razón por la que les agradezco que me hayan invitado, el reconocimiento a los intelectuales que, creo, todavía podemos decirle algo a los hombres que gobiernan desde la política, las empresas, o guían la opinión de la comunidad con las letras que escriben en los periódicos”.

Los aplausos de los asistentes coincidieron con el ruido de los platos y cubiertos porque se estaba sirviendo la entrada.

“Ataque sin miedo, profesor”, se escuchó decir a alguien y Umberto Eco, que nunca le tuvo miedo a la comida atacó con coraje ese delicioso manjar que tenía ante su vista.

La comida había reemplazado a las palabras, pero como era una invitación que tenía por propósito hablar, un hombre con aspecto de empresario se dirige al ilustre escritor italiano.

“Profesor Eco, ¿qué edad tiene usted? Seguramente ya ha atravesado largamente la barrera de los 70”.

Umberto, sorprendido por la intempestiva pregunta, simulando una sonrisa de indiferencia comenta:

“Seguramente me lo pregunta por la experiencia vivida, la sabiduría adquirida, los consejos que un hombre de mi edad puede dar”.

“No profesor, se lo pregunto porque ya se le va acabando el tiempo y se acerca a la frontera de la muerte”.

Ahora sí que Umberto está desconcertado y posiblemente por primera vez en su vida no tiene una respuesta rápida e ingeniosa, lo que aprovecha otro personaje, seguramente un periodista por lo incisivo de su comentario, para decirle:

“¿De qué le servirá en la muerte, profesor Eco, todo lo que ha dicho y escrito?”. Otra voz se sucede a la del periodista. “No crea nada, profesor, ni de sus palabras ni de sus escritos, porque jamás habló ni escribió usted”.

Umberto se atraganta con los fiambres y toma con ansiedad la copa de vino como para calmar sus nervios y encontrar una respuesta, pero los comensales se ponen cada vez más duros.

“Si usted supiera, profesor, por lo poco que vendió su alma estaría aterrado”, salió una voz del extremo de la mesa, mientras otro asistente le muestra su conciencia llena de monstruos.

Ahora escucha una voz esperanzadora.

“Siempre está a tiempo de renunciar a los pactos y volver al Padre”.

“Umberto tiene que saber que la muerte es el comienzo de un sufrimiento peor que el que se experimenta en la vida”.

Umberto tiene la visión de una planicie helada y comprende que ese es el estado de su corazón.

De pronto alza la vista y ve a los otros comiendo y haciendo comentarios en voz baja, mira su plato y asombrado observa una pasta a la bolognesa a medio terminar.

“Profesor Eco, lo vimos tan enfrascado con su comida que no lo quisimos importunar con nuestras preguntas”.

¿Todo eso fue un sueño? ¿Una visión? Respira aliviado y más distendido responde.

“Está tan exquisita esta pasta que me pareció una irreverencia dejar de disfrutarla para usar la boca en decir cosas que quizás no sean tan importantes”.

“Por favor, profesor, lo que usted dice siempre es importante”.

Y así Umberto Eco sigue hablando de Irak, la imposibilidad de sostener una guerra prolongada por los intereses contradictorios que entran en juego, por ejemplo las empresas de construcción encargadas de reconstruir lo destruido y las compañías de aviación que viajan a los lugares en conflicto alimentando la industria del turismo que ahora está en crisis.

Y Umberto Eco habló del papel de la prensa, de la situación de Europa ante las inmigraciones africanas, del rol de Italia en el mundo, de la novela como el escape a otras realidades cuando la presente empieza a aburrir, y de muchas otras cosas más, hasta que llegaron los postres para terminar finalmente brindando con una copa de champagne.

Los anfitriones agradecieron ceremoniosamente la presencia del filósofo y el dueño del restaurante lo acompañó hasta la puerta, mientras en la calle lo esperaba un taxi para llevarlo a su domicilio.

Cuando quedaron solos, los comensales y el dueño del restaurante comenzaron a reírse alegremente. En realidad eran los Rishis Narada, Gosukti, Parvata, Prayaga, Mada, Ausasya, Vivasvant, Ishwaku, Parashava y Purvasa.

¿Volar es la palabra? No hay palabras cuando se va más allá del mundo, se atraviesan mundos, mundos que son estados del alma y se llega, aunque llegar es una palabra connotada de tiempo, pero no hay otra para expresar que se está viviendo en Xanti.

En la Tierra era un integrante del mandala de convocantes y ahora soy el que soy en Xanti y Xanti es un universo que nace en el alma.

Allí están recibíendome los elefantes Mahabathu y Mahabharatu, ellos son los anfitriones que reciben en Xanti a los recién llegados de la Tierra.

Voy caminando entre los dos elefantes y al terminar el camino el tiempo se ha detenido, solo se puede percibir una presencia muy poderosa, muy envolvente, que limpia hasta el último vestigio de impureza.

Los elefantes me han guiado por un camino ya conocido, y me seguirán acompañando hasta que llegue al destino final.

“¿Es posible permanecer en Xanti, no salir nunca de Xanti?”, le pregunto a los elefantes.

Y los elefantes me responden:

“Es posible siempre y cuando estés siempre en la presencia del Padre”.

Una Voz, la del Padre, me pide llame a San Buenaventura.

No me atrevo a mirar más que sus pies sangrantes, lo otro lo intuyo como atroz.

San Buenaventura no puede llegar a Xanti porque tiene primero que purificarse de las obras, de su vida, de su entorno, de su simulacro.

Entonces los Rishis que están llevando a cabo esta experiencia, Vyasa, Asita, Devala, Ulloyatayana, Jitvan Salini, Yajñavalkya, Udanya Saulvayana, Barku Varshan, Ashtravraka y Ramasa lo llevan a una primera purificación en el plano astral.

Ante mi resistencia a colaborar con la ayuda a San Buenaventura, y el negarme a verlo señala el rechazo, no atreverme a presenciar lo monstruoso, la Madre Divina, amorosamente, me reprende.

“Es en estas situaciones que no te gustan porque hieren tu sensibilidad y desequilibran tu vibración, es cuando más debes entregarte a lo que El Padre te pide, y para eso debes llamarme porque yo todo lo puedo, todo lo transformo”.

Y la Madre Divina es la energía de la vida divina, la vida que emerge como el loto del pantano.

Por eso donde había sangre ahora hay flores.

San Buenaventura no es más que un humano en el infierno, y cada conciencia es un universo con muchos otros universos en su interior, y su universo es un infierno más de todos los infiernos.

San Buenaventura tendrá que ir purificando todos sus universos infernales hasta que pueda ser llevado a un altar en Xanti, aunque esto es una metáfora, porque Xanti es todo altar y en ese altar que es Xanti las almas se ofrendan al Padre.

La Madre Divina convirtió la sangre de los más oscuros sacrificios en flores para que perfumen las almas que lleguen a Xanti.

“¿Por qué fracasé –se pregunta Dionisio el Aeropagita– en el mensaje que El Padre me pidió que transmitiera?”.

El mensaje lo dio mi ego y no mi alma”.

“¿Quieres quedarte con el ego o ir a Xanti conmigo?”, pregunta el alma.

Dionisio acepta ir con la Madre Divina mientras el ego se queda para ser transmutado por los Rishis.

El alma atraviesa muchos velos hasta que ya sin condicionamientos se abre en una galaxia.

La Madre Divina lo recibe en Xanti.

“Mi hijo muy querido”.

“He vuelto”, le dice Dionisio.

San Jorge está sobre un jazmín, el jazmín lo lleva a Xanti y en Xanti desaparece.

19 de Junio

El equipo suizo dirigido por Jakob Kuhn va cumpliendo sus planes para lograr la clasificación a los octavos de final. Logró sacar un punto contra Francia, el equipo con mayores laureles en la zona, y ahora no tuvo problemas para vencer a la digna selección de Togo que debe afrontar en este Mundial confrontaciones para las que no está ni remotamente preparada, y esto lo reconoció su conflictivo técnico Otto Pfister cuando afirmó que la mayor expectativa que tenía con su equipo era no perder todos los partidos.

El planteo de los suizos fue tener como eje a Ricardo Cabanas, que buscaba por izquierda a Ludovic Magnin, pero éste, a pesar de la libertad que le daban los hombres de Togo, no lograba establecer un fructífero contacto con Alexander Frei, que era el designado para concretar en la red de Kossi Agassa.

En Togo todo giraba en las rescatables actuaciones de Mohamed Kader y Emmanuel Adebayor, pero que terminaban frustrándose ante la inoperancia de sus compañeros.

Le bastaron a los suizos 16 minutos y el gol llegó cuando Alexander Frei por primera vez entró en contacto con la pelota en el área chica ante un pase de Tranquillo Barletta.

Otto Pfister decidió el cambio de Kuami Agboh, reemplazado por Mustafá Salifou cuando transcurrían los ´25 de la primera etapa, logrando que el reemplazante le diese otro impulso a su equipo, que a pesar de lanzarse a campo rival fue inofensivo cuando tenía que concretar.

Al comenzar el segundo tiempo el equipo suizo se decidió a controlar la pelota y Philippe Senderos se encargó de neutralizar los intentos de Mohamed Kader y Emmanuel Adebayor.

Suiza, con el aporte de Tranquillo Barletta y Alexander Frei se convirtió en un amplio dominador, pero tuvo que esperar hasta los ´43 para que Tranquillo Barletta concretase el segundo gol, y con ese 2 a 0 la tribuna suiza pudo relajar sus nervios.

El Rishi Syavaka, a la salida del estadio de Dortmund, donde Suiza sepultó las esperanzas de Togo, se acerca a la escritora togolesa Christiane Techotcho Akna Eké, y presentándose le dice que se ha sentido impactado por su novela **Le crime de la rue des notables**.

Christiane se siente halagada por saber que es leída, “tal vez en otras galaxias”, piensa por el aspecto no terrestre de su admirador, y mientras van caminando le dice:

“El título es un tanto metafórico, lo que trato de expresar en mi libro es la decadencia de todos los arquetipos ejemplares que operan en el mundo, como el fútbol, por ejemplo.

Este ocultamiento de la verdad a través de estos falsos arquetipos es a lo que denomino crimen.

No sé si algún punto mis lectores pueden asomarse a este mensaje pero traté con mi escritura de ser lo más clara que pude”.

“¿Crees que África es la víctima de este crimen?”, inquiera el Rishi.

“En verdad no solo África, quise ir mucho más allá”.

“¿Dónde está ese más allá?”.

“Es el más allá que el crimen oculta, está fuera del mundo y de lo que los hombres creen que son.

Es algo muy lejano y cercano al mismo tiempo, depende del punto en que se lo mire”.

“¿Hablas de otros mundos, por decirlo de algún modo, infernales y celestiales?”.

“A esta altura de mi vida, o mejor de mis vidas, aprendí a conocer donde debe vivir cada cual, y no pueden compartir el mismo espacio seres de naturaleza diferente”.

“¿El mundo es infierno supones porque comparten el mismo espacio almas y demonios?”.

“Así lo veo, esa es la conciencia de lo cotidiano como infierno, el infierno es esa mezcla imposible que provoca el desequilibrio, el sufrimiento interminable, el giro de vidas y muertes”.

“¿Y algún día el alma se liberará de los demonios?”

“Estoy segura que el día que el hombre aprenda y conozca la verdad, la verdad de su alma y la mentira de sus demonios que lo tienen dominado, ese día podrá empezar la liberación”.

“¿Conoces el Plan de los Rishis que vienen a ayudar al hombre a concretar el reconocimiento del alma y el retorno al Padre?”.

“Estoy muy interesada en que este proyecto se lleve a cabo y no tengo dudas de su éxito”.

“¿Cómo piensas a África en este proyecto?”.

“África posee contenidos muy oscuros, de todas maneras la gran irradiación de este Plan hará posible aminorar esta oscuridad”.

“No es común que los intelectuales estén interiorizados de este Plan”.

“Tengo una actitud muy particular ante el misterio del sufrimiento de la vida, y esto me llevó a buscar otros estados de conciencia que, intuía, se encontraban en mi interior profundo, y allí el Plan me fue revelado”.

“En esta experiencia recogimos la opinión de intelectuales, poetas y hasta de políticos negros, pero el tema se centró siempre en la relación de África con el Occidente blanco, si debía aspirar a integrarse a esa civilización o debía encontrar su propio camino para salir de la miseria.

Hubo quienes aspiraban a que África se transformase en un eslabón más de la cultura hegemónica, incorporando a esta su propia tradición que la enriquecería o debía refugiarse en su propio mundo que consideraban irreductible al del blanco.

Pero tu lenguaje es diferente, estás hablando de una realidad que como dijiste está más allá de África y Europa”.

“Te dije que mi vida es una búsqueda y mi escritura una metáfora de esa búsqueda.

Y en esa búsqueda me encontré en zonas muy profundas de mi inconsciente con un ser que vivió antes que yo y su lucha consistió en diferenciarse de los otros, ser poderoso y reconocido a cualquier precio.

Esto le valió mucho sufrimiento, decepciones, y lo peor fue cuando comprendió que nada por lo que había luchado tenía sentido.

Yo no quise repetir esa historia, que también fue la historia de mis muchas vidas, ahora como te dije mi búsqueda es otra y esa búsqueda me abrió la conciencia a ese más allá, a ese horizonte desde donde otra mirada puede ver con una mirada compasiva el inútil sufrimiento del hombre, no solo del africano sino de todos los hombres, producto del engaño en que viven. Salir de ese engaño es el único sentido”.

“Gracias, Christiane, es muy claro lo tuyo”, la alentó el Rishi Syavaka, despidiéndose con un beso en la mejilla de la escritora togolesa, mientras la multitud se iba disolviendo por las calles de Dortmund.

En la tribuna de Suiza el **Aleph** muestra a un hombre muy enojado.

“Pueblo de mediocres relojeros e infames banqueros, porque me ignoran a mí, el más grande de los suizos.

Roger Federer en este mismo lugar estaría firmando autógrafos, y yo, totalmente ignorado, Philipus Aurelius Theophrastus Bombast von Hohenheim, que en el Renacimiento prefería llamarme Paracelso por estar más allá de Celso, aquel romano del siglo I, descubierto su tratado de Medicina en la época del Papa Nicolás V e impreso en Florencia en 1478, y lo compararon a Hipócrates y Galeno, bueno, yo el médico y alquimista Paracelso soy más grande que Celso, fui médico itinerante por Europa y Medio Oriente, profesor de Medicina en Basilea donde condené a fuego las obras de Galeno y Avicena.

“No te quejes Paracelso, pasajera es la gloria del mundo”, lo interrumpe una voz que el alquimista reconoce como la del maestro Yukteswar.

“Maestro Yukteswar, qué alegría”, exclama Paracelso descendiendo unos escalones para abrazarlo.

“¿Qué haces aquí, Paracelso?”.

“Tratando de entender esta alquimia entre blancos y negros, pero me resulta demasiado novedosa y misteriosa, no te olvides que mi alquimia opera en el Renacimiento”.

“Y muchas cosas pasaron y están pasando desde entonces”, le dice el maestro Yukteswar con un tono misterioso.

“Maestro, por qué no dejamos este ridículo estadio, total el partido ya terminó, y vamos a mi castillo astral en los Alpes suizos, donde estoy residiendo desde mi muerte”.

“Me parece una magnífica idea”, aprueba el maestro Yukteswar y ambos ingresan en una corriente de energía que rápidamente los traslada al castillo de Paracelso”.

“Tengo entendido que continúas con tus experiencias alquímicas”, comenta el maestro Yukteswar después de la opípara cena, digna de un príncipe renacentista con que lo obsequió el alquimista.

“La vocación nunca se pierde, sabes bien que con la medicina solo encubrí mi verdadera actividad que fue la alquimia, era un modo de legitimarme y ocultar mis investigaciones, ¿quién podría cuestionar al médico que determina la causa del bocio y utiliza compuestos de mercurio para tratar la sífilis?”.

“Me parece que tu encubrimiento fue muy inteligente, pero ¿por qué no me muestras tu laboratorio alquímico?”.

Paracelso asiente y junto con el maestro descienden por una tortuosa escalera de caracol que desemboca en un extraño lugar donde solo hay energías en transmutación en diversos grados de oscuridad.

Paracelso, orgulloso, le pregunta al maestro “¿qué te parece?”, y sin esperar la respuesta le señala una energía en ebullición que se encuentra protegida por una probeta constituida por una sustancia que no es de la Tierra.

“En cualquier momento lograré crear un demonio”, comenta entusiasmado el alquimista.

El maestro observa como todas las energías se van transmutando de oscuro a oscurísimo en los procesos demonizantes.

“¿Todo funciona a la perfección en tu laboratorio de alquimista, Paracelso?”, le pregunta Yukteswar como al descuido.

“Ah, viejo amigo, no he podido aún después de todos estos años, de toda esta alquimia, de toda esta energía demoníaca, ennegrecer aquel pétalo de flor de loto que me diste aquella vez, hace tanto tiempo.

Puedo manejar todas las energías, llevarlas de un lado al otro, desatar enfermedades y curarlas, provocar tormentas y catástrofes y controlarlas, no te quepan dudas que soy el mejor alquimista del mundo terrestre, pero el Gran Demonio no me acepta porque no logro ennegrecer este pétalo de loto que esa vez me diste.

Por favor, llévatelo así puedo concluir mi tarea”.

“No puedo llevármelo, Paracelso, porque ese pétalo no me pertenece, es tuyo, y contiene una gota de la Gracia del Padre en la Tierra.

Con esa simple gota, Paracelso, comenzarás a transmutar las negras energías de este lugar, las del castillo, las de tu país.

Lo harás, Paracelso, porque no puedes convertirte en un demonio, ya renunciaste a esa posibilidad, aunque ahora lo hayas olvidado, cuando aceptaste que el pétalo estaba dentro tuyo.

Paracelso, transmutarás tu alquimia negra y te convertirás en un hombre santo”.

El maestro Yukteswar abandona el castillo y Paracelso comienza su alquimia de conversión.

Si en este momento, en esta tribuna del estadio de Hamburgo, en medio del fervor de los pulcros ucranianos que festejan como el equipo de su selección, de nuestra selección digamos, pasó como una aplanadora por encima a los pobres muchachos de Arabia Saudita con un inapelable 4 a 0, con goles de Andriy Rusol a los 4 minutos del primer tiempo y de Sergei Rebrov a los 36 de la misma etapa, afianzando el marcador en el primer minuto del segundo tiempo el famoso Andreiy Shevchenko y culminando a los 39 Maksym Kalinshenko, y como dicen los que entienden de este deporte, no hubo equivalencias en el juego, bueno, decía que si en este momento alguien me llamase por mi nombre, Liev Davidovich Bronstein, nacido en Yanovka, Ucrania, el 26 de octubre según el calendario Juliano prerrevolucionario de 1879, y si la fecha la pasamos al Gregoriano nos da el 7 de noviembre, creo que nadie se daría vuelta porque nadie me reconocería.

Antes de seguir, como siempre tuve predilección por los débiles, aunque en este caso los débiles son unos miserables capitalistas petroleros, pero débiles al fin, quiero destacar por parte de los sauditas a Redha Tukar y a Yasser Al Kathari que hicieron lo que pudieron, que por supuesto fue bien poco, pero qué le vamos a hacer, el fútbol no tiene nada que ver con estos muchachos.

Sigo con lo que les estaba relatando, disculpen pero en la muerte nadie me exige la precisión que se me exigía en la vida, como cuando tuve que escribir la **Historia de la Revolución Rusa** por ponerles un ejemplo.

Bueno, para precisar, si alguien en esta tribuna me gritase “León Trotsky”, muerto en Coyoacán, México, el 20 de agosto de 1940, asesinado por Ramón Mercader, entonces no creo exagerar, la multitud de fanáticos ucranianos festejaría mi presencia.

No es vanidad, pero ¿quién no escuchó hablar de León Trotsky? Aún hoy, cuando recorro las ciudades del mundo, me encuentro con pequeños partidos que me reivindicán y sueñan con la revolución que yo también algún día soñé.

¿Saben qué comprendí en mi muerte y que ningún revolucionario vivo comprende? Comprendí que la única revolución que triunfa es la que sigue siendo soñada y las revoluciones que fracasan son las que en algún momento creen haber triunfado.

Ningún revolucionario debería permitir que su sueño se haga realidad, y cuando hablo de sueños no me refiero a los sueños que sueña la burguesía y que tan bien describió Sigmund Freud, sino a los sueños revolucionarios que sueñan un hombre y una Tierra diferente.

Stalin era un hombre que no tenía capacidad de soñar, por eso quiso robarme mis sueños y me deportó, primero a Kazajstán, me expulsó después de su revolución que ya había fracasado al querer hacerla real y después me mandó matar en México.

Pero un hombre que no sueña no puede robar los sueños de un soñador, por eso seguiré soñando el sueño incumplido y siempre triunfante de mi revolución.

De tanto en tanto me encuentro en la selva boliviana para charlar y tomar unos mates con el Che Guevara, otro revolucionario que triunfó definitivamente cuando lo mataron en Higuera, como a mí me mataron en Coyoacán.

“¿Sabes, León, por qué fracasó Fidel? Porque es una carne vencida que ya no sueña y al no soñar no puede tener una muerte heroica.

¡Qué triste para alguien que alguna vez soñó con la revolución, tener que morir algún día, quizás en una terapia intensiva!”.

Y yo comparto plenamente el lamento del Che, por eso sigo convocando a todos los soñadores revolucionarios del mundo que sigan soñando, porque como dijo un personaje de Shakespeare, estamos hechos de la materia de nuestros sueños.

Ahora déjenme soñar que Ucrania saldrá campeón en este Mundial 2006, porque Ucrania campeón también es parte de mi revolución soñada, pero antes les dejo un enigma. ¿Por qué elegí

llamarme Trotsky, que era el nombre de uno de mis carceleros cuando fui deportado a Siberia, durante el régimen zarista?

Traten de resolverlo mientras yo sigo soñando con mi revolución.

Hussein Shawbakshi tiene muchos problemas en su país, Arabia Saudita, porque se enfrentó a los ulemas a quien acusó de haber estado disfrutando durante mucho tiempo de privilegios y estar asustados ante la influencia de la televisión y de Internet.

A Hussein no solo se le prohibió escribir en el diario *Okza* después de haber escrito un artículo donde manifestaba su aspiración al voto libre, la discusión sobre los derechos humanos y que las mujeres conduzcan automóviles, sino que también recibió amenazas de muerte.

Ahora está mirando la derrota de su selección cuando se le acerca el Rishi Kripa y después de presentarse le dice que le interesaría conocer su opinión sobre el Islam actual.

Gustosamente, Hussein responde:

“El Islam no es actual o no actual, el Islam es una forma de ver el mundo y un modo de vivir”.

“¿Por qué esa mirada es reactiva a Occidente?”, pregunta el Rishi.

“Esto es lo que los ulemas no comprenden porque creen que son los únicos que pueden interpretar el Islam, los únicos que tienen la mirada cierta sobre el Islam y temen a todo lo nuevo, pero se equivocan porque creen que Internet puede afectar el Islam cuando en verdad a los únicos que puede afectar es a ellos, a sus intereses.

Si se tiene una mirada sólida y convencida sobre el sentido de Islam, ¿por qué algo externo podría afectarlo?

Si temo a Internet es porque no estoy seguro del Islam.

Si temo a los derechos humanos, es porque no creo en el Islam.

Si temo la libertad de las mujeres, es porque no entendí el Islam.

Los ulemas no hablan del Islam sino de su poder político en Arabia Saudita.

Yo soy descendiente de uno de los pueblos más antiguos que existen sobre la faz de la Tierra y cuando la sabiduría del Islam se derramó sobre él permaneció más allá de las humanas desviaciones con que muchas veces fue tergiversado.

El Islam fue el Islam antes de Internet, la televisión, de la radio, de los teléfonos, de la electricidad, y pregunto, ¿qué temen los ulemas?

¿Cómo tecnologías hasta infantiles pueden modificar el espíritu profundo del Islam?”.

“Te pregunto, Hussein –le dice el Rishi– ¿en qué consiste esa mirada?”.

“Es una forma de interpretar al hombre como canal de la divinidad y a las acciones del hombre como las acciones de Alá”.

“¿Entre esas acciones se incluye la violencia de la *Jihad*?”.

“No, en la mirada verdadera del Islam el hombre no actúa por sí sino por un mandato divino. Fácil es comprender que la *Jihad*, tal como se la entiende, no puede provenir de ningún mandato divino sino de una actitud irracional de un grupo de fanáticos que solo busca un oscuro poder en el mundo”.

“¿Qué piensa el pueblo islámico de la *Jihad*?”.

“La mayoría no entiende estas acciones, está confundido cuando algunos religiosos la alienan, pero desde algún lugar interior desconocido por ellos mismos, la rechazan. Saben que el Islam no es eso, así me lo han dicho simples hombres y mujeres del pueblo”.

“Conoces, Hussein, que hubo maestros sufíes que entendieron la *Jihad* como una guerra interior. ¿Está vigente en algunos esta visión?”.

“Por supuesto, en el Islam místico, lejos de las noticias que pueden llegar a Occidente, lejos de la locura de los coches-bomba, en los templos, en las casas, en los campos, hay hombres y mujeres que oran muchas veces a diario, procuran seguir una vida correcta, luchan contra los demonios de la mente, porque aunque no lo puedan definir con palabras esa es la verdadera *Jihad*.”

Occidente no es un problema para el Islam profundo, Occidente es un problema para un grupo de hombres sedientos de poder político

Así como no se puede confundir la India política con la India mística, tampoco debe confundirse la guerra geopolítica que llaman *Jihad*, porque éste es el nombre árabe de la guerra interior que los islámicos venimos librando desde hace muchos siglos”.

“Gracias, Hussein, tu visión del Islam, que sin duda es la verdad del Islam, será parte de un relato publicado en Internet y servirá para aclarar muchas confusiones que existen en Occidente sobre este tema”.

“El agradecido soy yo, o dicho con mayor verdad, como instrumento de la divinidad, el agradecido es el Islam”.

Nadie lo podía creer, ni los españoles ni los tunecinos, cuando a los 8 minutos del primer tiempo Jawber Muari, después de una jugada de Ziad Jaziri que lo habilitó descolocando a la defensa de España, ponía a su equipo en ventaja ante la impotencia de Iker Casillas, que veía desconsolado la pelota en el fondo de la red.

España parecía deambular sin rumbo y solo atinaba desesperadamente a rematar desde lejos. Mariano Pernía tuvo en sus pies muchos de estos inútiles intentos, hasta que por fin terminó para los españoles ese tiempo que parecía interminable.

Luis Aragonés decidió tomar el toro por las astas y a los pocos minutos del período final ya había hecho los cambios reglamentarios, Cesc Fabregás por Senna, Raúl por Luis Garcia y Joaquín por David Villa.

Los cambios surtieron su efecto y a pesar que Túnez se cerró bien en el fondo, Cesc Fabregás comenzó a controlar el juego y llegó a darle un sofocón al arquero Ali Bourmjel.

A los ´25 el estallido de la tribuna de España se escuchó en todo Stuttgart, cuando Raúl decretó el empate. Y 6 minutos después, cuando corrían los ´31, Fernando Torres, el mejor jugador del equipo español, le dio un alivio definitivo a su parcialidad cuando concretó el segundo tanto. Ya el partido estaba por expirar cuando Torres, esta vez de penal, a los ´45, sepultó definitivamente las esperanzas tunecinas con ese merecido 3 a 1.

Javier Cercas, si bien aplaude y festeja el triunfo español, mantiene cierta distancia del desborde de sus connacionales, y es explicable. Este escritor, profesor en la Universidad de Gerona, columnista de *El País* de Madrid y consagrado como novelista con **Soldados de Salamina** y ahora elogiado por **La velocidad de la Luz**, su quinta novela, no es proclive a las euforias públicas.

Para Javier, si bien el fútbol lo divierte, el eje de sus preocupaciones tienen un horizonte metafísico, tales como la reflexión sobre el mal y la condición humana.

“¿Qué te pareció el partido?”, le pregunta el Rishi Visvakarma, como una excusa para abrir la conversación.

“Primero el sufrimiento, después la euforia, luego necesariamente volverá otro sufrimiento, este es el inexorable círculo del fútbol que no hace otra cosa que reproducir el círculo de la vida, del hombre, de la humanidad”.

“Javier, tu afirmaste que el artista es el que vuelve visible lo que ya es visible y todos miran pero nadie puede, sabe o quiere ver. Busqué leer los silencios de tu obra, y sospeché que querías hacer visible un Occidente que nadie puede, sabe o quiere ver”.

“Occidente, expandido y globalizado es su materialidad, es una parte insignificante del mundo espiritual.

Es una civilización organizada para no saber, y esto es lógico porque fue la organización más lograda para ocultar cualquier forma de verdad.

Como escritor trato de entender qué dicen los hombres, y no dicen nada esencial. Occidente es algo como una civilización al revés, un hombre que nada sabe de si mismo y quiere saber del mundo y termina enajenado con los mundos artificiales que construye con las fuerzas oscuras del capitalismo, la ciencia y la técnica.

¡Qué lejos estamos de nosotros mismos!”.

“¿Tiene destino Occidente?”, le pregunta el Rishi.

“Una pregunta tan simple y una respuesta tan trágica.

Occidente es un alud bajando de la montaña , imparable, sin rumbo, sin destino.

Occidente es una civilización que no se sabe dónde quiere llegar, por eso al único lugar que puede llegar es a la catástrofe.

Tal vez solo una situación terrible que conmueva al hombre puede cambiar ese destino, como algo que lo toque muy a fondo y pueda empezar a darse cuenta, que empiece a preguntarse sobre si mismo, acerca del sentido de su vida, de su propia esencia”.

“¿Y cómo te imaginas esa situación terrible?”.

“Algo así como un tsunami planetario”.

“Piensas la conmoción como algo que tiene que provenir de afuera. ¿Pero cuántas conmociones ocurrieron en la historia y nada cambió en el interior del hombre? Solo piensa en la Segunda Guerra Mundial, y la respuesta fue la sociedad de consumo.

Tiene que ocurrir algo que desestabilice al hombre desde otro lugar. ¿Puedes, Javier, pensar las cosas en términos de energía?”.

“Sé que existen las energías, pero no he logrado encontrar ese punto donde las pueda articular con mi visión del mundo, no te olvides que soy un occidental racional e individualista y me cuesta entender un sistema de energías impersonales que arman esto que llamamos realidad”.

“Entiendo, Javier, tu límite, piensas que la salvación o la condena viene de afuera, y el hombre condenado en su ceguera puede salvarse con un impacto que conmueva las profundidades de su ser.

Pero Javier, ¿quién es ese al que llamas hombre?

¿Quién es el que tiene que darse cuenta y de qué tiene que darse cuenta?”.

“Maestro, esto es entrar en el camino espiritual y es un mundo que me excede”.

“¿No crees que hay algo más allá del hombre y los tsunamis?”.

“A ese más allá me lleva todo lo que veo, todo lo que no comprendo y no puedo negarlo, pero cuando quiero entrar en él me encuentro con una roca que me lo impide”.

“Tu error, Javier, es que crees que tienes que atreversar la roca, solo tienes que detener esa imaginación que crea la roca y la roca desaparecerá”.

“Me tendré que replantear las preguntas y las respuestas que siempre me dí”.

“Y así, Javier, encontrarás una verdad que nada tiene que ver con el preguntar y el responder.

Pero vamos, festeja el triunfo de España que ya llegará el momento de llorar la derrota”, le dice, profético, el Rishi mientras desaparece de la tribuna.

Amina Said, la poetisa tunecina mira en la tribuna a ese pueblo de Túnez agobiado por la derrota ante España, y canta:

*Oh, mi raro pueblo,
un elefante alumbrando un tambor,
un tambor a la luz de una luna,
la luna que recostada alguien tiñó de rojo.
Ese rojo que era de muchos dioses,
ve raíces en la Tierra,
como grandes baobabs de enredadas raíces,
y una sola copa,
y en lo alto de la rama una sola estrella,
un solo Dios y un solo profeta.
En África el Islam es ese árbol.*

Amina le dice al Rishi Pautismashya que está a su lado.

“Un monoteísta se alimenta de dioses arcanos.

Tal vez un día venga alguien que quiera cortar el árbol o cambiarle de color.

Entonces deberán montarse sobre los viejos dioses, sobre las ramas, sobre la estrella, sobre el Dios y sobre su profeta.

Nadie piensa en todo esto, esta mirada sobre el mundo simplemente está.

Tal vez un día, en realidad yo sé que será muy pronto, una nueva energía nutrirá las raíces del enorme baobab, y así como una vez desde África partió la civilización, desde África partirá la salvación”.

“Gracias, Amina”, le dice el Rishi Pautismashya.

A Michel Foucault se le rompe la sonrisa cuando entra al consultorio de Jacques Lacan, y una tormenta lo agita con una angustia inexpresable e incontenible. ¿Cómo decir con palabras el doloroso vahido que espanta a la mente ante la representación de lo inesperado?

Lacan se levanta de su sillón y corre hacia su paciente, ayudándolo a que no se desmorone en el piso, y casi arrastrándolo lo lleva a sentarse.

Cuando se asegura que ya no hay riesgo Lacan vuelve a su sillón y le dice:

“Sepa disculparme doctor Foucault, pero usted ya ingresó en el infernal tiempo del recuerdo, esto es irreversible y hay que seguir hasta el final”.

Allí, hundido en una nebulosa que se va disipando, insinuando un rostro clausurado en el instante de la muerte, con los ojos rojos, desorbitados, que solo podían mirar el rojo de su odio y la carne que alguna vez fue belleza, ajada y podrida, y el cuerpo ya disuelto en el tercer sillón del consultorio, allí estaba nuevamente él, apareciendo en la muerte, ese febril amante que alguna vez le permitió abrir las compuertas de su triste e inevitable soledad, pero él, Michel Foucault, padecía una soledad tan intensa que solo podía abandonarla para entregarse al aniquilamiento, el otro era aceptado como víctima para permitirse el placer consumado en el frenesí de la destrucción, y allí en ese sillón estaba él, Hervé Guibert, amigo, amante, víctima y victimario, mostrando los estragos de ese demonio feroz al que piadosamente llaman Sida, ese demonio que él, Michel Foucault, quiso compartir como el único acto de amor posible, la única entrega que los llevase a compartir sus muertes, a unirse en el gozo final de la maléfica pasión.

Allí estaba Hervé Guibert mirándolo con un reproche que es mucho más que el odio que lo consume, el reproche que escribió y publicó para condenarlo ante los que todavía vivían y que lo nombraba a él, a Michel Foucault, como el amigo que no le salvó la vida.

Lacan dice profesionalmente.

“Creo que están de más las presentaciones”.

Foucault pasa por alto la ironía del terapeuta y se dirige a su amante.

“Hervé, debes comprender que no podía actuar de otro modo, debía compartir aquello que me pesaba y que me hablaba con su voz ronca y tortuosa, me hablaba, Hervé, de mi muerte.

No entiendo, Hervé, tu queja. ¿Acaso no te reías y disfrutabas cuando te confesaba mi fascinación por la energía suicida?

¿Recuerdas el interés con que me escuchabas cuando te hablaba de la muerte y la preparación al suicidio como el eje de la vida? Yo sí recuerdo, Hervé, tu mirada de intenso gozo.

¿No aceptaste subyugado mi filosofía del conocimiento clandestino? ¿No me decías que querías ser partícipe de ese conocimiento cruel, que tiene el poder de transmutar la vida en muerte degradada?

Yo sí recuerdo, Hervé, el placer que te producían mis palabras cuando te contaba mis aventuras en las casas de baño de San Francisco, las orgías de tortura, las exquisitas agonías, del dolor del cuerpo fundido en placer por la sabia alquimia del erotismo.

No era material para alguna de tus novelas mis palabras que te hablaban del éxtasis de contagiar y ser contagiado, porque te estaba hablando de amor Hervé, y te entregaste amigo, te comprometiste con tu muerte.

Éramos dos solitarios, Hervé, que queríamos salir de la soledad, reemplazarla por un tormento más profundo ¿Pero comprendiste, Hervé, cuál era el precio para dejar la soledad? ¿Tuviste la inteligencia de que el suicidio era compartir tu ser en el otro?

No Hervé, nunca lo comprendiste. ¿Recuerdas cuando llegaste lagrimeando ante mi cama en el Hospital mientras la muerte hacía su trabajo? Entonces tuve la revelación que nunca habías comprendido nada, que había fracasado como profesor con mi alumno preferido, por eso no pude mirarte a los ojos, Hervé, fuiste mi gran frustración, te entregué mi vida para que muriésemos juntos y para ti solo fui un juego literario, letras muertas que se quejaban en lamentos, que anunciaban su sorpresa porque creías que estábamos jugando con las palabras cuando en realidad estábamos jugando con nuestra muerte.

¿Pero para qué hablar, Hervé, de lo que ya fue?

Alguna vez te conté que imaginaba una institución donde la gente no iba a morir sino a simular que moría, y en el fondo de cada habitación había una pequeña puerta, un agujero para escapar.

Si atravesabas ese agujero desaparecías a los ojos del mundo y reaparecías sin que nadie te viera del otro lado de la pared, en un patio trasero, sin valija ni nada entre las manos, sin nombre, listo para inventar una nueva identidad.

Ya lo ves, este relato no era fruto de mi imaginación porque nosotros atravesamos ese agujero y el patio trasero era la muerte a la que llegamos sin escalas y sin nada entre las manos, pero me equivoqué al suponer que en esta muerte perderíamos el nombre, porque el nombre es nuestra historia, nuestro pasado que nos identifica y lo seguimos cargando con nosotros.

Así, en esta muerte yo sigo siendo Michel Foucault y tu Hervé Guibert, identidades constituidas por nuestros odios y nuestros fracasos, ¿qué otra cosa sino puede constituir una identidad?

Seguimos odiando, Hervé, y seguimos fracasando, porque el odio nos consume en nuestra historia y fracasamos al suponer que la muerte era una puerta de salida del infierno y no una puerta que no tenía salida, una ilusión que nos dejaba en el mismo lugar, en el infierno sin salida.

Aunque no lo creas, Hervé, estoy viendo otra puerta, una puerta de salida. Pero, te preguntarás, ¿salir de dónde? De nuestras demoníacas identidades, de Michel Foucault y Hervé Guibert que nos unen en nuestra condena, solo nos libraremos uno del otro cuando dejemos de ser lo que somos cada uno para el otro”.

Michel Foucault calla y Hervé Guibert continúa en su impenetrable mutismo, entonces Jacques Lacan aprovecha ese doloroso espacio de silencio para intervenir.

“Ustedes son conscientes que estas demoníacas identidades no desaparecerán por si solas, ya saben que los vínculos no se olvidan, ni desaparecen, ni se destruyen con la muerte.

Están atados a si mismos y al otro por haber sido cazadores y cazados, entregadores y entregados.

Ahora tienen la oportunidad de hacer otra entrega, entregando ese vínculo demoníaco”.

Jacques Lacan se retira del consultorio y reaparece unos segundos después trayendo en sus manos un recipiente de un desconocido metal dorado de cuyo interior brota un fuego brillante e intenso.

“Este fuego me lo ofreció, sabiendo que nos reuniríamos en esta sesión terapéutica, un Rishi llamado Gaupavana y me dijo:

‘Jacques, pídeles a Michel y a Hervé que se arrojen a la Gracia de este fuego y su vínculo será disuelto.

Es el primer paso de un largo proceso, ellos se seguirán reconociendo como Michel Foucault y Hervé Guibert, pero dejarán de reconocer al otro, se olvidarán que alguna vez se conocieron, desaparecerán para el otro y así esa demoníaca cadena que los ata se extinguirá para siempre’.

Doctor Foucault, Hervé Guibert, en ustedes está la decisión”.

Ninguno de los dos duda y se arrojan al fuego que les proveyó el Rishi Gaupavana.

Jacques Lacan, cuando queda solo en el consultorio, se frota las manos satisfecho y dice:

“Al fin terminó, creo que fue la sesión más densa de mi larga trayectoria de psicoanalista”.

“¿Qué experiencia debo vivir en Mutaris?”, le pregunta San Pantaleón al Rishi Kausika.

El Rishi Kausika le responde.

“Ir borrando los recuerdos.

El poder del Gran Demonio es someterte al pasado.

¿Qué otra cosa es el pasado sino la trama interminable de recuerdos que no son recordados conscientemente pero que actúan desde tu inconsciente?

Cada experiencia vivida es un recuerdo grabado y proyectado al futuro como esperanza que quiere ser alcanzada.

Los dos modos imaginarios que llamas tiempo, pasado y futuro, porque el presente nunca está, son una energía que juega a proyectarse para alcanzarse a sí misma, repitiendo el juego en un círculo infinito.

Esa es la vida, esa es la trampa.

La vida es una energía que da vueltas y le recrea en recuerdo y esperanza, nostalgia y alegría, sufrimiento y euforia, y todos los nombres que queramos darle a su juego de contracción y expansión.

Esto es la vida, y nada más, entiende Pantaleón, no hay nada más”.

“¿Y por qué no podemos liberarnos de ese juego?”, le vuelve a preguntar San Pantaleón al Rishi.

Y el Rishi responde:

“¿Qué es el tiempo sino la energía del ego proyectada?

Siempre que vivas en el ego estás atrapado en el círculo de una energía enamorada de sí misma, que existe repitiéndose en el recuerdo de lo que es y quiere seguir siendo porque esto es un existir en su identidad.

Y esta energía solo existe, jugando con las otras energías, las energías de los otros, siendo sus recuerdos para seguir siendo ese ego que no quiere morir, de continuar en la ilusión de la inmortalidad durante vidas y muertes, muertes y vidas.

¿Y a qué juega la energía?

¿Cuántas veces, Pantaleón, mataste en tus incalculables vidas?

Sin duda muchas veces, por lo tanto matar es un juego conocido y repetido que recrea tu identidad, que te protege de desaparecer como ego.

¿Cuántas veces te mataron, Pantaleón?

Muchas, por eso buscas que te maten para seguir siendo, por eso tu energía juega a los riesgos permanentes que te ofrece el mundo.

¿Cuántas veces, Pantaleón, estuviste en el infierno?

Siempre estás en el infierno, porque el infierno es la manifestación de odio, angustia, deseo, locura, posesión, y todos los modos en que esa energía egoica vive.

Por eso solo puedes existir recreándote en el juego perverso de esa energía, y te aferras a todo eso que al destruirte te preserva.

Ahora te pregunto, Pantaleón. ¿Cuántas veces fuiste libre?

Por supuesto que ninguna, porque vives en tu ego y el ego no puede ser libre porque es un esclavo del Gran Demonio.

La libertad es del alma y tú, Pantaleón, no eres consciente de tu alma porque crees ser el ego.

Cuando el alma es consciente de si misma entonces experimenta la libertad y avanza sin dudas en el camino de la liberación del ego y del retorno al Padre.

Nunca Pantaleón viviste la libertad del alma porque de haberla vivido ya estarías liberado.

Ahí te enfrentas al gran problema de la fe, tienes que creer absolutamente en lo que nunca has vivido en la Tierra, de lo que no tienes recuerdos, aunque en lejanos planos antes de tu caída a este negro planeta, hayas experimentado el alma.

Pero en la Tierra solo tienes los recuerdos demoníacos del ego, por eso la fe tiene que llevar más allá de ese ego, a creer hasta que lo puedas vivir, que eres el alma y el objetivo del alma es liberarse de los recuerdos del ego, esto es del ego mismo.

Esto responde a tu pregunta, Pantaleón, para hacer esta experiencia estás en Mutaris”.

Abijael miró con sorpresa la voluminosa biblioteca que cubría las paredes del estudio del maestro Konstantin.

“Gran parte de este material es desconocido por los humanos y pertenece a proyectos que no alcanzaron la aprobación para materializarse en la Tierra”, explica Konstantin, mientras que con mucho cuidado toma de un estante un antiquísimo texto y lo deposita en el escritorio.

“Este texto –sigue explicando Konstantin– fue escrito por un demonio personal competidor de Anterópolis, el tutor de Aristóteles.

En la época de Aristóteles el Gran Demonio llamó al primer concurso filosófico de origen demoníaco para programar profundos estratos de conciencia de una elite de humanos en vista de los tiempos que se avecinaban”.

“¿Y cuál es, maestro Konstantin, la procedencia de los filósofos anteriores?”, pregunta Abijael.

“Te voy a hablar de los más conocidos, porque hubo en ese momento inaugural del pensamiento occidental numerosos filósofos de los que no quedan registros en la Tierra.

Los presocráticos tuvieron origen en el Plan del Padre, debían ser los Rishis de Occidente, pero nosotros neutralizamos su proyecto ofreciéndoles el tentador pacto del reconocimiento y la inmortalidad en el mundo.

Sócrates era un marginal al que inflamamos desmesuradamente para que los hombres lo creyeran un sabio y tuviera una importante influencia en la construcción de la moralidad occidental, que fue una de nuestras armas de dominio más prolija e importante.

Por su parte Platón era un pollo del Padre y logró transmitir algo de sus enseñanzas, no quiso pactar y entonces lo bombardeamos con una avalancha de interferencias y logramos que confundiera bastante de lo mucho que tuvo que transmitir.

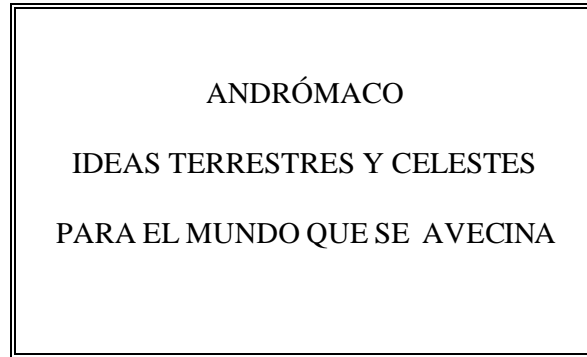
Pero después el Gran Demonio consideró que no era suficiente con bloquear las enseñanzas del Padre y que debíamos construir nuestro propio proyecto.

Y así fue que organizó un concurso cuyo jurado eran los recién designados 12 demonios filósofos que constituían el mandala que debía gobernar el pensamiento de Occidente.

Se presentaron 7 concursantes con trabajos de muy buen nivel, llegando a finalistas Anterópolis, el demonio personal de Aristóteles, que ganó el concurso, y Andrómaco, que era el demonio personal de un filósofo cuyo nombre no quedó grabado en la historia.

Lee Abijael la portada del libro que acabo de sacar de la biblioteca.

Abijael lee:



“Más que interesante el título”, opina Abijael.

“No solo el título sino que el contenido es inquietante.

Los concursantes debían estructurar una cosmovisión que comprendiese tanto una visión del hombre como de la naturaleza física y las dimensiones metafísicas. Asimismo debían contemplar aspectos éticos, políticos y empezar a plantear problemas para una incipiente ciencia basada en la razón. La lógica ocupaba un capítulo importante en este sistema, conoces perfectamente la obra de Aristóteles y allí están desarrollados todos los temas que debían abordar los concursantes.

Andrómaco cumplió formalmente con todos los ítems pedidos, puso algún acento en la cuestión ética y consideró que carecía de sentido postular una moral autónoma, porque la única eficacia para regular la conducta estaba en el estricto cumplimiento de la ley. Una moral que no tuviese como correlato una dura sanción ante la transgresión de la norma solo podía convertirse en una abstracción que jamás podía regular la vida práctica.

Sin embargo el eje del proyecto de Andrómaco estaba en el planteo de una lógica de la discontinuidad, ten en cuenta, Abijael, que la lógica constituía el punto axial del sistema ya que implicaba la organización del pensamiento humano.

Andrómaco, como te dije, planteaba una lógica de la discontinuidad, algo así como rupturas en la cadena de silogismos donde aparecían puntos que designaba con la letra *omega*, que posibilitaban la suspensión del pensamiento y el consiguiente ascenso de la conciencia al mundo astral, al que ingresaba fugazmente para después retornar a las dimensiones tempo-espaciales de la Tierra. Unas vacaciones para descansar del agotamiento mental producido por la presión de la permanencia en la vida terrestre, así lo manifiesta en este texto Andrómaco.

Este demonio personal sostenía que clausurar la conciencia a la mente y no darle ningún respiro, aunque fuese una fugaz salida vertical, un fugaz paseo por otras dimensiones astrales, una oxi-

genación, por decirlo de algún modo, era someter al humano a tal condensación de energía mental que inevitablemente llevaría a grandes desequilibrios, e incluso la locura.

Argumentaba Andrómaco que lo peor que le podía pasar al sistema demoníaco contra su preservación y crecimiento era una humanidad de locos, a lo que debemos aspirar es a un mundo constituido por seres racionales y satisfechos de si mismos y del planeta que habitan, y no conciencias alteradas, sin horizontes de sentido claro, cuya única descarga a la opresión mental es la violencia descontrolada, un mundo en guerra permanente, individual y colectiva, alertaba este demonio personal.

La propuesta de Aristóteles era la opuesta, sostenía el demonio personal de Aristóteles que la conciencia debía quedar absolutamente clausurada en la mente, y si los hombres se destruían por la insoportable condensación de sus estados mentales, mejor para los demonios porque en los conflictos encontraríamos una permanente fuente de alimentación.

El hombre debe tener la certeza que este es un único mundo, es más, que es el único mundo en el universo y debe ir disolviendo las creencias en el Olimpo y el Tártaro, y atribuir las a las excesivas fantasías humanas.

Los dioses deben desaparecer de su conciencia y nosotros también tenemos que permanecer ausentes, solo él es real, y él es su universo mental.

Permitir al hombre salir del mundo de la mente es un suicidio para el sistema demoníaco, concluía Anterópolis, contrariamente a la opinión de Andrómaco, para quien el suicidio era clausurar al hombre absolutamente en una cárcel mental que inevitablemente en algún momento estallararía, desintegrando al mismo sistema e impidiendo cualquier forma de control que garantizase nuestro poder.

Te sorprenderá, Abijael, que haga una lectura moderna de Aristóteles, pero explícitamente Anterópolis afirma que después de transitar épocas confusas, se refería a lo que fue la Edad Media, advendría la organización racional del mundo y el poder del Gran Demonio gobernaría sin oposición en la Tierra. El programa que presentaba apuntaba a esos siglos que vendrían, más que a su propia época.

El mandala de los 12 demonios filósofos se reunió en cónclave secreto, y finalmente, después de varios días, anunciaron que por una ajustada votación de 7 a 5 Aristóteles, guiado por su demonio personal Anterópolis, se coronaba como el filósofo de Occidente.

El programa de Anterópolis dominó casi totalmente el pensamiento de Occidente, cuya globalización lo extendió al resto del planeta. Lo que aparentemente se le oponía no era más que la polaridad de un movimiento dialéctico, y aquello que pretendió superarlo no fue más que la expresión de su propio crecimiento.

El Gran Demonio acaba en este Mundial 2006 de coronarse Emperador de la Tierra, y lo único que le queda a Anterópolis es sentarse a la diestra de nuestro Señor.

Pero como sabes, Abijael, los demonios nunca podemos estar tranquilos, y ahora aparece la invasión de una energía que no podemos controlar.

¿Y qué ocurriría si esta energía abre los canales supramentales que clausuramos al reducir la conciencia a su expresión mental?

¿Qué reacción tendría el hombre si descubre que el mundo que nosotros le presentamos como único no solo no es el único sino que es un punto oscuro e insignificante en relación a los mundos luminosos?

¿No crees, Abijael, que sería nuestro final?

Por eso, muchacho, para salvarnos necesitamos un golpe de audacia y Andrómaco puede ser la fuente de inspiración.

¿Qué opinas si en tu tesis recuperas de alguna forma a Andrómaco y planteas un programa que le abra a los hombres algunos, aunque sean mínimos, canales supramentales?

¿No quedarían deslumbrados por el descubrimiento, y no los desviaríamos con esta distracción de la concentración de la energía invasora?

La humanidad está hoy más sufriente y escéptica que nunca, y ese es el punto débil de nuestro gobierno y sobre él actuará la energía que invade el planeta.

Abrir la conciencia a otros mundos, reviviría la expectativa de los hombres, nuevos poderes estarían al alcance de sus manos, la ambición se potenciaría, una esperanza insospechada se visualizaría ante sus ojos.

Por supuesto, todo esto no será más que abrir una pequeña compuerta del mundo astral, pero los hombres, fascinados por esta conquista, estarán cada vez más lejos de su alma, y la energía invasora no tendrá donde asentarse y deberá abandonar el planeta”.

“Excelente, maestro”, manifestó entusiasmado Abijael.

“Prepara el proyecto de tesis, se lo presentarás al maestro Orzihuel, éste al comité evaluador y el comité tendrá que esperar, en caso de aceptarlo como viable, la aprobación del mandala de los 12 demonios filósofos y que el Gran Demonio le ponga la rúbrica final.

Hay que tener paciencia, Abijael, tenemos que transitar una pesada burocracia.

Toni Colette esta aterrada, soñando un sueño. En el sueño corre descalza por un desierto, y siente que la persiguen, aunque no se ve a nadie que la persiga.

Tiene que llegar a una puerta de salida pero cuando está llegando la puerta retrocede, y esto ocurre muchas veces y no puede llegar nunca.

En el borde de la desesperación escucha una voz:

“No te esfuerces, Toni, todo esfuerzo para lograr algo es inútil, la única forma de obtener lo que deseas es pidiéndolo”.

Toni en sueños grita.

“Quiero salir de aquí”.

Entonces su propio grito la despierta y conmocionada se ve acostada en una cama muy lujosa.

Toni Colette y David Beckham se encuentran en una plaza donde habían concertado una cita.

Se saludan y se sientan en un banco, David es el que empieza a hablar.

“Te agradezco, Toni, que hayas venido, necesitaba hablar con alguien”.

“¿Qué te ocurre, David?”.

“Me están ocurriendo cosas extrañas, me asaltan fantasmas y dudas que nunca antes había experimentado. Debo estar enloqueciendo, no sé si debo abandonar esta película”.

Toni lo mira como descubriendo en David algo que no había advertido.

“David, la verdad que siento lo que estás pasando, pero a la vez me tranquiliza saber que no soy la única que está experimentando esos estados que describes.

Nunca antes había experimentado esta sensación de vértigo e incertidumbre que de pronto me invade, es como estar envuelta en una niebla sin saber adonde estoy yendo.

Pero también me pregunto, ¿por qué he de volver al lugar seguro?, ¿por qué no he de aceptar esta experiencia?

Por algo estamos aquí, David, ¿o acaso crees en el azar?”.

“No, Toni, no creo en el azar, si llegué a ser David Beckham es por el esfuerzo que he hecho para serlo”.

“¿Es realmente así, David? No sé si puedo transmitirte esto que te digo, es como si lo que somos no es causa de lo que hicimos para llegar a serlo, como si alguien adentro nuestro tuviese el mando de nuestros actos y nos lleva adonde estamos y nos hace ser lo que somos”.

“Yo no creo en eso”, dice abruptamente David y mira con cierto enojo a Toni, pero los ojos azorados de la mujer le producen una extraña calma y confiesa: “En mi interior hay algo en ebullición que pide salir a la superficie”.

“Ya lo ves, David, hay alguien más que el David Beckham que está en ti.

David, tal vez todos esto que estamos viviendo, los sueños, los fantasmas, las angustias, las incertidumbres, sean una oportunidad para aprender algo muy profundo que ignoramos”.

Los dos quedan en silencio como si todo lo que se pueda decir se hubiese dicho y miran el cielo que se está nublando, las primeras gotas de lluvia están cayendo, pero continúan sentados indiferentes al tiempo.

Fabián Bielinsky y Eduardo Mignona, como están decididos a aprovechar lo mejor que puedan el poco tiempo que les queda en este valle de lágrimas, y el mejor modo es aprendiendo, aceptan sin dudar la invitación del Rishi Kaundinya para participar en una clase privada de cine, para ellos 2 nada más, en el estudio de filmación que tienen los Rishis en el plano astral.

Cuando arriban observan que en el set está montado un pueblo del oeste americano para la película cuya filmación comenzará en los próximos días, tal como se los comentó el Rishi Kaundinya.

Este Rishi será el director y en el momento de su arribo está dándole indicaciones a los Rishis Sandilya y Agniverya, que vestidos de cowboys, están preparados para un duelo en esa típica calle de los pueblos del oeste, que bordea el Salón por una lado y el banco por el otro. El Rishi Agnivesya, como asistente de dirección los hace ensayar a desenfundar el revolver a toda velocidad.

“Bienvenidos a **Fort Carson**”, los saluda el Rishi Kaundinya cuando advierte la presencia de los directores argentinos, no necesitando explicar que **Fort Carson** es ese pueblo de ficción donde se rodará la película.

Kaundinya los invita a su despacho donde, les explica, tendrán la privacidad necesaria para que nadie los moleste.

Una vez acomodados los 3 en las típicas sillas de director, Kaundinya comienza la clase.

“Para que puedan recepcionar lo que quiero transmitirles es necesario que liberen sus mentes de preconceptos.

Ustedes como cineastas conocen perfectamente el aspecto técnico de una filmación, pero también saben que por más perfecta que sea la técnica, por más prodigiosos efectos especiales de que dispongan, esto no basta para conc retar una obra genial.

Bien saben que más allá de los tecnicismos aquello que el público valora como la genialidad de un director es otra cosa.

¿Y de dónde proviene esta genialidad? ¿Cuál es el secreto de los grandes directores? ¿Qué extraña energía fluye a través de ellos que hipnotiza a los espectadores hasta el punto de la reverencia?”

Fabián y Eduardo, que han sintonizado con la energía del Rishi, lo escuchan atentamente mientras éste continúa.

“¿Cuántos millones y millones en la historia del cine en todo el mundo han experimentado sensaciones que los conmovieron hasta lo más profundo, e incluso han sido influidos por visiones del mundo que les transmitió la pantalla?

Y díganme muchachos, ¿qué realidad hay en estas proyecciones?

¿Cómo es posible que ciertas imágenes que se mueven sobre una tela puedan provocar en quienes las presencien tal abanico de experiencias?

¿Conocen la respuesta?”.

Los directores permanecen en silencio.

“Muchachos, hay una única capacidad que permitiría separar lo real de lo que no lo es.

Pero lamentablemente esa capacidad se encuentra totalmente anulada, provocando de esta manera la confusión, porque la conciencia experimenta como realidad aquello que los sentidos le transmiten como real.

Esta facultad dormida es el discernimiento.

Por favor no tomen nota de lo que les digo, nada de lo que escriban les será de utilidad, ya que esto solo puede ser captado vibratoriamente.

Bien, llegamos al punto en que sabemos que puede tomarse lo irreal como real.

Y aquí viene la pregunta.

¿Cómo saben si ustedes no son actores de otra película, por lo tanto tan irreales como sus creaciones?

Los dejo reflexionando hasta la próxima clase”.

20 de junio

“Nunca imaginé que podíamos jugar tan mal”, dijo con desconsuelo el colombiano Luis Suárez poco después de que el ruso Valentín Ivanov diera la pitada final y sus dirigidos se derrumbaran con un lapidario 3 a 0 frente al hasta ahora invencible equipo alemán.

Mientras tanto unas 700.000 personas se iban congregando en la Puerta de Brandenburgo, en Berlín, en un festejo que amenazaba prolongarse hasta la madrugada.

¿Y el partido? Tal vez la justificación de la baja, por no decir inexistente, actuación del equipo de Ecuador fue que Luis Suárez les dio descanso a 5 de los titulares. Carlos Tenorio, Iván Hurtado, Segundo Castillo, Neicer Reasco y Agustín Delgado. Debilitados, los ecuatorianos, cuya única presencia fue a los pocos segundos con un centro de Valencia, que se le escapó a Kaviedes, todo fue para Alemania. Miroslav Klose, que tuvo una actuación brillante, a los 4 y 44 del primer tiempo, señaló que todo estaba terminado. El primer gol provino de un derechazo que lo dejó mirando al guardameta ecuatoriano Christian Mora. Y el segundo, tras un pase preciso de Michael Ballack, con una velocidad imparable, desarticuló la endeble defensa de Ecuador, teniendo que acudir nuevamente Christian Mora a recoger la pelota a la red.

Un contraataque que empieza con Bastin Schweinsteiger alargándole la pelota a Bernd Schneider, que habilita con un centro bajo a Lukas Podolsky, que no tiene dificultades en marcar el 3 a 0. Corrían los 12 minutos del segundo tiempo y lo que siguió fue nada más que una exhibición del equipo alemán para el deleite de su tribuna.

Tan mágico como la montaña que lo llevó a la inmortalidad literaria, Thomas Mann, acompañado por su esposa Kaja Pringshein, sube lentamente la tribuna del estadio de Berlín. Ha llegado tarde, “hasta que mi mujer terminó de vestirse”, se queja, pero se sorprende porque los espectadores forman dos barreras para darle el paso a la pareja y por un momento dejan de ver el partido y gritar, y el silencio que hacen se ve colmado con un suave aplauso, como el que se puede brindar en un concierto de piano, y Thomas agradece y alguien le manifiesta el honor que siente el pueblo alemán de poder compartir con un genio esta alegría que les está brindando su selección.

La voz del Premio Nobel se impone en el estadio y los ecuatorianos presentes, que se supone están bastante ajenos a la literatura alemana de la primera parte del siglo XX, quedan fascinados escuchando a ese anciano de aspecto noble.

Y a Thomas Mann se le escucha decir:

“Mi visión de la vida la plasmé en mi obra, y esa visión fue la de una burguesía decadente que ya a comienzos de siglo anunciaba la catástrofe de la Gran Guerra.

En mi primera obra **Los Buddenbrook** me definí como artista de la decadencia, un esteta del abismo. Pero ese abismo puede encerrar una increíble belleza como quise mostrarlo en **Muerte en Venecia** o el horror del pacto diabólico en **Doctor Faustus**.

En **La montaña mágica**, en ese tiempo interminable pero paradójicamente veloz en que la enfermedad va avanzando hacia la muerte, en ese espacio de los Alpes, a cinco mil pies de altura, fuera del mundo, empecé un diálogo diferente conmigo mismo, un diálogo que prolongué con otras certezas en los años de mi muerte.

El Rishi Sandiya, que estaba confundido entre la multitud, vistiendo una camiseta del equipo alemán que llevaba la inscripción “Lahm” y el número 16, se le acerca al escritor y le pregunta.

“Dime, Thomas, ¿sacaste alguna conclusión de tu diálogo interior en el tiempo de la muerte?”.

“Concluí que el mundo actual es un gran campo para las ideas, que todo aquel que pueda ver las cosas con mayor claridad y que tenga la capacidad de analizarlas tiene la posibilidad de escribir grandes obras que iluminen un poco a esta humanidad que está perdida”.

“Thomas, quisiera transmitirte esta reflexión –le dice el Rishi–, Occidente generó una cultura filosófica, artística, científica, religiosa que siempre pretendió iluminar, sin embargo después de 2.500 años nos encontramos con que la verdad del hombre y del mundo están totalmente veladas, parece una civilización que avanza a ciegas a ningún lado.

Te pregunto, Thomas, y no te ofendas, ¿acaso los transmisores no están tan ciegos como aquellos a los que se busca transmitir? ¿Esas grandes ideas no son disfraces de la oscuridad para ocultar la verdad?”.

“Desocultar la verdad siempre ha sido el trabajo de unos pocos, el mundo de las ideas pertenece y pertenece a un círculo muy reducido.

Aquellos que tenemos cierta capacidad para penetrar un poco en la verdad tenemos la responsabilidad de darla a conocer, porque la verdad no es patrimonio de algunos sino derecho de todos”.

“¿Cuál es, Thomas, la verdad que has descubierto?”.

“Descubrí que no hay más Dios que aquel que se lleva en el corazón, que no hay religiones, que no hay colores, que no hay fronteras.

El hombre es hombre en cualquier idioma que hable, y todos podemos comunicarnos y comprendernos desde el corazón”.

“¿Eres capaz, Thomas de transmitir esta verdad?”.

“Trato de intentarlo, pero es muy difícil porque los oídos están invadidos por sonidos mentales que no permiten escuchar otras voces que las tuyas.

Pero bueno, mi misión es transmitir, aunque lo que no puedo hacer es que el mensaje se entienda, esto está más allá de mi capacidad”.

“¿Quién te encargó esa misión?”.

“Es algo que internamente sé que tengo que hacer.

Hay principios inmutables en el hombre que no se pueden explicar pero que existen en algún lugar de la conciencia.

Y esto que llamas misión es algo que me constituye, es una parte de mi mismo que al cumplirse me va llevando a desenvolver la plenitud”.

“¿Y alcanzaste, Thomas, esa plenitud?”.

“Siempre me falta algo?”.

“¿Qué piensas es lo que te falta?”.

“Solo tengo trozos de la verdad, la puedo ver como parte de un rompecabezas que no llego a terminar de armar”.

“¿Cómo supones que la verdad puede ser algo fragmentado? ¿Entonces hay pedazos de verdad y un hombre está más cerca de otro de alcanzarla según los pedazos que haya juntado?

¿No piensas que la Verdad con mayúsculas solo puede ser Una porque es la Unidad? ¿Y esta Verdad, Thomas, está fuera del análisis de la mente y solo es alcanzable por esa intuición que está más allá del pensamiento y las palabras?

Tal vez te cueste reconocer que el juego de la mente que haces nada tiene que ver con la Verdad”.

“Perdón, no te has presentado”.

“Rishi Sandiya, un enviado del Padre”.

“Bien, Sandiya, aceptar lo que afirmas sería borrar de un plumazo todo lo que hice, tener que aceptar la inutilidad de mis creencias y de mis acciones, en otras palabras dejar de existir”.

“Y no será, Thomas, que tendrás que dejar de existir para alcanzar esa verdad?

Quiero decir dejar de existir como ego, como Thomas Mann, para empezar a existir en una conciencia más plena, en una identidad superior”.

“Te pido tiempo para pensar lo que me dices porque me estás hablando de la inutilidad de mi trabajo”.

“¿El trabajo de quién, Thomas?

¿Quién realmente eres?

¿Quién trabajó en lo que llamas tu trabajo, el trabajo de Thomas Mann?”.

“No es mi nombre lo que importa sino mi trabajo, ¿acaso éste no ha tenido sentido?”.

“El sinsentido es creer que tu obra ha tenido un sentido.

¿Algo cambió con tu obra en el mundo?

Y lo más importante, ¿has cambiado tú con tu obra?

Lo que llamas trabajo y que tanto valoras es algo externo que pretendió inútilmente desocultar el mundo.

¿Pero cómo, Thomas, pretendes desocultar el mundo cuando tú estás oculto para ti mismo?

¿Acaso no estás oculto en ese mundo de ideas y de palabras que te oculta la percepción de tu verdadera esencia?”.

Thomas Mann toma a su mujer del brazo y sin despedirse del Rishi va abandonando la tribuna, sin que ahora nadie lo note porque todos están entusiasmados con el tercer gol alemán que concretó Lukas Podolsky.

Alguien que viene de la tribuna de Ecuador se acerca al Rishi Sandiya.

“Perdón señor que lo moleste, pero acabo de escuchar la conversación que usted tuvo con el escritor alemán.

Yo me llamo José Joaquín de Olmedo y Maruri y soy reconocido como prócer ecuatoriano.

Y no es para menos porque en 1820 declaré a Guayaquil, mi lugar de nacimiento, como Provincia Libre. Lamentablemente después fue anexada por Simón Bolívar a la Gran Colombia y yo me opuse. Por supuesto oponerse en esa época a Simón Bolívar no auguraba un gran futuro político.

Pero no es de esto de lo que quiero hablar, sino que luché para que se suprimieran las mitas que esclavizaban a los aborígenes americanos.

Yo elegí ser la voz del que no tiene voz, pedir por aquellos que lo necesitan y no saben como pedir.

Siempre estuve convencido de mi misión, como lo estaba ese escritor alemán que acaba de salir corriendo.

¿De nada valieron mis palabras? ¿También mis acciones fueron inútiles?”.

“Ya nos volveremos a encontrar, José Joaquín, cuando sea el momento te buscaré y entonces hablaremos de todo lo que te inquieta”.

“Gracias, Rishi”, le dijo el prócer y también poeta ecuatoriano, y el estadio de Berlín desapareció del **Aleph**.

Sin duda no debe haber peor experiencia para dos equipos que ya fueron eliminados del Mundial, que no juegan por nada y sin embargo tienen que cumplir con el compromiso y deben salir a sufrir lo menos posible los 90 minutos de juego.

Polonia era el más desconsolado, y era natural que fuese así porque era de quien más se esperaba, y tener una despedida con abucheos y silbidos no es nada grato para ningún deportista.

Los costarricenses esperaron al comienzo del campeonato se cumpliera un milagro que no se cumplió, pero nada puede reprocharse a estos jugadores que pertenecen a un fútbol que está muy lejos en su nivel y experiencia del plano internacional en el que tuvieron que actuar.

Yendo al partido, Costa Rica se abroqueló en una defensa de cinco hombres que impedía que los delanteros polacos pudiesen hacerse de la pebta. A su vez Cristian Bolaños, un jugador que se mostró habilidoso, apoyado por Mauricio Solís, fueron generando el control del medio campo por parte de los *ticos*'.

A los 25 del primer tiempo Kacek Bak le comete una falta a Paulo César Wanchope en las inmediaciones del área polaca. Ronald Gómez ejecuta un tiro potente a ras del suelo, al centro del arco, que pasa por debajo del cuerpo del arquero Arthur Buruc.

Con este 1 a 0 a su favor Costa Rica siguió atacando y se perdió buenas oportunidades de aumentar la ventaja que estuvieron sucesivamente en los pies Cristian Bolaños y Paulo César Wanchope.

Polonia parecía continuar con el desconcierto que lo venía acompañando desde el inicio del Mundial, y los intentos solitarios de Miroslav Szymkowiak se estrellaban ante la buena actuación de la defensa caribeña, especialmente por la solidez que mostraba Jervis Drummond.

Un error del árbitro Shamsul Maidier, que omitió o no vio, en el mejor de los casos, la falta de Ebi Smolarek al arquero José Porras, lo que aprovechó Bartosz Bosacki para lograr el innmercido empate cuando corrían los 39 minutos del primer tiempo.

En el comienzo del segundo tiempo se vio que los jugadores de Costa Rica sentían el esfuerzo que habían realizado en el primero, y como Polonia tampoco aportaba nada interesante el partido se volvía cada vez más anodino, y dentro de esa mediocridad general Bartosz Bosacki, recogiendo un tiro de esquina, a los 27 de la etapa final, decretó el 2 a 1 a favor de Polonia.

Ganó Polonia pero no pudo salvarse del disconformismo de su parcialidad; de ahora en más los polacos deberán replanetarse seriamente la crisis por la que está pasando su fútbol, que alguna vez supo competir de igual a igual con los mejores del mundo.

Alexandre Guimaraes, el técnico de los *ticos* anunció que terminaba una generación de jugadores que habían sentado las bases del fútbol costarricense; de ahora en más los nuevos serán la esperanza para ser competitivos en el nivel que exige un campeonato del mundo.

El partido resultaba tan decepcionante que los espectadores polacos prefirieron desplazar su atención hacia su connacional, la gran señora del cine europeo, Hanna Schygulla.

La acompañaba en la tribuna el director alemán Rainer Werner Fassbinder, que la convirtió en lo que los cinéfilos llaman una actriz de culto.

Ante una pregunta, responde que conoció a Fassbinder en los inquietantes años ´60, cuando estudiaba filosofía en Munich, y a pesar de que Hanna, nacida en Katomise, Polonia hace 63 años, aunque luego nacionalizada alemana, es reconocida por haber alcanzado la cúspide en el mundo de la actuación, sigue manteniendo las inquietudes filosóficas de su juventud, alguna vez dijo que nunca había encontrado una filosofía que pudiese englobar las contradicciones de la vida.

“Pensamiento y vida, una contradicción insuperable, ¿no es así, señora?”, le dice el Rishi Anabhimlata después de presentarse.

Hanna lo mira con curiosidad antes de responder.

“Es una contradicción que solo se resuelve tratando de suprimir uno de sus términos, el del pensamiento”.

“Y entonces nos queda la vida”, añade el Rishi.

“Por eso elegí la actuación, para descender hasta las profundidades de mi misma, hasta la vida y luego ponerla en escena.

No es vanidad pero puedo decirte que hoy el 90 por ciento de los actores son incapaces de comunicar la vida al público, por eso terminan decepcionando.

“¿Llegaste a tu propia profundidad y en esa profundidad experimentaste la vida?”.

“Sí, he llegado, por eso la puedo transmitir”.

“¿Qué había en esa interioridad?”.

“Lo que sea que buscaba, allí estaba”.

“¿Y qué buscabas?”.

“Buscaba los sentimientos, encontrarme con sus vivencias”.

“¿Crees que hay algo más allá de los sentimientos?”.

“Tal vez, pero nuestro límite son los sentimientos”.

“Entonces Hanna, si no has podido trasponer ese límite nunca llegaste a la profundidad de la vida sino a una de sus capas más superficiales”.

“¿Tiene sentido pensar lo que es imposible vivir? En la representación están todas las posibilidades de la vida, apropiarse de las vivencias de los personajes fue ir enriqueciendo mis propias vivencias, y en la posibilidad de comunicarlas encuentro el sentido de esto que estamos llamando vida”.

“¿No será, Hanna, que estás viviendo representaciones de la vida y no la vida misma? ¿No será que en el juego de las representaciones se te está escapando tu vida real?”.

“¿Puede haber otra realidad que no sea aquella que nos lleva a recrear el sentimiento para poseerlo y potenciarlo, comunicándolo a los otros?”.

“¿No será, Hanna, que estás viviendo un juego de irrealidades?”.

“Para mí es real, no puedo negar la vivencia del sentimiento que lo convierte en real”.

“La vivencia del sentimiento se deshace después de ser experimentado. ¿No es acaso el sentimiento un juego de lo efímero? ¿Puedes hablar, Hanna, de una realidad que aparece para desaparecer? ¿No será el sentimiento un fantasma que juega a velar la verdadera realidad?”.

“El ser es sentimiento. Es así, Rishi, porque lo único que se puede vivir es lo que se siente, y la vida se convierte en vida cuando siente, la vivencia del sentimiento será efímero, pero la vida que siente permanece en los constantes modos de sentirse”.

“¿Y la muerte, Hanna? ¿Continúan los sentimientos en la muerte? ¿La vida sigue viviendo en la muerte?”.

“Solo puedo hablar de la muerte en cuanto pérdida.

Sé de la muerte en la muerte de los otros, por mirar un cuerpo sin vida, pero la muerte propia la desconozco, ahí termina lo que puedo sentir”.

“¿Intuyes, Hanna, una realidad más allá de la muerte?”.

“No lo sé, Rishi, no lo sé”.

“Nunca tuviste la inquietud de explorar si hay otra vida más allá de esta efímera vida que, según dices, termina cuando el cuerpo muerto ya no puede tener la vivencia de los sentimientos?”.

“Más allá del sentimiento solo veo la extinción, la nada”.

“Siendo consenciente, Hanna, con tu modo de mirar la vida, si esta está condenada a la extinción, por más sentimientos que hayas vivido y representaciones que hayas actuado la vida solo habrá sido un pasaje inútil”.

“La vida solo es una y lo único que la justifica son las experiencias que se hayan vivido, todo lo demás es palabrerío”.

“¿Hanna, has vivido todas las experiencias que estuvieron a tu alcance?”.

“Sí, nunca me he negado a vivir las experiencias que la vida me ofreció, por eso puedo decirte sin vanidad que tengo un rico existir”.

“Hanna, quizás haya experiencias que te has rehusado a vivir”.

“¿Cuáles experiencias, Rishi?”.

“La experiencia de tu ser.

La experiencia de lo eterno.

La experiencia de la verdad.

La experiencia de lo esencial.

La experiencia que no se agota porque siempre es”.

“Palabras, Rishi, palabras. Todo termina en la muerte, la vida es una sola y lo que me dices no son más que ilusiones a las que se aferran los que se niegan a aceptar la muerte”.

“¿Te atreves, Hanna, a explorar este mundo que te anuncio?”.

“No creo que exista”.

“¿Qué puedes perder con intentarlo?”.

“Rishi, si puedo llegar a experimentar una experiencia que no haya experimentado, estoy dispuesta a dejar de enseñar y convertirme en alumna”.

“Bien, Hanna, los Rishis te llevaremos a vivir una experiencia que nunca experimentaste

Acá te presento a mis compañeros Sandiya, Saitava, Prakinayogya, Parasarya Gatukarnya, Asurayana, Yaska, Aupagandhini y Traivani, todos nosotros estamos a tu disposición para que realices esta experiencia cuando estés dispuesta”.

“¿Yo también puedo?”, pregunta Werner Fassbinder, que había escuchado en silencio la disputa metafísica entre Hanna y el Rishi.

“Por supuesto – le responde Anahbimlata – en el próximo partido que juegue Alemania nos encontraremos en la tribuna”.

“¿Qué te pasa, Max?”, le pregunta el Rishi Saitava al pintor, escultor, escritor, poeta, periodista costarricense Max Jiménez. “¿Estás desconsolado por la derrota de Costa Rica?”, agrega riendo el Rishi.

“Ojalá mi desconsuelo proviniera de cuestiones tan triviales. No maestro, mi desconsuelo es mucho más grave, ¿cómo explicarlo?, bueno es el desconsuelo por toda una civilización”.

“Si pudieses explicar ese desconsuelo te lo agradecería”.

“Como sabes, soy una mezcla extraña entre el Caribe y Paris, esta simbiosis que hace a un centroamericano culto, el personaje que precisamente cultivé.

En Paris me formé como pintor y escultor y el uso de la deformación consciente en figuras inclasificables con temas tropicales, y a la que en los años ‘20 clasificaban como vanguardia es producto de un costarricense admirador de la cultura occidental.

Acabo de presenciar tu esgrima verbal con Hanna Schygulla, a quien admiro, la vi en el cine astral al que asistimos los muertos con ciertos privilegios, en **El matrimonio de María Braun**, y me parece una actriz excelente.

Pero quizás por la distancia con que podía escuchar ese más atrás de sus palabras, atrás del artificio, un inteligente artificio, no veía nada y eso que soy pintor y mi especialidad es el mirar.

Y ese artificio vertiginoso, buscando frenéticamente experiencias inexistentes es Occidente, Hanna me lo acaba de mostrar con toda su desnudez.

Entonces en mi imaginación regresé al Caribe de indios y negros, esa gente que puede permanecer largo tiempo inmóvil, que están acostumbrados a esperar.

Son hombres lentos pero no por la lentitud de movimientos, porque pueden ser muy rápidos y ágiles, sino en una lentitud interna porque no tienen un tiempo prefijado que los apure.

En una oportunidad compartí la caza con un grupo de indígenas, no tenían que cumplir el objetivo en un tiempo determinado como lo exige la civilización occidental donde el tiempo es oro y no puede desperdiciarse. Ellos podían esperar horas o días, hasta que la caza llegase.

Es una pena que ese mundo sin ansiedades se esté perdiendo.

Es una pena que la sabiduría de esos pueblos se esté perdiendo.

Es una pena perder ese mundo que alguna vez la humanidad disfrutó.

Presiento que esos pueblos llegaron a un conocimiento profundo del ser humano y de la naturaleza.

La escuché a Hanna Schygulla y no era más que un bebé que tenía todo por aprender.

Yo que admiré tanto a Occidente hoy vivo el desconuelo de que eso que me fascinó no era más que una escenografía de cartón pintado que se está cayendo a pedazos”.

“Max, tienes una mirada acertada, pero tu desconuelo no te llevará más que a un inútil lamento.

Nuevas iluminaciones llegarán a la Tierra, y esa escenografía de cartón terminará en la bolsa de los residuos”, le dice el Rishi al artista, dándole alguna luminosidad a sus desconsolados ojos que empiezan a ver de otro modo esa tarde de Hannover.

Los paraguayos esperaban durar por lo menos hasta los octavos de final, pero el destino jugó en contra, dos caídas por 1 a 0 contra Inglaterra primero y contra Suecia después produjeron su temprano alejamiento de este Mundial. Por eso el último partido contra Trinidad y Tobago en el estadio de Kaiserslauten tenía como única expectativa saber quien obtendría el último puesto en el grupo.

Trinidad y Tobago vivía un clima triunfalista ante su inesperado empate con Suecia, y aportó dignidad en su derrota contra Inglaterra, por lo tanto parecía que los guaraníes no iban a tener un plato fácil de digerir.

En el comienzo del partido el juego era mal jugado por los 2 equipos. La pelota rondaba el medio campo, lejos de la inquietud de los arqueros, pero a los 24 minutos del primer tiempo un centro de Roberto Acuña le rozó la cabeza a Brent Sancho, que la envió a su propio arco, dejando sin chances al buen arquero Jack Kelvin.

El afortunado gol alentó a los guaraníes, y a pesar de que pocos minutos después el italiano Roberto Rosetti se equivoca al anularle un gol a Denis Caniza, los dirigidos por Aníbal Ruiz comenzaron a controlar el juego y Julio Dos Santos, Edgar Barreto y Roberto Acuña marcaron un visible desnivel con el equipo trinitario.

El arquero Jack Kelvin era la única frontera que resistía el ataque paraguayo que golpeaba duramente a través de Nelson Haedo Valdéz y Roque Santa Cruz.

A los 21' del segundo tiempo Aníbal Ruiz decidió el cambio de Haedo Valdéz por Pipino Cuevas, que a los 40', tras una asistencia al milímetro de Roque Santa Cruz concretó el 2 a 0 a favor de su equipo.

Paraguay y Trinidad y Tobago regresan a casa, pero mientras los sudamericanos lo hacen con la amargura de una expectativa frustrada, los trinitarios tienen la satisfacción de haber hecho bastante más de lo que los pronósticos le asignaban.

Un hombre que aparece distinto al resto de los hombres que lo rodean en la Tribuna de Trinidad y Tobago parece mirar el partido pero tal vez no lo mire y lo que está observando son lejanos recuerdos. Y cuando un hombre es capaz de mirar los recuerdos pero no solo los suyos sino los de otros hombres de otras épocas, es muy posible que ese hombre se convierta en un escritor.

Y en este caso es así, porque este hombre es Vidiathar Suprajprasad Naipaul, y nació en un pueblo de la isla de Trinidad y Tobago llamado Chaguanas en 1932, estudió en Oxford y gran parte de la humanidad conoció que existía Trinidad y Tobago cuando en el 2001 recibió el Premio Nobel de Literatura.

Vidiathar remonta su mirada hacia los siglos XVI y XVII, cuando la isla de Trinidad era un lugar de paso donde los barcos se detenían para levantar algún cargamento y, por cuestiones de peso, los pasajeros debían descender y la promesa de volver a embarcarlos al regreso nunca se cumplía porque los barcos jamás regresaban.

También ese mar del Caribe era zona de naufragios y la isla fue el amparo de náufragos. De alguna manera es como si todos los que fueron llegando a la isla fueran náufragos, gente que había perdido sus raíces y era empujada por un desconocido destino a sobrevivir sin convivir, un mundo de náufragos que solo espera un rescate que saben nunca llegará.

Indígenas, negros que todavía llevan en su carne los signos de la esclavitud, hindúes y musulmanes increíblemente desarraigados de raíces que se pueden pensar indesarraigables, descendientes de ingleses conquistadores, algunos europeos aventureros, y la mezcla indeterminada de estos mundos que no han llegado a producir más que un mundo de náufragos.

Vidiathar es también un extraño de si mismo, por eso , y su nombre lo delata, como hijo de náufragos provenientes del norte de la India, viajó a la tierra de sus ancestros en la búsqueda de sus raíces, y quiso saber quien era en esa realidad donde la tecnología convivía con la sociedad tradicional.

El maestro Yuktswar se le acerca en esa tribuna de Kaiserslauten y lo saluda.

“¿Cómo estás Vidiathar?”.

“Hola maestro, ¿no me diga que lo entusiasma el fútbol?”.

“No puedo decir que sea mi deporte favorito, pero el que lo practicaba, y no lo jugaba del todo mal, era mi discípulo Yogananda.

Pero no estoy aquí para ver Trinidad y Tobago contra Paraguay, sino para pedirte un favor”.

“Lo que usted pida maestro”.

“Como sabes la India no participa de este Mundial, en las eliminatorias perdió con Japón 7 a 0 como visitante y 4 a 0 como local, por lo tanto no tiene una voz que la represente.

Me preguntarás, ¿pero si los Rishis y la mayoría de los maestros del mandala tienen su origen en la India? Sí, eso es cierto, pero ya en el plano en que nos encontramos perdimos la identificación con cualquier dimensión de la Tierra, y la India como entidad geográfica, social, cultural, religiosa, histórica, étnica no es más que una particularidad del plano terrestre.

Por eso te pido, Vidiathar, que muestres tu visión de la India, un integrante del mandala de convocantes te acompañará en tu viaje.

Soy un integrante del mandala de convocantes y veo un hombre de rasgos hindúes con unos profundos ojos negros que llaman mi atención.

El hombre me dice:

“Esos ojos son el espejo de mi alma, son el puente para conocer el alma de la India, por eso mírame a los ojos”.

Lo miro a los ojos y veo una flor muy pura que nace en un lodazal y me llama la atención que nazca del barro.

El hombre me explica que debe nacer en el barro porque solo en su pesada densidad se puede apreciar la sutileza de su color.

“Solo en la oscuridad aparece la luz.

Solo después de la noche aparece el Sol.

En este juego de contrastes juega el alma de la India, mostrando lo que no es.

Así se devela el misterio de lo que se anticipa y la iluminación interna es la única razón por la que el alma necesita la oscuridad.

La India no le teme a la oscuridad, por contraste aparecerá también la luz, porque es así como funciona la polaridad del mundo.

No le temas a la oscuridad, considérala un paso previo a la luz.

No le temas pero no la quieras tocar, no es necesario ensuciarse las manos con barro para acercarse a la flor”.

Vidiathar abre los ojos y el maestro Yuktswar le agradece su colaboración con el Plan del Padre.

En un espacio invisible de la tribuna de Paraguay se presentan 3 chamanes guaraníes, una mujer y dos hombres.

La chamán pregunta:

“¿Quién convoca a los espíritus de la raza guaraní?”.

El mandala de maestros contesta:

“Los convocamos nosotros para una misión sagrada”.

Los chamanes se sientan en círculo y comienzan a meditar. Del centro del círculo se eleva un humo que los impregna y los conecta con las fuerzas de la naturaleza, con las fuerzas del astral y con las fuerzas del universo espiritual, y transmiten este mensaje:

“Nuestro conocimiento de las energías del universo irritó tanto a los primitivos demonios que nos amenazaron primero y nos tentaron después con el arte de la adivinación.

Nosotros sabíamos que aceptar esa fuente de poder demoníaco nos condenaría, y condenaría a nuestro pueblo, pero para no aumentar su enojo y que nos perturba sen en nuestra tarea, simulamos aceptarlo.

Los chamanes guaraníes conocíamos el secreto de la naturaleza y el lugar que tenía nuestro pueblo en el plano de la evolución y que nuestra misión era buscar que éste se conectase con las energías de la Verdad Única.

El pueblo debía comprender la inutilidad de la violencia y la rebelión porque son fuerzas que atan al descontrolado mundo físico.

Los chamanes purificábamos la oscuridad que permanentemente buscaba apoderarse del alma de nuestro pueblo y los demonios vieron la intención que teníamos de llevar a nuestro pueblo a tras-

cender la experiencia de la naturaleza. Y también supieron que los habíamos traicionado, que se-
guíamos leales a los dictados del Padre.

Entonces enviaron ejércitos para destruirnos y nos encadenaron en sus cárceles astrales por-
que por mucho tiempo los engañamos”.

Los 3 chamanes son rodeados por el mandala de maestros y por otro mandala integrado por
los Rishis Asuri, Atreya, Manti, Vatsya, Kasorya Kapya, Kumarahita, Galava, Vidarbha Kaundriya,
Dadhya y Atharvana.

Al integrarse a estos mandalas luminosos los chamanes guaraníes rompen las cadenas con
que los demonios los habían atado durante siglos.

El Rishi Asuri les dice:

“Ahora, integrados a estos mandalas de meditación, tienen la misión de operar la alquimia
divina no solo con el pueblo guaraní sino con todos los pueblos”.

A los 5 minutos del segundo tiempo Marcus Allback, con un cabezazo, marcó el provisorio
empate de Suecia contra Inglaterra, que había abierto el marcador a los 30 de la etapa inicial con un
golazo desde 30 metros señalado por Joe Cole.

Pero más allá de las contingencias del juego este gol de Marcus Allback pasará a la historia
de las Copas del Mundo como el número 2.000 desde el primero que en el Mundial de 1930 concretó
el francés Laurent.

Y nos alegramos que este acontecimiento haya ocurrido en un partido, que si bien no fue e-
xcepcional, por lo menos nos salvó de la monotonía a la que, después de doce días de su inicio, nos
tiene acostumbrados este Mundial.

La estrategia del director técnico de Suecia Lars Lagerback de jugar por lo alto desconcertó a
la defensa inglesa que no atinaba donde ubicarse ante cada centro.

Un problema que Inglaterra no podía solucionar era la ausencia de Steven Gerrard, al que
Sven Goran Eriksson quiso preservar ante el riesgo de una doble amarilla. Gerrard finalmente ingre-
só a los 24 del segundo tiempo, reemplazando a Wayne Rooney. Y sin duda la decisión del técnico
del equipo inglés fue acertada porque a los 39', con un certero cabezazo, le dio la ventaja a Inglaterra
que por ese entonces ganaba 2 a 1.

Pero volvamos al primer tiempo, donde encontramos a David Beckham al parecer más pre-
ocupado por la película que tiene que filmar con Peter Weir que por el partido que estaba jugando su
selección. La estrella del Real Madrid solo apareció con una asistencia perfecta a Wayne Rooney
que no estaba en su día y perdió un gol que parecía imposible de perder.

El reemplazo prácticamente al inicio de Michel Owen, cuando su rodilla no quiso jugar más, por Peter Crouch no fue lo mejor para el equipo inglés.

Suecia comenzó a elaborar su estrategia desde el comienzo y a los 4 minutos empezó una historia que se repetiría en los doce tiros de esquina que tuvo a su favor. Henrik Larsson, Fredrick Ljungberg y Marcus Allback desequilibrando a la defensa inglesa.

Sin embargo el empate de los vikingos recién llegó cuando expiraba el partido, con un justiciero gol de Henrik Larsson. El 2 a 2 fue inobjetable y las más de 40.000 personas que colmaron el estadio de Colonia pudieron retirarse satisfechas.

Se encontraron cuando entraban al estadio de Colonia. Un abrazo selló la alegría del encuentro. Los 2 venían de un mundo que había creído en la razón, la revolución industrial, la ciencia, pero ellos en ese mundo que estaba cumpliendo el proyecto de Anterópolis, el demonio personal de Aristóteles, descubrieron una fisura, no hay programa demoníaco perfecto, y se escaparon por la fisura y se encontraron con el cielo y el infierno, con ángeles y demonios. Uno era inglés, William Blake, el otro sueco, Emmanuel Swedenborg, por eso estaban allí para ver a sus equipos, porque la muerte no mata las nostalgias, y ellos seguían sintiendo nostalgias por sus amados países.

Pero después de la muerte sus destinos fueron otros porque cuando los demonios se presentaron para pactar un nuevo nacimiento y como condición del éxito futuro les exigieron que renegasen de todas esas pavadas del cielo y del infierno, de ángeles y demonios, William aceptó sin dudar, y hoy es director de una empresa multinacional de comunicaciones, mientras que Emmanuel, que quiso mantenerse fiel a sus visiones y rechazó el pacto, quedó condenado a ser adivino en un parque de diversiones que deambula por los pequeños pueblos de Suecia.

Los dos comparten la tribuna y mientras William está exaltado por el desarrollo del partido, a Emmanuel se lo ve presa de un enorme aburrimiento. William le reprocha a su amigo.

“Mira este espectáculo, sueco tonto, admira este enorme estadio, esta magnífica obra de ingeniería, observa la multitud, las pantallas, los celulares que tiene cada espectador, ¡oh, las maravillosas telecomunicaciones!, reverencia Emmanuel esta imparable tecnología”.

El sueco le responde con ironía:

“Maravillosa obra de ingeniería moderna, por supuesto este estadio ha superado la arquitectura de los templos egipcios y del Partenón, aunque los fieles siguen siendo los mismos”.

“No puedes ser tan necio, Emmanuel. ¿No ves aquí la civilización moderna? ¿No aprecias el entretenimiento de una sociedad culta disfrutando por un juego no violento? ¿Tienes predilección por una Edad Media cargada de rezos estúpidos y otras supersticiones?”.

“William, donde tu ves tecnología yo veo pérdida de tiempo, porque aquí solo transcurre el tiempo profano, un tiempo que en vez de buscar el Ser busca un teléfono celular cada vez más pequeño.

Donde tu ves un estadio lleno de personas cultas abandonadas a un entretenimiento baladí, yo veo mentes posesas, veo demonios luchando por crecer en la jerarquía, veo demonios corriendo detrás de una pelota y no me sorprende porque durante miles de años los esclavos corrieron en las arenas de los estadios, donde tú, William, ves progreso yo veo degradación”.

“No me comprendes, Emmanuel, por cierto que no me comprendes. Esto es el cielo, estas multitudes se sienten como en el cielo”.

“Basta de hipocresía, William. ¿Ya no recuerdas las visiones que llevaste a tu pluma? ¿El pacto que te llevó a ser director de una multinacional de comunicaciones te relegó al olvido aquello que alguna vez conociste?”.

“Oh, sí, lo recuerdo, pero, Emmanuel, los grandes demonios jamás me permitirán volver a mi antigua mirada”.

Un grupo de Rishis se acerca y se presentan como Saitana, Parasayayana, Gargayayana, Uddalakayana, Gabalayana, Madhyandinayana, Saukarayana, Kashayana, Sayakayana y Kausikayani.

Asustado, William les pregunta qué desean.

“Llévate adonde no puedas molestar”, le responde Gargayayana.

Mientras Saitana se sienta en la tribuna al lado de Emmanuel, el resto se lo lleva a William a un lugar lejano y frío.

Saitana, después de elogiar la buena actuación de los suecos, “este Larsson es un fenómeno”, comenta, le dice a Emmanuel:

“Conoces bien el infierno, ¿estás dispuesto a conocer el cielo?”.

“¿Por qué no pude verlo hasta ahora?”, le pregunta Emmanuel con la pregunta que siempre quiso hacer pero nunca, hasta este momento, tuvo a quien hacérsela.

“Porque para eso hay que abandonar la Tierra”.

Ante la simpleza de la respuesta Emmanuel rompe en un llanto de agradecimiento.

Jacques Lacan mira a Michel Foucault como a un lenguaje que quisiera descifrar. Un psicoanalista no es más que un descifrador de lenguajes, y ese hombre atrás de los signos repetidos de la locura, el suicidio, la homosexualidad, encerraba una semántica diferente, un significado que se ocultaba por las palabras que se encargaban de velarlo.

Michel Foucault, está pensando Jacques Lacan, siempre dice la mitad de la verdad, como cuando afirma que la locura solo existe en la sociedad. Preferiría asumirse como un proscrito de los hombres a soportar que su proscripción es algo más profundo y metafísico.

¿Qué quiso expresar este hombre cuando se solazaba diciendo que el placer del ejercicio del poder, extraído de cuerpos dóciles, debe inevitablemente reaparecer metamorfoseado en fantasías sexuales que estallan en espirales perpetuas de poder y placer, que encienden y mantienen un crecimiento incontrolable de perversiones nuevas y polimorfos, a veces vitalizadoras y a veces virulentas?

Había leído muchas veces este párrafo hasta aprenderlo de memoria, y trató de descuartizarlo, reacomodarlo, jugar como con un rompecabezas hasta encontrar un dibujo perfecto, pero siempre le faltaban piezas, y no encontraba la verdad atrás de las llameantes palabras, pero ¿había algo detrás de las llamas?, ¿el propósito de este fuego no era quemar toda verdad que pudiese revelarlo? Sin embargo había un atrás de esas llamas y era ese hombre que estaba sentado frente a él.

La carcajada de Michel Foucault lo sacó de sus pensamientos.

“¿Qué se esconde detrás de su silencio, doctor Lacan?”.

“Usted, doctor Foucault, estaba pensando que su obra oculta su vida, que quien quiere descubrir a Michel Foucault debe quemar sus libros”.

“Creo que usted, doctor Lacan, es el primer hombre que me está entendiendo”.

“Es sin duda un elogio para un psicoanalista, pero dejémonos de elogios y vamos a lo nuestro”.

“Bueno, para eso estoy aquí”.

“Estuve, doctor Foucault, con Jean Delay, ¿lo recuerda?”.

Michel Foucault regresó a su risa, esa risa con la que trataba de disfrazarse.

“¿Cómo no lo voy a recordar? El famoso psiquiatra del hospital *Sainte -Anne* al que mi padre recurrió cuando a los 12 años intenté rebanarme las muñecas y a este juego lo llamaron una pretensión de suicidio”.

“¿Y no quiso suicidarse, doctor Foucault?”.

“Tal vez, nunca me puse a pensar seriamente en el tema aunque jugué mucho con privar al mundo de mi presencia, hasta amenacé con ahorcarme”.

“Y jugó mucho, doctor Foucault, sostuvo que el suicidio era el más simple de los placeres, y que este acto debía ser meticulosamente preparado, y también en alguna oportunidad escandalizó diciendo que si se ganase unos millones en la lotería haría una fundación para que los aspirantes a suicidas disfrutasen de todos los placeres antes de suicidarse”.

“Está bien informado, doctor Lacan, sobre mis declaraciones públicas acerca del suicidio, pero siento curiosidad por lo que le dijo Jean Delay”.

“El doctor Delay evaluó que usted decidió suicidarse cuando se dio cuenta de la nada del mundo.

A los 12 años tuvo la evidencia que en el mundo nada tenía sentido. Y esta evidencia se la proporcionó su propia locura, doctor Foucault.

Es algo que estoy descubriendo a través de su caso. Después de consultar al doctor Delay, que me mostró la locura como reveladora del sin sentido también consulté al Rishi Trayukil por el que usted llegó a este consultorio”.

“¿Y qué perspectiva tiene el Rishi acerca de esta cuestión?”.

“Muy interesante, doctor Foucault, me señaló el Rishi que la revelación del sin sentido del mundo puede tener dos fuentes, una demoníaca y otra divina, la demoníaca es la locura que invita al suicidio, la divina es dictada por El Padre, e invita a la trascendencia a estados de conciencia superiores que comprendan la irrealidad del mundo, porque esta irrealidad es su sinsentido”.

“¿Usted sostiene, doctor Lacan, que el sinsentido del mundo se me reveló desde la fuente demoníaca?”.

“¿Le caben dudas, doctor Foucault?”.

“Ahora que me lo muestra muchas cosas se van cerrando. Me sentí un elegido por esa revelación, pocos hombres la habían tenido en la historia, tal vez los lúcidos suicidas Séneca, Césare Pavese, Raymond Roussel. Pero, ¿qué me decía esa revelación? Que el sinsentido es el sufrimiento al que se está condenado en la vida, un padre terrible, una angustiada homosexualidad, pero también esa revelación me dijo que un suicida iluminado debía dejar sus signos, que la muerte debía prepararse de a poco, decorarla, arreglar los detalles, buscar los ingredientes, imaginarla, escogerla, aconsejarse al respecto, no dejar nada al azar.

Un personaje de **Los endemoniados**, de Fedor Dostoievsky, Kirilov, afirmaba que si Dios no existe el hombre es absolutamente libre y la máxima expresión de esa libertad es el suicidio.

Y así, doctor Lacan, me sentí un elegido que decidió preparar su muerte con toda prolijidad, y eso es lo que hice entre ese intento de suicidio a los 12 años y mi muerte con el Sida voluntariamente contraído, a los 58.

Durante esos años preparé prolijamente mi suicidio, y los detalles cuidados y adornados fueron mi obra y mis perversiones.

Mi fuente de inspiración me aseguró que si cumplía con todos estos ritos me liberaría del sufrimiento, pero ya lo ve doctor Lacan, cumplí como pocos hombres en el mundo pudieron haber cumplido, y sin embargo el sufrimiento no solo no se fue sino que me está devorando.

Pero ahora usted me dice, doctor Lacan, que el Rishi Trayukil le dijo que el mundo no tiene sentido pero que no se suprime el mundo en el suicidio sino en la trascendencia”.

“El mundo, doctor Foucault, no tiene sentido porque está significado por un plan demoníaco –así me lo transmitió el Rishi Trayukil–, pero trascendiendo el mundo es posible resignificarlo”.

“Estoy demasiado atrapado por la mente para darme cuenta de lo que realmente me está revelando, pero no sé porqué algo me dice que el Rishi Trayukil está diciendo la verdad”.

“Seguiremos en la próxima sesión, doctor Foucault”.

Un integrante del mandala de convocantes le pregunta al maestro Yukteswar.

“Maestro, ¿qué efecto tiene la energía de Xanti en el proceso purificador?”.

“Los procesos son múltiples y la mayoría de ellos incomprensibles para la conciencia del hombre. Sin embargo, te puedo señalar dos procesos que puedes llegar a comprender.

Uno es disolver esas concentraciones oscuras de energía a las que la humanidad llama problemas.

Estas condensaciones energéticas configuran una de las estrategias más logradas del plan demoníaco.

Demás está decir que lo que consideras la realidad del mundo no es más que un juego de energías.

El Gran Demonio ha logrado impedir el fluir de la energía natural del hombre, esto es su proceso evolutivo, plantando en el sistema infinitas condensaciones de energía inteligente.

Esta energía tiene un programa que cumple dos funciones básicas, la imantación de la conciencia y una vez logrado este propósito la domina con un problema al que tiene que resolver para seguir avanzando.

Para ejemplificarte este mecanismo y que te resulte claro, un hombre, cualquier hombre, considera que la vida es una carrera de obstáculos que tiene que vencer para lograr su realización personal. De este modo ya desde el jardín de infantes, e incluso antes, empieza el fatigoso y doloroso camino del aprendizaje. Y cada minuto que se prolongará toda la vida será superar opresiones de maestras histéricas, exámenes tortuosos, lograr títulos que de pronto aparecen como inalcanzables. También tendrá que transitar a veces infranqueables problemas laborales, conflictos familiares, problemas que se presentan como ambiciones o crisis económicas, de pronto lo alcanza el problema de la enfermedad e inevitablemente alguna de estas enfermedades lo lleva al problema sin solución de la muerte.

Más o menos esta es la vida de cualquier hombre, los problemas comunes, sin contar con los problemas que se le presentan como límites, como por ejemplo cuando mata a alguien y lo encierran en la cárcel, o lo ataca una enfermedad crónica y tiene padecimientos que parecen interminables, o las muertes emocionalmente no superadas de seres queridos.

La permanencia en la Tierra hace inevitable que el hombre tenga que estudiar y trabajar para afrontar la supervivencia, forme una familia, se enferme y en algún momento se muera, pero lo que

quiero decir que todo esto lo experimente chocando contra esas energías densas que plantó el Gran Demonio y que se manifiestan como problemas.

En este sentido, la energía de Xanti, para quien pueda conectarse conscientemente con la misma, irá disolviendo esas condensaciones energéticas que generan sufrimiento, distracción y parálisis, para que de esta manera la conciencia pueda cumplir su proceso y conectarse con la Energía del Padre para continuar con su plan evolutivo.

La otra tarea de Xanti que a esta altura de la enseñanza ya eres capaz de comprender es la que tiene que ver con la purificación de los *chakras*, poniendo su objetivo principal en el *manipura*.

En el *chakra manipura*, también conocido como el centro de los estados psíquicos, por ser el punto de conexión entre los llamados *chakras* inferiores y superiores, aunque esta denominación no sea la más precisa, es donde están instalados los demonios que ejercen todo el control del sistema.

Desde *manipura* los demonios se divierten mucho proyectando deseos, preocupaciones, sufrimientos, y todo tipo de ilusiones que conforman lo que cada conciencia vive como la realidad.

Xanti va a atacar para desalojar ese bunker demoníaco, pero solo podrá ser exitosa en su tarea si la conciencia acepta soltar a los ocupantes del *manipura*, reemplazarlos por su energía divina para que se ocupe de dirigir el proceso que llevará al despertar del alma y a la liberación en El Padre.

Te estoy transmitiendo el mensaje que Xanti le está enviando a todos los hombres, este es un paso importante para la derrota del Gran Demonio y huestes de la oscuridad”.

Después de una vida que giró en el absurdo, sometida por dolorosos pactos propios y ajenos, como el de su padre que decidió entregarlo para ser reemplazado por su hijo en el banquete que habían preparado los demonios, Franz Kafka murió.

Cuando alguien muere siendo entregado por una entrega absoluta, no llega al mundo de los muertos porque queda estacionado en una región intermedia que funciona como un depósito donde los demonios guardan a las conciencias que van a ser devoradas.

Entiéndase, si es que esto puede entenderse, que una conciencia devorada pasa a ser parte integrante de la conciencia demoníaca del devorador.

Así, Franz fue encerrado en una bolsa negra y como un cadáver en la morgue le fue asignado un número, y uno de los demonios encargados del depósito lo introdujo en la caja de un nicho hasta que los demonios mayores lo reclamen para alguno de sus banquetes.

Todo para Kafka parecía estar signado por un destino inexorable cuando se produjo el milagro, o mejor que el término milagro, que suena a algo incomprensible, se produjo lo que se conoce como la ley de causa y efecto.

En alguna lejana vida la conciencia de quien en la última que vivió se llamó Franz Kafka, había creído en una realidad superior a la de los demonios y con ella fue que de alguna manera se conectó, y como en estas experiencias nada tiene que ver el tiempo como comúnmente se lo conoce en la Tierra, esta realidad superior, alertada de lo que le estaba pasando a Franz lo vino a rescatar.

Una luz invadió el depósito, los demonios encargados huyeron aterrados, y esa luz abrió el nicho, sacó a Franz de la bolsa y lo llevó al mundo de los muertos.

El desconcierto de Franz cuando despertó en el mundo de los muertos fue total. Solo vio un valle de tinieblas donde vagaban sombras deambulando en círculos, no yendo a ninguna parte.

Franz vivía el desconocido temor que viven los muertos cuando recién llegan al mundo de los muertos, pero de pronto una de esas sombras se le acercó.

“¿Recién llegas?”, le preguntó.

“Creo que sí, pero no sé donde estoy, ¿qué hago aquí?”.

“Estás en el mundo de los que quieren volver a nacer, pero te llevará un tiempo poder lograr un nuevo nacimiento, solo los privilegiados que tienen grandes pactos a cumplir son los que nacen inmediatamente después de haber muerto.

Como no tienes demasiada energía propia y por el momento nadie a quien entregar, por tanto no les interesas a los demonios. Solo cuando lo consideren necesario, aunque sea como comparsa o bufon de los demonios mayores, te llamarán para que firmes el pacto de nacimiento”.

“¿Y mientras tanto qué hago?”, preguntó intrigado Franz.

“Seguirás proyectando las experiencias que viviste en la vida, en eso te entretendrás y puedes hacerlo solo o compartirlo con otros, esa es la única opción que tienes.

Pero te darás cuenta que esto no es diferente a lo que hiciste durante la vida y que ahora se continúa en la muerte, la única diferencia es que cuando las proyectabas en la Tierra las experimentabas como reales, y ahora si eres una mente perspicaz puedes darte cuenta que todo es un juego ya programado.

Sin embargo, para la mayoría de estas sombras que ves están dando vuelta en círculos de la muerte, estas proyecciones siguen siendo tan reales como lo fueron en la vida”.

“¿Y tú quién eres?”.

“Un viejo muerto que se acostumbró a la muerte y la prefiere a la vida, por eso no tengo ningún interés en volver a nacer.

Soy como esos presos que después de pasar un largo tiempo en prisión ya no quieren volver a salir, ¿qué van a hacer afuera?

Acá estoy acostumbrado, me hice amigo de los demonios que custodian el mundo de los muertos, como pagué mis deudas me dejaron de torturar, a veces me invitan a cenar al casino de demonios suboficiales, y allí puedo ver la televisión de la Tierra, y de vez en cuando me dejan pasar un buen rato con las demonias.

¿Qué sentido tendría volver a nacer?

Bueno, te dejo, estoy invitado a una fiestita porque se celebra el día del demonio carcelero de los muertos”.

El muerto que no quería nacer se retiró y Franz quedó sumido en la proyección de cuando había escrito su novela **El proceso**.

El auto de Peter Weir se detiene en las inmediaciones de donde se está construyendo, en realidad ya está casi terminada, la escenografía de la película.

Peter desciende del auto con Hanna Schygulla y se adelanta para hablar con el arquitecto que tiene a cargo la obra. El director parece conforme y grita:

“Ya llegamos” y ante su grito aparece corriendo Toni Colette, que abriendo ampulosamente los brazos les muestra la residencia, un chalet de tres plantas, el inmenso parque, la fantástica piscina y a lo lejos la playa que se adivina entregándose al mar azul que la acaricia con lenta suavidad.

“Todo esto lo comparto con David”, dice riendo.

“No mires, Hanna, el extremo del set, allí se ven los cartones y las maderas de una escenografía sin terminar, la ilusión se desvanecería muy pronto”, advierte Peter.

Los 3 se sientan al borde la piscina y Peter toma su rol de director de actores.

“Toni, Hanna es tu vieja maestra de teatro, y ahora viene a visitarte mientras David está jugando el Mundial.

Tienes gran respeto por ella, no solo como maestra, sino que te fascina una personalidad que ves como que siempre reserva algo a su extroversión, mantiene atrás de lo que dice el silencio que guarda celosamente lo que calla.

La miras también con envidia, la envidia de la burguesa sumida en la cómoda y anodina cotidianeidad, pero ahora es como si te rindieses ante ella, la llamaste como para pedirle auxilio, ya no soportas el enmascaramiento de tu vida y sientes que te estás ahogando en un vacío.

Por tu parte, Hanna, tienes que transmitirle a Toni que toda desilusión encierra algo así como una luz que anuncia la salvación.

Toni, tienes que abrirte a las palabras de Hanna, palabras que pueden convertir tu caos en fe. ¿De acuerdo?”.

Las dos actrices asienten.

“Bien, Hanna, ahora improvisa la escena, están al borde de la piscina y tú hablas”.

Hanna revisa con sus ojos el lugar, Toni la mira como esperando algo más que el silencio, ese silencio de Hanna que es capaz de irritarla hasta la histeria.

Hanna parece no advertirla cuando habla.

“Palmeras plásticas,

el agua no moja,
las casas vacías,
esta sensación de soledad que me acompaña.

No hay nada que sostenga a nada.

Estoy aquí parada en el centro de la mentira
sostenida por nada.

Más allá de aquí, todo.

Límites,

una puerta,

una luz.

Descubro la soledad en mi corazón.

Siento que no estoy sola pero nada
de lo que me rodea me reconforta.

Esa luz me envuelve, me toma.

Siento,

descubro,

olvido”.

Hanna regresa al silencio y Toni, conmovida, a empieza a aplaudir.

“Bravo, realmente me transmitiste tu desilusión y el intento de una búsqueda de salida.

¿Tomaste los elementos para estructurar el parlamento de tu memoria emotiva?”.

“No fue una actuación, Toni, fue algo que nació en mí cuando tomé conciencia de la escenografía que me rodeaba y de la ilusión que proyectaba.

Solo te he transmitido mi confusión y la necesidad de salir de ella.

Es como si la luz del set me hubiese abierto la esperanza”.

“Fue excelente, Hanna”, aplaude Toni.

Los 3 continúan planificando los ensayos previos a la filmación.

Abijael observa el mapa, y la brújula en ese bosque de árboles llameantes y cantos de pájaros engañosos, una región solitaria y encantada del infierno donde sus informantes, los demonios buchones, con quienes intercambia secretos que le interesan a cambio de ciertos favores, le señalaron que habitaba Andrómaco.

Después de su derrota con Anterópolis, Andrómaco fue despojado de su cargo de demonio personal y confinado a esa región porque todo demonio derrotado tiene que ser castigado, y el peor castigo para un demonio es el olvido de los otros, perder el reconocimiento de sus colegas y ese sufrimiento de no ser, porque un demonio sólo es en el odio, la envidia y la ira de los otros, y no tenerlos es el mayor infierno para estos habitantes del infierno.

A Abijael le temblaron las piernas cuando a centímetros de su cabeza sintió el estruendo de un cartucho de escopeta, esa “munición desintegradora de demonios”, se dijo, reconociendo la estampida.

Una voz más intimidante que el escopetazo le gritó:

“Aléjate rápido porque el próximo tiro va a la cabeza”.

Abijael estaba tan aterrado que no podía decir nada.

“Vamos, quiero escuchar tus piесecitos corriendo por el bosque, o te enviaré un pasaje sin escalas ni retorno a la Venus Negra”.

Con el último aliento que le permitió el miedo Abijael emitió el sonido de unas palabras que, creyó, podían resultar audibles.

“No me mate, maestro Andrómaco, soy Abijael, un demonio personal filósofo y he venido a verlo para reivindicarlo y rescatar su memoria”.

“Ya he desaparecido en la memoria de quienes fueron mis colegas”.

“No es del todo cierto maestro Andrómaco, el maestro Konstantin me habló de usted con gran reverencia y admiración y elogió el programa que presentó al concurso que lamentablemente ganó Anterópolis”.

Abijael se concentró esperando la respuesta que llegó después de un tiempo que usó Andrómaco para reflexionar.

“¿Quieren rescatarme del olvido?”, lo escucho hablar con un tono más amable.

Más confiado, Abijael decidió avanzar y caminó entre las malezas unos metros hasta que se topó con la figura de un anciano con aspecto de leñador, con ojos duros y cuerpo compacto, y que

lucía un pelo blanco que le caía sobre los hombros y una barba también blanca que llegaba hasta el pecho, Andrómaco juguetea dubitativo con la escopeta caza-demonios.

Abijael, luciendo toda la seducción que le puede caber a un demonio, se dirige a Andrómaco con una reverente inclinación.

“Maestro, qué inmenso honor estar ante el más grande demonio filósofo de la historia”.

“Sígueme a la cabaña”, responde Andrómaco más complaciente.

Y en ese solitario bosque donde estaba confinado Andrómaco, acodados en la mesa de la rústica cabaña, bebiendo una potente bebida bastante similar al ron de los humanos, los 2 demonios recorrieron filosofías y filósofos, Andrómaco era un conocedor profundo de la mística medieval, que coincidía en algún punto con su concepción de la necesidad de las conciencias de incursionar por otros planos, y estaba muy interesado en Ruysbroeck y otro místico desconocido por los hombres cuyo demonio personal se llamaba Panegirius, mientras Abijael tenía una buena formación en los modernos, aquellos fieles servidores del Gran Demonio que habían formalizado y hecho una abstracción del mundo como Descartes, Leibnitz, Kant, y Andrómaco revivió en sí la adormecida vocación filosófica, y ya cuando amanecía en ese bosque del infierno, porque en los bosques del infierno también amanece, le dijo al joven demonio filósofo.

“Tuve que esperar más de 2.000 años terrestres, y por fin empiezan a comprender la vigencia de mi proyecto.

Sabía que esto ocurriría, pero para ponerlo ahora en marcha hay que hacer algunas actualizaciones ya que el diseño original corresponde a otra época”.

“Cuénteme, maestro, cuál es la esencia de su programa”, le pide Abijael con los ojos bien abiertos por el interés, a pesar de la larga noche de filosofía y alcohol.

“No ignoras que el objeto de todo programa es mantener al alma inconsciente mientras tanto le saqueamos su energía.

Ahora bien, la energía condensada en el grado de densidad que hoy se encuentra ha llevado la experiencia a un punto límite en el cual la opresión obturó totalmente la posibilidad de que las almas despierten de su estado.

Mientras eso no ocurrió El Padre más allá de enviar algunos mensajeros, dejó que las almas elijan buscarlo y así despertar del sueño en que estaban sumidas.

Pero cuando esta posibilidad quedó anulada, como no podía abandonar a sus hijos, nos está bombardeando con esta energía que se escapa totalmente a nuestro control.

Tu has comprendido, Abijael, que el programa de Anterópolis no solo es obsoleto en estos momentos, sino que insistir en seguir sosteniéndolo atenta contra la existencia misma del sistema demoníaco.

Debemos abrir a las conciencias una puerta de escape como bien lo has advertido, pero el programa que hay que diseñar es que esa puerta de escape conduzca a la Nada.

¿Entiendes Abijael?”.

Abijael asiente.

“Veo cual es el problema y su planteo, maestro, pero lo que no tengo idea es como puede ser llevado a cabo”.

“No es sencilla la tarea, esta experiencia supone algo totalmente diferente para el hombre, y no está exenta de grandes riesgos.

Una cosa era cuando lo planteé en el mundo griego, todavía el hombre tenía reminiscencias míticas y la puesta en marcha sería gradual. Ahora las conciencias están atrapadas en los fuertes paradigmas científicos que se han constituido como la verdad de la razón, hasta se habla de ciencias culinarias o ciencias del deporte. Además, ante el peligro de esta invasión, la apertura de la conciencia tiene que ser colectiva.

Hay muchos interrogantes, regresa a verme, Abijael, antes de que empieces a plantear nada tienes que tener muy claro el complejísimo programa que hay que implementar, como opera con los otros programas que existen en la Tierra, políticos, científicos y hasta cotidianos.

Te repito que no es nada fácil”.

Ya el Sol del infierno golpeaba fuertemente cuando Abijael abandonó el bosque y emprendió el camino de retorno a la ciudad de los demonios donde vivía.

Eduardo Mignona y Fabián Bielinsky lo saludan al Rishi Kaundiya cuando ingresa al aula especialmente preparada en el set para la segunda clase.

“¿En qué habíamos quedado?”, pregunta el Rishi.

Eduardo responde:

“Señor, nos había pedido que reflexionáramos acerca de la posibilidad que nosotros también fuésemos proyecciones como las que vemos en las películas”.

“¿Y qué conclusión sacaron?”, interroga el Rishi y Eduardo vuelve a responder.

“No es lo mismo, porque a diferencia de esas proyecciones yo puedo pensarme, lo cual me da identidad, cosa que no pueden hacer los personajes de mis películas”.

Fabián hace un gesto con la cabeza, apoyando el comentario de su colega.

“Analicemos lo que dices, Eduardo. Tu pensamiento te da una identidad a la que llamas yo, y desde esa identidad crees relacionarte con el mundo.

Y así piensas, yo como, yo estudio, yo dirijo y jamás dudas de quien hace estas cosas”.

Eduardo asiente las palabras del Rishi, que continúa su análisis.

“Ahora bien, así como despiertas emociones con una película, y todo termina cuando se apaga el proyector y el espectador ya no es atrapado por esas imágenes, tus acciones también se disuelven cuando terminas de representarlas y solo quedan como un recuerdo, una imagen fijada a tu mente.

¿Qué diferencia existe entre esta imagen, este residuo y la proyección de tu película?”

“Hay una diferencia –responde seguro Eduardo–, una película es una historia cerrada y mi vida la voy construyendo, soy yo quien la escribe cada día. Elijo entre una acción y la otra, tengo esa libertad”.

“¿Tú que opinas, Fabián?”, se dirige el Rishi a Bielinsky.

“Creo que Eduardo está en lo cierto”.

“Escuchen muchachos, cuando hablo de realidad me refiero a una esencia que está lejos de la percepción sensoria.

Esta realidad es inmutable, nunca deja de existir, en ella no hay contradicción, no hay deseo, no hay progreso, solo hay un gozo permanente producto de la comunión con la Fuente.

¿Conocen ese estado?”.

Los dos directores responden al unísono:

“No”.

“Muchachos, todo lo que no sea ese estado es la irrealidad.

Es el mundo de formas cambiantes, de opciones contradictorias, de deseos insatisfechos, de juegos vacíos sin ninguna circunstancia, películas que se desvanecen sin ningún sentido.

Les he tendido una pequeña trampa, la pregunta que les formulé no tiene respuesta desde el estado mental en que se encuentran, solo la percepción de algo más allá de la mente puede dar la respuesta, pero este será el tema de la próxima clase”.

21 de junio

“¡Qué lástima Angola!”. Y este lamento entre interjecciones no lo dice un angolés sino un objetivo observador del espectáculo que dieron Angola e Irán y que terminó 1 a 1.

Angola en los papeles daba para más, es un equipo que perdió por la mínima cuenta con el hasta ahora invencible Portugal y empató con el siempre peligroso equipo mexicano. ¿Qué le pasó con el equipo más débil del torneo? Le pasó de todo, le faltó la elemental ubicación en un campo de juego, no tuvo ideas, ni tampoco ese empuje que lo había caracterizado. Irán fue el de siempre, no es un equipo que pueda deparar sorpresas, por eso el partido solo pudo ser lo que fue: malo y tal vez muy malo.

Solo caben mencionar los goles para darle alguna dinámica a este comentario. A los 14 del segundo tiempo Flavio da Silva Amado cabeceó un centro de Nsimba Paulo Baptista Ze Kalanta , y Mizapour vio impotente como la pelota llegaba a la red.

A los 23 Irán logró la satisfacción del empate cuando Medi Mahdavi tiró un corner que concretó en gol con un cabezazo Sohrab Bakhtiarizadeh.

De todo esto queremos hacer una reflexión y un pedido. La reflexión es que un Mundial de Fútbol que debe ser la muestra en el campo de juego de los mejores jugadores del planeta no puede ofrecer espectáculos cuyos jugadores no podrían competir ni en las segundas divisiones de los países líderes en este deporte. Y el pedido es al Gran Demonio. Sabemos que la organización de este evento fue a instancias suyas para obtener la concentración de energía necesaria con el objeto de consolidar su Imperio. Pero le preguntamos, ¿Señor Gran Demonio, estos partidos no desmerecen y en mucho esta unificación de la Tierra bajo un gobierno absoluto? Le pedimos, Señor Gran Demonio, ya que usted todo lo puede, que en el próximo Mundial en Sudáfrica solo compitan los países que están en condiciones de competir.

Mariano Bartolomeu es un joven director de cine angoleño y entre los interminables bostezos que provoca ese partido en Leipzig, Mariano piensa en otra cosa, y en lo que está pensando es en la película que quiere filmar.

¿Cuál es la opción para África? ¿Continuar en el sufrimiento de la hambre y la enfermedad, o aspirar al sufrimiento de la locura del hombre occidental?

Sabe que esa respuesta no va a encontrarla entre los angoleños con quienes comparte la tribuna, por eso le pide a Bonga Kuenda, ese gran músico que se comprometió con la independencia de Angola y viajó con su orquesta por Europa para mostrar la realidad de África, que lo acompañe a la tribuna de Irán, porque le comentaron que Avicena, un gran sabio que vivió entre los siglos X y XI estaba presenciando el partido.

Mariano tenía una información vía Internet de Avicena, y lo que se destacaba era que como todo pensador importante de su época incursionó en todas las disciplinas existentes: lógica, metafísica, psicología, ciencias naturales, aritmética, geometría, astronomía, música, pero hubo dos en las que se destacó: medicina, en Hamadán fue médico de la corte del Gran Visir y escribió **El Canon de Medicina** por el que se le reconoce en un nivel equivalente al de Hipócrates y Galeno; la otra disciplina en que se destacó fue la teología, donde afirmó que Dios es el único ser en quien necesariamente existencia y esencia coinciden, mientras que en los demás seres la existencia es un accidente que se agrega a la esencia.

Mariano y Bonga Kuenda se emocionaron al reconocer al sabio y después de presentarse como ocasionales rivales futbolísticos pero con la admiración que les producía encontrarse con un hombre que se ocupaba de lo que ya nadie prácticamente se ocupa, le presentaron el dilema de África.

Avicena, a quien no le preocupa distraerse del insoportable partido, por el contrario le agradece a los angoleños tener que hablar de cuestiones más trascendentes que de la actuación de esos groseros futbolistas, comienza a hablar en el lenguaje de los hombres cultos de la época medieval.

“¿Qué es esto?.

En el ser coinciden la esencia y la existencia.

En el no ser hay existencia y construcción de esencia.

En este Mundial no hay ni esencia ni existencia.

El pasaje de África a Europa sería pasar de una no esencia a otra no esencia, de una no existencia a otra no existencia.

¿Cuál sería la verdadera esencia y existencia de África?

África tiene que descubrirse como pueblo, como patria, como Nación y permitir que su esencia prevalezca sobre la locura importada.

África debe dejar aflorar de esta esencia todo tipo de desarrollo, incluyendo el económico, y tiene que realizarse de una manera original, independiente y propia”.

“¿Qué opinas, Bonga, de lo que dice nuestro amigo?”, le pregunta Mariano al músico.

“Nadie podría, con sentido común, opinar de otra manera.

Es necesario que África desarrolle un modelo propio y solo puede hacerlo desde su propia identidad.

Lo contrario sería querer participar de la cultura globalizada. ¿Pero qué es lo que se globalizó sino una misma locura?

En todo caso es mejor la locura propia que la ajena, porque uno está preparado para comprenderla y descifrarla.

Ten en cuenta, Mariano, que procesar la locura es el primer eslabón para la sobrevivencia.

La contradicción es que todos piensan así pero todos hacen lo contrario”.

Mariano Bartolomeu y Bonga Kuenda abrazan a Avicena y se despiden para retirarse a la tribuna de Angola ya resignados a seguir aburriéndose con el espantoso partido.

Gelsenkirchen tenía clima de fiesta para este enfrentamiento entre Portugal y México. Los dos clasificados para los octavos salieron a no gastarse demasiado para este enfrentamiento, por eso Luis Felipe Scolari prefirió guardar a los jugadores que tenían una amarilla: Francisco Costinha, Nuno Valente, Pedro Miguel Pauletta, Cristiano Ronaldo y Deco.

Portugal comenzó atacando y corrían solo 6 minutos del primer tiempo cuando Rafa Márquez salta en el área mexicana y toca la pelota con la mano, y sin dudarlo Lubos Michel decreta el penal. Maniche no tuvo dificultades en concretarlo y Portugal se puso 1 a 0.

A los 24 Simao consigue el segundo gol para los portugueses y el posterior ataque desesperado de México dio sus frutos cuando José Francisco Fonseca logra descontar para su equipo. México pierde la oportunidad del empate cuando increíblemente Omar Bravo desperdicia un penal. México iba de mal en peor ya que no solo parecía atado en el césped sino que la expulsión de Luis Pérez le derrumbó sus esperanzas, si alguna le quedaba. Ricardo La Volpe jugó su última figurita con Guillermo Franco, ya casi terminando el partido, pero las suertes ya estaban echadas a favor de Portugal con ese 2 a 1 que le permite terminar esta serie inicial con tres partidos y tres triunfos.

¿Quién de los fascinados por los mundos mágicos, en aquellos propicios tiempos para la magia, hace dos o tres décadas, porque las ideologías políticas estaban sucumbiendo, no se acuerda de Juan Matus? Por supuesto es aquel brujo de **Las enseñanzas de Don Juan**, que popularizó Carlos Castañeda. Pero la palabra brujo no le sienta bien a Don Juan porque nos remite al imaginario de la Edad Media con calderos, escobas voladoras e inquisiciones; más bien digamos que Don Juan es un chamán.

Don Juan se aparecía en los relatos de Castañeda como un hombre que conocía a los hombres, por eso podemos calificarlo de sabio, y como un hombre que conocía el mundo de los demonios, por eso puede definirse como chamán.

Bueno, Don Juan está en la tribuna de Gelsenkirchen mezclado con la euforia mexicana pero mirándola con una sabia indiferencia. Pero Don Juan no llegó solo a este Mundial, lo acompaña un príncipe azteca bautizado como cristiano, que unió en su conversión el adquirido nombre español Hernando de Alvarado con el que llevaba por tradición: Tzozómoc. Lo vamos a llamar con este último, porque es el legítimo, ya que fue nieto por línea materna de Moctezuma II, e hijo de Cuitláhuac, penúltimo monarca azteca.

Sus Crónicas Mexicanas datan del siglo XVI y narran desde la fundación de Tenochtitlán, en 1325 hasta la llegada de Cortés. El relato es cruelmente revelador ya que muestra las rivalidades entre las tribus que explotaron los conquistadores con las consiguientes matanzas entre los pueblos y las terribles prácticas de sacrificios humanos en honor de Huitzilopochtli.

Don Juan anuncia:

“Hemos sido convocados para darle un significado a este país que tanto ha padecido desde su origen.

¿Quién mejor que tú, Tzozómoc, para hablar de lo que nos piden?”.

Entonces Tzozómoc dice:

“México es y no es, y lo que es, es solo una creación oscura que fue creciendo a través del tiempo, formando un gran hechizo para todos aquellos que se animaban a su conquista.

Y este hechizo los encantó y magnetizó a todos, conquistadores y conquistados.

Todos fueron alimento del Gran Hechicero.

Durante mucho tiempo de luchas y conflictos, siempre fue lo mismo, un pozo oscuro que iba creciendo y donde todos quedaban atrapados.

Imperaba el olvido del Dios verdadero y rendían culto a dioses infames a los que veneraban para sentirse protegidos.

Los dioses solo eran manifestaciones de ese Gran Hechicero.

Las luchas parecían ser justas pero todos cayeron en la trampa”.

“¿Cuál fue la trampa?”, pregunta Don Juan.

“La trampa fue haberse desviado siguiendo las huellas falsas de lo que parecía la salvación del pueblo”.

“¿Y cómo, Tzozómoc, ves el México actual?”, sigue preguntando Don Juan.

“¿Qué puedo decirte, Juan, del México actual si todo el mundo está colapsado?”.

Una misma energía oscura ha invadido el planeta. Ya no hay lugar en el mundo donde more la luz, la luz está en otro lado.

Pero de la oscuridad degradada en que se encuentra nacerá la salvación de la humanidad, porque más allá del mundo, pero llegando a éste, hay una vibración que es parte de un proyecto celestial que no solo salvará a México sino a todos los hombres encadenados a la Tierra”.

“Perdón, Príncipe Tzozómoc, sepa disculparme Don Juan, no es correcto que me entrometa, pero desde la tribuna de Portugal escuché las palabras que decían y no pude resistir la tentación de acercarme a ustedes.

Mi nombre es José María Eça de Queiroz y me han considerado el más importante escritor portugués del siglo XIX, pero no estoy aquí para hacer el panegírico de mi obra, sino para contarles que yo también fui partícipe de esa energía salvadora de la que usted habló, Príncipe.

Puedo decirles que estoy siendo testigo para mi maravilla de algo que jamás sospeché que pudiera sucederme.

Y esto que me sucedió fue percibir que hemos llegado a tocar fondo desde todos los puntos de vista posibles.

Pero también pude ver que como salvación de este mundo frágil y atormentado se está manifestando un Plan Divino que es capaz de transmutar toda esta degradación en energías superiores liberadoras de este sufrimiento que atraviesa a la humanidad.

Estoy dispuesto a ser parte de este Plan y si se me otorga la Gracia transmitir todo lo que sutilmente esté comenzando a suceder para abrir las conciencias a la verdad del Padre”.

“¿Y tú qué puedes decir, Juan?”, le pregunta Tzozómoc.

Don Juan muy despaciosamente va hablando.

“El camino no fue comprendido, ninguna alquimia fue realizada.

Solo hubo un camino, el que señalaron los demonios, y los hombres caminaron al abismo.

Y en ese camino la raza humana quedó aplastada por los escombros de la locura y la soberbia”.

“¿Cree Don Juan que la humanidad podrá salir de esos escombros?”, pregunta Eça de Queiroz.

“Solo trascendiendo el plano la humanidad podrá salir hacia el verdadero paraíso, pero en la renuncia sincera deberá liberarse de la carga emocional que la ata a la Tierra.

Si las almas se conectan con el Espíritu los egos serán aniquilados, solo a eso se debe aspirar”.

Los tres hombres callaron y miraron con compasión la soberbia y la locura que habían invadido ese estadio de Gelsenkirchen.

Costa de Marfil tuvo lo que podríamos llamar una digna despedida de este Mundial ya que pudo revertir un 0 a 2 con que perdía ante el decepcionante Serbia y Montenegro, convirtiéndolo en un 3 a 2 que quedará en la historia de este equipo africano.

Hay algo que a pesar de que Henry Michel, el técnico de Costa de Marfil debe haberle insistido hasta el hartazgo a sus dirigidos, que el sistema defensivo debe tener siempre aceitados los relevos, parece que estos no pueden captar el mensaje, y la defensa africana ofrecía ni bien comenzó el partido más espacios libres que el desierto del Sahara, lo que aprovechó Nikola Zigic a los 9 de haber comenzado el partido para marcar el primer gol, y 10 minutos después Sasha Ilic, que tuvo un regalo inesperado en la pelota que le ofrendó Cyrille Domoraud, se aseguró el segundo gol para el equipo europeo.

Costa de Marfil ya no tenía nada que perder, por eso se lanzó a un frenético ataque, y a pesar de la ausencia de su mejor jugador, Didier Drogba, buscaron suplirlo conformando una estructura que funcionaba con la salida de Etienne Boka por izquierda, y el desmarque permanente de Aruna Dindane y Bakari Koné. Una mano de Milan Dudic en su área le permitió a Aruna Dindane achicar las diferencias y que el primer tiempo terminase 2 a 1 a favor de Serbia y Montenegro, que para peor de sus males, cuando ya finalizaba la etapa pierde a Albert Nadj, expulsado por el mexicano Marco Rodríguez.

Serbia y Montenegro confirmó lo que ya se sabía, que era un equipo sin alma, y en el segundo tiempo le cedió la pelota a los africanos y le permitió el lucimiento a su arquero Dragoslav Jevric ante los sucesivos remates de Aruna Dindane y Kanga Akalé, y la colaboración que tuvo también el guardameta del travesaño, donde se estrelló un violento remate de Blaise Kouassi.

El gol que inevitablemente tenía que llegar, llegó a los 22 por obra de Aruna Dindane, y de ahí en adelante Costa de Marfil presionó constantemente hasta que Kalou, con un penal, logró el milagro del 3 a 2 final.

“Te confieso algo, Akissi”.

Este rendirse en la confesión lo decía alguien ya rendido y no solo porque Serbia y Montenegro se retiraba del Mundial vencido, humillado, convertido en la sombra de lo que alguna vez soñó ser, sino porque el serbio que la pronunciaba, Jacob Ingjatovic, se sentía derrotado, más que derrotado, engañado por el engaño del mundo.

Akissi Kovadio lo va a escuchar como la confesora que lleva en su corazón anudada su propia confesión, la de una vida en que la derrota se acalla con la voz de la indignación, y la escritora cuenta en la autobiografía de su infancia en una aldea baulé de Costa de Marfil, los dramas familia-

res con el descubrimiento que su padre no es el marido de su madre, el odio de la rival de su madre, pero ahora, frente a Jacob Ingjatovic, antes de que la confesión del serbio se haga palabras, ella se adelanta y dice:

“Cegada por mi drama personal no podía comprender que mi historia de malentendidos, pasiones y traiciones no era otra que la tragedia de África. ¿Occidente no es acaso nuestro padrastro, que pretende sobre nosotros el derecho de guiarnos, llevarnos a nuestro destino que no es más que una parodia del suyo? ¡Qué ironía la parodia de una parodia!

Y nuestra madre África está olvidando, deslumbrada por las promesas del padrastro, al Gran Dios, nuestro Padre, que nos hizo ser lo que somos, porque nosotros los africanos somos en el rito que convoca fuerzas misteriosas, en la naturaleza del desierto y la selva, en las ciudades miserables, en las aldeas que todavía conservan ocultas una alegría, la última reserva de alegría que los otros perdieron en la locura de prostituirla por las ridículas monedas del progreso.

Eso es lo que nuestro padrastro no puede tener de nosotros, porque la alegría que se esconde en las aldeas está ausente de su corazón.

Dime Jacob, ¿qué es un hombre sin alegría? ¿Puede existir un hombre sin alegría o es solo un demonio disfrazado de hombre?

Ellos, Jacob, no podrán quitarnos la alegría porque aunque la tuvieran enfrente, cantando alegremente e invitándolos al amor, no la podrían ver porque la alegría es invisible para estos demonios locos y despiadados.

Perdóname, Jacob, que me adelanté a tu confesión, pero ahora te escucho”.

“Akissi, en tu confesión estuvo la mía, yo fui un escritor del siglo XIX, pertencí a una época en que los novelistas éramos algo así como seres dotados de un privilegiado don, capaces de revelarles a los otros la verdad del mundo.

¡Qué iluso fui, Akissi! ¿Qué verdad podía revelarles a los otros si ni siquiera sospechaba que había una verdad en mí, y que esa verdad, me dices Akissi, es la alegría que siempre ignoré?

Pero Akissi, debes saber que tu padrastro es también mi padrastro, el padrastro no solo de África, sino de Europa y de todos los pueblos del mundo.

También nosotros tuvimos un Padre al que negamos deslumbrados por las promesas de ese mentiroso padrastro, pero Akissi, debemos unirnos para buscar a nuestro verdadero Padre, por eso somos hermanos, porque tenemos un único Padre”.

“Nuestro padrastro ya nos usó, y ahora nos echa de este Mundial. Qué dicha, Jacob, porque podemos ir en busca de nuestro Padre”.

El partido entre Argentina y Holanda, que se jugaba en Frankfurt, había despertado, si no grandes por lo menos interesantes expectativas. ¿Se cumplieron? Sí y no. Sí porque fue un partido de ida y vuelta, bien jugado, estratégicamente casi un juego de ajedrez, a cada movimiento de un equipo seguía la respuesta inteligente del otro. Y no porque un 0 a 0 siempre de alguna manera defrauda. Alguien dijo alguna vez que si falta el gol el fútbol está ausente, aunque se haya jugado bien.

Argentina ensayó un planteo con variantes muy bien estudiadas por José Peckerman. El esquema era más bien conservador, con una inteligente retención de pelota con Carlos Tévez, Juan Román Riquelme, Lionel Messi, Maxi Rodríguez y Esteban Cambiasso, y aprovechando el ingreso de Julio Cruz, quien reemplazó a Lionel Messi a los 23 del segundo tiempo para darle al equipo mayor potencia y profundidad.

Holanda comenzó manjorando el juego, y Dirk Kuyt fue una preocupación constante para los hombres de Peckerman, y la tribuna argentina tembló cuando la segura intervención de Abbondanzieri evitó la concreción de equipo holandés. También Philip Cocu supo crear inquietud en el arco defendido por el guardameta de Boca Juniors.

Del lado de los naranjas una volada espectacular de Edwin Van der Sar le ahogó el grito de gol a Carlos Tévez. Por momentos parecía que los equipos se conformaban con el empate, era un buen negocio para ambos, es una buena motivación psicológica pasar a los octavos sin haber sufrido ninguna derrota. Si hay que mencionar figuras destacadas, Roberto Ayala y Carlos Tévez por Argentina sobresalieron un punto más que el resto, y en el plantel de Marco Van Basten el arquero Edwin Van der Sar tuvo una lucida actuación y le siguieron en méritos Dirk Kuyt y Philip Cocu.

Un partido correctamente jugado pero que sin duda no quedará como inolvidable en las crónicas de las Copas del Mundo.

Alejandro Dolina apagó el televisor y comentó a los que lo rodeaban.

“Este partido fue como los noviazgos correctos, todo es impecable, prolijo, pero se temen demasiado para que aflore la pasión. Y sin pasión tanto en la cancha como en el amor el único resultado es un inevitable aburrimiento”.

Las imágenes de Argentina y Holanda se esfumaron rápidamente de la mente de Dolina y otra imagen lo invadió, la de Joost van der Vondel, un holandés de quien hablaría en su programa radial *La venganza será terrible*.

Dolina comenzó a jugar con las palabras que se grababan en el papel.

Jool van der Vondel nació en Holanda cuando Holanda tenía otras preocupaciones que los Mundiales de Fútbol, allá por los siglos XVI y XVII, precisamente cuando Joost van der Vondel circuló por esta tierra de navegantes, molinos de viento y diablos, porque en esa época los holandeses estaban convencidos de la presencia de diablos que hacían sus jugarretas en el mundo.

Para un escritor que se precie de tal, y Joost van der Vondel se preciaba de ser un escritor de talento, si debía escribir acerca de los diablos tenía que hablar sobre el más importante, el jefe de esta banda de espíritus malignos. Por eso el holandés le dedicó un libro al incorregible Lucifer.

Esta obra data de 1654, cuando Joost tenía 67 años; había nacido en 1587 y dejó este mundo, no sabemos si para ir con Lucifer o con el arcángel Gabriel, en 1679. Cabe destacar que por ese entonces el cartesianismo había demolido con la razón hasta al demonio burlón, la realidad no era nada más que una fría materia en movimiento. Dios, una idea que no tenía otro propósito que quedar bien con los jesuitas, aunque quizás al recién fallecido René Descartes, desde su nuevo hábitat, no le hubiese quedado otro remedio que desmentir toda su filosofía. Pero dejemos a Descartes para otra historia, y volvamos a nuestro amigo Joost van der Vondel quien se reiría de forma altisonante del francés como corresponde a un holandés con inquietudes demonológicas.

Nuestro amigo Joost sostuvo que Lucifer fue el ángel rebelde que perdió la Gracia Divina víctima de su orgullo. En ese mundo celestial se empezó a gestar una interna entre las jerarquías angélicas.

Cuenta Joost los detalles de esta interna y dice que el arcángel Gabriel lo fue a visitar a Lucifer y después de seguramente tomar unos tragos de néctar divino con el que se castigaban los seres celestiales, y ya bastante chispeados, Gabriel le dijo a Lucifer que Dios había decidido elevar a los hombres por sobre los ángeles.

Lucifer, sorprendido y bajo los efectos del néctar divino, que sin duda le hizo perder la compostura que debe tener un ángel sobre todo cuando está hablando de cuestiones tan importantes, le respondió de una manera grosera que ya estaba pre-anunciando su futura condición diabólica.

“¿Esos imbéciles superiores a nosotros?

No me hagas reír, Gabriel”.

Gabriel, que nunca se había enfrentado a una situación de tal violencia, le respondió que era necesario respetar la Voluntad Divina sin pretender conocer sus motivos.

Lucifer, ya totalmente fuera de control amenaza con su decisión inquebrantable de enfrentarse con el arcángel Miguel, guardián de las decisiones divinas, en defensa de sus derechos.

La respuesta de Lucifer rompe toda posibilidad de negociación, y con un grupo de seguidores a quienes convence de la injusticia de que eran víctimas por parte de Dios, forma un ejército con el que se enfrenta al ejército comandado por Miguel.

Pero, según cuenta Joost, a Lucifer le fue muy mal en este enfrentamiento, ya que Miguel lo hiere con un rayo, provocando su caída y su transformación en un ser monstruoso.

*En 1664, 10 años después de Lucifer, Joost van der Vondel escribe **Adán en el destierro**, donde revela que la caída de Lucifer provocó la caída del hombre, aunque anuncia la posibilidad de redención en la figura de Jesucristo.*

Pero esto ya es otra historia.

Alejandro Dolina levanta la vista y sentado en un sillón, en el que parece estar desde hace un rato, observa más que con sorpresa, con cierta curiosidad a Joost van der Vondel que le dice que como vibratoriamente detectó que alguien estaba pensando en él, cuando ya hacía siglos que había sido olvidado por los humanos, se dirigió rápidamente hacia donde lo estaban convocando y así llegó al mundo de ese humano del siglo XXI conocido como Alejandro Dolina.

“Encantado de conocerlo, señor Vondel, y antes que nada quisiera hacerle una pregunta.

¿Por qué escribió sobre Lucifer? ¿Cuál fue su atracción hacia ese personaje? ¿Qué motivación tuvo?”.

“Señor Dolina, a usted no se le escapará que Lucifer es un personaje fascinante, el personaje más interesante con el que me he encontrado en mis tantas vidas y muertes”.

“¿Y en qué considera, señor Vondel, que radica la fascinación de Lucifer?”.

“La fascinación consiste en algo extraño, algo que no puedo terminar de comprender, y si al final de cuentas Lucifer no es el que dirige nuestras mentes.

Por algo el mundo está como está. ¿A usted qué le parece? Observe, señor Dolina, que desde la caída los hombres renunciaron a la protección divina y perdieron la Gracia de habitar un infinito

sin tiempo ni espacio, para quedar clausurados en el espacio opresivo y la temporalidad circular de la Tierra.

Lucifer es el representante de esa caída y de la renuncia a esa protección divina. ¿Por qué Lucifer y los hombres renuncian a la misma? ¿Desconocimiento, falta de comprensión o la voluntad pervertida?

Lucifer quiso ser más de lo que era, ¿y acaso todos los hombres no hacemos lo mismo para obtener satisfacciones y realizar nuestros deseos?”.

“Es cierto –afirma Dolina y acto seguido da una justificación–, pero de no ser así el mundo sería muy aburrido”.

Joost van der Vondel se ríe.

“Ay, mi amigo, parece no entender demasiado”.

“No crea, señor Vondel, lo que pasa es que de algo hay que vivir”.

“Señor Dolina, esa no es una respuesta que justifique absolutamente nada”.

“Es cierto, disculpe señor Vondel, usted tiene razón, creo que soy un poco ignorante, pensé que de Lucifer lo conocía todo y ahora veo que no es así”.

“Nunca es tarde, señor Dolina, para reconocer los errores, para aceptar que uno vive equivocadamente porque depende y acepta depender de conceptos o mejor dicho, prejuicios conocidos.

Es difícil poner en práctica esta verdad de quién es Lucifer en nosotros, despegándonos de su figura mítica, teológica o demonológica, o como lo prefiera.

Este cambio de mirada sobre Lucifer, o sobre la vida que vivimos, que es lo mismo, parte de una convicción que nace del discernimiento que se dio cuenta que este mundo es un gran engaño y que lo vemos como real por los pactos que nos unen a él”.

“Creo que estoy empezando a ver algo, y perdone señor Vondel si lo ofendí con algún ex-abrupto”.

“De ninguna manera, señor Dolina me ofendió, todos estamos aquí para aprender a desprendernos de esta gran fantasía”.

Joost van der Vondel se despidió y desaparece del sillón donde estaba sentado, por su parte Alejandro Dolina toma unos papeles que hacen referencia a los dioses griegos, y sale presurosamente hacia la radio, porque teme llegar tarde.

Antes de empezar cada sesión Jacques Lacan y Michel Foucault permanecen unos instantes en silencio, hasta que el psicoanalista busca propinar el primer golpe, como invitando a iniciar el juego.

Jacques Lacan pareció dudar un poco antes de lanzar la pregunta, pero cuando ve que el golpe puede tener efecto, dispara:

“Doctor Foucault, quisiera hacerle una pregunta.

¿Usted considera la cientificidad del psicoanálisis?”.

“Doctor Lacan, si no estuviésemos muertos y tan urgidos de respuestas, estoy seguro que su pregunta desataría un más que interesante debate epistemológico”.

“Mi interés no es teórico, doctor Foucault, cuando uno está muerto las teorías importan poco, por el contrario este interés es absolutamente práctico”.

“¿Y en qué resulta práctico mi aceptación o negación de la cientificidad del psicoanálisis?”.

“Si el psicoanálisis es una ciencia tiene la posibilidad de reducir los actos a leyes que los interpreten”.

“Doctor Lacan, desde Freud en adelante el psicoanálisis no ha hecho otra cosa que formular estas leyes, pero a la enorme complejidad de los actos, ¿los podemos reducir a unas leyes que son, si me permite la expresión, de dudosa legalidad?”.

“Hasta cierto punto puedo compartir su criterio doctor Foucault, pero como usted sabe yo traté de ir más allá de Freud, y le soy sincero, no creo haberlo logrado en vida, pero acá en la muerte tuve una revelación que me cierra toda la concepción del psicoanálisis”.

“Sin dudas, doctor Lacan, la muerte nos lleva de sorpresa en sorpresa y ahora le ruego me informe en qué consistió esa revelación”.

“Usted sabe que la física siempre añoró descubrir una ley única que explicase la realidad, bueno, lo que la física todavía no logró lo alcanzó el psicoanálisis al serme revelada la ley única que explica el mundo psíquico”.

“¿Y cuál es esa ley, doctor Lacan?”.

“La ley del pacto y la entrega, así podría formularse”.

“¿Usted quiere decir que la condición de existencia de una conciencia es consecuencia de una entrega previa?”.

“Si quiere expresarlo de esa manera, creo que nos vamos entendiendo”.

“Vamos a mi caso, doctor Lacan, ¿yo, para existir como Michel Foucault, fui producto de una entrega?”.

“En usted como en todos se tuvo que cumplir esta ley, y su vida no fue otra cosa que proyectar respuestas a esa entrega originaria”.

“Ahora la cuestión es saber quién me entregó”.

“¿Quién piensa, doctor Foucault, que pudo entregarlo para pagar sus pactos?”.

Michel Foucault entrecerró los ojos y pudo ver con absoluta claridad.

“Mi padre, el eminente cirujano Paul Foucault”.

“La más elemental respuesta a la entrega fue haber eliminado el Paul de su nombre, y Paul-Michel Foucault, el nombre que figura en su partida de nacimiento, quedó para los otros solo como Michel Foucault”.

“Mi resentimiento con mi padre al quitarme el primer nombre, que era el suyo, resulta bastante obvio, pero me parece insuficiente para fundamentar esa ley de pacto y entrega de la que usted me habla”.

“Doctor Foucault, le dije que esa fue la respuesta más elemental, pero hubo otras más sutiles y elaboradas”.

“¿Y dónde, doctor Lacan, encuentra usted esas respuestas?”.

“En su obra, doctor Foucault, toda su obra no es más que una respuesta a esa entrega”.

“¿No le parece excesivo reducir todo mi pensamiento a un acto de rebeldía contra mi padre?”.

“No, no me parece, doctor Foucault; lo que ocurre es que usted todavía no advierte las dimensiones de esta ley de pacto y entrega”.

“No lo crea, doctor Lacan, lo advierto con toda claridad, mi padre me gestó para entregarme a los demonios, es más, esa entrega consistía en que yo me convirtiese en un demonio, así a él se le condonarían pactos de muchas vidas.

Lo que pasa es que es un duro golpe a mi narcisismo aceptar que una obra que a 22 años de mi muerte es valorada por los círculos académicos, y por intelectuales de todo el mundo, por haber dado respuestas sorprendentes a cuestiones cruciales que aquejan a la humanidad, haya tenido su origen en la desesperación ante una entrega”.

“Doctor Foucault creo que su narcisismo quedaría salvado si aceptase que a todos los hombres les pasa lo mismo, lo que ocurre es que la mayoría da una respuesta primitiva a esa entrega y usted, por su enorme capacidad intelectual, dio una respuesta con una obra de enorme mérito”.

“Ahora comprendo, doctor Lacan, como los demonios me acucieron toda la vida para que escribiera esta obra, ellos me la daban y yo tenía que traducir esa energía demoníaca a categorías de pensamiento”.

“Un pensamiento cargado de odio y venganza, capaz de proyectarse a miles de conciencias imantadas a la oscuridad, ese fue el negocio de los demonios y el suyo, doctor Foucault, no solo la fama que le generó su obra sino el poder saciar su sed de venganza”.

“Debo reconocer que fue así, ¿pero cómo articula, doctor Lacan, mi obra con la entrega?”.

“Usted escribía, doctor Foucault, y aceptemos que esto fue inconsciente, para huir con su lenguaje de ese otro lenguaje que lo había encerrado para entregarlo.

Una originalidad de su pensamiento fue romper la concepción contractualista clásica de poder, observando que el poder es una relación de fuerzas que atraviesa todas las situaciones humanas. Llevó, doctor Foucault, el tema abstracto del poder a su propia experiencia de sometido por ese poder, que era el poder su padre.

¿Y dónde estableció el núcleo de ese poder? En el lenguaje de las instituciones que definen lo que es un ser humano, son los lenguajes normativos del poder, los de las burocracias, de la administración, de la medicina, del psicoanálisis y por lo tanto son los lenguajes que admiten o excluyen a los individuos de la sociedad.

¿Ese no fue el lenguaje de su padre que lo definió como loco y homosexual para excluirlo de su vida y llevarlo al suicidio, al Sida voluntariamente contraído, y consumir con este acto inducido por su lenguaje, la entrega a los voraces demonios?

Usted, definido como loco, debía aceptar ser destinado al encierro, pero era un loco metafísico y este encierro estaba más allá de la sociedad, se encontraba en la oscuridad demoníaca, y es donde aceptó ser encerrado, porque a pesar de su rebeldía nunca pudo liberarse del mandato paterno.

Su padre representó el castigo disciplinario que es la forma de castigo utilizado en la sociedad moderna, y que es ejercido por los profesionales, desde el psiquiatra hasta el maestro, o el jefe de la oficina, que son los guardianes de esa prisión continua. El doctor Paul Foucault estaba ubicado en el panóptico donde su mirada lo veía en todos sus actos, o lo que es peor, usted se sentía vigilado para ser censurado, excluido, y desde ese lugar lo entregó a los carceleros del colegio *Saint- Stanislav*, una institución educativa católica caracterizada por su rígida disciplina, y también lo envió al hospital *Saint Anne* con la intención que el doctor Jean Delay lo etiquetara como loco.

El castigo por su homosexualidad fue equivalente al de la locura, es posible que el doctor Foucault identificase ambas patologías, y su actividad es transparente en el relato que usted le hace a Hervé Guibert, cuando su padre lo lleva a un hospital para que fuese testigo de la amputación de la

pierna de un hombre. ¿Significó la amenaza de la castración? Es evidente que la **Historia de la sexualidad**, ese texto obsesivo que se interrumpió con su muerte en el cuarto volumen, fue su desesperada e inútil respuesta.

Usted, doctor Foucault, se sentía capturado por el lenguaje de su padre y quiso aliviarse de ese encierro quitándole sustancialidad al lenguaje, sosteniendo que el discurso ha cambiado a través del tiempo hasta llegar a eliminar las cuestiones de verdad y significado. Intentaba romper las paredes de su celda, y que esto era posible imaginando que eran de cartón pintado de una dura piedra. Pero no pudo, doctor Foucault, porque la mente no puede romperse a sí misma, y el lenguaje no puede deshacerse con otro lenguaje porque ambos son parte de una misma prisión. Esa es la trampa que le tendieron los demonios, la de una falsa liberación que no hizo más que solidificar las paredes de su encierro hasta que fue entregado a la guillotina demoníaca.

El discurso que los demonios le hicieron pronunciar es lúcido y fascinante, pero la trampa es que en ningún discurso, por más brillante que pueda parecer, se encierra la verdad. ¿Y si el discurso no contiene la verdad, entonces de qué habla? Solo habla engañando, doctor Foucault, ese lenguaje es la gran arma de los demonios y no solo nosotros hemos sido sus víctimas sino también lo han sido las grandes religiones.

Solo estoy pronunciando este discurso para que lo trascendamos, para que no quedemos encerrados en él”.

Jacques Lacan hace un gesto con las manos, como que ya había dicho todo lo decible y esperó la respuesta de su paciente.

“Todo me resulta claro, doctor Lacan, menos una cosa. El plan diabólico funcionó como un mecanismo perfecto, pero entonces, ¿por qué no fui guillotinado por los demonios?”.

“Doctor Foucault, la lógica demoníaca se rompe cuando aparece el misterio de la Gracia, y este misterio apareció cuando se presentó el Rishi Trayukil para salvarlo. Usted se preguntará porque esperaron 22 años para decidir ejecutarlo. En el plano de la muerte ni el tiempo ni el espacio son los de la Tierra, pero comprenderá que esto escapa a toda explicación discursiva y pertenece al campo de la intuición”.

Foucault pensó que la sesión había concluido sin sospechar que recién empezaba, por eso se sorprendió cuando Lacan le pidió que le hablase de su padre.

El filósofo tardó unos segundos en salir de la sorpresa y, ya recompuesto, aceptó la propuesta del terapeuta.

“Mi padre era un ser vil y despiadado, anuló la personalidad de mi madre y de mis hermanos, y conmigo tuvo una especial saña”.

“¿Por eso la idea del suicidio?”.

“Supongo que nació como repuesta a esta relación perversa, por un lado debía complacer su mandato aceptando encerrarme en el modo como él me definió, pero por otro quería humillarlo de la peor manera, porque al suicidarme quebraría su omnipotencia, el poderoso doctor Paul Foucault no había podido salvar a su hijo. Dar esa respuesta fue la trampa, porque en realidad la estrategia que perseguía era que me suicidase para consumir la entrega, pero eso lo comprendo recién ahora”.

“¿Cuál fue el significado del Sida?”.

“El Sida fue lo que me permitió convertirme en mi padre, al que odiaba profundamente, pero también lo envidiaba y admiraba porque lo sentía poderoso.

Con el Sida yo pude convertirme en mi padre, en el poderoso porque también pude ser ruin y cruel, anular la personalidad del otro, de Hervé Guibert, en quien reproduje esa perversa relación de padre e hijo, y así matarlo lentamente”.

“¿Qué signífico en lo profundo convertirse en su padre?”.

“Ver por sus ojos, oler por su nariz, que nuestras personalidades se unan, haciéndose más fuertes”.

A las palabras de Foucault sigue la presencia de dos demonios que buscan unirse.

Foucault, desde su demonio mira a otro, al de su padre, como una figura que es solo un manojito de estados psíquicos, y con su demonio fascinado va completando esa unión.

“¿Por qué me he unido?”, pregunta el demonio de Foucault mientras su alma observa aturrida la escena.

“Porque buscaba completarse apoderándose de su poder, ese poder que le colma y le destruye”.

“Lo he logrado –grita eufórico el demonio de Foucault– lo he vencido, soy él y soy más que él, me he apoderado de ese despojo que ahora no es más que un montón de crueldades impotentes”.

“¿No cree, doctor Foucault, que es hora de alivianar la carga?”, inquiera Lacan.

“Quiero hacerlo sufrir”.

“Ya no es capaz de sufrimiento humano, está en el límite de pasar al incomprendible sufrimiento demoníaco, despréndase, doctor Foucault, de ese odio que lo lleva a ser uno con el demonio de su padre porque este demonio está por perder la última gota de energía humana, y pronto dejará de ser un demonio de la Tierra y se convertirá en un demonio de los abismos, suéltelo todo, doctor Foucault, porque si usted no lo suelta también se convertirá en un demonio de los profundos infiernos”.

El impacto de las palabras de Lacan hace que Foucault suelte la posesión del demonio de su padre, desistiendo en su intento de unificación, quedando desplomado en el sillón, presa de una fatiga que hasta ese momento nunca había experimentado.

“Ahora sí, doctor Foucault, la sesión ha terminado”, anuncia Lacan, tendiéndole la mano para despedirse.

Soy un ego que no puede detenerse, no me pude detener en la vida y ahora tampoco puedo detenerme después de más de 1.500 años de mi muerte.

En mi vida, las hice todas, fui hereje, luego convertido y combatí con mi pluma a maniqueos y pelagianos, fui un predicador moral acusando duramente a los politeístas romanos de los males que acometen a la sociedad por el culto a los falsos dioses. En mi vida, por lo menos en mi juventud, no me privé de nada y me incliné gozosamente al pecado para después arrepentirme tal como lo relato en mis **Confesiones**.

Asimismo, fui un teólogo de fuste, y hablé de Dios, de la Trinidad, de los ángeles, del mal, de los demonios, de la salvación, de todas las cuestiones atinentes al tema.

Fui tan grande que la Iglesia me consideró como uno de sus grandes santos, como basamento de la Patrística cristiana, y soy un santo venerado y respetado como pilar intelectual del mundo espiritual.

Después de mi muerte creí vivir en la gloria, se levantaban iglesias para venerarme y era objeto de estudio en seminarios y universidades.

¡Oh, qué magnitud has alcanzado, San Agustín!, me decía orgulloso, pero el tiempo fue pasando y me fui dando cuenta del sinsentido de todo esto, llegó un momento en que empezó a resultar insoportable sostener este personaje.

Y mi crisis se hizo consciente en un estadio de fútbol de este Mundial 2006, cuando hacía aspavientos de mi condición de africano, porque nací en África, en una tribuna de africanos que no entendían nada de lo que les decía, y entonces se presentaron unos seres luminosos que lo más suave que me dijeron fue que me dejara de payasadas

Muy deprimido, comencé a recorrer los lugares donde siempre me sentí a gusto y empecé a ver lo que nunca había querido ver, que los que decían venerarme en las iglesias a lo único que veneraban era a sus deseos y yo no era más que un idiota que buscaba satisfacerlos recurriendo a pactos diabólicos para que acabasen diciendo, ¡qué milagroso es San Agustín!

Esa pila de libros que había escrito, buenos o malos, no importa, ya no le importa prácticamente a nadie, y si a alguien le importaba era para hacer alguna aburrida tesis, por ejemplo hablar – por supuesto sin entender, porque yo tampoco lo entendí–, acerca de la Trinidad en San Agustín, cuyo único objetivo era obtener las prebendas que da algún doctorado.

Me quería morir, pero ya estaba muerto, cuando me acordé de aquellos seres que habían aparecido en aquella tribuna, hace unos días, y pedí su ayuda.

Y como lo pedí muy sinceramente desde algún pedacito del corazón que todavía podía sobrevivir, unos seres espirituales aparecieron, se fueron presentando y me dieron un mensaje.

El primero era Atharvan Daiva y me dijo:

“Agustín, nunca pudiste dejar tu ego de lado, trabajaste la humildad desde lo externo, monstaste un personaje y te lo creíste”.

El Rishi que lo siguió, porque estos seres espirituales eran nombrados como Rishis, me siguió pegando durísimo. Se llamaba Mrityu Pradhavansana y sus palabras sonaron como un trueno.

“Nada tengo que decirte, las palabras no sirven si no se pueden escuchar desde el interior”.

El siguiente fue Ekarshi, y no fue menos duro.

“¿Por qué apareces siempre en todos lados, desde festividades religiosas hasta espectáculos deportivos?”

¿Por qué te cuesta tanto admitir tu ignorancia?”.

Después vino Viprakriti y su actitud fue más pedagógica ya que me mostró la película de mi vida y de mi muerte, las idas y venidas, la constante alimentación de mi ego.

“Esto es lo que eres”, me dijo, pero después me mostró un alma luminosa, elevándose al Padre.

“Esto es lo que debes ser”, me señaló.

El Rishi Vyasthi me aclaró.

“Nada se puede transmitir ni con las palabras ni con los ejemplos. Solo debes desaparecer de escena y encontrarás la paz”.

Sanadu me miró como diciendo “con este no hay caso”, pero tenía que decir algo y dijo:

“Nada puedo agregar a lo que han dicho mis compañeros”.

Como cada Rishi tiene una energía particular, quiso transmitirme la suya, por eso me puso la mano sobre la cabeza y después se fue.

Sanaga se presentó como el Rishi de la paciencia, transmitía una paz que nunca antes había experimentado.

“Hijo mío, vienes caminando en forma errada durante siglos y siglos, no camines más, ahora siéntate a descansar, y con el descanso del cuerpo, de la mente y del espíritu podrás encontrar el verdadero camino”.

Parameshthin me aconsejó:

“Haz las cosas con alegría, alabando siempre al Padre, abandona los personajes que invaden tu mente que solo busca desviarte del verdadero camino.

Si no paras ahora, no podrás salir del mundo de las sombras y éste te terminará devorando”.

El Rishi Pautimashya, que estaba sentado en un gran almohadón, me invitó a asentarme junto a él, prometiéndome que me enseñaría a meditar.

Gargya simplemente me miró en silencio, entonces me atreví a preguntarle.

“Maestro, ¿cuándo fue que me aparté del camino?”.

“Haces, hijo, la pregunta equivocada, porque lo que debes preguntarte es si alguna vez estuviste en el camino”, me dejó atónito el Rishi.

Para Abijael no fue nada fácil conseguir una entrevista con Anterópolis. El viejo maestro, desde su jubilación hacía ya varios siglos, vivía recluido en su palacio en una región muy profunda del infierno y no otorgaba entrevistas, ni aún a los periódicos más prestigiosos que tenían gran curiosidad por saber qué pensaba del mundo actual quien llegó a ser la figura de más prestigio de la filosofía occidental.

La intervención de Orzihuel, por quien Anterópolis profesaba un gran respeto, fue determinante para que este gran maestro de demonios aceptase recibir a Abijael.

Orzihuel proveyó a Abijael de un vehículo especial acondicionado para descender a esas oscuras profundidades. En la representación humana el mismo era como un helicóptero que podía transitar por los canales habilitados para sumergirse en esas abismáticas regiones a la que solo llegaban los demonios que tenían por tarea mantener en funcionamiento los canales, y algunos demonios cartógrafos, en trabajos de relevamiento, y otros demonios aventureros que nunca faltan.

Abijael durante el descenso estaba como petrificado, y solo recuperó el aliento cuando el conductor reposó el vehículo en una enorme roca que operaba como pista de aterrizaje. Desde la ventanilla, Abijael contempló el palacio donde residía Anterópolis, pero para darle una visión más precisa a los humanos, más bien tenía semejanzas con el castillo de Drácula.

Abijael nunca había visto un demonio tan gastado por el tiempo, el rostro milenario estaba surcado por infinitas arrugas, y su cabeza calva lucía ese extraño brillo de la sabiduría de la oscuridad. Anterópolis tenía unos dientes felinos, así se le ponen los dientes a los demonios muy ancianos, y apareció entre la penumbra de un gran salón, a cierta distancia del demonio sirviente que abrió el enorme portón de entrada.

“¿Qué es lo que quieres saber?”, preguntó sin presentaciones Anterópolis cuando estuvo sentado frente a Abijael en un enorme sillón negro que parecía querer tragárselo.

Sin esperar que el gran maestro de demonios lo invitase a sentarse, Abijael se sentó en un sillón cercano a ese enorme sillón que parecía querer tragar a Anterópolis, y considerando que había que ir directo al tema, respondió.

“Quiero saber si hay posibilidades de modificar el programa que usted diseñó y que controla la mente humana”.

Anterópolis pareció estar conforme porque este muchacho hablaba sin rodeos y pareció abrirse un poco más ante este audaz demonio, él había sido un demonio muy audaz y le agradaban los demonios audaces.

“El programa es cerrado y cualquier modificación en este momento puede descompensarlo sin que sepamos qué consecuencias podría acarrear”.

“¿Podría haber consecuencias no queridas?”.

“Justamente es eso lo que no se puede conocer.

En condiciones normales pueden experimentarse correcciones al programa original, y lo hemos hecho en varias oportunidades con el cartesianismo primero y luego con las visiones historicistas, y siempre operamos con un riesgo controlado, pero ahora es diferente”.

“¿Qué es lo que ha cambiado?”, preguntó Abijael, aunque él ya sabía lo que había cambiado, la presencia de esa energía invasora, aunque ahora por primera vez escuchaba la palabra Rishis en la respuesta de Anterópolis.

“Hay una fuerte interferencia de la energía de los Rishis y estamos preocupados porque se están produciendo turbulencias en el sistema que se nos escapan de control.

Aunque yo estoy desactivado de mis antiguas funciones, recibo permanentes e-mails de colegas que me muestran su preocupación.

Si bien entre los humanos tenemos un número interesante de petrificados a los que ninguna energía que no sea la nuestra puede ingresar porque ya son prácticamente demonios, hay otros más permeables a otras energías y está operando sobre ellos una sustancia congelante que los aísla de nuestra energía.

Esto es la primera vez que nos ocurre desde que gobernamos el planeta, y por el momento no tenemos respuesta”.

“Maestro, perdidos por perdidos, tenemos que considerar modificaciones de este programa que por lo que usted me cuenta parece ser insuficiente, por la interferencia de la energía invasora, para el gobierno de la mente humana”.

“Ya estoy viejo para comenzar de nuevo con investigaciones, pruebas, las presiones de toda la jerarquía y hasta la del mismo Gran Demonio.

Le dí todo al sistema demoníaco, fui un gran maestro que conoce como nadie este sistema que yo mismo implementé, pero estoy agotado y considero que la respuesta la deben dar los demonios jóvenes y ambiciosos”.

“Está bien maestro, lo entiendo, pero creo que sería un crimen al sistema demoníaco no aprovechar su experiencia.

Por supuesto no le pido esas largas reclusiones en los laboratorios secretos, trabajando día y noche, pero por lo menos que me oriente dónde comenzar el trabajo”.

“Lo primero que hay que hacer es conocer la composición de la energía invasora que está actuando cada vez con más intensidad en el planeta.

Es el primer paso para neutralizarla, pero te adelanto, esto implica mucho riesgo porque no sabemos si la composición atómica de los demonios podría resistirla.

De todos modos, necesitarás colaboradores de gran nivel para encarar esta tarea, y puedo recomendarte un excelente demonio investigador, es un joven de la nueva generación, especialista en la física de los sistemas no terrestres”.

“¿Cuál es su nombre maestro y dónde lo puedo encontrar?”.

“Se llama Sirimarco y vive en el barrio de los científicos de la ciudad de los demonios, yo le anunciaré tu visita.

Ahora discúlpame, estoy muy cansado, me voy a retirar a mis aposentos”.

Anterópolis hizo un gesto de despedida desde el sillón negro que amenazaba querer tragarlo y el sirviente acompañó a Abijael a la salida.

Mientras el vehículo ascendía a regiones más respirables del infierno, Abijael pensaba en el incierto destino del sistema demoníaco.

Fabián Bielinsky y Eduardo Mignona saludan cortésmente al Rishi Kaundiya que ingresa al aula especialmente preparada en el set de filmación para dictar la clase.

“Vamos a retomar donde dejamos la clase anterior acerca de otros estados de conciencia más allá de la mente, ¿qué idea tienes Eduardo acerca de esta cuestión?”.

Ante el requerimiento del Rishi, Eduardo repasa mentalmente la respuesta antes de contestar, hasta que ya más seguro dice.

“Cuando escucho acerca de otros estados de conciencia pienso en estados alterados que escapan a la lógica de la razón, estados en los cuales las nociones de espacio y tiempo son modificadas y estas percepciones adquieren una nueva dimensión.

Alguna vez estuve muy interesado en prácticas que, en teoría, permitirían el acceso a estos estados, ya sea con alucinógenos, ceremonias rituales, buscaba experiencias extremas, pero en realidad lo que conseguí fue aturdirme y confundirme cada vez más”.

“¿Qué opinas, Fabián?”, le pregunta el Rishi.

“En mi última película dejé visumbrar la posibilidad de acceso a esos estados que nos transportan a un mundo desconocido. Pero no creo que sea algo que pueda conseguirse voluntaria y conscientemente”.

“Bien –concluye el Rishi– veo que ambos admiten la existencia de algo más allá que lo que puedes sentir pero la mente no puede explicarlo.

Debo decirles que sí es posible acceder en forma consciente a estos estados, pero obviamente hay ciertos requisitos que se deben cumplir para tener capacidad de hacerlo.

Pero primero es necesario dar respuesta a los interrogantes, ¿qué es un cambio de estado?, ¿qué significa el acceso a otro plano de conciencia?

Ante todo es un salto cualitativo de energía. Tengan en claro que la comprensión que tienen del mundo, aún en el estado llamado muerte y al que muy pronto accederán, está dado por el nivel de energía que está operando en ustedes.

Ahora bien, no hay posibilidad de acceso a otro estado sino mediante la transmutación de esa energía. Sin duda se estarán preguntando ¿cómo es viable esta experiencia transmutadora? La única manera es que un ser con capacidad de acceso a otro nivel de energía se ofrezca como canal para aquel que todavía no ha llegado a ese estado.

¿Comprenden lo que les estoy explicando?”.

Eduardo y Fabián hacen un gesto afirmativo con un movimiento de cabeza.

“Si aún no les queda claro, les anuncio que yo seré quien les proporcionará el acceso a esta experiencia.

Lo primero que deben hacer es aquietar las proyecciones y dejar la mente en un estado pasivo. Para lograr este aquietamiento pongan su atención en el centro del corazón y cuanta imagen aparece, entréguela a la energía que fluye desde ese centro”.

Eduardo y Fabián cumplen con lo que les pide el Rishi y en sus mentes aparecen incalculables pensamientos, algunos de esta vida, otros de anteriores existencias. Al entregarlas a la energía del corazón las imágenes lentamente se van deteniendo y en ese momento pueden ser conscientes de la energía del Rishi.

Kaundiya les dice:

“¿Dónde ha quedado todo lo que han imaginado como real? ¿Comprenden que no eran nada más que proyecciones? Ahora que la mente se ha detenido pueden percibir una realidad que está más allá de ese mundo de proyecciones.

Esa quietud que ahora experimentan es un ínfimo reflejo de su verdadera identidad”.

El Rishi les muestra esas proyecciones a las que perciben sin identificarse.

“¿Ven que todo lo que creían que era realidad no consistía más que en una película?”

Muchachos, graben profundamente esta enseñanza, y manténgalas en su conciencia durante el corto tiempo que les queda en la Tierra. Entonces comprenderán que la idea de muerte que tanto los angustia no es más que una proyección, porque no hay muerte sino cambio de plano, y si ese cambio lo hacen desde el estado que recién experimentaron sentirán un enorme alivio por el desprendimiento de la cáscara corporal e ingresarán en forma gozosa y consciente al otro plano.

Ahí sus almas empezarán un indescriptible proceso evolutivo, alcanzarán dimensiones inconcebibles desde la mente y ya nunca más regresarán a la Tierra porque la Tierra habrá desaparecido de su conciencia”.

Eduardo y Fabián no alcanzan a despedirse del Rishi porque con sus últimas palabras la escena ha desaparecido. Ahora regresan a la vida habitual, a las cosas de todos los días, quienes los frecuentan no advierten en ellos nada fuera de lo común, pero la experiencia vivida con el Rishi ha quedado profundamente grabada en su corazón.

David Beckham no quiere hacer papelones en su rol de actor, entonces considera que tiene que recurrir a un maestro de actores, al mejor. ¿Y qué mejor maestro de actores que el inmortal William Shakespeare? Los ingleses lo tienen como una gloria nacional a este hombre que no solo fue un autor de teatro genial, sino también actor y director de actores.

Con mucha timidez, porque David Beckham es tímido y esa timidez se potencia si tiene que presentarse ante William Shakespeare, con los nervios de un adolescente que tiene la primera cita con su primera novia, golpea esa puerta del siglo XVII que no tarda en abrirse para dar lugar a la presencia de William Shakespeare, que sin demasiada amabilidad lo autoriza a entrar a la vieja casona.

William Shakespeare se pasea por la habitación mientras David Beckham permanece estático como un poste. De pronto detiene su paseo y lo interroga.

“¿Qué quieres de mí?”.

“Deseo, maestro, que me enseñe a actuar”.

El pedido de David desata una estruendosa carcajada en William.

“¿Qué te enseñe a actuar? Dime David, ¿qué es lo que haces permanentemente? Te respondo, simplemente actuar.

Y eres un buen actor, David. ¿No actúas el papel de enamorado con tu mujer? ¿Y por momentos tu actuación de celoso no es brillante? En una puesta moderna un perspicaz director te elegiría para que actúes de un Otelo rubio.

Y ante tu público, David, ¿no actúas? Pareces algún rey de mis obras amando a su pueblo.

La actuación es una gran mentira, David. Lear, Romeo, Julieta, Enrique III y todos los demás son una gran mentira que los espectadores creen verdad.

Soy un gran mentiroso, David, lo mismo que tú, la diferencia es que yo sé que represento al personaje de William Shakespeare, que es un personaje más como lo fueron Hamlet, representado por Sir Lawrence Olivier; Hamlet y Shakespeare son los dos productos de ficción, a Hamlet le dí vida yo, pero a nosotros David, como ficciones, ¿quién nos creó?

Lo que ocurre David Beckham que tú te crees real, el futbolista que juega, el amante que ama, el actor que actúa, todos son David Beckham.

Pero, ¿quién es David Beckham? Solo un nombre para los otros, ¿y qué encierra ese nombre? Una ficción, un personaje, que siempre está actuando, representando que es David Beckham

Si comprendes que David Beckham es una ficción que representas, qué problemas tienes si la dejas como a un muñeco en un ropero por un rato y te apropias de otra ficción, la que puedes llamar John Smith o Peter González, la cargas con alguna modalidad de sentimientos, pensamientos y acciones y las haces actuar con las otras ficciones.

Ese es el teatro o en estos tiempos el cine.

Lo mismo que lo que imaginas como la vida real, un juego de ficciones.

Cuando sepas, David Beckham, que eres una ficción podrás representar cualquier ficción, y entonces las ficciones espectadores te considerarán un gran actor.

La clase ha terminado David, breve pero sustanciosa, y si la has comprendido la fama te está esperando en este mundo de ficciones”.

William Shakespeare lo acompaña a David Beckham hasta la puerta del siglo XVII y cuando el futbolista sale, sin espacios intermedios, se encuentra en la concentración del equipo inglés.

Ahora, un ahora pesado, lento, como lo son los ahora en el tiempo de la muerte, en ese valle de sombras que deambulan repitiendo círculos interminables que los devuelven siempre a la crucifixión inútil de ese ahora, Franz Kafka es una sombra más, una sombra que escucha en la bruma del valle a su alma que le dice que debe abandonarlo porque los demonios intrusos están terminando de ocupar los espacios que le había reservado El Padre.

La desesperación ya no es juego de palabras, de elogio de críticos literarios, sino es la oscura revelación que pronto dejará de ser un demonio de la Tierra, ese demonio que habitó sus vidas y sus muertes, para convertirse en un demonio del infierno.

Una luz se filtra en la oscuridad de ese valle y un grupo de Rishis lo rodea.

Abhuti Tvasthra es el Rishi que le habla a Franz.

“Has jugado un juego muy peligroso creyéndolo inocente, has apostado tu alma y estás a punto de perderla”.

Franz da vuelta la mirada y ve ese juego, un juego que fue construyendo desde el olvidado tiempo de la caída, y el juego se muestra como un torbellino que lo envuelve, un torbellino de donde brotan invocaciones en arcaicas y desconocidas lenguas que lo golpean como filosas piedras, y también nacen imágenes de canibalismos y perversiones que le hieren la mirada, personajes que matan y son matados, posesan y son posesados, entregan y son entregados

Pero Franz sabe que todo esto es inocente, casi una travesura donde soles y lunas contemplaron impávidos como los rostros bestiales se transformaban en bellezas demoníacas.

Franz sabe que el pecado es otro.

La condena que sometió a su alma cuando le soltó la mano al Padre y se fue hundiendo cada vez que se burló de su misericordia.

La condena fue amar al Gran Demonio porque le prometía los gozos refinados del reconocimiento de los habitantes del infierno.

Así nació Franz Kafka, como hijo de la infame traición al Padre, y así murió Franz Kafka, traicionado por las promesas incumplidas del Gran Demonio.

Esa energía deshilachada y desfalleciente que es Franz Kafka cae de rodillas y le pide a su alma que no lo abandone.

Y el alma le pide a los Rishis que ayuden a esa parte ya casi inexistente de si misma que todavía habita en Franz Kafka, a salvarse para salvarlo.

Los Rishis Abhuti Tvasthra, Dadhyak Atharvana, Athar van Daiva, Mrityu Pradhva msana, Pautimashiputra, Katyaya niputra, Gotamiputra, Gharadvagiputra, Parasiputra y Aupasvatiputra envuelven a Franz en una luz dorada y lo llevan a un campo de purificación.

El maestro Yukteswar le explica al mandala de convocantes.

“Al llegar el alma a Xanti ya concluyó a lucha y se reveló la trampa.

El alma es autoconsciente, reconoce la Unidad, y emprende el verdadero camino después del incalculable tiempo del error.

Cuando la primera alma encarnada llega a Xanti, la galaxia puede reconocer el mundo de las almas encarnadas y con su infinito Amor desciende a la Tierra para liberarlas.

Cada letra que forma la palabra Xanti es la inicial de una palabra secreta, por lo tanto su nombre es la unión de distintas vibraciones de palabras secretas, que son secretas para que los demonios no puedan descubrirlas.

Poderosos mantras al fundirse en uno, Xanti, le otorgan ese gran poder liberador, un poder invencible para los demonios.

Xanti es el centro cósmico desde donde operan los Rishi en la Tierra”.

22 de junio

Ghana y Estados Unidos, dos estilos, dos modos de sentir el fútbol. Ghana es el empuje del instinto, el desborde de la emoción, la fuerza de la raza, mientras que Estados Unidos está armado desde la eficiencia capitalista, el taylorismo aplicado al fútbol, la frialdad del alma. No son Europa ni Sudamérica, sino África y el Imperio Americano, otras concepciones del fútbol a las que todavía la mirada tradicional no está acostumbrada.

Ghana comenzó con Stephen Appiah como referente y trató de ir llegando al arco de Kasey Keller, pero las intenciones se terminaban esfumando ante una defensa que bien mecanizada neutralizaba las pretensiones de los africanos.

El gol le cayó providencialmente a Ghana, por un error de Claudio Reyna que se enredó con la pelota y se la dejó servida a Hamin Dramani, el mejor jugador de su equipo, que no tuvo dificultades a los 22 minutos para concretar.

El Imperio Americano empezó a desmoronarse como se está desmoronando en Irak, pero a Ghana le faltó esa cuota de fútbol basado en la razón para liquidarlo. La mejor oportunidad la tuvo cuando Razak Pimpong la desvió muy cerca del arco, y así el desgaste se fue sintiendo en la escuadra de Radomir Dujkovic, lo que aprovecharon los americanos para contragolpear, y a los 43 Clint Dempsey logró la igualdad.

Parecía que así teminaría el primer tiempo, pero el árbitro Markus Merck vió un penal inexistente de Oguchi Onyewu a Razak Pimpong que Stephen Appiah se encargó de ejecutar, concretando el 2 a 1 que iba a ser definitivo.

El segundo tiempo fue un monólogo de Ghana, pero el dominio no pudo concretarse en goles, indudablemente todavía le falta mucho a los africanos pero mucho más le falta a Estados Unidos, porque cada vez resulta más evidente que el fútbol no es lo suyo, por lo menos así lo demostró en el estadio de Nuremberg. Ghana, de este modo pasó a los octavos de final.

El presidente de los Estados Unidos ordenó al grupo operativo de la CIA en África que detectase en Ghana a un novelista, escritor, o algo parecido, por razones de seguridad nacional.

¿Temía George W. Bush una red terrorista en ese país dirigida por algún intelectual? Nada de eso, este operativo respondía al cambio de imagen que buscaba el gobierno de esa poderosa nación. Estados Unidos no solo era una horda invasora, una especie de hunos modernos, sino un gran país que sabe cultivar la cultura y confraternizar en ese aspecto con todos los pueblos del mundo, incluso los más atrasados.

La Agencia tendió sus redes y descubrió a William Boyd, un novelista de 54 años nacido en Acra, Ghana, que había estudiado en Gordonstown, Escocia. Luego el informe detallaba sus obras, incluso una de ellas había sido llevada al cine, pero eso no era lo más importante.

William Boyd no podía salir de su asombro cuando recibió una invitación para presenciar en el Mundial de Alemania el partido entre Ghana y los Estados Unidos, pero lo increíble es que lo haría en compañía de William Faulkner, el famoso Premio Nobel y una de las glorias de la literatura norteamericana.

Una limousine enviada por la embajada norteamericana en Alemania lo recogió a William Boyd en el hotel de Nuremberg donde se hospedaba, y un sobresalto emocional lo invadió cuando vio que en el interior del vehículo, luciendo un impecable traje al estilo sureño, se encontraba el famoso novelista.

Mientras la limousine recorría el trayecto hacia el estadio, William Boyd demostró un profundo conocimiento de la obra de Faulkner, que no pudo dejar de complacer a su autor.

William Boyd recordó los cinco monólogos que acompañaron el cadáver de Addie Brunden hasta su ciudad natal en esa desconcertante novela **Mientras yo agonizo**.

“Maestro, leer sus novelas me traslada a ese conflictivo mundo americano de los años ‘30, usted desentierra la miseria moral que se esconde detrás de ese avasallante capitalismo que está configurando lo que va a ser el Imperio Americano.

Nancy Mannige una negra prostituta y drogadicta condenada a muerte por haber asfixiado a una niña blanca en la cuna, ese **Réquiem para una mujer**, a mí, como negro, me impactó profundamente, porque desde la lejanía imaginaba a los Estados Unidos como un gran monstruo devorando a sus hijos, los pequeños monstruos que había engendrado.

Y así, maestro, desfilan en sus novelas los blancos pobres, la frustración por la Guerra de Secesión en ese Sur terriblemente cruel, por lo menos cruel para un negro que tiene ante su mirada el terror del Klu-Klux-Klan.

Pero lo que considero, maestro, como el logro literario filosófico por excelencia, porque no me es dificultoso incluirlo en ese mundo de la escritura, que rompe la barrera de los géneros literatura y filosofía, y que tuvo a Sartre como la figura más representativa, es haber penetrado en el sinse-

tido de una civilización, mostrando en el monólogo interior el vacío de las palabras que nada dicen, porque no hay nada que decir, y haber rescatado a Shakespeare en **El sonido y la furia**.

La vida es un cuento dicho por un idiota lleno de sonido y furia, significando nada, nos mostró lo que vendría, creo que la novela es de 1929, y lo que vino fue la locura, una locura llena de sonido y furia, que la Guerra de Secesión quedó como una heroica epopeya que puede mostrarse en algún dibujo de Walt Disney. Lo que ocurrió fue que la vida dejó de ser un cuento dicho por un idiota para ser una realidad materializada por un grupo de idiotas, Truman, Nixon, Johnson, Bush padre e hijo, la bomba atómica, Vietnam, Afganistán, Irak.

¿Cómo sigue este cuento que ya no es un cuento sino la vida que se está desintegrando en su oscura perversión?

Maestro, estoy esperando su próxima novela, aunque la escriba desde la muerte, para que nos relate las hazañas de este Gran Monstruo que nos invitó para que confraternicemos en este partido donde se enfrentan nuestros países”.

La puerta de la limousine se abrió y ambos escritores se dirigieron al palco especial para presenciar esta lucha deportiva que esta vez le tocó ganar a un equipo africano contra el Imperio Guardián del Mundo.

En la medida en que el campeonato va avanzando, los grandes equipos van mostrando porque son capaces de mostrar la diferencia, y esto ocurrió con el enfrentamiento entre Italia y la República Checa en Hamburgo.

Los checos, necesitados del triunfo para obtener la clasificación a los octavos, tomaron la iniciativa y daba la impresión que el complemento entre Karel Poborsky y Thomas Rosicky terminaría inquietando a los dirigidos por Marcello Lippi. Y esto pareció confirmarse cuando corrían 8 minutos y Pavel Nedved habilitó a Milan Baros, que perdió la oportunidad de abrir el marcador ante la salida de Gianluigi Buffón.

Por su parte, los italianos que solo con empatar tenían asegurada la clasificación, hicieron lo que saben hacer muy bien, estructurar un armado defensivo ante el cual los checos se estrellaban, quedándoles, eso sí, los remates de media distancia que provocaron más de una vez el lucimiento de Gianluigi Buffón.

República Checa tenía la pelota pero Italia, que solo se movía en sus líneas ofensivas con Alberto Gilardino y, un poco más retrasado, Francesco Totti, logró abrir el marcador. Esto ocurrió a los 17 de la etapa inicial, cuando Marco Materazzi, que había ingresado por Alessandro Nesta, cabeceó un centro que le envió Francesco Totti y logró desnivelar el marcador.

Esta ventaja llevó al equipo de Marcello Lippi a abroquelarse cada vez más en su sistema defensivo, lo que hacía dificultoso el ataque checo, y para peor de los males, cuando el mexicano Benito Archundia le levantó la segunda amarilla a Jan Polack, los checos tuvieron que resignarse a jugar la siguiente mitad del partido con un hombre menos.

En la segunda etapa los checos siguieron mostrando su impotencia en el ataque por la firmeza con que Marco Materazzi y Fabio Cannavaro reducían a la nada, sobre todo las pretensiones de Milan Baros, el único delantero que por lo menos trataba de hacer algo.

Era esperable que Italia intentara con el contragolpe, y así sucesivamente se perdieron la oportunidad de aumentar la diferencia, primero con Francesco Totti y luego con Filippo Inzaghi, cuando éste cabeceó desviado una asistencia perfecta de Andrea Pirlo.

Pero ya Italia había desnivelado el juego y a los 41 Filippo Inzaghi no perdió la oportunidad de concretar el 2 a 0 que lo lleva a los octavos, mientras los checos deberán emprender el desalentador camino de retorno.

Milan Kundera siempre quiso conocer a Eugenio Barba. Había algo común entre ellos, tal vez ese exilio de los afectos, de las cosas cotidianas a las que también se quiere, del aire de ese parque en las mañanas de otoño, de tantas cosas que son parte de la piel y que se desgarran y solo queda el refugio de los recuerdos, de los recuerdos que eran siempre dolorosos como eran dolorosos los sueños en el exilio, cuando al despertar se sentía desolado porque había soñado con esa mujer que jamás volvería a amar, o esa calle de la infancia que nunca volvería a caminar.

Él era famoso, un novelista que había sido llevado al cine, y ahora saliendo de ese estadio de Hamburgo sentía la pesada carga de esa insoportable levedad del ser, no solo por la derrota de su República Checa, porque más allá del fútbol en esos jugadores reconocía los gestos de su vida, como si todos los hombres nacidos en un mismo lugar tuviesen los mismos gestos, pero también porque en esos gestos finales de derrota reconocía, a los 77 años, su propia derrota, una derrota cargada de premios, ¿cuántos eran? El Médicis, el Mondello, el Commonwealth Award, el Jerusalén, y seguramente alguno más que a los 77 años estaba olvidando, como estaba olvidando la terrible Guerra, su expulsión del Partido Comunista, la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, su exilio en Francia. ¿Y todo esto dónde estaba? ¿Donde había huido escondido tanta sangre, sufrimiento y muerte? Tal vez a los leves e insoportables recuerdos.

Como si su deseo se hubiese materializado, allí, frente a él, estaba sonriendo, y esa sonrisa se explicaba por el triunfo y clasificación de Italia, Eugenio Barba.

Eugenio había apostado por el movimiento, que la vida solo podía ser vivible moviéndose, por eso se mueve de Italia a Noruega, se hace marinero para moverse siempre, huyendo de la tentación del permanecer en algún lado; en el teatro busca esa movilización eterna, se mueve a Polonia para observar los movimientos de Jerry Grotosky, y a la India para descubrir su teatro, y a Japón para tratar de entender el no movimiento del **NO** y el sentido del *Kabuki*, y formó el teatro Odín con extranjeros que se van moviendo por el mundo, desaprendiendo lo que fue aprendido en el instante que ya pasó.

“Hola Eugenio”, le dice Milan, saludándolo como a un viejo conocido, aunque recién lo conozca, y lo saluda con la cercanía de la complicidad de haber recorrido y seguir recorriendo búsquedas que los 2 saben, aunque no lo confiesen, no tienen encuentros.

“Eugenio, estamos caminando este mundo para atrapar con nuestra obra a las almas débiles y servírselas en bandeja a este sistema perverso para que les exprima hasta la última gota de energía.

Nuestra tarea es confundir sus mentes para que, dóciles, se entreguen al Gran Señor de la oscuridad y que el alma quede al fin, definitivamente, despojada del Padre”.

“Es cierto, Milan –dice confesionalmente Eugenio– mi tarea es explotar sus emociones para absorberlas y vaciarlas.

¿Cuál es mi técnica? Una antiquísima técnica que los demonios me enseñaron cuando pacté con ellos esta vida de fantasma errante disfrazado de artista que aspira y realiza en cada gesto, en cada movimiento del cuerpo, en cada imagen que inventa, su inefable libertad.

Los demonios me enseñaron que debíamos ser un espejo fascinante donde las emociones de los espectadores debían proyectarse, y ese espejo debía funcionar como una trampa donde quedasen capturadas, y así ir poblando de prisioneros los campos de concentración del Gran Demonio”.

“¿Estás conforme con todo eso, Eugenio?”.

“Estuve más que conforme, me sentí poderoso, era un demonio capaz de abastecer la voracidad de mi Padre y Protector. Pero un día comprendí que el carcelero es un prisionero más, y su condena es vivir en su alma el sufrimiento, el horrible sufrimiento de todos los que entregó.

Y lo más alucinante es que la obra que estaba representando no tenía fin, estoy viviendo en un círculo que gira cada vez más vertiginosamente y amenaza expulsarme hacia las regiones donde habitan las angustias concentradas de las almas capturadas”.

“Tal vez, Eugenio, el comprender que tenemos el poder de engañar porque somos presas del Gran Engañador, nos permita vislumbrar algún hilo de luz”.

“Ojalá, Milan, ojalá”.

La imagen de Eugenio Barba se fugó de la visión de Milan Kundera. ¿Había estado realmente allí, saliendo del estadio de Hamburgo donde Italia había derrotado 2 a 0 a la República Checa? ¿O lo que tuvo ante sus ojos no fue más que un espejo donde reflejó su infamia?

Ese espejo, empezó a sospechar Milan, era tal vez ese hilo de luz que le anunciara Eugenio.

Stuttgart fue el escenario donde Australia y Croacia se jugaban la clasificación. En lo que respecta a Australia, es un equipo tan transparente que nada puede agregarse a lo que muestra, un *team* de corredores infatigables, mucha fuerza y poca técnica, y ahí se acaba todo. Los nostálgicos del fútbol recordarán lo que alguna vez fue Yugoslavia, un juego de exquisitos para el deleite de los amantes de este deporte, y decimos que lo fue porque ya no lo es, como lo pusieron en evidencia los ex yugoslavos, ahora serbios y montenegrinos, y ahora, en este partido, la otra partición de ese país, los representantes de Croacia. ¿Qué puede decirse de los croatas? Quizás futbolísticamente algo más que Australia, un poco más pero no demasiado.

La estrategia de Croacia fue eminentemente defensiva, mucha especulación para evitar todo riesgo. Y este planteo en el césped, aún antes de ponerlo en funcionamiento le fue bien, porque a los 2 minutos de comenzado el partido Darijo Srna puso en ventaja a los dirigidos por Zlatko Kranjcar con un impresionante tiro libre al ángulo del arquero Zeljko Kalac.

Los australianos, y éste es uno de sus méritos, nunca se amedrentan ante la adversidad, y el mérito a su esfuerzo se concretó a los 38 cuando Craig Moore convirtió un penal consecuencia de una evidente falta de Josip Simunic contra Tim Cahill.

Los canguros siguieron atacando y Croacia trataba de sostener sus líneas defensivas, y así terminó el primer tiempo y comenzó el segundo, pero el fútbol es un juego de imprevistos, a los 11 de la etapa final, cuando los croatas después de mucho tiempo se atrevieron a avanzar hacia el área rival, un tiro inofensivo de Niko Kovac y un error inclasificable del fundamental Zeljko Kalac terminó con la pelota en la red.

Entonces los hombres de Guus Hiddink se fueron como un aluvión contra el área de Stipe Pletikosa, y parecía que el muro croata no se podría caer nunca, pero como aquel muro que separaba las dos Alemanias un día se cayó, también el que habían montado los croatas en el estadio *Gottlieb-Daimler*, de Stuttgart, fue desmoronado cuando una arremetida de Harry Kewell a los 34 llevó a su equipo a la gloria, porque para Australia pasar a los octavos de final puede considerarse una gloria.

Peter Weir recorre la tribuna de Australia porque tiene el presentimiento que allí encontrará a John Williams, ese superdotado de la guitarra que, aunque muchos lo ignoren porque desde muy

pequeño se trasladó con su familia a Londres, es australiano de pura cepa ya que nació en Melbourne hace 65 años. Solo basta recordar que Andrés Segovia, de quien fue discípulo, lo calificó como el príncipe de la guitarra.

Peter lanza un grito cuando, faltando pocos minutos para empezar el partido, lo ve a John agitando entusiasmado una bandera de Australia.

“John, te andaba buscando y no podía ubicarte por ningún lado, estás siempre viajando, pero algo me dijo que te encontraría aquí”.

“Australia siempre tira –comenta riendo John– ¿pero para qué me buscabas?”.

“Sabes que estoy por empezar a filmar una película”.

“Algo me han comentado”.

“Y quiero que tú la musicalices, John”.

“Peter, sabes que el cine no es mi medio”.

“Justamente por eso quiero que me acompañes y formes parte de mi equipo”.

“Tengo entendido que el tema de la película versa sobre el fútbol, sobre la vida de un ídolo popular, y esto tiene muy poco que ver con mi música”.

“Escucha bien, John, esta película dará un mensaje inesperado a un público que vendrá buscando ver a una estrella y se encontrará con otra cosa, con un mensaje diferente, y precisamente tu música me permitirá transmitir ese mensaje”.

“Cuál es el mensaje?”.

“Vas a tener que descifrarlo”.

“Yo pensé que ibas a pedirme musicalizar un estadio de fútbol”.

“Eso puedo hacerlo solo, lo que necesito es de tu sutileza. ¿Aceptas, John?”.

“Primero quiero saber más de qué se trata”.

“Bueno, al término del partido te espero en mi estudio”.

Peter le da al músico una tarjeta con su dirección, mientras el equipo de Australia está saliendo al campo de juego.

En la pantalla del estudio aparece la escena de Toni Colette vagabundeando por la ciudad, esa escena que tanto le costó interiorizar, pero que la maestría de Jeannne Moreau pudo imprimir en su interior.

John Williams está con un pequeño grupo de cámara frente a la pantalla mientras se proyectan las imágenes de ese silencioso vagabundeo.

Se produce una sintonía entre lo que siente la actriz y aquello que en John va a generar la composición de la música.

Surge una melodía muy simple y repetitiva, ejecutada por una guitarra, mientras la armonía es llevada por los instrumentos de cuerdas.

Esta monotonía refleja el estado que está experimentando Toni al caminar en busca de algo que no sabe realmente qué es, por eso esa búsqueda es como girar en círculos, y cuando los giros se repiten, el estado de desasosiego se profundiza, el que es remarcado con más intensidad por una cadencia ejecutada por los violines.

Esto lleva a un punto de desesperación donde la presión interna llega a un límite insoportable.

La música lo remarca con un continuo *Stacatto* hasta que la presión va cediendo, regresando a la circular monotonía del comienzo.

“Excepcional, John, eso es lo que quería”, dice entusiasmado Peter.

“Ya tengo el nombre del tema, **Vagabundeando con mi alma**”, anuncia John.

“Te invito con un café para festejar”, dice Peter apagando el proyector.

En la tribuna de Croacia un hombre muy serio, con muchas ganas de hablar, se dirige a un desconocido porque piensa que cuando nace del interior una intensa necesidad de hablar, lo peor que puede ocurrir es reprimirla, y cualquiera, incluso ese desconocido que está a su lado, puede ser el receptor de su necesidad, aunque no lo escuche y no le importe en absoluto de lo que está hablando.

“Mi nombre es Leopold Stephen Ruzicka y aunque en algún momento adopté la nacionalidad suiza por razones de trabajo, ya que por el año 1916 era investigador del Instituto de Tecnología de Zurich, soy croata, y es por eso que me ve en esta tribuna alentando al equipo de mi país.

Me dediqué a investigar los hidrocarburos derivados del isopreno que se obtienen por destilación del caucho o también del petróleo y que se utilizan en la fabricación de caucho sintético.

Descubrí la estructura molecular de los terpenos del almizcle y de la algalia, que resultaron tener anillos de 15 y 17 átomos respectivamente.

Determiné la estructura molecular de la testosterona, la principal hormona sexual masculina y logré sintetizarla a partir del colesterol, lo que me permitió en 1939 obtener el Premio Nobel de Química.

Pero me ocurrió lo que le ocurre a todos los mortales y hace 30 años tuve que, inevitablemente, trasladarme al plano de los muertos donde hasta el tedio sigo repitiendo fórmulas y fórmulas.

Ahora le pregunto, señor, ¿de qué me sirvió dedicar mi vida a todo lo que le conté si estoy terriblemente aburrido en la cárcel de mi laboratorio, del que recién después de tanto tiempo se me permitió salir un ratito para ver este partido?”.

Estupefacto, el científico comprueba que al terminar de hablar no solo estaba el desconocido escuchándolo sino que se había congregado un grupo de desconocidos que lo miraban con sumo interés.

El primer desconocido, que no era otro que el Rishi Katyayaniputra, comienza a responder la angustiosa pregunta de Leopold.

“Perdiste el tiempo y aún lo sigues perdiendo, encerrado en ese laboratorio. Ya sabes que ahí adentro no está la respuesta que buscas y necesitas.

Tuviste durante la vida la intención de conocer pero no tomaste el camino correcto que pudiera llevarte al verdadero conocimiento.

Pero todavía estás a tiempo para que renuncies a ese inútil conocimiento que con tanto sacrificio obtuviste y te reencuentres con tu alma.

En este reencuentro no necesitarás fórmulas ni reacciones químicas, ni tendrás que investigar nada, esto es mucho más sencillo”.

Otro de los espectadores se presenta como el Rishi Kausikiputra y le dice:

“Desde el comienzo de tu trabajo en el mundo fuiste engañado creyendo que ibas a obtener el poder necesario para el dominio de la materia, y ahí quedaste atrapado.

Si te sirve de consuelo esto no te pasa solo a ti sino a todos los que están sometidos a su ego, no importa qué formas de poder busquen, porque el ego es solo búsqueda de poder.

Solo tienes que soltar absolutamente todo, no te sostengas más en esa ilusión que perseguiste durante toda tu vida”.

El Rishi Alambiputra, otro de los desconocidos espectadores, también lo recrimina.

“Estabas convencido que lo que hiciste era lo correcto, que obtendrías el reconocimiento y la atención de todo el mundo.

Pero, ¿de qué te sirvió todo eso si ahora te encuentras solo en un vacío que te hace sufrir y no te ofrece respuesta alguna?

Sal de ese personaje, ya no lo necesitas, hay algo mucho mejor esperándote”.

El Rishi Vaiyaghra Pariputra es el que ahora interviene para tratar de despertar el alma de Leopold.

“Suelta ese ego que te mantuvo sometido durante tanto tiempo. Ya no lo necesitas, tu alma busca liberarse, ayúdala”.

Kariputra también lo reprende, pero lo hace con la dulzura de un padre comprensivo a su pequeño hijo que lo único que hace son desastres.

“Deja de quemar tu cabeza con fórmulas y más formulas que solo te conducen a la confusión”.
Atreyiputra le tiende la mano con la intención de ayudarlo a salir del fango en que está hundido.
“Acompáñame a un sitio donde no necesitas descubrir nada porque ya está todo descubierto.
Tu alma te lo está pidiendo, otórgale el sosiego que necesita”.

Gautamiputra agrega:

“Te estamos ofreciendo la verdad que tanto buscabas, por favor acéptala”.

Bharadvaputra le ruega:

“Huye del lugar donde fuiste parte de una alquimia oscura, la luz está en otro sitio, recurre a esa luz para recuperar el tiempo perdido”.

Vatsiputra le anuncia:

“Alégrate, Leopold, porque ha llegado el momento a partir del cual dejarás de sufrir de una vez y para siempre”.

“Contempla esta energía mucho más poderosa y omnipresente que la que jamás hayas experimentado, una energía que te llevará a todos los espacios, y donde tu alma encontrará el gran regocijo”, le dice el Rishi Parasariputra.

Leopold Stephen Ruzicka, el químico que llegó al Premio Nobel, comprendiendo el engaño del que fue víctima, con lágrimas en los ojos le agradece a los Rishis.

“Estoy muy agradecido, es demasiado para mí, pero supongo que esto es lo que necesito.

En ustedes confío y a esta energía me entrego”.

“Está bien, Leopold, pero ahora disfruta de partido, después te llevaremos a donde te prometimos y nunca más regresarás a ese laboratorio”, terminan diciendo a coro todos los Rishis.

Al fin la fiesta, el carnaval, lo que muy pocos dotados alcanzan con una pelota en sus pies, eso que todavía nos debía, fue Brasil ante un Japón que solo trató con honestidad que el 4 a 1 definitivo no fuese mayor.

Dortmund fue el escenario donde se vió la esencia del Brasil futbolístico, gambetas como filigranas, taquitos que desconcentraban, *jogo bonito*, las asistencias de Ronaldinho, que hacían quemar las manos que aplaudían.

Algo que ocurrió, y que sorprendió, es que Brasil cuando aparece es algo así como una esencia del fútbol, más allá de quienes estén jugando. Carlos Parreira, ya asegurada la clasificación, dejó a indiscutibles titulares en el banco, como Cafú, Roberto Carlos, Emerson, Zé Roberto y Adriano, para dar paso a los suplentes que brindaron el gran espectáculo.

Y Cicinho asistió de cabeza a Ronaldo, cuando se consumaba el primer tiempo, logrando el primer gol de Brasil, ya que el primero del partido lo habían convertido los japoneses a través de su número 20, Keiji Tamada, a los 34 minutos de esa etapa inicial. A los 8 de la etapa final Juninho Pernambucano logró el segundo gol con un llamativo bombazo desde 25 metros. Con un Brasil deslumbrante, a los 14, Gilberto Silva, recibiendo un pase a medida de Ronaldinho, picó al vacío y anotó la tercera conquista. A los 36' Ronaldo, nuevamente, con el 4 a 1, cerró este espectacular partido.

Sería injusto no hacer alusión al digno *partenaire*, por eso es necesario destacar la actuación del arquero Yoshikatsu Kawaguchi, que evitó que el resultado tuviera cifras de catástrofe, y el buen juego de Keiji Tamada, que concretó el gol de Japón luego del certero pase de Alex, un brasilero que juega en el equipo oriental y el que confirma la sentencia que no hay peor astilla que la del mismo palo.

Mi nombre es Shimichiro Tomonaga y este nombre revela porqué estoy aquí en el estadio de Dortmund, viendo este ridículo espectáculo que brindan los representantes de un pueblo que produjo samuráis, monjes zen, geishas, chamanes shintoístas, tecnólogos informáticos, empresarios que expresan el capitalismo salvaje, científicos ilustres.

Pero no estoy aquí para hablar de la relación entre el fútbol y la cultura japonesa, sino para otra cosa.

Antes de hablar de esa otra cosa por la que estoy en Dortmund, quiero hablarles un poco de mí para que se ubiquen.

Nací en Tokio en 1906 y quiero aclararles que terminé mis días en la Tierra en 1979, por lo tanto les estoy hablando desde el plano de los muertos.

Bueno, les comentaba que nací a principios del siglo XX y fui un chico al que los demás consideraban de una inteligencia excepcional. ¿Y qué podía hacer un adolescente de inteligencia excepcional, además de salir con chicas y jugar al béisbol? Una de las opciones en el momento en que la física atómica conmovía el mundo de la ciencia, era estudiar esa disciplina.

Así pasé exitosamente por las Universidades de Tokio y Leipzig, pero no les voy a hablar de mi extenso currículum más de lo necesario para el propósito de lo que quiero decirles.

Me especialicé en electrodinámica cuántica, siguiendo los pasos de Paul Dirac y haciendo ciertas correcciones a su teoría en el campo de la física de partículas. Bueno, tan malo no sería porque me otorgaron el Premio Nobel por mis aportes al desarrollo en este campo que les mencioné.

No voy a aburrirlos con electrones ecuaciones, funciones de onda, *spinn* y otras cuestiones que solo interesan a los físicos, pero quiero hacer referencia a algo que me dio vuelta la cabeza, más allá de los problemas científicos. Ese algo fue que toda partícula debe tener una antipartícula.

¿Y qué tiene que ver esto con la vida? Mucho, porque no solo es un tema de la física, sino que expresa la binariedad del plano terrestre y de la conciencia.

¿Adónde quiero apuntar? A que durante muchos años había potenciado al extremo uno de los polos, el de la racionalidad científica, y negado el otro, el del inconsciente.

Por supuesto, durante los años de mi intensa actividad científica jamás me puse a pensar ni que existía un inconsciente, ni un alma, ni que ésta tenía una intuición, y la dualidad solo podía verla en las partículas y algunas otras manifestaciones del mundo subatómico.

Pero un día, ya con el Premio Nobel a cuestas, a pesar de que había logrado lo máximo a que un científico puede aspirar, sentí que una profunda congoja me invadía y no me dejaba.

Me resistía a ir al psiquiatra, creía en la ciencia pero no tanto como para atreverme a experimentar con mi propia mente. En ese estado, que me había llevado a reducir al mínimo mi actividad, me sobrevinieron las imágenes de los matemáticos locos, y me pregunté si el camino tan valorado de la ciencia y que tanto poder y prestigio otorgaba, no era una trampa mortal que conducía a una insospechada oscuridad. Pensé en el suicidio, tal vez era la única forma de liberarme de esa opresión que me estaba consumiendo.

Hasta que por fin llegó alguien, no importa quién, pero ese alguien me explicó una realidad que yo, el gran científico, el Premio Nobel, no solo ignoraba sino que ni siquiera sospechaba que podía Existir.

Me explicó la binariedad de la mente que opera como un péndulo, y yo había tensionado su extremo hasta el límite, el extremo del conocimiento racional, y por la ley del mundo mental, la cuerda que sostenía el péndulo en ese extremo se rompió y evidentemente cayó al otro extremo, a los abismos del inconsciente.

Entonces ese alguien no solo me ayudó a salir de esa oscura profundidad sino que me reveló que había otro mundo interior más allá de esa dualidad, y que desde ese mundo podía acceder al único conocimiento que tenía sentido, el conocimiento de mi alma.

Y como tengo una deuda incalculable con quien no acepta pagos, la única forma de saldarla es ayudar a otras almas que están capturadas como estuvo la mía, a salir del infierno.

En la tribuna de Brasil veo a una de esas almas, la de Carlos Justiniano Ribeiro das Chagas, el que descubrió la enfermedad que lleva su nombre, el mal de Chagas.

Es el único brasileño que no está disfrutando del espectáculo que está brindando su selección, porque está absorto, como fascinado con el *Trypanosoma Cruzi*.

“Hola, doctor Chagas, ¿disfrutando el partido?”.

“Doctor, Tomonaga, qué honor y qué placer encontrarme con tan ilustre científico”.

“El honor y el placer es recíproco; perdone mi curiosidad, pero ¿qué está haciendo en el mundo de los muertos?”.

“Lo de siempre, doctor Tomonaga, investigando, siempre investigando, ¿qué otra cosa puede hacer un investigador?”.

“Estimado colega, deje esa investigación para otro momento y ahora disfrute con esas maravillas que están ofreciendo Ronaldinho, Ronaldo y compañía.

¿O es que usted no puede hacer otra cosa que seguir investigando?”.

“Realmente nunca se me ocurrió hacer otra cosa, pero estoy sintiendo que esto que hago se me está transformando en una pesada carga, me voy dando cuenta que ya no tengo vida”.

“Discúlpeme, doctor Chagas, pero lo que ocurre es que ha quedado clausurado en la cárcel de su ego.

Tal vez no me entienda lo que le estoy diciendo, pero es así de simple, todas las proyecciones de su mente han quedado encerradas y a eso debe su estado”.

“Me descoloca, doctor Tomonaga, es cierto que no puedo entender lo que me está diciendo. Pero, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Qué sentido tiene este encuentro en un partido de fútbol?”.

“El lugar es circunstancial, doctor Chagas, pero a la vez muy a propósito, porque los acontecimientos que ocurren, como en un experimento científico donde todo está relacionado, no son azarosos. Por eso no es casual que estemos aquí para conversar un poco acerca del sentido de la vida en la muerte.

Yo hace rato que he dejado atrás ese mundo de la investigación científica, pero a usted lo veo muy comprometido, ¿qué es lo que sigue buscando?”.

“Tal vez lo que estoy buscando es la salida, ¿será posible encontrarla cuando se está tan encerrado en un pozo oscuro como yo lo estoy?”.

“Estoy seguro que la salida es posible, solo hay que saber encontrarla.

Ambos emprendimos este camino de la ciencia con las mismas expectativas, pero yo comprendí que debía abandonarlo para encontrar el verdadero camino”.

“¿Qué quiere decir, doctor Tomonaga, ¿Sugiere que debo dejar atrás este mundo científico al que estoy sometido y por el que estoy fascinado?”.

“Usted sabrá mi amigo, pero si quiere liberarse de esa carga el único modo de hacerlo es renunciando a ese reconocimiento colectivo que lo congeló en el doctor Chagas, el eminente investigador y descubridor”.

“¿Me está proponiendo que renuncie a mi mismo?”.

“Eso exactamente le estoy proponiendo, pero cuando regrese a su laboratorio podrá pensarlo con más tranquilidad.

Ahora solo me queda felicitarlo por esta brillante actuación de Brasil ante mi pobre y desahuciado Japón”.

Jacques Lacan escondió su mirada atrás de los anteojos porque debía tener una mirada invisible para poder ver los rostros que se escondían atrás del rostro visible de Michel Foucault. Entonces pudo ver varios rostros, algunos conocidos como los de Raymond Roussel, Hervé Guibert o el doctor Paul Foucault, y otros desconocidos que a veces se mostraban desdibujados y pronto se esfumaban, pero también había rostros que miraban con ojos felinos y llameantes, devolviéndoles la mirada durante largo tiempo, y hasta muchos de esos rostros se filtraron en los sueños y lo persiguieron en sus pesadillas. Todos esos rostros no eran más que máscaras del demonio, pero ninguno era la última máscara, y en esa última sesión Jacques Lacan tenía que desocultar la última máscara de Michel Foucault.

“Lo observo pensativo, doctor Lacan”, dijo Foucault por decir algo que rompiera ese pesado silencio.

“Si estoy pensativo, doctor Foucault, es porque me he dado cuenta, y quiero aprovecharlo, que el pensar profundo puede ser un privilegio de los muertos, durante la vida solo pensamos en la superficie, no solo de los hechos sino de nosotros mismos”.

“Comparto lo que dice, doctor Lacan, durante la vida somos tan periféricos en nuestros pensamientos, sobre todo cuando tratamos de pensar en nosotros, que los demonios no tienen ninguna dificultad con un simple borrador, de esos que usan las maestras en las escuelas, para borrarlos de la superficie de nuestra mente, que es donde están instalados”.

“¿Y qué cree, doctor Foucault, que la muerte lo va ayudando a reescribir algunos de esos pensamientos?”.

“Algo de eso está ocurriendo, y se lo debo a esta terapia. Estoy reescribiendo a mi padre, doctor Lacan, veo grabadas en mí sus palabras, esas palabras que me definían y que formaban una campana que me aislaba y volvían insonoras otras palabras que no fuesen las suyas”.

“¿Usted, doctor Foucault, está diciendo que su alma hablaba palabras que su mente no podía escuchar?”.

“Es así, doctor Lacan, pero no absolutamente, en instantes de mi vida, más bien al final, de pronto un sonido apenas audible traspasaba la campana formada por las palabras de mi padre y me anunciaba otra cosa, pero su voz terminaba siempre acallándola”.

“Cuénteme de esa voz que se iba haciendo más audible a medida que su muerte se acercaba”.

“¿Recuerda, doctor Lacan, mi obsesión por el *self*, ese mí mismo que quería descubrir?”.

“Por supuesto, doctor Foucault, tengo las imágenes de esa multitud que se había congregado en Berkeley aquel 20 de octubre de 1980 para disfrutar de sus palabras, las que usted siempre hábilmente repetía, esos muchachos querían complacerse con el filósofo transgresor, pero esa vez, para sorpresa de todos, su transgresión fue otra, la que hablaba de las técnicas que llevan al dominio del cuerpo, de la mente, del alma, a la búsqueda del poder sobrenatural”.

“Estaba hablando de las tecnologías del *self*, así es doctor Lacan, iba hacia el descubrimiento de la verdad de mi mismo”.

“Me resultó interesante el modo en que usted abordó esta cuestión, confrontando el paganismo con el cristianismo.

Enfrentó al estoicismo, ese *ethos* pagano, ese conócete a ti mismo con reminiscencias socráticas, esa autonomía de la conciencia y señorío de la propia vida, con ese cristianismo que decía renuncia a ti mismo para que se haga la voluntad de Dios”.

“Una profunda intuición se estaba despertando en mí, empecé a desconfiar de Séneca en esa cierta confianza en el *self* y a abismarme en el abismático pensamiento de Casiano”.

“Los franceses, doctor Foucault, suponemos que el pensar comenzó con Descartes y con Voltaire, y nos olvidamos de todo lo que estuvo antes, y de Casiano, ese monje francés que estuvo por los siglos IV y V, y por ese entonces recorrió el desierto egipcio, ese desierto poblado por esos incomprensibles ascetas cristianos”.

“A Casiano lo descubrí en una biblioteca de los dominicos, allí me sumergí en sus **Colaciones**, esas conversaciones con los abades del desierto, me parecía estar en ese desierto que los ascetas buscaban para luchar con los demonios. En esas lecturas comprendí que lo que denominé como *self*, y que otros llamaron el yo o el ego, es un abismo sin fondo del cual emergen violentamente poderes oscuros que nos distraen de la salvación, de ese único y real sentido de la existencia”.

“Doctor Foucault, de esta hermenéutica del *self* cristiano es necesario pasar a la hermenéutica de su vida, descifrar ese punto del círculo donde se unen el principio y el final”.

“Esto me recuerda, doctor Lacan, a Anaximandro, aquel presocrático que unificaba el origen y el final en ese círculo donde el tiempo solo era el pago de la transgresión cuyo secreto estaba en ese único punto, por supuesto esta es una interpretación muy personal del presocrático, pero creo que vale en el contexto de lo que estamos hablando”.

“Usted, doctor Foucault, sostiene que ese punto de origen y el final encierra el secreto, ahora vamos a intentar descubrirlo”.

“La clave está en la pregunta correcta, ¿no es así, doctor Lacan?”.

“Vamos a intentar con esta pregunta, ¿qué tiene en común su infancia con su deslumbramiento por los ascetas del desierto?”.

“Doctor Lacan, sus palabras me despiertan una imagen muy fuerte que relaté tres veces, y esta imagen es la de la fascinante presencia de San Antonio Anacoreta.

Creo que la mayoría de los que afirman que admiran mi obra ni siquiera la han leído, y hablan de ella por una esquemática síntesis de alguna clase de la Facultad, o de esos seminarios privados que viven a costa del prestigio de mi nombre. Y si algunos se han metido con mis libros, la fatiga mental los expulsó muy pronto de su lectura.

¿Por qué le digo esto, doctor Lacan? Porque observo que poco o nada se habla de este padre de los ermitaños que a los 20 años se recluyó en una tumba egipcia, época en la que se narran las feroces tentaciones de demonios que lo arrojaban contra la pared, su posterior instalación en una fortaleza romana abandonada en el desierto, donde algunos monjes le dejaban en la puerta pan y agua cada dos semanas, pero jamás lo veían, y su retiro final al monte Qolzum, frente al mar Rojo, donde murió a los 105 años.

Mi deslumbramiento por San Antonio Anacoreta lo expresé en **Locura y civilización**, tenga en cuenta doctor Lacan que es un texto de 1961, y allí muestro la pintura de El Bosco, *La tentación de San Antonio*, esa soledad terrible y gozosa de la tortura de un hombre que ha muerto para los placeres carnales, pero ante ese demonio sin cuerpo, su demonio doble, tiene la más oscuras de las tentaciones, la del poder del conocimiento.

Pocos años después volví al San Antonio de Flaubert, el asceta que abrumado por alucinaciones y apariciones monstruosas recurre a la Biblia para apaciguar los demonios, y allí se encuentra en el Libro de Esther con degüellos, exterminios, orgías de sangre.

Y allí concluyo, doctor Lacan, que el mal está en las palabras, porque un libro que debía conducir al umbral de la salvación puede abrir también las puertas del infierno.

San Antonio buscando la salvación de su alma está cada vez más cerca de ser devorado por las potencias de la oscuridad.

Yo, doctor Lacan, era el asceta de Flaubert.

Por último, llegué a la vida del santo en el relato de Atanasio, donde tiene que subyugar el cuerpo porque sabe que es un cuerpo caído en el pecado, y allí se esconde el Enemigo oculto, pero manifestándose en lo que aparece como su identidad”.

“Perdone que lo interrumpa, doctor Foucault, pero es aquí donde este Antonio-Foucault queda subyugado por el martirio del cuerpo como experiencia liberadora. ¿Acaso usted en los baños de

San Francisco, en el sadomasoquismo, en el Sida, en la exploración de la tortura, no era San Antonio en el desierto luchando contra el Enemigo que vivía en su cuerpo?

La trampa en que cayeron San Antonio y usted es que el Enemigo no estaba en el cuerpo al que martirizaban sino en la mente que les decía que debían martirizarlo para salvarse”.

“Sí, doctor Lacan, pero hubo un engaño más profundo al que nos sometió el Enemigo, cuando nos reveló que la escritura nos permitiría encarar y exorcizar ese doble diabólico que habitaba en nosotros.

Debíamos escribir todo lo que experimentábamos, porque la escritura era una arma mortal contra ese poder demoníaco que nos vive engañando acerca de quienes somos. Yo llegué a afirmar que la escritura se convertía en una ordalía y una piedra de toque capaz de sacar a la luz los movimientos del pensar y de ese modo podía disipar la tiniebla interior donde se desplegaban las redes del Enemigo”.

Ese rostro de San Antonio Anacoreta que se mostraba atrás del rostro visible de Michel Foucault –pudo intuir Jacques Lacan– era la última máscara donde se escondía el demonio personal del filósofo.

Ahora el monje asceta Michel Foucault estaba en el desierto egipcio y debía enfrentar el combate con ese demonio que ya no tenía disfraces. En ese último acto donde el alma se salva o se condena, se está solo, profundamente solo, porque esa es la verdadera y única soledad del desierto. El asceta va a desierto para experimentar el rostro desnudo de la soledad y poder enfrentar el combate con el demonio. Esa es la ley, por eso Lacan solo puede contemplar la lucha sin intervenir, en el desapegado silencio de su sillón. El círculo se había cerrado, la tortura de la infancia era la continuación de la tortura del desierto, y se continuaba en la tortura del tiempo de la vida hasta llegar a la tortura de la muerte. Ahora había que enfrentar al torturador.

Descifrado quien se escondía en el punto, había que romper el círculo.

Michel Foucault se sienta en el medio de ese círculo que gira vertiginosamente, y permanece inmóvil en postura de meditación.

La inmovilidad de Michel Foucault le quita fuerza al giro y poco a poco el círculo se va deteniendo.

Al detenerse se detienen los tiempos en que circularon vidas y muertes que se repetían, uniéndose en ese punto que señalaba el final y el principio.

El demonio emerge de ese punto del círculo arrojando su última máscara de anacoreta.

Por primera vez Michel Foucault ve el rostro desnudo del demonio. El rostro es una masa por momentos opaca y en otros brillante, de odio y miedo. El demonio es eso, nada más, no tiene otra existencia.

El silencio es absoluto.

La arena enrojece.

Michel Foucault parpadea y ve al demonio que se transformó en su madre, que se le acerca con gesto amoroso, pero desde su inmovilidad sabe que la madre que se acerca a ofrecer su caricia es solo una de las tantas máscaras del demonio.

Lo único que no soporta el demonio es la inmovilidad, y como Michel Foucault continúa inmóvil e imperturbable, se va replegando.

También son inútiles sus otras seducciones, las máscaras con que aparece, su padre, Hervé Guibert, su hermana.

El demonio ataca con las palabras, con frenéticos discursos que se presentan como energías sólidas como ladrillos que lo van cerrando hasta que construyen una torre muy alta donde queda encerrado.

Michel Foucault sabe que solo la quietud y el silencio lo puede sacar de ese encierro y la quietud y el silencio hace que la torre se desmorone porque ya no era más que un castillo levantado con la arena del desierto.

Ahora el demonio le lanza los guerreros de la culpa, que como sanguijuelas se le prenden al cuerpo. Michel Foucault no reacciona, dejándose absorber por la culpa, pero de pronto despierta y se arranca esas dolorosas sanguijuelas de la culpa, arrojándolas en la arena.

Con el cuerpo ensangrentado mira el horizonte y desdibujado entre las sombras descubre un monje del desierto egipcio que viene a su encuentro. El monje se acerca y lo reverencia.

“Eres como un Cristo en la cruz del martirio, toma tu cruz”.

El monje le ofrece la cruz y Michel Foucault duda cuando escucha el canto de alabanza de los demonios del desierto que como ángeles alaban al Cristo que será.

Pero una luz interior le hace comprender el engaño y mirando a su seductor le grita:

“Estoy más allá del martirio”.

La escena se desvanece, fue la última y fallida jugada del demonio que huye a las profundidades del desierto.

La arena nuevamente es amarilla y regresa la luz.

Michel Foucault abandona el desierto para dirigirse al mar de la purificación.

Un grupo de Rishis observa desde lejos la escena.

Jacque Lacan lo mira sonriente, levantándose de su sillón.

“Doctor Foucault, la terapia ha concluido satisfactoriamente, ya tiene el alta”.

“Pero, ¿no dicen los lacanianos que el análisis no termina nunca?”.

“Es cierto, doctor Foucault, pero eso es en la vida donde el análisis nunca puede terminar, porque nunca nada puede cambiar.

Aquí en la muerte es distinto, la terapia terminó porque usted ha subido el primer escalón hacia El Padre.

En adelante otros terapeutas continuarán mi tarea”.

Michel Foucault le agradece y se despide de su terapeuta, que profesionalmente le tiende la mano para después acompañarlo, por última vez a la puerta de su consultorio.

Umberto Eco está en la cama con una fuerte indigestión.

“Esa cena terrible”, se lamenta, recordando esa cena con políticos, empresarios, periodistas, y las pesadillas junto con la indigestión que lo acompañaron desde esa fatídica noche.

Está adormecido cuando entre sueños se le presenta un Rishi que se anuncia como Katyayaniputra y le muestra un espejo donde se ve sepultado en una montaña de libros.

La voz del Rishi le dice:

“Empieza soltando los libros, es la primera cadena que te ata, luego irás soltando lo demás hasta soltarlo absolutamente todo.

¿Qué significa soltar?, te estás preguntando.

Soltar es un acto de plena fe más allá del temor, porque el soltar es como ir sacando los escombros que te sepultan hasta llegar al último escombros. Nada menos que ese Umberto Eco que está en la cama soportando la indigestión y las pesadillas”.

Umberto todavía no reacciona de las palabras del Rishi cuando se ve deslumbrado por un rayo de fuego, y desde el interior del fuego escucha la voz del Rishi Kausikiputra.

“No te asustes, Umberto, el fuego que represento no te quemará, es para ayudarte para salir del otro fuego que te está calcinando.

Este fuego es para darte la certeza de abandonar lo que no corresponde”.

De sorpresa en sorpresa, Umberto se encuentra rodeado por un anillo como el que envuelve a Saturno.

El anillo gira vertiginosamente, produciéndole vértigo, pero Umberto no se preocupa demasiado porque es un vértigo conocido, pero cuando el anillo empieza a desacelerarse, empieza a tener una sensación extraña como que es atacado por el mareo que produce el vacío.

Umberto desconcertado ve al Rishi Alambipura que desciende del anillo y le dice.

“Recién ahora, Umberto, vas a poder entender la locura a la que te aferras, existes en el vértigo porque crees ser el vértigo.

Ahora puedo hablarte porque he congelado por un instante el vértigo de tu mente para que me entiendas, y lo que tienes que entender es que debes dejar de pertenecer a ese vértigo, porque solo cuando se detenga podrás experimentar tu ser real”.

Vaiyaghra Pariputra desciende de una montaña con el aspecto de una nube blanca y brillante y con tono muy severo le dice:

“¿Por qué te niegas a soltar a ese demonio intelectual que oprime tu alma?

No seas necio, Umberto, recupera tu alma, antes que tu alma, cansada de tu estupidez, decida abandonarte”.

“Espera Umberto, ¿dónde quieres buscar tu alma?”, le pregunta el Rishi Kariputra.

“No intentes buscando dentro de tu corazón porque está cerrado con la llave de tus pactos.

No intentes buscarla dentro de tu mente porque está inundada por las posesiones.

No busques, Umberto, porque el que busca es siempre tu ego, solo debes entregar al buscador, y quien lo entrega debe ser tu alma”.

Atreyiputra le va pasando en su pantalla mental las imágenes de su vida, una vida que se va terminando.

“¿Qué lograste, Umberto, en este juego de la vida?

¿Algunos fugaces momentos agradables como compensación de los muchos momentos de sufrimiento?

¿Ese es todo el sentido del juego?

¿Cuál fue el objetivo por el cual viviste?

¿El gran intelectual nunca se lo preguntó en serio?

Me dirás que te lo preguntaste infinitas veces, pero nunca creíste realmente en la pregunta.

Solo cuando desees morir muy profundamente esa pregunta tendrá respuesta”.

Gautamiputra lo mira a Umberto enterrado en una ciénaga.

La luz del Rishi comienza a secar el pantano y Umberto saca su cabeza mirándolo espantado.

“¿Por qué estás espantado, Umberto, por estar sumergido en el barro o por tener que abandonarlo?

No eres parte de ese barro en el momento en que lo comprendas empezarás tu liberación”.

Bharadvaputra se presenta como una fuerte ráfaga de viento y del interior de ese viento su voz le pregunta.

¿Te animarías a desaparecer en el viento si El Padre te lo pidiera?

¿A abandonar el pantano en que te sientes seguro?

Umberto, si pudieras desaparecer sin querer desaparecer, ahí realmente volverías a ser”.

El Rishi Parasariputra aparece con su imagen multiplicada que forma una ronda alrededor de Umberto.

“¿Por qué me ves multiplicado, Umberto?

Simplemente porque así ves al mundo como un juego infinito de formas que quieres entender primero para poseerlas después.

Pero no hay formas, Umberto, solo son proyecciones de tu mente, debes ir más allá de las formas para encontrar la Unidad, esa Unidad que eres tu mismo.

No hagas nada Umberto para encontrar esa Unidad, simplemente permanece inmóvil reconociendo en tu alma la Energía del Padre.

El Rishi Vatsiputra se acerca a la cama de Umberto y le pregunta.

“¿Pudiste entender algo de lo que te dijimos? Por la Gracia del Padre lo entenderás”.

Umberto Eco, cuando los Rishi se retiran, siente que está mucho mejor de su indigestión y que esa noche no tendrá pesadillas.

Franz Kafka está en una habitación donde brota un aliento gris oscuro y una densidad tan densa que se puede palpar, la habitación está vacía, son cuatro paredes, una puerta y una ventana.

Franz está mirando por la ventana y ve un paisaje lejano pero a la vez familiar. Está confundido, desorientado, como preso de lo que siente, piensa y proyecta.

Sin que Franz lo advierta un grupo de Rishis va instalándose en el espacio de neblina donde flota la habitación. Son los Rishis Varkaruniputra, Arta Baghiputra, Sangiputra, Sankritiputra, Alambiputra, Alambayaniputra, Gayantiputra, Mandukayaniputra, Mandukiputra y Sandiliputra.

Varkaruniputra golpea la puerta.

“Adelante”, dice Franz, inquieto por la imprevista visita.

El Rishi entra a la habitación y su presencia tranquiliza a Franz, no lo ve como una figura amenazante y además el visitante va disipando la oscuridad.

“¿Dónde estoy?”, le pregunta Franz en la posibilidad que ese visitante le pueda aclarar el misterio.

“Estás en un lugar que no tiene lugar, en un tiempo que no tiene tiempo, pero tranquilízate que vamos a hablar. Soy el Rishi Varkaruniputra y tu Franz Kafka, por lo menos así te llamaban cuando vivías.

¿Tienes noción de dónde estás?”.

Franz le responde con cierta agresividad.

“En realidad yo soy el dueño de esa pregunta.

Me siento como a merced del viento, no conozco el lugar y estoy perdido”.

“No temas, Franz, nada malo te ocurrirá.

Ahora mira ese espejo”.

El Rishi alza frente a Franz un espejo donde éste puede ver su imagen pero no se reconoce, es parecido a la imagen que se proyecta en el espejo pero no es él.

“¿Qué truco es éste?”, le dice al Rishi, molesto.

“Ningún truco, es el rostro que has tenido siempre pero en el que nunca te has reconocido.

Te inventaron un rostro con el que te identificaste, desconociendo el tuyo”.

“¿Crees que el rostro que creo tener me lo proyectaron los otros, aquellos de los que fui vocero de su sentir, un sentir que no era más que una degradación que iba poseyendo a la humanidad?”.

“Todo hombre al nacer tiene un rostro y ese rostro revela los signos de su interioridad, unos pocos lo conservan y en los signos de ese rostro pueden ir recorriendo el camino que los lleva al alma.

Pero la mayoría, como tú Franz, aceptan que los demonios le dibujen un rostro para que esa vibración pueda ser reconocida por el mundo.

Y la intensa vibración de tu rostro imantó a los que te leyeron, te admiraron, te erigieron como un artista genial. Así tu rostro, ese rostro mentiroso de ti mismo, penetró en sus mentes para ir devorándolos.

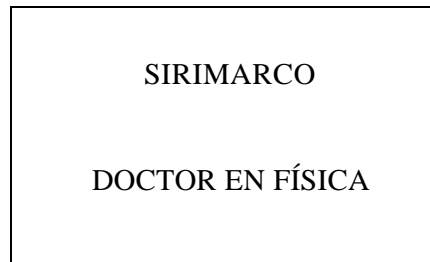
Esa es tu condena Franz, haber perdido tu verdadero rostro.

Te dejo el espejo, Franz, medita en ese rostro que sientes ajeno hasta que puedas empezar a sentirlo como propio.

Cuando comiences a reconocerlo, llámanos, que acudiremos para enseñarte a descifrar sus signos”.

El Rishi se retira y con sus compañeros van alejándose de ese compartimento donde son reclusos los muertos que empiezan la primera etapa de su purificación.

Abijael miró la placa que había en la puerta.



Golpeó varias veces pero la música que estallaba en la habitación seguramente le impedía a Sirimarco escuchar los golpes, por eso, como la puerta estaba sin llave, se decidió a entrar.

Abijael se encontró con la típica caricatura norteamericana del físico genial y medio loco, el pelo rubio y recortado, anteojos gruesos, bastante flaco, con jeans gastados, zapatillas sin cordones y una remera con los colores del equipo francés que tenía la inscripción **Zinedine Zidane** y el número **10**, envuelto en los sonidos de *Simpatía por el demonio*, de los Rolling Stones, gritando mientras miraba con los ojos desprolijamente extrañados, “maravillosas majestades satánicas”, ese era Sirimarco.

Al notar la presencia de Abijael apagó el equipo de música.

“¿Abijael?”, preguntó.

Abijael asintió con un gesto.

“El maestro Anterópolis me informó por e-mail que vendrías, mucho gusto, soy Sirimarco”, le dijo, tendiéndole la mano.

“Siéntate, por favor”, le dice, señalándole una silla de madera mientras él se sienta cabalgando en la otra silla que engalana la habitación.

“El maestro Anterópolis me informó que te dedicabas a la investigación de los sistemas no terrestres”.

“Ese fue el tema de mi doctorado”, acepta Sirimarco, levantándose de la silla, abriendo la heladera, sacando dos porrones de cerveza, destapándolos, ofreciéndole uno a Abijael, y volviéndose a sentar mientras llevaba a la boca el otro porrón.

“La investigación de los sistemas no terrestres fue abandonada cuando nos instalamos cómodamente en la Tierra y nos sentimos tan poderosos que supusimos que ya teníamos todo el conocimiento para garantizarnos por la eternidad el poder en el planeta”.

“Discúlpame Sirimarco, pero no alcanzo a entender la utilidad de esta investigación”.

“Una noche en la que le estaba revelando a un físico algunos secretos del mundo subatómico me vino a la mente una inquietante pregunta, una pregunta que se estaba gestando desde que en los cursos introductorios de la Facultad tuve que estudiar una materia que trataba de nuestra rebelión e independencia del Padre y de qué manera habíamos construido, autonomizado de su despótica Presencia, el maravilloso mundo, en constante progreso que habitábamos y gobernábamos.

Esa materia, que si bien no era más que un panfleto ideológico, como los que eran tan comunes en la Unión Soviética durante la época stalinista y que a mis compañeros le resultó espantosamente aburrida, y que la tuvieron que estudiar al solo efecto de rendir el exámen, a mí me resultó inquietante.

Empecé entonces a preguntarme ¿qué pasaría si un día El Padre se decide a atacarnos? Yo conocía perfectamente la estructura atómica que teníamos los demonios y no era arriesgado deducir que en términos energéticos seríamos desintegrados por una Energía que estaba en el Origen de todos los universos manifestados.

Si eso en algún momento ocurría la única posibilidad de resistir el ataque era que nuestra propia configuración estuviese transmutada y algunos de esos sistemas no terrestres podrían ser campos de transmutación alquímica que podríamos utilizar.

Pero nuestros científicos se ocuparon de jugar con la humanidad, insuflándoles en sus mentes los secretos de la materia, y arrastrándolos al poder sobre los mundos atómicos y subatómicos.

Todo esto fue muy divertido, la bomba atómica fue un placer del que aún gozamos, pero nadie tuvo en cuenta que en algún momento una energía invasora podría penetrar en el sistema y no tendríamos el conocimiento de cómo controlarla”.

“Y eso es lo que está ocurriendo”, confirma Abijael. “Sirimarco, ¿tus investigaciones no nos pueden llevar a la transmutación de nuestra composición atómica en esos sistemas energéticos no terrestres?”, ahora pregunta ansioso Abijael.

“Todavía esto no es posible, si bien la teoría es fuertemente consistente, estamos muy lejos de poder ingresar al campo experimental”.

“¿Qué hacer entonces, Sirimarco?”, pregunta con desaliento Abijael.

“Lo único que podemos hacer es lo que ya sabes, investigar la composición de esa energía”.

“¿Y cómo lograrlo sin correr el riesgo de desintegrarnos?”.

“Poseemos los conocimientos científicos como para descifrar los componentes de esa estructura energética, pero antes tenemos que atraparla”.

“¿Cómo hacerlo?”, dice inquieto Abijael.

“Debemos obtener una pequeña muestra, eso nos bastaría para estudiarla, pero para capturarla tenemos, por un lado, que utilizar una enorme masa de nuestra energía, y por otro establecer un señuelo.

“¿Cómo puedo participar en lo que propones, Sirimarco?”.

“Yo, Abijael, soy sólo un físico y no conozco otras leyes que no sean las de mi dominio, pero se me ocurre que esa atracción o seducción que debemos ejercer para atrapar esa energía está más cerca del enamoramiento, por darle un nombre, que de una acción más racional, y vuelvo a repetirte que de esto no entiendo nada”.

“Vaya paradoja, un físico de tu categoría buscando una solución que apenas puedes explicar”.

“Abijael, para eso están los filósofos. ¿Acaso durante 2.500 años no se encargaron de fascinar a los hombres? Bueno, ahora debes imaginar cómo seducir a esa energía invasora”.

El maestro Yukteswar le dice al mandala de convocantes.

“Xanti solo puede decirse en la metáfora, porque más allá de la mente, en dimensiones inconcebibles para el hombre, es una galaxia sin imágenes ni palabras.

En la metáfora es un mar en el cielo con infinitos canales que la expanden al cosmos y ahora, por Gracia del Padre, Xanti ha llegado a este ínfimo punto desgarrado de ese cosmos, la Tierra.

Xanti, que en la metáfora es un mar en el cielo, está descendiendo al mar de la Tierra.

¿Por qué ha elegido al mar como su habitat?

Para evitar degradar su energía, porque en el mar solo hay unos pocos hombres de paso, por lo tanto es un espacio ausente de demonios”

23 de junio

Luis Aragonés prefirió preservar las figuras para las instancias decisivas del Mundial y para enfrentar a Arabia Saudita presentó un equipo *muletto*.

Sin embargo, a pesar de la evidente superioridad de los españoles ante los más débiles del campeonato, no le fue fácil el triunfo.

Arabia Saudita se cerró adecuadamente en el medio campo, lo que obligó a España a apelar a las puntas con Joaquín por derecha y José Antonio Reyes por el extremo izquierdo.

España dominaba el juego y llegaba a la zona de riesgo, pero el arquero Mabrouk Zaid, que se fue convirtiendo poco a poco en la figura del encuentro, frustraba los repetidos intentos del rival.

Recién a los 36 minutos del primer tiempo los españoles comenzaron a respirar cuando José Reyes ejecutó un tiro libre que encontró la sorpresiva cabeza del defensor Juanito y puso a España al frente en el marcador.

España continuó atacando, a través de José Reyes, Antonio López y Cesc Fabregás, pero Mabrouk Zaid, que ya a esta altura era figura, neutralizó todos estos intentos.

Aragonés, visto los magros resultados del primer tiempo, decidió en la segunda etapa los cambios de David Villa por Raúl, a los 5, Xavi por Cesc Fabregás a los 21 y Fernando Torres por José Reyes a los 25.

Sin embargo nada cambió en el trámite del encuentro, y a excepción de algunos tiros de larga distancia de Arabia Saudita, que causaron alguna inquietud a Santiago Cañizares, todo se fue diluyendo en un tedio que solo interrumpió el pitazo final del árbitro Coffi Codjia.

Un resultado de 1 a 0 para un partido más que mediocre en el estadio de Kaiserslautern.

“Hace unas horas terminó el último partido que jugó Arabia Saudita en este Mundial y lo agradezco porque mi país se retira de Alemania, un lugar al que nunca debió haber llegado.

Pero les confieso, el fútbol no me importa nada, como a la gran mayoría de mi pueblo, ya que en nuestra contradictoria cultura no es más que una diversión de poderosos y petroleros.

En realidad vine a Alemania a otra cosa, soy periodista y me envió la Agencia Islámica de Noticias para que observe Occidente, y seguramente, aunque no me lo dijeron explícitamente, con la

intención que haga una sutil crítica que muestre la superioridad de nuestra cultura sobre una civilización a todas luces decadente.

Sin embargo no voy a hacer este juego al que se prestan la mayor parte de los periódicos musulmanes, y para no prestarme puedo esgrimir dos razones.

La primera es que criticar Occidente, que si bien merece todas las críticas imaginadas y muchas más, sería ponernos en un pedestal de pureza que estamos lejos de tener. ¿Puede criticarse a Occidente desde Arabia Saudita cuando mantiene ese ignominioso concubinato con Estados Unidos, o cuando sus magnates petroleros disfrutaban de los más lujosos hoteles de Europa, o cuando aceptamos jugar como tristes fantoches de este enorme negociado del capitalismo occidental que es el Mundial de Fútbol? Pienso que no.

Pero hay otra razón, quizás más profunda. ¿Podemos decir que el único Occidente es el de su espuria globalización, o que hay otro Occidente, quizás representado por unos pocos, un Occidente crítico, poético, humano?

Yo creo que sí, más bien afirmo que sí, por eso aproveché este ridículo espectáculo que ofrecieron España y Arabia Saudita para llegar al palco donde estaba un gran poeta español, representante de ese Occidente sobre el que vale la pena mirar, más allá de George W. Bush, Tony Blair y sus adláteres, ese Occidente de tecnología bélica, multinacionales, pornografía y salchichas con cerveza.

Por eso llegué hasta ese hombre que a los 75 años, con toda la vida vivida, tiene en sus ojos la tristeza de la esperanza, porque la esperanza siempre es triste, y es triste porque esta marcada por el dolor de lo que está y el anhelo de lo que todavía no ha llegado, y quizás nunca llegará.

Estoy hablando de Antonio Gamoneda, ese gran poeta nacido en Oviedo que me supo conmover con el viaje de sus palomas ebrias, o el mar que habita en las ciudades blancas.

Por eso mi nota para el Islam es el de ese Occidente con el que nuestros sufíes se hubiesen hermanado.

Entrevista a Antonio Gamoneda.

CUANDO EL POETA MUERE, NACE LA VERDADERA POESÍA

Por Mansour al-Nqaidan

enviado especial de la Agencia Islámica de Noticias

La poesía es el límite donde se unen la palabra, la imagen y el silencio, por eso en la presencia de un poeta, si es verdaderamente poeta, se intuye el misterio de estas 3 dimensiones del espíritu.

Y de estas dimensiones la que más impacta de Antonio Gamoneda es el silencio, por eso la palabra de Antonio avanza hacia el silencio.

Al fin y al cabo, la pasión real y mayor de la poesía no es otra cosa que un hombre solo, una hoja en blanco y en silencio.

En estas páginas nos muestra la poesía y también se muestra como poeta, pero Antonio es capaz de abrirse a las palabras, palabras sencillas y profundas de un hombre que afortunadamente no fue contaminado con la cultura rebuscada de las universidades.

Y entonces le pregunto.

– “España se ha mostrado al mundo, quizás desde el **Poema del Mío Cid**, como un pueblo que sabe decir la poesía. ¿Podemos hablar de una poesía española?”.

– “Como poder, podemos, la palabra todo lo puede, pero me pregunto, ¿sería correcto hablar de poesía y no de poetas?”

La poesía es un concepto, y como todo concepto, un límite que encierra una fórmula o algo así, una idea muy chiquita que puede ser definida en un diccionario.

El poeta es una vida que se abre a lo desconocido, que busca construirlo porque no lo tiene, el poeta no puede definirse, sería una torpeza querer hacerlo, porque es una vida no conforme consigo misma que quiere seguir creándose en el misterio.

Lo que dices de España como un pueblo de poesía lo comparto, pero aunque te parezca una herejía lo que te digo, la poesía es un sueño que no solo le pertenece a los poetas.

¿Te ofendería si te dijera, que aún lo más bárbaro, lo más cruel, está tejido en España de poesía?

Cortés y Pizarro fueron poetas, poetas de la atrocidad pero poetas al fin. ¿Acaso América no fue un sueño para los conquistadores? Entiende, no los justifico, porque tal vez el hombre no necesite justificación, pero ¿es otra cosa la vida que atravesar pantanos? Y estos hombres quisieron atravesarlos inundándolos con sangre, se atrevieron aunque quedaron sumergidos en la pestilencia que ellos mismos generaron.

Nuestra etapa más terrible del siglo XX fue la Guerra Civil, y sin embargo, ¿no la cantaron los poetas como Homero cantó a Troya y un desconocido poeta de la India la epopeya del **Mahabharata**?

La poesía que se escribe es la que busca crear una realidad diferente y el poeta retorna a lo primitivo de sí mismo para conjugar el sufrimiento y la muerte en ese leguaje que todavía recuerda cuando la existencia era sagrada.

El poeta no es un hombre del refinado pensar sino de la magia primigenia que aspira a conectarse con mundos donde habitan dioses y demonios porque estas fuerzas son más reales que la anodina existencia de los hombres en la vida cotidiana, en el sofocón de los subtes, en la tiniebla de las oficinas, en las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

¿No crees que Cortés y Pizarro llegaron a América en busca de otros dioses y demonios, tan crueles como esa religión que ellos traían?

No vinieron a evangelizar sino a convertirse en los crueles sacrificios de los pueblos a los que sometían.

Por eso eran poetas, porque la poesía también es una región oscura y desconocida de la vida.

Ser poeta, perdóname lo que te digo, no es una Gracia, la Gracia está velada para el poeta aunque la aspire, esa es su tragedia, porque para llegar a la Gracia hay que dejar de ser poeta.

Ni Cortés, ni Pizarro, ni Aquiles, ni Arjuna, ni García Lorca. Ni Rafael Alberti, ni León Felipe, ni Antonio Gamoneda, ni nadie, no hay que ser nadie”.

Antonio detuvo sus palabras y aproveché para mirar los apuntes de aquello de lo que quería hablar.

Había programado preguntarle de poesía como construcción autorreferencial, del **Romance-ro Gitano**, de Federico García Lorca, algo tan ajeno a su lenguaje, de Gabriel Celaya, de su infancia pobre, de la Guerra Civil, pero a esta altura de la entrevista todo eso había perdido sentido, y surgieron otras preguntas, más metafísicas quizás.

– “¿Qué es para el poeta el silencio?”.

– “El espacio vacío de donde va a surgir la conquista”.

– “¿Qué es lo que quiere el poeta conquistar?”.

– “El mundo de dioses y demonios, o su propia alma, tiene que ser lo uno o lo otro, es una opción final”.

– “¿Y qué significa la palabra?”.

– “La invocación a lo que quiere conquistar”.

– “¿Y la imagen?”.

– “La gran trampa donde queda capturado, y esa captura es la que lo hace ser poeta.

Cuando quiere conquistar a los dioses y a los demonios las imágenes son sus armas de caza, pero cuando quiere conquistar su alma debe renunciar a las imágenes y por lo tanto debe dejar de ser poeta”.

– “¿Y cómo es eso?”.

- “Recién cuando el poeta muere nace la verdadera poesía, la verdadera y no aquella que definen los diccionarios”.
- “¿Cuál es la verdadera poesía?”.
- “Ese es el misterio que tendrás que descifrar”.
- “Gracias maestro”.

Kaiserlauten, junio 23 de 2006.

Andriy Shevchenko, aún siendo la mitad del jugador que luce en el Milan, sin duda es la figura que sobresale en un equipo sin estrellas que brillen en el gran fútbol europeo.

Esta circunstancia y su rival, el improvisado equipo de Túnez, generó lo único que podía generarse: un partido aburrido porque nunca la voluntad y la fuerza pueden suplir a la calidad, y calidad es lo que estuvo ausente en el estadio de Berlín

Andriy Voronin, un hombre del Bayern Leberkussen de Alemania, es un delantero rápido, puede decirse lo mejor que mostró Ucrania en este encuentro, y tuvo buenos cruces como Anatoly Tymoschuk, un jugador que se brinda sin reservas a su equipo.

Pero el problema que tuvo Ucrania es la falta de continuidad, y ahí es cuando se puede ver al técnico Oleg Blokhier agarrándose la cabeza de desesperación.

Las limitaciones de los tunecinos, unidas a la expulsión cuando agonizaba el primer tiempo de Zied Jaziri, les impidió aprovechar ese desconcierto del que pronto parecían estar presos los hombres de Ucrania.

El segundo tiempo mostró a Ucrania prevalecer sobre los disminuidos tunecinos. Y finalmente los hombres dirigidos por Oleg Blokhin terminaron dependiendo de Schevchenko, que aún disminuido físicamente, a los 25 dominó un pelotazo largo, se abrió camino y simuló un penal que cobró el paraguayo Carlos Amarilla.

Andriy Schevchenko intuyó el movimiento del arquero Ali Boumujiel y se la colocó a un costado, clasificando a Ucrania a los octavos de final.

En la tribuna de Ucrania se puede observar un hombre desconsolado, es ucraniano como los demás pero parece no serlo porque no festeja el triunfo de Ucrania frente a los tunecinos y su clasificación para la fase siguiente del Mundial.

“¿Por qué no estás alegre si Ucrania ha ganado?”, le dice el hombre que está a su lado y que es nada menos que el maestro Ramana Maharshi.

“¿Me conoces?”, le pregunta el ucraniano que no participa del festejo.

“Sí te conozco, aunque tu no me conozcas, eres el filósofo León Chestov y a mí me conocen como Ramana Maharshi, y fuimos contemporáneos mientras vivimos en la Tierra.

Eran otros tiempos y el fútbol apenas estaba empezando a mostrar sus garras. Pero, ¿qué te pasa, León?”.

“Me estás preguntando, maestro, por mi desconsuelo. ¿Cómo no voy a estar desconsolado si observo a toda esta gente sumida en la falsa alegría del mundo, totalmente ignorante de su verdadero sufrimiento, el sufrimiento del pecado original?

Sabes, maestro, que me consideran el máximo exponente del existencialismo religioso, y siguiendo las vivencias de Sören Kierkegaard exploré la historia de la filosofía de Occidente en sus enfrentamientos entre fe y razón.

La religión puede enfrentarse contra el ateísmo, se juega una dialéctica con significados comunes, pero la religión no puede enfrentarse nunca, porque es totalmente impotente, contra la estupidez, contra estas tribunas que hacen la apología de la Nada”.

“No te voy a negar, León, que en algo tienes razón, esta es una época en que la problemática religiosa, el pecado, la finitud, la condena han quedado totalmente de lado, y los hombres solo acuden a las Iglesias para pedir favores mundanos.

Sin embargo, León, quiero hacerte una pregunta.

Tu profundidad religiosa, ¿adónde te ha llevado?

Tener conciencia de lo que llamas el pecado original, ¿te ha permitido liberarte de tu angustia?

Investigaste la fe, pero ¿alguna vez realmente la tuviste? ¿Pudiste dar el salto de la fe que tu maestro Sören Kierkegaard no se atrevió a dar?

Estás despreciando a estos hombres que están festejando el triunfo de Ucrania, pero tú, por no festejarlo, ¿eres más sabio que ellos?

Tu error, León, es que lo que creíste que era una experiencia religiosa no fue más que una trampa del ego que buscaba creer en su magia para tener poder sobre los otros egos más débiles, como los que están ahora festejando en esta tribuna.

¿Qué haces en esta tribuna? No haces otra cosa que regocijarte con tu desconsuelo que identificas con la sabiduría de que sabe lo que los demás no saben y por eso los desprecias, por estar viviendo en la ignorancia.

Pero un día, León, tuviste que abandonar el cuerpo y empezaste a habitar la muerte, y en esa muerte lo que te siguió acompañando fue el pecado original, porque el pecado original no es una figura retórica, ni una elaboración teórica, ni la necesidad de sentir la angustia de la Nada, el pecado origi-

nal eres tu mismo, tu ego, al que te aferras desesperado, ese es el demonio del que tanto hablas pero no comprendes.

Entrega ese ego, León, pregúntate quien eres, cuál es tu yo real, tu esencia, tu alma.

Cuando lo descubras empezarás a liberarte de tu ego, de la angustia, del sinsentido, del desconuelo, del pecado, de todas esas irrealidades que no son más que la única irrealidad en la que estás envuelto, ese mundo demoníaco al que tanto temes y tanto adoras cuando te adoras como el incomprendido filósofo León Chestov, el sabio desconsolado por el pecado original que los demás ignoran.

¿Escuchas esa música, León, que viene de la tribuna de Túnez?”, le dice el maestro, señalando los sonidos que emergen de esa multitud pero que solo ellos pueden escuchar.

León Chestov queda atento a los tenues sonidos que nacen de una flauta y siente que su desesperación se va apaciguando.

“El que ejecuta esa música es el poeta tunecino Moncef Mezghani, un hombre que abandonó la poesía para buscar su alma, y el alma regocijada por la búsqueda le responde con su música y su canto”.

León Chestov escucha la música y el canto del alma que le responde al hombre que la busca.

Sabes desconsolado prisionero,

nunca existieron las sombras, las tinieblas y el pecado original.

Solo que tu ego ciego tuvo la visión,

que la Luz era sombra, tiniebla y pecado original.

Cuando tu ojo ciego,

desconsolado prisionero,

se transmute en Luz,

solo verá la Luz,

y tu ojo luminoso sabrá

que nunca existieron las sombras, las tinieblas y el pecado original.

Solo fueron visiones de un ojo cegado por la ilusión.

“Te dejo, León, con esta reflexión acerca de la Luz, las sombras, las tinieblas y el pecado original”, se despide el maestro Ramana Maharshi, dejándolo a León Chestov en el inevitable pasaje metafísico del desconuelo al desconcierto en esa tribuna que grita el triunfo de Ucrania.

Francia llegó a Colonia a enfrentar a Togo lejos de las expectativas que del campeón del '98 se esperaban. Cuando comenzó este Mundial los dirigidos por Raymond Domenech tenían la tarea de

borrar aquella impresión demasiado penosa que los dejó en Corea-Japón 2002 fuera de circulación, y en ese estado de ánimo se enfrentaban a Togo.

Los hombres que conduce el conflictivo Otto Pfister se jugaron todo por el todo, por lo menos para salvar la honra en este torneo al que llegaron como invitados de piedra.

Francia comenzó desplegando un juego interesante con Patrick Vieira, que parecía imparable para los togoleses; los hábiles desplazamientos de Frank Ribery y las filtraciones de Thierry Henry y David Trezeguet.

Pero del lado de Togo el arquero Kossi Agassa, la mejor figura del su equipo, fue conteniendo las intenciones francesas, fundamentalmente las de David Trezeguet, que llevaba permanentemente peligro al área rival y hasta le fue anulado un gol por el uruguayo Jorge Larrión, argumentando un dudoso *off-side*. Ya casi expirando el primer tiempo, el delantero de la Juventus capturó un rebote y su remate preciso, cuando la tribuna de Francia ya festejaba el gol, Kossi Agassa en casi un milagro controló la pelota sobre la línea.

Togo hacía lo suyo, un juego rústico que en algunos momentos dificultaba el movimiento de los franceses y en otros hasta llevó peligro al peligrosamente inseguro arquero Fabián Barthez. Así, en un empate sin goles terminó el primer tiempo.

Francia comenzó la etapa final en la cuerda floja y se lanzó como una tromba hacia el arco defendido por Kossi Agassa. Frank Ribery por poco ahoga el estallido del gol en la tribuna de Francia, pero a los 10 minutos habilitó con una precisa asistencia a Patrick Vieira, que de media vuelta clavó la pelota en la red. Los galos pudieron finalmente empezar a respirar.

Ahora solo era cuestión de liquidar el partido porque fue evidente que el desaliento y el desconcierto comenzaron a imperar en la selección africana. Willy Sagnol salió en apoyo de los delanteros y Claude Makelele, junto con Florent Malouda se hicieron dueños del balón.

Corrían 16 de este segundo tiempo y Thierry Henry, que recibiera un centro de cabeza de Patrick Vieira, puso el 2 a 0 definitivo. Lo que siguió fue un trámite ya que los franceses sacaron el pie del acelerador para reservarse para la próxima serie.

“Michel..., Michel...”, era la voz del Rishi Pathitariputra que llamaba a Michel Foucault a la salida del estadio de Colonia, donde Francia había derrotado a Togo.

“Felicitaciones por el triunfo y la clasificación de Francia”, lo alentó el Rishi Bhalukiputra cuando Michel Foucault se dio vuelta y fue al encuentro de los Rishis que lo saludaban agitando los brazos.

“Sabemos que Jacques Lacan te dio el alta”, le dijo entusiasmado el Rishi Kraunkikiputra.

“¿Qué te parece si vamos a festejarlo?”, intervino el Rishi Vaittabhatiputra.

“Está bien, pero nada de alcohol ni drogas”, dice riendo Michel Foucault.

“Me parece correcto –aceptó el Rishi Karsakeyiputra–, ¿qué te parece un té con hierbas?”.

“Bueno, tampoco la pavada”, refuta Michel Foucault simulando estar ofendido.

“¿Negociamos con una gaseosa?”, propone el Rishi Prakinayogiputra.

“¿Mejor una cervecita?”, apunta Michel Foucault.

“Pero solo una”, afirma el Rishi Sañginiputra.

Michel Foucault levantó el pulgar derecho en señal de aprobación.

“¿Qué les parece, muchachos, si vamos al bar que está ahí enfrente?”, dice el Rishi Prajñiputra Asurivasin.

Todos los Rishis aceptaron y se dirigieron al bar indicado por el Rishi Prajñiputra Asurivasin.

Cuando estuvieron sentados, cada uno con una jarra de cerveza, el Rishi Uddala ka le dice a Michel Foucault.

“Ahora hablemos en serio, mi compañero Aruna te va a dar unos consejos en nombre de todos nosotros”.

Entonces el Rishi Aruna le habla a Michel Foucault.

“Esperamos que esta terapia que has tenido te sirva de gran ayuda. No tengas dudas del gran paso que acabas de dar.

Ahora puedes comprender el sentido que ha sido descubrir el secreto de ese punto original. Acepta esta experiencia como un regalo divino pero ahora debes trabajarlo con fe y entrega.

Has tenido que reconocer todas tus máscaras para aceptarlas primero y después soltarlas, porque no te pertenecen. Una vez que te hayas liberado de ellas experimentarás la libertad.

Ten presente que esta experiencia no termina aquí, este es solo el comienzo para el reencuentro de tu alma con El Padre y en la medida que te vayas alejando de toda identificación estarás más cerca de la meta.

Sigue esta experiencia hasta el final y así evitarás volver a repetir la historia de sufrimientos. En este momento dispones de la más clara visión, ya no existen los engaños.

Alcanza la mayor victoria elevando tu alma hacia su morada, y estás en condiciones de lograrlo, porque has perdido la carga que te pesó durante tantas vidas.

Eres libre para comprender, simplemente eres libre”.

Michel Foucault se levanta y con una profunda mirada de agradecimiento se dirige a los Rishis.

“Ni la eternidad me alcanzará para dar gracias por esta oportunidad que me han dado.

Seré fiel conmigo mismo y con quienes me brindaron tanta ayuda”.

Después de estas palabras todos los Rishis chocaron las jarras de cerveza con la de Michel Foucault, felices por su alma que había entrado al camino de la libertad.

Kilizou Blaise Abalo había sido encargado por el Instituto Africano de Educación Cinematográfica para que filmara la participación de los equipos africanos en el Mundial.

El cineasta de Togo, después de filmar la derrota de su país con Francia, está pensando que los chicos de Togo podrán aprender muy poco de estos torpes jugadores, cuando se ve rodeado en la tribuna por un grupo de extraños seres.

“No te asustes, Kilizou, nosotros somos Rishis que venimos de otras galaxias para ayudar a la humanidad a liberarse de la oscuridad en que está sumida”.

“¿Qué desean de mí?”, pregunta Kilizou, más tranquilo al no observar una actitud agresiva en esos Rishis.

Nuestros nombres son Upavesi, Kusri, Vagasravas, Gihvavat Vadhyoga, Ashita Varshagana, Harita Kasyapa, Silpa Kasyapa, Kasyapa Naidhruvi, Vak y Ambhibini, y queremos que le lleves nuestro mensaje al pueblo africano”, le explicó el Rishi Upavesi.

Cuando Kilizou aceptó escuchar el mensaje de los Rishis, Silpa Kasyapa tomó la palabra.

“El Padre no discrimina, todos son sus hijos por igual y espera con paciencia que cada uno tome conciencia de su alma.

África ha sufrido mucho en la carne de sus hombres y mujeres, pero el sufrimiento no es una maldición sino una experiencia enriquecedora cuando se transforma en un aprendizaje para salir del infierno del mundo.

Terminen, africanos, de una vez por todas de este juego donde los únicos que se divierten son los demonios, y su mayor diversión es hacerlos ignorar que ellos son sus únicos sometedores.

El único modo de liberarse de su cruel dominio es reconocerse como almas y saber que no pertenecen a la Tierra, que su único y verdadero habitat es el universo del Padre.

Pero esta comprensión no la podrán alcanzar jamás ni con ritos, ni con cultos porque estos tienen un oscuro origen. Olviden la oscuridad del origen que está grabado en sus conciencias, y acepten esta experiencia que les propone El Padre para integrarse a la Luz que les pertenece y de la que un nefasto día renegaron.

¡Que toda esta energía enriquecedora y potenciada por el poder divino descienda sobre ustedes!

Intégrense a esta nueva energía que El Padre les ofrece y acéptenla como un regalo liberador.

Nosotros los instruiremos con la enseñanza divina y deberán practicarla hasta liberar el alma, deshaciéndose de todos los contenidos que la mantienen atrapada.

Este es el momento y el lugar indicados, no pierdan el tiempo”.

Kilizou, que está en el centro del círculo de los Rishis, les dice:

“¿Con qué palabras humanas es posible responder a las palabras del Padre que ustedes transmiten a mi pueblo?

Aunque la lucha sea ardua, estoy convencido que mi pueblo, después de escuchar con el corazón abierto este mensaje, no los defraudará”.

Suiza y Corea del Sur, bajo el prolijo arbitraje del argentino Horacio Elizondo, brindaron en Hannover un partido cuyo 2 a 0 final a favor de los europeos no expresa lo que realmente sucedió en el campo de juego.

Baste decir que el arquero Pascal Zuberbuehler se convirtió en la figura más destacada de su equipo y frustró en varias oportunidades los intentos de Choo Son Lee, Jin Kyu Kim y Chu Jon Park.

Sin embargo, le tocó a los suizos, a los 23 del primer tiempo gritar el gol, cuando un tiro libre de Hakan Yakibn fue seguido por un preciso cabezazo de Philiphe Senderos que terminó en la red del arco defendido por Lee Won Jae.

En el segundo tiempo Suiza pareció tener un mejor manejo de la pelota, pero tanto Philipp Degen como Patrick Muller y Christoph Spicher dejaban huecos en la defensa que solo el azar y la buena actuación de Pascal Zuberbuehler impidieron el gol que los coreanos a esa altura merecían.

Los suizos encontraron respuesta en los pies de Alexander Frei, que coronó el segundo gol para su selección cuando corrían los 32 minutos de esta etapa final.

Ahí terminó todo y Suiza dio la sorpresa ya que obtuvo el primer puesto en su grupo, relegando a Francia a la segunda colocación que ahora en octavos deberá enfrentarse a España.

Carl Gustav Jung, el contestatario discípulo de Sigmund Freud, de quien se apartó en 1913, y en su país, Suiza, sentó las bases de la Escuela de Zurich, que orientó la investigación psicoanalítica por caminos que llevaban a estudiar la influencia del rico e inexplorado mundo mítico en la condición humana, llegó a ese monasterio budista en Corea del Sur.

Sonrió al recordar que precisamente en ese momento en Alemania estaban jugando Suiza y Corea del Sur y que había rechazado la invitación de Fredrich Durrematt para ir a ver ese partido, compromisos previos se lo impedían, se excusó ante el novelista, y ahora estaba allí, ingresando a ese monasterio donde un monje hermético lo acompañaba por laberínticos pasillos hasta donde se encontraba el abad, un hombre santo, según le habían comentado.

El abad era un hombre amable de una edad indescifrable que lo invitó a sentarse en un almohadón, él estaba sentado en otro, e hizo un gesto indicando que estaba dispuesto a escucharlo.

Jung decidió sin mayores prolegómenos avanzar directamente sobre el propósito que lo había llevado hasta ese monasterio.

De todos modos no pudo evitar hablar de su teoría y le explica al abad que para llegar al conocimiento de la *psique* es necesario distinguir entre el yo personal y el alma que contiene el inconsciente que no deja de formar parte del individuo no obstante alojarse en un inconsciente colectivo.

Lo que considera arquetipos, puso el acento Jung al llegar a la parte central de su teoría, eran disposiciones del inconsciente que podían reconocerse en los sueños, y que tenían su raíz en motivos religiosos y mitológicos que a veces eran arcaicos, pero que también podían corresponder a etapas posteriores de la evolución humana como, por poner unos ejemplos, la Reforma, la Ilustración, o la etapa del Positivismo.

El yo y el alma, insistió Jung, tenían orígenes distintos y la consiguiente tensión entre lo consciente y lo inconsciente era el origen de la neurosis.

A esta altura de su discurso el abad le hizo una seña como que había entendido y le pidió le hiciese saber cuál era su intención al haber hecho un viaje tan largo para llegar a un perdido monasterio y dialogar con un anciano monje.

Jung, con mucha seguridad, pues estaba convencido que el abad debía estar subyugado por su teoría, le dijo que quería tener una autorización para permanecer un tiempo en el monasterio con el objetivo de observar y estudiar al psicología religiosa, más precisamente, el arquetipo del monje.

La seca negativa del abad lo descolocó, aunque la explicación de que a un monasterio se entra para estudiarse a uno mismo y no a los demás, le permitió hacer una inocente trampita, aclarando que en realidad lo que quería era conocerse a si mismo, y reprimió la culpa por lo que legitimó era una simulación justificada, no tenía sentido retirarse después de haber hecho semejante viaje.

El abad se mostró complacido, o al menos así lo demostró, por la explicación de Jung acerca de su intención y lo invitó a seguirlo por un camino poco iluminado.

Jung, a tientas, y a veces tropezando o golpeándose con imprevistas paredes que le cerraban el paso, siguió al abad que caminaba en silencio.

De pronto el tortuoso camino terminó cuando llegaron a lo que Jung reconoció como una celda monástica. El abad se despidió, prometiéndole que el algún momento regresaría y Jung se quedó solo en una habitación pequeña donde había un catre con un cobertor encima, una silla y una mesita con un vaso de agua.

Supuso que pasaron varias horas porque empezó a sentir hambre y ya cuando empezaba a dolerle el estómago sintió pasos que se acercaban a la puerta y vio que por una ventana de vaivén se introducía un plato que contenía algo así como una papilla, un pancito y nada más. Después solo escuchó unos pasos que se alejaban.

Antes de caer en la desesperación se refugió en sus recuerdos, rememoró sus libros que hablaban de los símbolos de la libido, la esencia de los sueños, la realidad del alma, la religión y hasta de la alquimia, pero a medida que pasaba el tiempo, ¿un minuto o un siglo?, comprendió que en la soledad nada de todo lo que había escrito, enseñado y difundido le servía.

Era un hombre solo frente a los fantasmas del destino, y de la muerte. ¿Qué diferencia tenía en esos momentos, él como europeo culto y hasta sabio con esos negros primitivos de Kenya a los que había estudiado en el comienzo de sus investigaciones? Y si había alguna diferencia era indudablemente a favor de los negros de Kenya, ellos de algún modo percibían el juego de la vida y de la muerte y sabían conversar con los demonios.

Pero él, Carl Gustav Jung, ¿había tenido contacto alguna vez con algo más que con sus propias palabras?

Un sopor lo invadió y lo recluyó en ese silencio pesado al que jamás se había atrevido a enfrentarse. ¿Ese era el conocimiento de sí mismo del que le había hablado el abad? Y en ese minuto o siglos, no lo podía saber, su mente fue invadida por una comparsa diabólica de caníbales, cazadores primitivos, guerreros sanguinarios, chamanes oscuros y también por representantes de lo que había definido como etapas más evolucionadas de la humanidad, filósofos, científicos, políticos, y la comparsa ejecutaba sus sones y así hasta que la habitación se fue llenando de los demonios de los pactos, había demonios de los pactos colectivos, de aquellos mundos míticos tribales, y otros más refinados como ese que tenía su propio rostro y con el que firmó ser el reconocido psicoanalista Carl Gustav Jung, que nacería en Suiza en 1875 y abandonaría el mundo colmado por el reconocimiento y la admiración de los hombres cultos, ya anciano y glorioso en 1961.

¿Quién era él, Carl Gustav Jung, sino una trama de pactos arcaicos adornada en su último ropaje con el modernísimo y paquete pacto del intelectual europeo?

¿Y su alma? Nunca había llegado a la conciencia de esa alma de la que tanto habló.

Extenuado, Jung cayó en un profundo sueño sin sueños.

Cuando abrió los ojos tardó un tiempo en reconocer la celda del monasterio. Supuso que era de día porque la luz entraba por la ventana, pero era una luz extraña, una luz pequeña que empezaba florecer en esa celda y con la llegada de esa luz su percepción se abrió, e intuyó que esa luz era el mismo Buda.

Lo que Jung estaba experimentando es un milagro que ocurre cuando el alma empieza a abrirse.

No hay diálogo, solo la actitud que revela la toma de conciencia.

Es Buda que se conoce.

Es Buda que toma conciencia de sí.

Es Buda que se manifiesta.

Es Buda que florece como la flor de loto que nace en el pantano.

Es Buda, por darle un nombre a esta experiencia que se revela como el pleno conocimiento donde no hay pasado, ni presente, ni futuro, simplemente Es.

Es Buda que transmite el sentido de los arquetipos, que no son una recta desplegada en la historia sino un círculo sin comienzo ni final, un círculo donde no hay cerca ni lejos, porque todos los puntos están a igual distancia del centro.

Es Buda que le muestra que los arquetipos no están afuera para ser observados con la mirada del científico, sino que están viviendo adentro de si mismo, porque los arquetipos no son conceptos sino la desconocida verdad de la conciencia. En el interior del círculo están todos los arquetipos, los que estudió, los que no estudió, o lo que ni siquiera supuso que existían.

Es Buda que le anuncia que Buda no es solo lo que trasciende sino cada etapa de la experiencia que El Padre revela, por eso también todos los arquetipos son Buda como es Buda la visión global del círculo.

Jung ve que se abre la puerta de la celda y aparece el abad sonriendo trayendo una bandeja con deliciosos manjares de comida coreana.

“Te felicito, Carl, nos ganaron 2 a 0”, le dice ahora en tono compungido.

Terminó la primera serie con agotadores 48 partidos, y decimos agotadores porque a excepción de Brasil con Japón y algunos momentos de Alemania, lo demás no pasó en general de una tediosa mediocridad.

Esto era de esperar porque por un lado los equipos fuertes, cuando pudieron, jugaron a media máquina para reservar sus energías para las instancias finales y los otros, los que vinieron de relleno, pusieron en el césped todo lo que tenían, pero como no era demasiado los resultados están a la vista.

Puede decirse que no hubo mayores sorpresas, pues a excepción de Polonia y de Croacia, de quienes en el imaginario futbolístico se esperaba algo más, la eliminación de los otros dos europeos, República Checa y Serbia y Montenegro, era esperable en el primero e inevitable en el segundo después de la catástrofe con Argentina, otro que deslumbró en ese partido.

Ghana fue una sorpresa grata, es el unico equipo africano clasificado, y otra sorpresa, aunque quizás no tan sorpresiva fue Ecuador, cuyo fútbol ha evolucionado bastante en los últimos años, por su parte Australia entró con fórceps y los demás fue lo esperado.

Los asiáticos, ya de regreso en Medio y Extremo Oriente, deberán reflexionar seriamente qué sentido tiene participar en estas competencias internacionales y esta mínima reflexión cabe a los africanos, donde Ghana es también sin duda un espejismo, y están más para ligas barriales que para lides mundiales.

A Paraguay le faltó experiencia, a pesar que su fútbol, lo mismo que el de Ecuador, ha crecido, mientras que a Estados Unidos le deseamos mucha suerte en el béisbol, el futbol americano y en la NBA. Por su parte los muchachos de Trinidad y Tobago y Costa Rica algún día le podrán contar a sus nietos que participaron en un Mundial de Fútbol.

Si este campeonato no estuviese digitado por los intereses del Gran Demonio y el mundo del infierno no tuviera pretensiones de Imperio, con los 16 equipos que quedan debió haberse comenzado este Mundial.

Analizando a los sobrevivientes, los aspirantes más cercanos a la corona son sin dudas Alemania, que agrega a su poderío su condición de local, Brasil, porque si están inspirados es un fuera de serie, mientras que, tocándoles los talones, pueden estar Inglaterra, Italia, Francia y, por que no, Holanda, aunque es tradición que se caiga en las finales.

Portugal puede ser una sorpresa por lo que viene haciendo hasta ahora y España, que es muy distinta en los torneos locales de los que participa el *jet-set* del fútbol internacional de cuando tiene que competir con sus nativos, y ahí no puede salir de un segundo plano.

Argentina, que deslumbró frente a una imponente Serbia y Montenegro, y que tiene en su haber dos Copas del Mundo, en estas competencias marca una alarmante irregularidad, y el ejemplo de Corea-Japón 2002, entre otros Mundiales, así lo demuestra.

Suecia, México, Australia, Suiza, Ucrania, Ecuador y Ghana pueden darse por conformes con haber llegado a esta altura del torneo, aunque siempre alguno puede dar un pasito más.

Con el término de la primera serie del Mundial también ha concluido una etapa del proceso que están llevando a cabo los Rishis, los maestros del mandala y todos los seres de la Tierra, encarnados y desencarnados, o de otros planos que han aceptado sumarse al Plan del Padre para la salvación de la humanidad.

Esta coincidencia responde a la ley de sincronidad que opera en el universo, y en consecuencia en este planeta, donde no existen acontecimientos azarosos ni fragmentados sino que cuanto ocurre responde a un movimiento de energías que opera sincrónicamente y en red.

Visto desde esta perspectiva este Mundial 2006, como ya ha sido señalado, confirma la mayor concentración de energía oscura que se ha producido en la historia del planeta, ya que la actual tecnología ha permitido unificar en el campo astral a la mayor parte de los habitantes de la Tierra.

Esta fue la estrategia del Gran Demonio para utilizar este evento como canal potenciador de su propia energía y lograr el dominio absoluto de la oscuridad sobre los hombres, y a esta circunstancia se la ha llamado la constitución del Imperio Demoníaco.

¿Cuál es el alcance de esta afirmación? Haber obturado en forma definitiva los *chakras* espirituales de los hombres, que constituyen la conexión con los planos del Padre que están más allá de la Tierra, lo que significa el despertar del alma a la conciencia de su propia divinidad y la posibilidad de retorno a su olvidado Origen.

Así cierra el Plan del Gran Demonio y en este punto de máxima oscuridad se manifiesta el Plan del Padre.

Este Plan que se fue preparando con la unificación en un mandala de los maestros espirituales, el nacimiento de los 7 niños, tal como lo relata **La Gran Liberación, una Alquimia Sagrada**, la participación de las almas que están colaborando, y la llegada y operación de los 270 Rishis dirigidos por Jaris, ha cumplido otra etapa estratégica y para aclarar la arista de la misma que pueda ser comprendida por los humanos, representantes del este ejército del Padre se presentan en el **Aleph**.

El primero que arriba es el maestro Yukteswar, en nombre del mandala de maestros, y más que un mensaje lo que expresa es una breve pero contundente sentencia:

“Lo que es, es y ya nadie lo puede cambiar.

El proceso está en marcha y no hay vuelta atrás”.

Acto seguido, se presenta Jairs, el conductor de los Rishis en esta batalla contra el Gran Demonio.

“Los maestros guiarán a los hombres hacia el nuevo principio y los Rishis abriremos sus corazones para que puedan recibir los mensajes.

Los hombres irán buscando otras energías en las que apoyarse, y allí estaremos los Rishis para compensar la pérdida de las energías demoníacas de las que siempre han dependido desde su llegada a la Tierra.

Los hombres cada vez más sentirán el abandono de su Madre Oscura, serán como niños abandonados y los Rishis seremos el lugar de su cobijo y los maestros los sagrados médicos que los curen de las heridas que les infligieron los demonios durante vidas y vidas.

Para que este milagro se produzca solo deberán abrir sus corazones y sus mentes y pronto la vieja historia se transformará en una olvidada pesadilla”.

En el marco de las tareas que se están cumpliendo los Rishis, el grupo conformado por Adytia, Yagñavalkya Vagasena, Mandukayani, Mandauya, Kautsa, Mahitti, Vamakakshayana, Yagñavakas, Ragastambayana, Turu Kavasheya y Pragapati opera en funciones de inteligencia.

El Rishi Adytia se presenta en el **Aleph** para informar la situación del Enemigo a esta altura del proceso y la estrategia que llevaron a cabo las fuerzas del Padre.

“La mejor manera de mostrar la confusión en que se encuentran los demonios es mostrarla con un ejemplo que no deja lugar a dudas.

Los demonios están preocupados porque han advertido una gotera en el sistema, y así consideran a esta energía invasora que va cayendo gota a gota.

El problema que se plantean los demonios que se presentaron en este relato, Orzihuel, Abijael, Andrómaco, Anterópolis, Sirimarco, es como reparar el caño, y esas posibilidades de desintegración de las que hablan no es más que una representación dramática en la que por supuesto no creen ni remotamente.

A excepción de este grupo preocupado, por decirlo de algún modo, con esta cuestión, el resto sigue actuando, ignorante de todo, cometiendo, como si nada pasara, sus atrocidades cotidianas.

Nuestra estrategia por el momento es permanecer invisibles y para eso hemos creado unos biombos energéticos que los envuelven e impiden que nos vean a nosotros, a los maestros del mandala y al resto de los colaboradores. Estos biombos en su cara externa tienen unos espejos donde se reflejan los demonios, y así ellos se ven como la única realidad.

De este modo, en medio de la distracción general, porque los Rishis estamos repitiendo la misma fórmula con los demonios que ellos utilizan con los hombres, esto es distraerlos permanentemente, ni los más sutiles que tratan de arreglar la gotera, pueden darse cuenta que atrás de la gotera lo que se esconde es un maremoto.

Estamos usando estos ardidés para evitar un enfrentamiento directo que todavía no es conveniente, porque entonces los demonios, convencidos de su inexorable derrota, se vengarían en los humanos y tratarían de infligirles terribles sufrimientos.

Antes del ataque final tenemos que rescatar la mayor cantidad de almas posibles.

El Plan del Padre se va cumpliendo paso a paso y tengan la seguridad que el triunfo final llegará cuando estén dadas las condiciones necesarias.

Solo le pedimos a los hombres fe y paciencia, pero antes de despedirme, quiero decirles algo que ya saben porque aparece en el relato, el único que sabe la verdad de su inevitable final es el Gran Demonio, pero su naturaleza lo lleva a resistir y para eso debe ocultarlo a sus huéspedes”.

Ahora el Rishi Vatsanapat Babhravas, que junto con sus compañeros Vaigavapayana, Kanviputra, Ghritakausica, Pathi Saubhara, Visvarupa Tvashtra, Akasya Angirasa, Sanatana, Asvinau y los Rishis que operan complementariamente cerrando el círculo de los 270, Parasarya de Gatukarnya y Parasaryayana, tienen como tarea lo que en términos bélicos puede definirse como protección a la población civil, esto es a los hombres posesos, ingresa al **Aleph** y dice:

“Les sigo explicando la estrategia de los biombos, éstos son móviles y sus espejos les crean a los demonios una falsa percepción del espacio, por lo tanto van siguiendo sus movimientos sin saber que se están moviendo, y al moverse van fisurando su consolidada red.

Estas fisuras van creando canales por donde les vamos proponiendo a los hombres que han quedado fuera del campo de visión de los demonios, engañados por las imágenes de los espejos, que vayan saliendo hacia nuestro espacio.

Hay quienes se resisten, están aterrados por perder la energía demoníaca en la que sobreviven y es la única de la que tienen conciencia, entonces se irán hundiendo cada vez más en la oscuridad, pero hay muchos que están eligiendo y elegirán, a medida que el proceso avance, la salvación.

De todos modos, todos y cada uno de los hombres tendrá su oportunidad porque el Plan del Padre no admite exclusiones con ninguno de sus hijos.

Sin embargo la salida del infierno no es un agradable paseo, el alma que busca su libertad activa todas las fuerzas de la oscuridad, y deberá pasar por procesos de confusión, de pánico, de debilidad, de crisis emocionales, pero todo esto no es más que una transición provocada por el cambio de

energías, es el momento en que una energía se va para que pueda entrar otra, y por supuesto la energía que el alma busca expulsar ofrece su denodada aunque inútil resistencia.

Es necesario que para que esta liberación del infierno pueda producirse, abrir el corazón, porque donde no hay corazón no entra el Amor, y la energía salvadora es el puro Amor del Padre”.

Hablando de Amor, para cerrar el círculo de mensajes, se presenta una energía rosa que expresa una incomensurable protección maternal.

Es Xanti, que instalada en el **Aleph** dice:

“Los mensajes son energías, vibraciones en forma de palabras.

Cuando la energía no puede penetrar en los corazones se vuelve palabra para que así pueda penetrar a través del sentido auditivo.

Pero mi voz no puede ser oída por ustedes del mismo modo que mi Amor no puede entrar en sus corazones.

Entonces como último recurso queda la palabra escrita.

La Madre llama a sus hijos y estos no escuchan y por ende no acuden.

La Madre sufre en silencio y este también es un llamado.

El silencio crece hasta estallar en lágrimas.

Y si en ese momento se permiten ser purificados por la Madre al fin sus oídos oirán y se abrirá su corazón.

Ese día Xanti, la Madre, la que espera, volverá a vivir en el corazón de cada uno de sus hijos.

Habrán vuelto al seno, a la inocencia, a la pureza y a la protección del Amor maternal”.

**Acá concluye el segundo de los siete libros de
La vuelta del mundo a la armonía del Padre.**